

ARNALDUR INDRIDASON

La voz

UN CASO DEL INSPECTOR ERLENDUR SVEINSSON



Lectulandia

Gulli, el viejo portero de uno de los más conocidos hoteles de Reikiavik, aparece desnudo y acuchillado hasta morir en su miserable habitación en el sótano. Pero Gulli es mucho más que un simple portero que se disfrazaba de Papa Noel todas las navidades, es un completo misterio. Veinte años en el hotel y nadie le conoce realmente. Erlendur Sveinsson decide alojarse en el mismo hotel en busca de la asesina, que, también de eso cree estar convencido, aún debe permanecer muy cerca, pese a que las vacaciones de Navidad están ya encima y el hotel completo. Mientras que al director tan sólo le importa que el asesinato permanezca oculto y su reputación intacta. Erlendur, sin embargo, recibe la visita de su hija, que de nuevo se adentra entre las brumas de la droga y el alcohol, dejando al inspector al borde de la desesperación y la impotencia.

Lectulandia

Arnaldur Indridason

La voz

Inspector Erlendur Sveinsson - 05

ePub r1.3

Titivillus 03.02.15

Título original: *Röddin*
Arnaldur Indridason, 2002
Traducción: Enrique Bernárdez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Ay, ¿dónde hallaré, llegado
el invierno, las flores, dónde
del sol la luz,
de la tierra las sombras?
Los muros se yerguen
mudos y fríos al viento,
gimen las veletas.»

FRIEDRICH HÖLDERLIN, *Mitad de la vida*

NOTA SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS ISLANDESES

Los islandeses siempre se tratan por el nombre de pila, puesto que la mayoría de ellos tienen un patronímico, que termina en *-son* en el caso de los hijos y en *-dóttir* en el caso de las hijas. Los nombres de las personas no se ordenan por el apellido, sino por el nombre, incluso en la guía telefónica. Aunque pueda parecer extraño, los policías, a pesar de las jerarquías, se llaman por el nombre de pila, y también entre policías y criminales.

El nombre completo de Erlendur es Erlendur Sveinsson, y el de su hija, Eva Lind Erlendsdóttir. Los matronímicos son excepcionales, aunque se dice que Audur significa Kolbrúnardóttir (la hija de Kolbrún). Sin embargo, algunas familias tienen apellidos tradicionales que derivan o se adaptaron directamente del danés como resultado del gobierno colonial que duró hasta principios del siglo xx. Briem es uno de esos apellidos tradicionales y por ello no revela el género. En el caso de Marion Briem, el ambiguo nombre de pila hace incrementar la intriga.

Por otra parte, los nombres islandeses son, en su gran mayoría, significativos, y los autores juegan frecuentemente con sus significados. Por ejemplo, Erlendur quiere decir «forastero».

Por fin llegó el gran momento. Se abrió el telón, pudo contemplar la sala y experimentó una sensación gloriosa al ver a toda aquella gente mirándole, y la timidez desapareció al instante. Vio a algunos de los chicos de la escuela y algunos profesores, y vio también al director del colegio, le pareció que le hacía un gesto de aprobación con la cabeza. Pero solo conocía a muy pocos de los presentes. Todas aquellas personas habían ido allí para escucharle a él y para oír su hermosa voz, que había despertado interés incluso más allá de las fronteras.

El murmullo fue apagándose poco a poco y todos los ojos se dirigieron a él, en callada expectación.

Vio a su padre en el centro de la primera fila, con las piernas cruzadas y sus gruesas gafas negras de montura de asta, y el sombrero en las rodillas. Le vio mirarle a través de sus lentes y sonreír para darle ánimos, era el gran momento de la vida de ambos. A partir de aquel momento, nada sería como antes.

El maestro de coro alzó las manos. El silencio se extendió por la sala.

Y él empezó a cantar con aquella voz límpida y bella que su padre consideraba celestial.

PRIMER DIA

1

Elínborg los estaba esperando en el hotel.

En la puerta principal se alzaba un gran árbol de Navidad, rebosante de adornos navideños, cintas y bolas brillantes. *Noche de paz, noche de amor*, sonaba en una invisible red de altavoces. Grandes autobuses de viajeros estaban parados delante del hotel y la gente se apiñaba en recepción. Extranjeros con intención de pasar las navidades y el fin de año en Islandia, con la idea de que Islandia es país de aventuras y emociones. Acababan de aterrizar, pero al parecer algunos ya se habían comprado jerseys islandeses de lana y estaban registrándose emocionados en la ignota tierra del invierno. Erlendur se sacudió el aguanieve del abrigo. Sigurdur Óli miró hacia la entrada y descubrió a Elínborg al lado del ascensor. Le dio un golpecito a Erlendur en el brazo y los dos se dirigieron hacia ella. Ya había examinado el escenario. Los primeros policías en llegar al lugar se habían encargado de que nadie tocara nada.

El director del hotel les pidió que no hubiera revuelo. Es la palabra que utilizó cuando telefoneó. Aquello era un hotel y la prosperidad de un hotel se apoya en su reputación. Les pidió que lo tuvieran en cuenta. Por eso no sonaban sirenas ni había agentes uniformados entrando por la puerta principal a todo correr. El director dijo que bajo ningún concepto debían alarmar a los clientes del hotel.

No había que exagerar las aventuras y emociones de Islandia.

Estaba al lado de Elínborg, que saludó a Erlendur y Sigurdur Óli con un apretón de manos. El director del hotel era tan gordo que apenas cabía en el traje. Llevaba la americana abrochada en el vientre con un solo botón, que parecía a punto de reventar. El cinturón desaparecía bajo la inmensa barriga que rebosaba de la chaqueta, y el hombre sudaba de tal modo que no podía dejar de pasarse un gran pañuelo blanco por la frente y la nuca. El blanco cuello de la camisa estaba empapado en sudor. Erlendur estrechó su mano húmeda y fría.

—Muchas gracias —dijo el director del hotel, resoplando como una ballena, agobiado por aquella contrariedad. Llevaba veinte años al frente del hotel y jamás se había encontrado con algo parecido.

—En pleno frenesí navideño —suspiró—. ¡No comprendo cómo puede suceder algo así! ¿Cómo puede suceder algo así? —repitió, y los policías se dieron perfecta cuenta de que se sentía totalmente superado por la situación.

—¿Está arriba o abajo? —preguntó Erlendur.

—¿Arriba o abajo? —resopló el obeso director del hotel—. ¿Te refieres^[1] a si ya está en el reino de los cielos?

—Sí —dijo Erlendur—. Tenemos que saberlo.

—¿Subimos en el ascensor? —preguntó Sigurdur Óli.

—No —dijo el director del hotel, y miró irritado a Erlendur—, está ahí abajo, en el sótano. Tiene una habitación pequeña. No le hemos querido echar a la calle. Y

ahora pagamos las consecuencias.

—¿Por qué ibais a querer echarle? —preguntó Elínborg.

El director del hotel la miró, pero no respondió.

Bajaron lentamente por una escalera que había al lado del ascensor. El director iba delante. Le costaba un considerable esfuerzo bajar la escalera, y Erlendur se quedó pensando en cómo se las arreglaría cuando tuviera que volver a subir.

Se habían puesto de acuerdo para mostrar cierta consideración. Excepto Erlendur. Intentaban actuar con todo el tacto posible hacia el hotel. Detrás del edificio había tres coches de policía y una ambulancia. La policía y los camilleros entraron por la puerta trasera. El forense estaba de camino. Confirmaría la defunción y avisaría a un coche fúnebre.

Recorrieron un largo pasillo con la ballena resoplando delante. Agentes de policía uniformados les saludaron. El pasillo era más oscuro cuanto más se adentraban en él, porque las bombillas estaban fundidas y nadie se había tomado la molestia de cambiarlas. Finalmente llegaron a una puerta abierta, en medio de la oscuridad, que daba a una pequeña habitación. Parecía más un trastero que un alojamiento, pero contenía una cama estrecha y un pequeño escritorio, y en el suelo había una alfombrilla deshilachada, sobre unas baldosas sucias. Junto al techo había un ventanuco.

El hombre estaba sentado en la cama, apoyado contra la pared. Llevaba puesto un rojo disfraz de Papá Noel y aún tenía el gorro en la cabeza, aunque medio caído sobre el rostro. La abundante barba blanca le ocultaba la cara. El enorme cinturón estaba suelto y la chaqueta desabrochada. Por dentro llevaba una camiseta blanca de tirantes. A la altura del corazón tenía una herida de carácter letal. Había otras heridas en el torso, pero la del corazón era la definitiva. Las manos estaban llenas de cortes, como si hubiera intentado defenderse del ataque.

Tenía los pantalones bajados. El miembro estaba cubierto por un condón.

—... blanca Navidad... —canturreó Sigurdur Óli mirando el cadáver. Elínborg le chistó.

En la habitación había un ropero pequeño, abierto, donde se veía un revoltijo de pantalones y jerseys, camisas planchadas, calzoncillos y calcetines. Un uniforme de portero colgaba de una percha, azul oscuro con franjas doradas en los hombros y relucientes botones de latón. Unos zapatos negros de cuero, muy limpios, descansaban junto al armario.

Sobre el suelo había periódicos y revistas. Junto a la cama una mesita de noche con lámpara. En la mesita, un único libro: *A History of the Vienna Boys' Choir*.

—¿Este hombre vivía aquí? —preguntó Erlendur, mirando a su alrededor. Entró con Elínborg en la habitación. Sigurdur Óli y el director del hotel se quedaron fuera. No había sitio suficiente para ellos.

—Le permitíamos vivir aquí —dijo el director del hotel con apuro, quitándose el sudor de la frente—. Trabajaba con nosotros desde hacía mucho tiempo. Desde antes

de que yo me incorporara. En la portería.

—¿Estaba abierta la puerta cuando le encontraron? —preguntó Sigurdur Óli, intentando parecer formal, como para compensar la cancioncita.

—A la chica que lo encontró le pedí que os esperara —dijo el director—. Está aguardando en la cantina de personal. Se llevó un buen susto, la pobre, como podréis imaginar. —El director del hotel evitaba mirar el interior de la habitación.

Erlendur avanzó hacia el cadáver y observó la herida del corazón. No conseguía imaginar qué clase de cuchillo había podido matar a aquel hombre. Levantó la mirada. Por encima de la cama, en el rincón, colgaba un viejo y amarillento cartel de una película de Shirley Temple, sujeto con cinta adhesiva. Erlendur no conocía la película. Se llamaba *The Little Princess*. El cartel era el único objeto de decoración de todo el dormitorio.

—¿Quién es esa? —preguntó Sigurdur Óli desde la puerta, mirando el cartel.

—Ahí lo pone —respondió Erlendur—. Shirley Temple.

—¿Quién dices que era? ¿Está muerta?

—¿Qué quién era Shirley Temple? —preguntó Elínborg asombrada de la ignorancia de Sigurdur Óli—. ¿No sabes quién era? ¿No estudiaste en América?

—¿Era una estrella de Hollywood? —preguntó Sigurdur Óli, mirando el cartel.

—Fue una niña prodigio —dijo Erlendur con sequedad—. Así que lleva muerta muchísimo tiempo, esté muerta o no.

—¿Cómo? —preguntó Sigurdur Óli, que no comprendía ni una palabra.

—Una niña prodigio —dijo Elínborg—. Creo que sigue viva. No me acuerdo. Creo que hace algo para las Naciones Unidas.

Erlendur se percató de que no había más objetos personales en la habitación. Miró a su alrededor pero no vio ni una estantería con libros ni CD, ni ordenador, ni televisión, ni radio. Solo una mesa, una silla a su lado y una cama con un almohadón desgastado y un edredón sucio. Aquel cuartucho le recordó a la celda de una prisión.

Salió al pasillo, observó la oscuridad del extremo y creyó notar un débil olor a quemado, como si alguien hubiera andado con cerillas en las tinieblas, para entretenerse o para iluminar su camino.

—¿Qué hay allí? —preguntó al director del hotel.

—Nada —respondió, y miró al vacío—. Solo el final del pasillo. Faltan algunas bombillas, las mandaré arreglar.

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquí ese hombre? —preguntó Erlendur, volviendo a entrar en la habitación.

—No lo sé, desde antes de mi incorporación al hotel.

—¿Ya estaba aquí cuando empezaste de director?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que ha vivido en este cuchitril durante veinte años?

—Sí.

Elínborg miró el condón.

—Como mínimo practicaba el sexo seguro —dijo.

—No lo suficiente —dijo Sigurdur Óli.

En esos momentos apareció el forense acompañado por un empleado del hotel, que volvió a desaparecer por el pasillo. El médico estaba muy grueso, aunque no podía ni compararse con el director del hotel. Entró como pudo en la habitación y Elínborg aprovechó para salir.

—Hola, Erlendur —dijo el forense.

—¿Cómo pinta esto? —preguntó Erlendur.

—Ataque al corazón, pero tendría que examinarle mejor —dijo el forense, famoso por sus chistes malos.

Erlendur miró a Sigurdur Óli y a Elínborg, que mostraban amplias sonrisas.

—¿Sabes cuándo sucedió? —preguntó Erlendur.

—No puede haber pasado mucho tiempo. En algún momento de las dos últimas horas. Apenas ha empezado a enfriarse. ¿Han aparecido los renos?

Erlendur suspiró.

El forense puso una mano sobre el cadáver.

—Voy a escribir el certificado —dijo el doctor—. Luego lo enviáis al departamento de patología forense en Barónstígur, y allí lo abrimos. Dicen que el orgasmo es una especie de muerte —añadió mirando el cuerpo—. Así que lo tuvo por partida doble.

—¿Por partida doble? —Erlendur no comprendía.

—Me refiero al orgasmo —dijo el médico—. Habréis hecho fotos, ¿no?

—Sí, claro —dijo Erlendur.

—Quedarán preciosas en su álbum familiar.

—Me parece que no debe de tener familia —dijo Erlendur mirando en torno suyo—. ¿Ya has acabado por ahora? —preguntó para librarse de su humor.

El forense volvió a contraerse para salir por la puerta de la habitación y desaparecer pasillo adelante.

—¿No tendríamos que cerrar el hotel? —preguntó Elínborg, y vio que el director del hotel contenía la respiración—. ¿Prohibir que la gente entre o salga? ¿No habría que interrogar a los clientes y empleados del hotel? Cerrar los aeropuertos e interrumpir los vuelos al extranjero...

—Por todos los santos —suspiró el director del hotel, que estrujó su pañuelo y miró suplicante a Erlendur—. ¡No es más que el portero!

María y José nunca habrían encontrado alojamiento en este hotel, pensó Erlendur.

—Este... este... horror no tiene nada que ver con mis clientes —dijo el director sin poder respirar, de lo espantado que estaba—. Son extranjeros casi todos, y gente de provincias, solteros de buena posición, armadores de pesca y cosas por el estilo. Nadie que tenga relación alguna con el portero. Nadie. Este es el segundo hotel más grande de Reikiavik. Está repleto durante las fiestas. ¡No podéis cerrarlo y quedaros tan tranquilos! ¡No podéis hacer eso!

—Podríamos, pero no lo vamos a hacer —dijo Erlendur, intentando tranquilizar al director—. Quizá tengamos que interrogar a algunos huéspedes del hotel y a bastantes de los empleados, supongo.

—Gracias a Dios —suspiró el director, ya más tranquilo.

—¿Cómo se llamaba este hombre?

—Gudlaugur —respondió el director del hotel—. Creo que andaba por los cincuenta. Y tienes razón, creo que no tiene familia.

—¿Quiénes venían por aquí a visitarle?

—No tengo ni la menor idea —resopló el director.

—¿Ha sucedido en el hotel alguna vez alguna cosa extraña relacionada con este hombre?

—No.

—¿Algún robo?

—No. No ha pasado nunca nada.

—¿Quejas?

—No.

—¿No andaba metido en nada que pudiera explicar esto?

—No, que yo sepa.

—¿Tuvo algún enfrentamiento con alguna persona del hotel?

—No, que yo sepa.

—¿Y fuera del hotel?

—No, que yo sepa, pero no lo conozco demasiado bien. No lo conocía —se corrigió el director.

—¿En veinte años?

—No, realmente no. No trataba mucho con la gente, creo. Se aislaba todo lo que podía.

—¿Crees que un hotel es lugar adecuado para personas así?

—¿Yo? No sé... Siempre era muy amable y no hubo quejas por su causa, vaya.

—¿Vaya?

—No, no hubo nunca quejas contra él. En realidad no era un mal empleado.

—¿Dónde está la cantina? —preguntó Erlendur.

—Te acompañaré —el director del hotel se quitó el sudor de la cara, feliz de que no tuvieran intención de cerrar el hotel.

—¿Solía recibir invitados en su habitación? —preguntó Erlendur.

—¿Cómo? —dijo el director.

—Invitados —repitió Erlendur—. Quien estuvo aquí debía de ser alguien conocido, ¿no te parece?

El director del hotel miró el cadáver y sus ojos se detuvieron en el condón.

—No sé nada de sus amigas —dijo—. Nada en absoluto.

—No sabes mucho de este hombre —dijo Erlendur.

—Es el portero —dijo el director del hotel, convencido de que esa explicación

habría de ser suficiente para Erlendur.

Salieron. Aparecieron los técnicos de la policía científica con sus aparatos e instrumentos, y varios agentes más detrás de ellos. Les resultó un poco complicado atravesar el pasillo, ocupado casi en su totalidad por el director del hotel. Erlendur les ordenó que examinasen bien el pasillo y el rincón oscuro que había más allá del cuarto. Sigurdur Óli y Elínborg seguían en el diminuto cuchitril, mirando el cadáver.

—No me gustaría que a mí me encontrasen así —dijo Sigurdur Óli.

—A él ya no le importa —dijo Elínborg.

—No, probablemente no —dijo Sigurdur Óli.

—¿Hay algo ahí? —preguntó Elínborg, sacando una bolsita de frutos secos. Siempre estaba mordisqueando algo. Sigurdur Óli pensaba que tenía algún problema de los nervios.

—¿Ahí? —dijo él.

Ella asintió con la cabeza, apuntando al cuerpo. Sigurdur Óli la miró un instante y comprendió a qué se refería. Vaciló un instante, pero finalmente se inclinó y miró atentamente el preservativo.

—No —dijo—. Nada. Está vacío.

—De manera que la mujer le mató antes de que llegara al orgasmo —dijo Elínborg—. El médico creía...

—¿La mujer? —preguntó Sigurdur Óli.

—Bueno, sí, ¿no es evidente? —dijo Elínborg, metiéndose en la boca un buen puñado de panchitos. Se los ofreció a Sigurdur Óli, que rechazó la invitación—. ¿No hay algo de puterío en todo esto? Estuvo aquí con una mujer —añadió—. ¿No?

—Es la hipótesis más simple —dijo Sigurdur Óli, incorporándose.

—¿Tú no lo crees así? —dijo Elínborg.

—No sé. No tengo ninguna sospecha clara.

2

La cantina del personal tenía poco en común con el espléndido vestíbulo del hotel y sus elegantes salones. No había coronas de Navidad, ni música navideña, solo unas cuantas sillas y mesas de cocina, suelo de linóleo, rajado en un sitio, y en un rincón un pequeño espacio de cocina con armarios, máquina de café y un frigorífico. Parecía que nadie se encargaba de la limpieza. Las mesas tenían manchas de café y había tazas sucias por todas partes. La cafetera, exhausta, estaba encendida y eructaba agua a borbotones.

Unos cuantos empleados del hotel formaban un semicírculo en torno a una chica joven, aún muy afectada tras encontrar el cadáver. Había estado llorando, y el rímel negro se le había corrido por las mejillas. Levantó la mirada cuando entró Erlendur acompañado por el director del hotel.

—Ahí la tienes —dijo el director, como si hubiera sido ella quien hubiera violado la santidad de las navidades, e hizo una señal a los empleados para que salieran. Erlendur le dio un empujoncito para que saliese él también, diciendo que quería charlar con la chica en privado. El director del hotel lo miró asombrado, pero no hizo objeción alguna e indicó que tenía mucho que hacer. Erlendur cerró la puerta tras él cuando salió.

La muchacha se frotó las mejillas para limpiarse el rímel y miró a Erlendur sin saber bien a qué atenerse. Erlendur sonrió, arrastró una silla y se sentó delante de la muchacha. Tenía más o menos la edad de su hija, algo más de veinte años, estaba intranquila y todavía bajo el *shock* de lo que había visto. Era delgada, tenía el cabello negro y vestía el uniforme de las limpiadoras del hotel, una bata de color azul claro. Encima del bolsillo del pecho llevaba prendida la etiqueta con su nombre. Ösp.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? —preguntó Erlendur.

—Casi un año —respondió Ösp en voz baja, mirándolo. No daba la impresión de que fuera a hacerle nada malo. Sorbió por la nariz y se acomodó en la silla. Sin duda, encontrar el cadáver la había afectado mucho. Un suave temblor la hacía estremecerse de arriba abajo. El nombre le va muy bien, pensó Erlendur. Ösp, el álamo temblón. Parecía un arbolillo agitado por el viento.

—¿Te gusta trabajar aquí? —preguntó Erlendur.

—No —fue la respuesta.

—¿Y por qué no lo dejas, entonces?

—Hay que trabajar.

—¿Qué es lo que te disgusta tanto?

Le miró como si la pregunta fuera ociosa.

—Hago las camas —dijo—. Limpio los baños. Paso la aspiradora. Aunque mejor que estar de cajera de supermercado sí que es.

—¿Y la gente?

—El director es un tío asqueroso.

—Parece una boca de incendios mal cerrada —dijo Erlendur.

Ösp sonrió.

—Y algunos clientes se creen que una trabaja para que le metan mano.

—¿Por qué bajaste al sótano? —preguntó Erlendur.

—A buscar a Papá Noel. Los niños le estaban esperando.

—¿Los niños?

—Los de la fiesta de Navidad. Tenemos una fiesta de Navidad para los empleados del hotel. Para sus hijos y también para los niños que se alojan en el hotel, y él hacía de Papá Noel. Como no aparecía, me mandaron a buscarlo.

—No debió de ser nada agradable.

—Nunca había visto un cadáver. Y encima el condón... —Ösp intentó apartar la imagen de su mente.

—¿Ese hombre tenía amigas aquí, en el hotel?

—Ninguna que yo sepa.

—¿Sabes si había alguna mujer con la que tuviera relaciones fuera del hotel?

—No sé nada sobre ese hombre, y ya he visto más de él de lo que se me petece.

—Me apetece —la corrigió Erlendur.

—¿Qué?

—Se dice «me apetece», no «se me petece».

La muchacha se lo quedó mirando como si Erlendur hubiera perdido un tornillo.

—¿Eso te parece importante?

—Sí —dijo Erlendur.

La muchacha sacudió la cabeza, con la mirada perdida.

—¿Y no sabes nada de idas y venidas de clientes? —dijo Erlendur para acabar de una vez con la conversación sobre la corrección del lenguaje. De pronto se imaginó una institución terapéutica en la que iban entrando deprimidos enfermos de incorrecciones gramaticales, en bata y zapatillas, y confesaban sus enfermedades: Me llamo Fulano y digo «se me petece».

—No —dijo Ösp.

—¿Estaba abierta la puerta cuando lo encontraste?

Ösp pensó un momento.

—No, la abrí yo. Llamé a la puerta y nadie contestó, esperé y cuando estaba a punto de irme se me ocurrió abrir. Pensaba que la puerta estaría cerrada con llave, pero de repente se abrió y allí estaba él, sentado, con un condón puesto...

—¿Por qué pensabas que estaría cerrada con llave? —Erlendur la interrumpió a toda prisa—. La puerta, quiero decir.

—Bueno. Sabía que era su habitación.

—¿Te cruzaste con alguien al bajar a su cuarto?

—No, con nadie.

—Así que se había vestido para la fiesta de Navidad y llegó alguien y le interrumpió. Tenía puesto el traje de Papá Noel.

Ösp se encogió de hombros.

—¿Quién le hacía la cama?

—¿Qué quieres decir?

—La cama, la ropa de cama. Lleva mucho tiempo sin cambiar.

—No lo sé. Seguramente él mismo.

—Debió de ser una impresión tremenda.

—Fue espantoso —dijo Ösp.

—Lo sé —dijo Erlendur—. Deberías tratar de olvidarlo cuanto antes. Si puedes.

¿Era un buen Papá Noel?

La muchacha se quedó mirándolo.

—¿Eh? —preguntó Erlendur.

—Yo no creo en Papá Noel.

La encargada de la organización de la fiesta de Navidad iba muy bien vestida, era bajita y Erlendur calculó que tendría unos treinta años. Dijo que era la directora de promoción y publicidad del hotel, y Erlendur prefirió no preguntarle más detalles al respecto; casi todo el mundo al que conocía en estos días trabajaba en algo de promoción. La mujer tenía un despacho en el primer piso del hotel, y allí la encontró Erlendur, hablando por teléfono. Había llegado el soplo a los medios de comunicación de que en el hotel estaba pasando algo, y Erlendur imaginó que la buena mujer estaría contando mentiras a algún periodista. La conversación terminó de modo muy abrupto. La mujer colgó el teléfono a su interlocutor diciéndole que no podía dar ninguna información.

Erlendur se presentó, estrechó una mano seca y le preguntó cuándo había hablado por última vez con, ejem, con el hombre del sótano. No sabía si debía hablar del portero o de Papá Noel, y el nombre lo había olvidado. No le pareció muy adecuado llamarle Papá Noel.

Sigurdur Óli sí que era un verdadero Papá Noel, aunque nunca se pusiera el disfraz.

—¿Gulli? —dijo ella, solucionando el problema—. Esta misma mañana, para recordarle la fiesta del árbol de Navidad. Hablé con él en la puerta. Estaba trabajando. Era el portero del hotel, como posiblemente ya sepas. Y más que portero, en realidad era el conserje. Hacía de todo.

—¿Mañoso? —preguntó Erlendur.

—¿Qué?

—¿Mañoso, habilidoso, nunca había que insistir para que cumpliera su cometido?

—No lo sé. ¿Importa? Para mí no hizo nunca nada. O bueno, yo nunca tuve que recurrir a él.

—¿Por qué hacía él de Papá Noel? ¿Le gustaban los niños? ¿Era gracioso? ¿Divertido?

—Es algo de antes de mi llegada. Llevo trabajando aquí tres años, y esta es la tercera fiesta de Navidad de la que me hago cargo. Él había hecho de Papá Noel en las otras dos ocasiones, y también antes. Era correcto. Como Papá Noel. Los niños se lo pasaban bien con él.

La muerte de Gudlaugur no parecía haber afectado mucho a aquella mujer. El pobre hombre no tenía nada que ver con ella. El único resultado del crimen fue una alteración temporal de los asuntos de promoción y publicidad, y Erlendur pensó en cómo podía ser la gente tan insensible y desagradable.

—¿Pero qué clase de persona era?

—No lo sé —respondió—. No le conocía. Era el portero. Y el Papá Noel. En realidad eran las únicas veces que hablé con él. Cuando hacía de Papá Noel.

—¿Qué fue de la fiesta de Navidad? Quiero decir, cuando se supo que Papá Noel había muerto.

—La suspendimos. No se podía hacer otra cosa. También como muestra de respeto —añadió, como para mostrar por fin una pizca de sentimiento. No sirvió de nada. Erlendur sacó la clara conclusión de que el cadáver del sótano no podía resultarle más indiferente a aquella mujer.

—¿Quién conocía mejor a ese hombre? —preguntó—. Aquí en el hotel, me refiero.

—Pues no lo sé. Intenta hablar con el jefe de recepción. El portero estaba a sus órdenes.

Sonó el teléfono que había en la mesa y la mujer respondió. Miró a Erlendur como si le molestara, así que el policía se levantó y salió, pensando que la mujer no podría seguir mintiendo por teléfono para siempre.

El jefe de recepción no podía atender a Erlendur. Los viajeros se apiñaban ante el mostrador de recepción, donde se afanaba con ayuda de otros tres empleados del hotel, y no podía dejar el puesto ni por un momento. Erlendur les estuvo mirando mientras anotaban los registros, examinaban pasaportes, entregaban llaves, sonreían y atendían al siguiente. La cola llegaba hasta la puerta giratoria. A través de ella, Erlendur vio detenerse otro autocar de turistas ante el hotel.

Había policías por todo el establecimiento, la mayoría de paisano, interrogando a los empleados. Habían instalado una especie de oficina policial en la cantina del sótano, desde donde se dirigía la investigación.

Erlendur observó los adornos navideños de la entrada. Por los altavoces sonaba una canción navideña americana. Entró en el gran comedor que había al otro lado de la puerta principal. Los primeros clientes estaban tomando asiento ante un espléndido bufé navideño. Pasó junto a la mesa y admiró los arenques y la carne ahumada, el jamón frío y la lengua de ternera con todo su acompañamiento, y los apetitosos postres, helados, tartas de crema y mousse de chocolate, o lo que fuera aquello.

A Erlendur se le hizo la boca agua. Prácticamente no había comido nada en todo el día. Miró a su alrededor y de pronto, sin dar tiempo a que nadie lo viera, se metió

en la boca una loncha de sabrosísima lengua de ternera. Pensó que nadie se habría dado cuenta y el corazón le dio un vuelco al oír a su espalda una voz irritada.

—Ah no, eso no se puede hacer. ¡Eso no se puede hacer!

Erlendur se dio la vuelta y vio a un hombre con gorro alto de cocinero que se dirigía a él con gesto furioso.

—¿Pero qué es eso, meterse la comida en la boca de ese modo? ¡Qué falta de educación!

—Tranquilo —dijo Erlendur, alargando la mano para coger un plato. Empezó a llenarlo con diversos manjares, como si su intención hubiera sido desde el principio hacer los honores al bufé.

—¿Conocías tú a Papá Noel? —preguntó para zanjar el tema de la lengua de ternera.

—¿Papá Noel? —dijo el cocinero—. ¿Qué Papá Noel? Tengo que pedirte que no toques la comida con los dedos. No es...

—A Gudlaugur —le interrumpió Erlendur—. ¿Lo conocías? Era también portero y un poco el chico para todo en el hotel, ya me entiendes.

—¿Te refieres a Gulli?

—Sí, Gulli —dijo Erlendur mientras depositaba en su plato una estupenda loncha de jamón frío con un poco de salsa de yogur por encima. Pensó en avisar a Elínborg para que hiciera una visita al bufé, era una gran gastronoma y estaba escribiendo un libro de recetas desde hacía muchos años.

—No, yo... ¿qué quieres decir con «lo conocías»? —preguntó el cocinero.

—¿No te has enterado?

—¿De qué? ¿Pasa algo?

—Ha muerto. Asesinado. ¿No se ha corrido la voz por el hotel?

—¿Asesinado? —exclamó el cocinero—. ¡Asesinado! Pero ¿aquí, en el hotel? ¿Y tú quién eres?

—En su cuarto. Abajo, en el sótano. Yo soy de la policía.

Erlendur continuó seleccionando manjares sobre su plato. El cocinero se había olvidado ya de la lengua de ternera.

—¿Cómo lo mataron?

—Es mejor decir lo menos posible.

—¿Aquí, en el hotel?

—Sí.

El cocinero miró a su alrededor.

—No puedo creerlo —dijo—. Habrá follón, ¿no?

—Pues sí —dijo Erlendur—. Habrá follón.

Sabía que el hotel nunca podría quitarse de encima aquel crimen. Nunca podría borrar el estigma. A partir de aquel momento sería siempre el hotel donde encontraron muerto a Papá Noel con un condón en el pene.

—¿Lo conocías? —preguntó Erlendur—. ¿Conocías a Gulli?

—No, casi nada. Era el portero y se apañaba con toda clase de cosas.

—¿Se apañaba?

—Las arreglaba. Yo no le conocía.

—¿Sabes quién podía conocerlo mejor en el hotel?

—No —dijo el cocinero—. No sé nada sobre el buen hombre. ¿Quién puede haberlo asesinado? ¿Aquí? ¿En el hotel? ¡Dios mío!

Por sus palabras, Erlendur supo que estaba más preocupado por el hotel que por el muerto. Estuvo a punto de decirle que la clientela podría aumentar con el crimen. La gente era así. Incluso podrían hacer publicidad del hotel como escenario de un crimen. Atraer al turismo interesado en el mundo del delito. No siguió por allí. Le apetecía sentarse con su plato a saborear la comida. Estar tranquilo un momento.

En esas llegó Sigurdur Óli.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Erlendur.

—No —respondió Sigurdur Óli mirando al cocinero, que ya entraba precipitadamente en la cocina con la noticia—. ¿Y ahora te pones a zampar? —añadió, indignado.

—Venga, no me fastidies. He tenido un problemilla por aquí.

—Ese hombre no tenía nada, y si lo tenía, no lo guardaba en su cuarto —dijo Sigurdur Óli—. Elínborg encontró unos discos viejos en el armario. Y eso es todo. ¿No deberíamos cerrar el hotel?

—¿Cerrar el hotel, pero qué estupidez es esa? —dijo Erlendur—. ¿Cómo vas a cerrar este hotel? ¿Y por cuánto tiempo? ¿Piensas registrar todas las habitaciones del edificio?

—No, pero el asesino podría ser un huésped del hotel. No podemos descartarlo.

—No es nada seguro, en absoluto. Hay dos posibilidades. O está en el hotel, sea huésped o empleado, o no tiene nada que ver con el hotel. Lo que tenemos que hacer es hablar con todos los empleados y con todas las personas que vayan a dejar el hotel en los próximos días, y sobre todo con los que se vayan antes de lo previsto, aunque dudo que el culpable se atreva a llamar la atención haciendo algo así.

—No, claro. Pensaba en el condón —dijo Sigurdur Óli.

Erlendur buscó con la mirada una mesa vacía, la encontró y se sentó. Sigurdur Óli se sentó a su lado mirando el plato rebosante, y también se le hizo la boca agua.

—Una cosa, si se trata de una mujer, estará aún en edad fértil, ¿no? Por el condón.

—Sí, de haber sucedido hace veinte años —dijo Erlendur saboreando el jamón ligeramente ahumado—. Hoy día, un condón es más que un simple anticonceptivo. Es una protección contra toda clase de enfermedades, clamidia, sida...

—El condón también puede decirnos que no conocía bien a esa, esa... persona con la que estuvo en su habitación. Debía de tratarse de alguien a quien acababa de conocer. De haberle sido más familiar, quizá no habría usado condón.

—No debemos olvidar que el condón no excluye que hubiera podido estar con un hombre —dijo Erlendur.

—¿Qué clase de cuchillo pudo ser? El arma del crimen, digo.

—Ya veremos lo que sale de la autopsia. Naturalmente, no tiene ningún sentido investigar todos los cuchillos del hotel, si es que el agresor era alguien de aquí.

—¿Está bueno? —preguntó Sigurdur Óli. Había estado contemplando a Erlendur regalarse con los manjares y estaba en un tris de coger algo también él, pero temía incurrir en otro escándalo: dos polis en plena investigación de un asesinato cometido en el hotel, sentados en el bufé como si no hubiera pasado nada.

—Olvidé comprobar si había algo dentro —dijo Erlendur entre un bocado y otro.

—¿Crees que es correcto ponerte a comer así en el escenario del crimen?

—Esto es un hotel.

—Sí, pero...

—Ya te lo he dicho. Tuve algún problemilla. Esta fue la única forma de salir airoso. ¿Había algo dentro del condón?

—Vacío —dijo Sigurdur Óli.

—El forense dijo que había tenido un orgasmo. Dos, en realidad, aunque no le comprendí bien.

—No sé de nadie capaz de comprenderle.

—Así que el crimen se cometió en plena faena.

—Sí. Fue algo hecho de repente mientras todo está saliendo a pedir de boca.

—Si todo iba a pedir de boca, ¿por qué había un cuchillo allí al lado?

—A lo mejor era parte del juego.

—¿De qué juego?

—El sexo se ha vuelto muy complicado, ya no es solo la posición del misionero —dijo Sigurdur Óli—. Así que puede haber sido cualquiera, ¿no?

—Cualquiera —dijo Erlendur—. ¿Por qué se habla siempre de la posición del misionero? ¿De qué misionero se trata?

—No lo sé —dijo Sigurdur Óli con un suspiro. A veces Erlendur hacía preguntas que le resultaban molestas, porque eran muy simples y al mismo tiempo tremendamente complicadas y aburridas.

—¿Procede de África?

—O de los católicos —dijo Sigurdur Óli.

—¿Y por qué un misionero?

—No lo sé.

—El condón no excluye otra clase de sexo —dijo Erlendur—. Eso hay que tenerlo claro. No se puede excluir nada por ese condón. ¿Preguntaste al director del hotel por qué quería echar a la calle a Papá Noel?

—No, ¿quería echar a Papá Noel a la calle?

—Lo dijo de pasada, pero no lo explicó. Tenemos que saber lo que quería decir.

—Me lo apunto —dijo Sigurdur Óli, que llevaba siempre un cuadernito y un lápiz.

—Y hay un grupo de personas que usa condones más que los demás.

—¿Sí? —preguntó Sigurdur Óli poniendo gesto interrogante.

—Las putas.

—¿Las putas? —repitió Sigurdur Óli—. ¿Las furcias? ¿Crees que las hay aquí? Erlendur asintió.

—Llevan a cabo una potente evangelización en los hoteles.

Sigurdur Óli se levantó pero se quedó moviéndose inquieto delante de Erlendur, que había terminado su plato y volvía a mirar el bufé con ojos ávidos.

—Ejem, ¿qué planes tienes para la Navidad? —preguntó finalmente Sigurdur Óli, incómodo.

—¿Para la Navidad? —dijo Erlendur—. Pues voy a... ¿Qué quieres decir, con qué planes tengo para la Navidad? ¿Dónde debería pasar la Navidad? ¿Y a ti qué te importa?

—Bergthóra estaba dándole vueltas a si las pasarías solo.

—Eva Lind tiene no sé qué planes. ¿Y qué pretende Bergthóra? ¿Que vaya con vosotros?

—Ay, bueno, no lo sé —respondió Sigurdur Óli—. ¡Mujeres! ¿Quién las entiende? —y se alejó de la mesa a grandes zancadas en dirección al sótano.

Elínborg estaba frente a la puerta de la habitación del interfecto, observando las labores de los especialistas de la policía científica, cuando Sigurdur Óli apareció por el oscuro corredor.

—¿Dónde está Erlendur? —le preguntó, exprimiendo las últimas migas de su bolsita de frutos secos.

—En el bufé —soltó violentamente Sigurdur Óli.

El análisis que se practicó aquella tarde certificó que el condón estaba cubierto de saliva.

3

La brigada de la policía científica se puso en contacto con Erlendur en cuanto descubrió aquella muestra biológica. Estaba aún en el hotel. El escenario del crimen se había transformado, entre tanto, en algo parecido a un salón fotográfico. Los destellos de flash iluminaban el oscuro pasillo a intervalos regulares. El cadáver de Gudlaugur fue fotografiado por detrás y por delante, así como todo lo que había en la habitación. Luego trasladaron al difunto al depósito de cadáveres de Barónstígur, donde se llevaría a cabo la autopsia. Los especialistas estuvieron buscando huellas dactilares en la habitación del portero y encontraron muchísimas, que se compararían con las huellas registradas en los archivos de la policía. Se tomaron las huellas a todos los empleados del hotel, y el hallazgo de la policía científica condujo a que se les tomaran también muestras de saliva.

—¿Y qué hay de los huéspedes? —preguntó Elínborg—. ¿No deberíamos hacer lo mismo con ellos?

Estaba deseando volver a casa, así que se arrepintió de su pregunta; quería terminar la jornada. Elínborg se tomaba las navidades con mucha solemnidad y echaba de menos a su familia. Adornaba su hogar con ramitas y guirnaldas. Hacía exquisitas galletitas que guardaba en *tupperwares* marcados cuidadosamente según los tipos. Luego guisaba exquisitos platos navideños que eran famosos incluso fuera de los límites de su familia. El plato principal de cada Navidad era muslo de cerdo a la sueca, que sumergía en salmuera durante doce días en el balcón de su casa y cuidaba como si se tratase del mismo Niño Jesús envuelto en sus pañales.

—Creo que hemos de pensar, en principio, que el asesino es islandés —dijo Erlendur—. De momento, dejaremos tranquilos a los huéspedes. El hotel está llenándose para las fiestas y poca gente se marcha. Nos bastará con los que se vayan, les tomaremos muestras de saliva, incluso huellas dactilares. No podemos impedir que abandonen el país. Para poder hacerlo tendrían que existir sospechas firmes en su contra. De modo que necesitamos una lista de los huéspedes extranjeros que estaban en el hotel en las horas en que se cometió el crimen, y dejaremos en paz a los que llegaron más tarde. Intentemos simplificar las cosas.

—¿Y si no son tan simples? —preguntó Elínborg.

—No creo que ninguno de los huéspedes del hotel sepa que se ha cometido un crimen —dijo Sigurdur Óli, que también quería volver a casa. Su mujer, Bergthóra, lo había llamado esa tarde para preguntarle si no pensaba volver ya. Ahora era el momento adecuado. Sigurdur Óli sabía exactamente lo que quería decir con eso del momento adecuado. Estaban intentando tener un hijo pero no había forma, y Sigurdur Óli le había dicho a Erlendur que habían empezado a hablar de fertilización in vitro.

—¿Y tenéis que llevar un tubo de esos? —preguntó Erlendur.

—¿Un tubo? —dijo Sigurdur Óli.

—Un frasco de esos. Por la mañana.

Sigurður Óli se quedó mirándolo hasta que comprendió por fin a qué se refería Erlendur.

—Nunca debería haberte hablado de eso —exclamó con brusquedad.

Erlendur bebía a sorbitos un café de pésimo gusto. Estaban sentados los tres solos en la cantina de personal, en el sótano. El operativo había concluido, policías y especialistas habían desaparecido, la habitación estaba precintada. A Erlendur le daba igual. Si se marchaba, el único lugar al que podía ir era su casa, en un oscuro bloque de apartamentos. Para él, la Navidad no significaba nada. Tendría unos días libres en los que no sabría qué hacer. Tal vez viniera su hija de visita, y entonces guisarían el típico tasajo de cordero ahumado. A veces la acompañaba su hermano. Y Erlendur se sentaba a leer, que era lo que hacía siempre.

—Deberíais marcharos a casa —dijo—. Yo me voy a quedar aquí un poco más. A ver si consigo charlar con el jefe de recepción cuando esté menos liado.

Elínborg y Sigurður Óli se pusieron en pie.

—¿Estás bien? —preguntó Elínborg—. ¿No prefieres marcharte a casa? Se acerca la Navidad y...

—¿Qué os pasa a ti y a Sigurður Óli? ¿Por qué no me dejáis en paz?

—Es Navidad —dijo Elínborg con un suspiro. Vaciló—. Olvídalo —dijo a continuación. Sigurður Óli y ella se dieron la vuelta y abandonaron la cantina.

Erlendur se quedó un buen rato allí sentado, pensativo. Intentaba entender por qué le había preguntado Sigurður Óli dónde pensaba pasar la Navidad, y pensó en el interés mostrado por Elínborg. Vio en su mente su apartamento, la butaca, el viejo televisor y los libros que tapizaban las paredes.

A veces, en Navidad, se compraba una botella de Chartreuse y se ponía un vaso al lado, mientras leía sobre las penurias y las muertes de los tiempos en que había que hacer a pie todos los viajes y las navidades eran una época peligrosa. La gente no dejaba que ningún obstáculo les impidiera llegar a sus seres queridos, y se enfrentaban a las fuerzas de la naturaleza, se extraviaban y perecían mientras que, en el establo, la celebración del nacimiento del Salvador se convertía en una pesadilla. A algunos los encontraban. A otros, no. Nunca.

Aquellas eran las historias navideñas de Erlendur.

El jefe de recepción se había quitado el uniforme del hotel y estaba ya poniéndose el abrigo cuando Erlendur lo abordó en el guardarropa. El hombre dijo que estaba muerto de cansancio y que quería llegar a casa para estar con su familia, como todo el mundo. Había oído hablar del crimen, sí, horrible, pero no sabía en qué podía ser de utilidad.

—Tengo entendido que, de la gente del hotel, tú eres quien mejor lo conocía —dijo Erlendur.

—No, creo que eso no es correcto —dijo el recepcionista jefe, envolviéndose el

cuello en una gruesa bufanda—. ¿Quién te dijo eso?

—Estaba a tus órdenes, ¿no? —dijo Erlendur, dejando sin respuesta la pregunta.

—Sí, estaba a mis órdenes, probablemente sí. Él era portero, yo me encargo de la recepción, del registro de huéspedes, quizá ya lo sabes. Por cierto, ¿no sabrás hasta qué hora abren las tiendas esta tarde?

No parecía estar muy interesado en Erlendur ni en sus preguntas, y el policía se sintió indignado. Y lo que le indignaba más aún era que a todos les resultara indiferente lo que le había sucedido al hombre del sótano.

—Las veinticuatro horas, no lo sé. ¿Quién iba a querer apuñalar a tu portero?

—¿Mi portero? No era mi portero. Era el portero del hotel.

—¿Y por qué tenía los pantalones bajados y un condón en la polla? ¿Quién estuvo con él? ¿Quiénes solían ir a visitarlo? ¿Quiénes eran sus amigos en el hotel? ¿Quiénes eran sus amigos fuera del hotel? ¿Quiénes eran sus enemigos? ¿Por qué vivía en el hotel? ¿Qué tipo de acuerdo era ese? ¿Qué intentas ocultar? ¿Por qué no puedes responderme como una persona normal?

—Oye, yo, ¿qué dices...? —el recepcionista jefe calló—. Lo único que quiero es irme a casa —dijo por fin—. No sé las respuestas a todas esas preguntas. Está a punto de llegar la Navidad. ¿No podríamos hablar mañana? No he tenido ni un momento de descanso en todo el día.

Erlendur lo miró.

—Hablaremos mañana —dijo. Salió del guardarropa, pero de repente recordó la pregunta que le rondaba por la cabeza desde su conversación con el director. Dio media vuelta. El jefe de recepción estaba saliendo por la puerta cuando Erlendur le dijo que esperara un momento.

—¿Por qué queríais echarlo a la calle?

—¿Qué?

—Queríais echarlo a la calle. A Papá Noel. ¿Por qué?

—Lo habían despedido —dijo por fin.

El director del hotel estaba comiendo cuando Erlendur fue a hablar con él. Estaba sentado a una gran mesa de la cocina, acababa de ponerse un delantal de cocinero y se engullía los restos de las bandejas medio vacías que habían traído del bufé.

—No puedes ni imaginarte cómo me gusta comer —dijo, limpiándose los labios, cuando se dio cuenta de que Erlendur lo miraba fijamente—. En paz y tranquilidad —añadió.

—Sé exactamente lo que quieres decir —repuso Erlendur.

Estaban solos en la amplia y reluciente cocina. Erlendur no pudo menos que admirar a aquel hombre. Comía deprisa pero con gran elegancia y sin ansia. Casi había algo refinado en los movimientos de sus manos. Un bocado desaparecía tras el anterior, con profesionalidad y pasión evidente.

Estaba más tranquilo ahora que ya habían retirado el cadáver y se había marchado la policía, así como la gente de los medios, que se habían instalado delante del hotel; la policía lo había organizado todo para que no pudieran entrar en el hotel, pues el edificio entero pasó a considerarse escenario del crimen. Tampoco se vio afectada la actividad del hotel. Solo un par de huéspedes extranjeros sabían lo del crimen en el sótano. Pero la mayoría de ellos se percató de las idas y venidas de la policía y preguntaron. El director del hotel ordenó a sus empleados decirles que un anciano había sufrido un ataque al corazón.

—Sé lo que estás pensando, crees que soy un cerdo, ¿verdad? —dijo al dejar de masticar para tomar un sorbo de vino tinto. Un dedo meñique del tamaño de una salchichita se alzó en el aire.

—No, pero comprendo por qué quieres ser director de hotel —dijo Erlendur. Y no pudo reprimirse—: Te estás matando y lo sabes —añadió con toda brusquedad.

—Peso 180 kilos —dijo el director—. Los cerdos de engorde no alcanzan a pesar mucho más. Siempre he sido gordo. Nunca he conocido otra cosa. Nunca me he puesto a dieta. Nunca he podido ni pensar en cambiar de estilo de vida, como lo llaman. Me encuentro bien así. Mejor que tú, me da la impresión —añadió.

Erlendur recordó haber oído decir que los gordos son más felices que los flacos. Aunque él no creía demasiado en semejante sentencia.

—¿Mejor que yo? —preguntó Erlendur con una sonrisa apagada—. De eso no tienes ni idea. ¿Por qué echaste al portero?

El director se había puesto a comer de nuevo y pasaron unos momentos antes de que dejara los cubiertos en la mesa. Erlendur esperó pacientemente. Vio que el director estaba pensando en cuál sería la mejor respuesta, qué palabras usar, visto que Erlendur se había enterado del despido.

—No nos ha ido muy bien últimamente —respondió por fin—. Tenemos *overbooking* en verano y cada vez hay más afluencia de público durante las navidades y fin de año, pero luego hay temporadas muertas que pueden llegar a ser de lo más difíciles. Los propietarios dijeron que había que hacer recortes. Disminuir el número de empleados. Me pareció innecesario disponer de un portero a tiempo completo los doce meses del año.

—Pero tengo entendido que era mucho más que un simple portero. Hacía de Papá Noel, por ejemplo. Y era chico para todo. Un tío manitas. Arreglaba cosas. Era más como un conserje.

El director seguía concentrado en su banquete y se produjo una nueva pausa en la conversación. Erlendur miró a su alrededor. La policía había autorizado a los empleados que ya habían concluido su jornada a marcharse a casa, tras haber anotado sus nombres y direcciones. Aún se desconocía quién había sido la última persona en hablar con la víctima, o qué le había sucedido en sus últimos días. Nadie había visto en Papá Noel nada desacostumbrado que le llamara la atención. Nadie había visto a nadie bajar al sótano. Nadie sabía si Papá Noel había recibido allí alguna visita. Solo

unos pocos sabían siquiera que vivía allí, que ese cuchitril del sótano era su único hogar, y todo parecía indicar que no querían relacionarse con él más de lo necesario. Solo unos cuantos confesaron que lo conocían, y no parece que tuviera amigo alguno en el hotel. Los empleados desconocían también si los tenía fuera.

«Un auténtico niño perdido», pensó Erlendur.

—Nadie es imprescindible —dijo el director, estirando la salchichita al tomar un trago de vino—. Naturalmente, nunca es agradable despedir a alguien, pero no tenemos trabajo suficiente en portería los doce meses del año. Por eso prescindimos de sus servicios. No hubo ningún otro motivo. Y en realidad tampoco había mucho que hacer en portería. Se ponía el uniforme cuando llegaban estrellas del cine o políticos extranjeros, y echaba a la gente que intentaba colarse.

—Cuando le informaron del despido, ¿se lo tomó a mal?

—Creo que lo entendió.

—¿Falta algún cuchillo en la cocina? —preguntó Erlendur.

—No lo sé. Cada año se pierden miles de cuchillos, tenedores y vasos. También toallas y... ¿Crees que lo mataron con un cuchillo del hotel?

—No lo sé.

Erlendur miró comer al director del hotel.

—Trabajó aquí durante veinte años y nadie lo conocía. ¿No te parece extraño?

—Los empleados van y vienen —dijo el director, encogiéndose de hombros—. Así suelen ser las cosas donde cambia mucho la gente. Creo que la gente era consciente de su existencia, pero ¿quién conoce a alguien? En realidad, yo no conozco a nadie, aquí.

—Tú parece haber sobrevivido a todos esos cambios de personal.

—A mí es difícil echarme.

—¿Por qué usaste la expresión «echarlo a la calle»?

—¿Eso dije?

—Sí.

—Era una forma de decirlo, como otra cualquiera. No implicaba nada especial.

—Pero acababas de despedirlo e ibas a echarlo a la calle —dijo Erlendur—. Y entonces viene alguien y lo mata. Últimamente no tuvo una buena época el pobre hombre.

El director del hotel hizo como si Erlendur no existiera, mientras engullía pasteles y mousse con delicados movimientos de gourmet, intentando saborear lo mejor posible aquellas exquisiteces.

—¿Por qué no se había marchado si ya lo habíais despedido?

—Tenía que haberse ido a finales del mes pasado. Estuve insistiéndole pero no lo hice con suficiente energía. Tendría que haberle obligado. Y entonces no habría pasado todo este horror.

Erlendur miró al director del hotel, que masticaba con deleite, y calló. A lo mejor fue por el bufé. A lo mejor por su oscuro bloque de apartamentos. A lo mejor por la

época del año. Por la comida enlatada que le esperaba en casa. Por unas Navidades en soledad. Erlendur no lo sabía. La pregunta brotó de sus labios casi por sí sola. Antes de que él se diera cuenta.

—¿Una habitación? —dijo el director del hotel como si fuera incapaz de comprender de qué le estaba hablando Erlendur.

—No tiene que ser nada especial —dijo Erlendur.

—¿Para ti, quieres decir?

—Una habitación individual —dijo Erlendur—. No hace falta que tenga televisión.

—Lo tenemos todo ocupado. Lo siento —el director del hotel se quedó mirando a Erlendur. No estaba dispuesto a que aquel policía anduviera revoloteando por allí día y noche.

—El encargado de recepción dijo que quedaban habitaciones vacías —mintió Erlendur, ya más decidido—. Dijo que no habría problema, pero que tenía que hablar primero contigo.

El director del hotel lo miró fijamente. Bajó la vista a su mousse, que aún no había terminado. Luego apartó el plato, había perdido el apetito.

Hacía frío en la habitación. Erlendur estaba de pie junto a la ventana mirando, pero lo único que veía era su propio reflejo en el oscuro vidrio. Hacía tiempo que no miraba a aquel hombre cara a cara, y allí, en la penumbra, pudo comprobar que había empezado a envejecer. A su lado y a su alrededor caían copos de nieve, parsimoniosos, como si los cielos se hubieran quebrado y su polvo estuviera regando el mundo.

Acudió a su mente un pequeño volumen de poesía que tenía en casa, traducciones de algunos poemas de Hölderlin. Dejó a su mente vagar sin rumbo por los poemas hasta que se detuvo en una frase que comprendió que estaba relacionada con aquel hombre que lo miraba a los ojos desde la ventana.

Los muros se yerguen mudos y fríos al viento, gimen las veletas.

Estaba quedándose dormido cuando tocaron suavemente a la puerta de su habitación y oyó pronunciar su nombre en voz baja.

Supo al momento quién era. Cuando abrió vio a su hija, Eva Lind, en el pasillo. Se miraron y ella le sonrió y entró escurriéndose por el hueco que quedaba libre en la puerta. Erlendur cerró. Eva Lind se sentó junto al pequeño escritorio y sacó un paquete de cigarrillos.

—Creo que aquí está prohibido fumar —dijo Erlendur, que obedecía la prohibición.

—Sí —respondió Eva Lind, extrayendo un cigarrillo del paquete—. ¿Por qué hace tanto frío aquí?

—Estará estropeado el radiador.

Erlendur se sentó en el borde de la cama. Estaba en calzoncillos y se echó el edredón sobre los hombros y la cabeza, lo que le confería cierto aspecto de hombre de las cavernas.

—¿Qué haces? —dijo Eva Lind.

—Tengo frío —contestó Erlendur.

—Quiero decir qué haces aquí, en una habitación de hotel; ¿por qué no te vas a casa? —absorbió el humo hasta el fondo de los pulmones, quemó casi un tercio del cigarrillo, y luego exhaló y, en un instante, la habitación se llenó de humo.

—No lo sé. No tengo... —Erlendur calló.

—¿Ya no tienes ganas de volver a casa?

—Me pareció lo más indicado. Asesinaron a un hombre aquí en el hotel hoy mismo, ¿te enteraste?

—Un Papá Noel, ¿no? ¿Lo asesinaron?

—El portero. Iba a hacer de Papá Noel en la fiesta infantil del hotel. ¿Y tú, cómo andas?

—Muy bien —dijo Eva Lind.

—¿Sigues con el trabajo?

—Sí.

Erlendur la miró. Tenía mejor aspecto. Seguía igual de flacucha, pero las ojeras debajo de sus bellos ojos azules se habían desdibujado un poco y las mejillas no estaban ya tan hundidas. Pensaba que su hija llevaba ya casi ocho meses sin tocar las drogas. Desde que tuvo el aborto y pasó un tiempo en el hospital, en coma, entre la vida y la muerte. Cuando salió del hospital se fue a vivir a casa de Erlendur, donde pasó seis meses, y encontró un trabajo fijo, algo que no había sucedido durante dos años. Desde hacía unos meses vivía en una habitación alquilada en el centro.

—¿Cómo me localizaste? —preguntó Erlendur.

—No te encontré en el móvil, llamé a la comisaría y me dijeron que estabas aquí. Cuando pregunté, me enteré de que te habías inscrito en el hotel. ¿Qué pasa? ¿Por

qué no te fuiste a casa?

—No sé muy bien lo que estoy haciendo —dijo Erlendur—. La Navidad es una época rara.

—Sí —dijo Eva Lind, y los dos se quedaron en silencio.

—¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó Erlendur.

—Sindri sigue trabajando en provincias —respondió Eva Lind, y el cigarrillo chisporroteó al arder hasta el filtro. Cayó ceniza al suelo. Eva Lind buscó un cenicero pero no encontró ninguno y dejó la colilla de pie en una esquina de la mesa, mientras se apagaba.

—¿Y tu madre? —preguntó Erlendur. Eran siempre las mismas preguntas, y las respuestas también solían ser las mismas.

—Bien. Currando como una esclava, como siempre.

Erlendur calló, debajo del edredón. Eva Lind miró el azulado humo del cigarrillo que se elevaba desde la mesa.

—No sé si voy a ser capaz de seguir aguantando —dijo, mirando largamente el humo.

Erlendur levantó la mirada desde debajo de su edredón.

En ese momento llamaron a la puerta y los dos se miraron con gesto de extrañeza. Eva se levantó y abrió. En el pasillo había un empleado del hotel, con chaqueta de uniforme. Dijo que trabajaba en recepción.

—Está prohibido fumar aquí dentro —fue lo primero que dijo al ver el interior de la habitación.

—Le estaba pidiendo que lo apagara —respondió Erlendur, en calzoncillos, debajo del edredón—. Nunca me hace caso.

—Está prohibido traer chicas a las habitaciones —dijo el hombre—. Por lo que ha sucedido.

Eva Lind sonrió débilmente y miró a su padre. Erlendur levantó los ojos para mirar a su hija, y luego al empleado.

—Nos dijeron que una chica había subido a esta habitación —continuó el hombre—. No está permitido. Tendrás que marcharte. Ahora mismo.

Se quedó en la puerta esperando que Eva Lind le acompañase. Erlendur se puso en pie, todavía cubierto con el edredón, y se acercó al hombre.

—Es mi hija —le dijo.

—Sí, claro —respondió el recepcionista, como si ni le fuera ni le viniera.

—En serio —dijo Eva Lind.

El hombre miró a uno y después a la otra.

—No quiero líos —dijo.

—Lárgate y déjanos en paz —dijo Eva Lind.

El hombre siguió allí, mirando a Eva Lind y a Erlendur en calzoncillos debajo de su edredón, detrás de ella, y no se movió.

—Al radiador le pasa algo —dijo Erlendur—. No calienta.

—Tendrá que venir conmigo —dijo el hombre.

Eva Lind miró a su padre y se encogió de hombros.

—Hablaemos en otro momento —dijo—. No me gusta nada esta gilipollez.

—¿Qué quieres decir con eso de que no eres capaz de seguir aguantando? —preguntó Erlendur.

—Ya hablaemos de ello —respondió Eva, y salió por la puerta.

El hombre sonrió a Erlendur.

—¿Piensas hacer algo con el radiador este? —preguntó Erlendur.

—Daré parte —respondió al cerrar la puerta.

Erlendur volvió a sentarse en el borde de la cama. Eva Lind y Sindri Snaer eran el fruto de un matrimonio desdichado que había terminado más de veinte años atrás. Erlendur no había tenido prácticamente ningún contacto con sus hijos después del divorcio. Fue decisión de su exmujer, Halldóra. Se sentía engañada y utilizó a los niños para vengarse. Erlendur dejó así las cosas. Lamentaba haber dejado pasar tanto tiempo sin tener trato con sus hijos. Se arrepentía de haber dejado decidir a Halldóra. Cuando crecieron, fueron ellos quienes lo buscaron. Para entonces, su hija se había metido en la droga. Su hijo había pasado ya por varias curas de desintoxicación etílica.

Sabía bien lo que quería decir su hija cuando le dijo que no estaba segura de poder aguantar. No se había sometido a tratamiento alguno. No había acudido a ninguna institución que pudiera ayudarla en sus momentos difíciles. Se había enfrentado a ellos sola, sin ayuda. Siempre se había mostrado reservada, dura y obstinada cuando se hacía referencia a su forma de vida. No consiguió deshacerse a pesar del embarazo. Hizo varios intentos y lo dejó una temporada, pero no tenía suficiente fuerza de voluntad para dejarlo de manera definitiva. Lo intentaba, y Erlendur sabía que lo hacía con total sinceridad, pero era más fuerte que ella, y volvía a recaer. Erlendur ignoraba qué era lo que la había hecho tan dependiente de la droga como para que esta ocupara el primer lugar en su vida. No conocía las causas de su destrucción pero sabía que, de alguna forma, él la había decepcionado. Que de alguna forma él también tenía la culpa de lo que le había sucedido.

Había pasado muchas horas junto a la cabecera de la cama de Eva Lind cuando estaba sumida en el coma, hablándole, porque el médico le dijo que era posible que oyera su voz e incluso percibiera su presencia. Algunos días después recuperó la consciencia y lo primero que pidió fue ver a su padre. Estaba tan débil que apenas podía hablar. Cuando él llegó, su hija estaba dormida. Se sentó junto a su cabecera y estuvo esperando hasta que se despertó.

Cuando por fin abrió los ojos y lo vio, pareció que intentaba sonreír pero se echó a llorar, y él se levantó y la estrechó entre sus brazos. Ella temblaba en sus brazos; él intentó tranquilizarla, volvió a ponerle la cabeza sobre la almohada y le secó las lágrimas.

—¿Dónde has estado todos estos largos días? —le preguntó, acariciándole las

mejillas e intentando sonreír para reconfortarla.

—¿Dónde está la niña? —preguntó ella.

—¿No te han dicho lo que pasó?

—La he perdido. No me han dicho nada de nada. No he podido verla. No se fían de mí...

—Faltó poco para que te perdiera yo a ti.

—¿Dónde está?

Erlendur había visto a la niña sin vida en el departamento de anatomía patológica, una niña que quizá se habría llamado Audur.

—¿Quieres ver a la criatura? —preguntó Erlendur.

—Perdona —dijo Eva en voz baja.

—¿Qué?

—Cómo soy. Cómo... la niña...

—No tengo por qué perdonarte por ser como eres, Eva. No tienes que pedir perdón por ser como eres.

—Claro que sí.

—Tu destino no lo decides tú sola.

—¿Querrás...?

Eva Lind calló y se quedó exhausta allí tumbada. Erlendur esperó en silencio a que recuperase las fuerzas. Pasó un largo rato. Finalmente, Eva miró a su padre.

—¿Querrás ayudarme a enterrarla? —dijo.

—Claro que sí —respondió él.

—Quiero verla.

—¿Tú crees que...?

—Quiero verla —repitió Eva—. Por favor. Déjame que la vea.

Erlendur dudó, pero por fin se dirigió al mortuorio a buscar el cuerpo de la niña a la que mentalmente llamaba Audur porque no quería que careciese de nombre. La llevó envuelta en una toalla blanca por los pasillos del hospital, porque Eva estaba demasiado débil para levantarse y se la llevó a la unidad de cuidados intensivos. Eva cogió a su hija y la miró, y luego dirigió sus ojos hacia su padre.

—Es culpa mía —dijo en voz baja.

Erlendur creyó que se iba a echar a llorar, y se extrañó que no lo hiciera. En su rostro se dibujaba una calma que ocultaba el asco que sentía hacia sí misma.

—No hay nada malo en llorar —dijo Erlendur.

Eva lo miró.

—No merezco llorar —respondió.

Eva estaba sentada en una silla de ruedas en el cementerio de Fossvogur mirando al sacerdote echar una paletada de tierra sobre el ataúd, y su gesto delataba una dureza implacable. Con gran dificultad se levantó de la silla y apartó a Erlendur cuando este hizo ademán de ayudarla. Se santiguó ante la tumba de su hija y sus labios se movieron, pero Erlendur no supo si estaba luchando contra el llanto o

rezando una oración en silencio.

Era un bello día de primavera y el sol rielaba en la superficie del mar, y se veía a algunas personas caminando por la bahía de Nauthóll para gozar del buen tiempo. Halldóra estaba a cierta distancia y Sindri Snaer al borde de la fosa, alejado de su padre. Difícilmente habrían podido estar más lejos unos de otros, un grupo roto que no tenía en común sino el sufrimiento. Erlendur pensó que la familia no se había reunido en casi un cuarto de siglo. Miró a Halldóra, que evitó devolverle la mirada. Él no le dijo nada a ella ni ella a él.

Eva Lind volvió a sentarse en la silla de ruedas; Erlendur la ayudó a acomodarse y la oyó suspirar.

—Mierda de vida.

El recuerdo de algo que había dicho el recepcionista arrancó a Erlendur de sus cavilaciones, y decidió pedirle explicaciones antes de olvidarlo. Se puso en pie, salió al pasillo y vio al hombre desaparecer en el ascensor. A Eva no se la veía por ningún sitio. Erlendur llamó al hombre, y este detuvo la puerta del ascensor cuando estaba cerrándose, salió y observó a Erlendur, que estaba ante él descalzo, en calzoncillos y con el edredón aún echado sobre los hombros.

—¿A qué te referías cuando dijiste «por lo que ha sucedido»? —preguntó Erlendur.

—¿Por lo que ha sucedido? —repitió el hombre, con gesto interrogativo.

—Dijiste que no puedo traer una chica a mi habitación por lo que ha sucedido.

—Sí.

—Te refieres a lo que le sucedió a Papá Noel en el sótano.

—Sí. ¿Cómo sabes que...?

Erlendur bajó la mirada, vio sus calzoncillos y vaciló por un instante.

—Yo participo en la investigación —dijo—. En la investigación de la policía.

El hombre lo miró sin ocultar un gesto de incredulidad.

—¿Por qué enlazaste las dos cosas? —dijo Erlendur a toda prisa.

—No te comprendo —dijo el hombre, moviéndose con cierta inquietud.

—Es como si de no ser por la muerte de Papá Noel no hubiera habido ningún problema en que una chica estuviera en la habitación. Así lo dijiste. ¿Entiendes a qué me refiero?

—No —dijo el hombre—. ¿Yo dije «por lo que ha sucedido»? No lo recuerdo.

—Lo dijiste, sí. Que está prohibido traer chicas a las habitaciones por lo que ha sucedido. Creías que mi hija era una... —Erlendur intentó tratar el tema con el mayor tacto, pero no lo consiguió—. Creías que mi hija era una puta y viniste a echarla, porque habían asesinado a Papá Noel. Si no hubiera sucedido eso, no habría habido problema en traerse chicas a la habitación. ¿Permitís llevar chicas a las habitaciones? ¿Cuando todo va bien?

—¿Qué quieres decir, con lo de «chicas»?

—Putas —respondió Erlendur—. ¿Hay putas paseando por el hotel, que se meten en las habitaciones mientras vosotros miráis para otro lado, excepto ahora, por lo que ha sucedido? ¿Qué tiene que ver Papá Noel con eso? ¿Está relacionado de alguna forma con el asunto?

—No tengo ni idea de qué estás hablando —dijo el hombre de la recepción.

Erlendur cambió de método.

—Comprendo que queráis ser prudentes ahora que se ha cometido un crimen en el hotel. No queréis llamar la atención hacia nada inhabitual o anormal, aunque se trate de algo sin especial importancia, a lo que no hay nada que oponer. Por mí, la gente puede hacer lo que quiera y pagar por ello. Lo que necesito saber es si Papá Noel tenía alguna relación con la prostitución en el hotel.

—No sé nada de prostitución. Como acabas de ver, comprobamos si hay chicas que andan solas y a su aire por las plantas. ¿De verdad era tu hija?

—Sí —respondió Erlendur.

—Me mandó a la mierda.

—Precisamente.

Erlendur echó el pestillo a la puerta de su habitación, se metió en la cama y se durmió enseguida, y soñó que los cielos esparcían su polvo sobre él mientras oía el chirriar de las veletas.

SEGUNDO DIA

El jefe de recepción no se había incorporado aún a su puesto cuando Erlendur bajó al vestíbulo, a la mañana siguiente, y preguntó por él. No había dado explicación alguna de su ausencia, ni había llamado para decir que estuviera enfermo o que necesitaba tomarse el día libre para atender algún asunto. Una mujer de unos cuarenta años que trabajaba en la recepción le dijo a Erlendur que ciertamente no era nada habitual que el recepcionista jefe no apareciera en el trabajo a su hora, porque era siempre muy puntual y resultaba incomprensible que no les hubiera llamado si necesitaba el día libre.

La mujer le contó todo eso a Erlendur como podía, mientras un empleado de la sección de Anatomía Patológica del Hospital Nacional le tomaba una muestra de saliva. Tres empleados de la sección recogían muestras de los empleados del hotel. Otro grupo fue a casa de los empleados que tenían el día libre. Dentro de poco, los técnicos de laboratorio tendrían muestras de todos los empleados actuales del hotel y las compararían con la saliva hallada en el preservativo de Papá Noel.

Los agentes de Homicidios estaban interrogando a los empleados sobre su relación con Gudlaugur y dónde estaban la tarde del día anterior. Todo el departamento participaba en la investigación del crimen, para recoger información y pruebas.

—¿Qué hay de los que han dejado el trabajo recientemente, o de los que trabajaban aquí hace un año, más o menos, y conocían a Papá Noel? —preguntó Sigurdur Óli. Estaba sentado al lado de Erlendur en el comedor, viéndolo regalarse con arenque y pan de centeno, jamón frío, pan tostado y café humeante.

—Vamos a ver qué podemos sacar en limpio en esta primera fase —dijo Erlendur, sorbiendo el café caliente—. ¿Has averiguado algo sobre el tal Gudlaugur?

—No mucho. Parece que no hay mucho que decir de él. Tenía 48 años, soltero y sin hijos. Trabajaba en el hotel desde hace unos veinte años y durante mucho tiempo vivió en el cuartucho de ahí abajo. Parece que en su momento fue una especie de solución provisional, según me dijo el gordo ese del director. Pero también me dijo que no conocía bien el asunto. Nos recomendó que habláramos con su predecesor en la dirección del hotel. Fue este quien llegó a un acuerdo con Papá Noel. El gordo creía que en algún momento lo habían echado del piso donde vivía como inquilino, le dieron permiso para guardar sus cosas en ese trastero, y luego el asunto se fue eternizando y ya nunca salió de ahí.

Sigurdur Óli calló.

—Elínborg me ha dicho que esta noche te alojaste en el hotel —añadió.

—No te lo recomiendo. En la habitación hacía frío y los empleados no te dejan tranquilo. Pero la comida es buena. ¿Dónde está Elínborg?

En el comedor reinaba un gran ajetreo, y se oía un agitado murmullo de voces de los huéspedes del hotel, que disfrutaban del bufé. La mayor parte eran extranjeros,

vestidos con jerseys de lana, botas de montaña y gruesos anoraks de invierno, aunque lo más lejos que irían sería el centro de la ciudad, a diez minutos de allí. El personal de servicio se encargaba de que las tazas estuvieran llenas de café y de retirar los platos usados. Por los altavoces sonaban suavemente canciones navideñas.

—Hoy empieza el juicio, ya lo sabías —respondió Sigurdur Óli.

—Sí.

—Elínborg ha ido para allá. ¿Cómo crees que irá todo?

—Supongo que unos pocos meses, y encima en libertad condicional. Como siempre, con esos cabrones de jueces.

—Pero no podrá conservar la custodia del niño.

—No lo sé —respondió Erlendur.

—Maldito canalla —exclamó Sigurdur Óli—. En la picota tendrían que ponerlo, en pleno centro de la ciudad.

Elínborg se había encargado de la investigación. Un niño de ocho años fue ingresado en el hospital a consecuencia de una violenta agresión física. No lo pudieron convencer para que explicara algo sobre la agresión. La hipótesis inicial era que sus compañeros de clase más mayores la habían tomado con él fuera del colegio y lo habían golpeado con tanta violencia que le rompieron un brazo, le fracturaron el pómulo y le saltaron dos dientes de la encía superior. Se fue a su casa en muy mal estado. Su padre avisó a la policía en cuanto llegó a casa del trabajo, poco después. Una ambulancia trasladó al muchacho a urgencias.

El niño era hijo único. Su madre estaba internada en la sección de psiquiatría del hospital de Kleppur cuando sucedieron estos hechos. El muchacho vivía con su padre, director y propietario de una empresa de internet, en una hermosa vivienda unifamiliar de dos pisos con espléndidas vistas, situada en el barrio de Breidholt. Como suele suceder, el padre estaba muy afectado por la agresión y hablaba de vengarse de los chicos que maltrataron de forma tan execrable a su hijo. Exigió que Elínborg diera con ellos.

Elínborg no habría descubierto la verdad, probablemente, si el chalet no hubiera tenido dos pisos y la habitación del niño no hubiera estado en el piso superior.

—Se lo está tomando de una forma demasiado personal —dijo Sigurdur Óli—. Elínborg tiene un chico de esa misma edad.

—No hay que dejar que estas cosas te afecten demasiado —respondió Erlendur con la cabeza en otro lugar.

—No me digas.

La tranquilidad del desayuno fue interrumpida por un ruido procedente de la cocina. Los huéspedes levantaron la vista y se miraron unos a otros. Un hombre de potente vozarrón discutía, entre insultos, sobre algo imposible de oír. Erlendur y Sigurdur Óli se levantaron y entraron en la cocina. La voz pertenecía al jefe de cocina, el mismo que había importunado a Erlendur cuando se metió en la boca una loncha de lengua de ternera. Estaba enfrentándose a gritos a la técnica de laboratorio

que quería tomarle una muestra de saliva.

—¡... Y lárgate de aquí con tu bastoncillo de mierda! —le vociferaba el cocinero a una mujer de unos cincuenta años que había abierto sobre la mesa una cajita de muestras. Ella seguía insistiendo amablemente, pese a las imprecaciones de aquel hombre, hecho que no contribuía precisamente a calmar su ira. Al ver a Erlendur y Sigurdur Óli se puso aún mucho más frenético.

—¡Estáis locos! —aulló—. ¿Creéis que yo he bajado al cuartucho de Gulli para ponerle un condón en la polla? ¿Estáis locos o qué? ¿Qué mierda es esa? No estoy dispuesto. Ni hablar. ¡Me importa una mierda lo que digáis! ¡Podéis meterme en la cárcel y tirar la llave, pero no pienso participar en esta imbecilidad de los cojones! ¡Enteraos bien! ¡Gilipollas!

Salió de la cocina como una tromba, lleno de viril dignidad, tocado con el gorro de cocinero, alto como una chimenea, y Erlendur sonrió. Miró a la técnica de laboratorio, que le devolvió la sonrisa y se echó a reír. Aquello alivió la tensión que reinaba en la cocina. Los cocineros y camareros que estaban allí también rompieron a reír.

—¿Tan mal va la cosa? —preguntó Erlendur a la técnica.

—No, en absoluto —respondió ella—. Todos han sido muy comprensivos. Este es el primero que se lo ha tomado a la tremenda.

Sonrió, y su sonrisa le pareció a Erlendur muy bonita. Tenía la misma estatura que él, espeso cabello rubio muy corto, llevaba un jersey multicolor de punto con botones por delante. Por debajo del jersey se veía una camisa blanca. Vestía pantalones vaqueros y zapatos de cuero negro de calidad.

—Me llamo Erlendur —dijo como sin querer, extendiendo la mano. Aquello la desarmó un poco.

—Sí —dijo, tomando su mano—. Yo soy Valgerdur.

—¿Valgerdur? —repitió él. No vio alianza en sus dedos.

El móvil de Erlendur sonó en su bolsillo.

—Perdona —dijo al tiempo que conectaba el teléfono. Oyó una voz conocida de antiguo, que preguntaba por él.

—¿Eres tú? —dijo la voz.

—Sí, soy yo —dijo Erlendur.

—No acabo de entender estos móviles —dijo la voz del teléfono—. ¿Dónde estás? ¿Estás en el hotel? A lo mejor vas mal de tiempo. O estás dentro de un ascensor.

—Estoy en el hotel —Erlendur cogió bien el teléfono, le pidió a Valgerdur que esperase un momento y volvió al comedor, de donde pasó al vestíbulo. Al teléfono estaba Marion Briem.

—¿Duermes en el hotel? —preguntó Marion—. ¿Te pasa algo? ¿Por qué no vas a casa?

Marion Briem había trabajado en la brigada de la policía criminal cuando esta aún

existía, y había coincidido allí con Erlendur. Era su superior cuando él empezó a trabajar allí, y le enseñó el oficio de policía de investigación criminal. Erlendur nunca había sentido especial apego hacia Marion Briem, y no experimentó necesidad alguna de visitarle tras su jubilación. Quizá porque los dos eran muy semejantes. Quizá porque veía en Marion su propio futuro y prefería rehuir la visión. Marion llevaba una vida solitaria y aburrida en su vejez.

—¿Por qué llamas? —preguntó Erlendur.

—Por allí aún quedan algunos que me dejan estar al corriente de lo que se hace, aunque tú no seas uno de ellos —dijo Marion.

Erlendur estuvo a punto de colgar el teléfono de mala manera, pero vaciló. Marion ya le había sido de ayuda antes, sin necesidad de pedírselo. Así que mejor no mostrarse demasiado descortés.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó Erlendur.

—Dime cómo se llamaba el difunto. Podría encontrar algo que se os hubiera pasado por alto.

—Nunca pararás.

—Me aburro. No puedes ni imaginarte cómo me aburro. Hace ya casi diez años que me jubilé y puedo asegurarte que cada día de este infierno parece una eternidad. Cada día es como mil días.

—Hay muchas ofertas para la gente de la tercera edad —dijo Erlendur—. ¿Qué te parece el bingo?

—¡Bingo! —le espetó Marion.

Erlendur le dio el nombre completo de Gudlaugur. Puso a Marion en antecedentes del caso y luego se despidió lo más educadamente que pudo. El teléfono volvió a sonar casi en el mismo instante.

—Sí —respondió Erlendur.

—Hemos encontrado una nota en la habitación del interfecto —dijo una voz al teléfono. Era el jefe de la policía científica.

—¿Una nota?

—Pone: Henry 18:30.

—¿Henry? Espera un momento, ¿a qué hora encontró la chica a Papá Noel?

—Hacia las siete.

—De modo que ese Henry podía estar en la habitación cuando asesinaron a Gudlaugur?

—No lo sé. Y hay algo más.

—Dime.

—Es posible que el condón fuera de Papá Noel. Había un paquete en un bolsillo de su uniforme de portero. Un paquete de diez condones, y faltan tres.

—¿Algo más?

—No, solo una billetera con un billete de quinientas coronas, un carné de identidad antiguo y un recibo de caja de supermercado, con fecha de anteayer. Ah, sí,

y un llavero con dos llaves.

—¿Qué clase de llaves?

—Creo que una es la llave de la puerta de una casa, y la otra podría ser de un armario o algo parecido. Es mucho más pequeña.

Se despidieron y Erlendur miró a su alrededor en busca de la técnica de laboratorio, pero había desaparecido.

Entre los huéspedes extranjeros del hotel había dos que respondían al nombre de Henry. Uno era un estadounidense llamado Henry Bartlet, y el otro un británico que se llamaba Henry Wapshott. Este último no contestó a la llamada a su habitación, pero Bartlet estaba en la suya y se quedó muy extrañado al saber que la policía islandesa quería hablar con él. El rumor que hizo correr el director del hotel, sobre el ataque al corazón sufrido por el portero, había conseguido su objetivo.

Erlendur se hizo acompañar por Sigurdur Óli cuando fue a hablar con Henry Bartlett, pues Sigurdur Óli había estudiado criminalística en Estados Unidos, de lo que estaba orgulloso. Hablaba la lengua como un nativo, y aunque a Erlendur le desagradaba el canturreo del acento norteamericano, lo dejó estar.

Camino de la planta del norteamericano, Sigurdur Óli le dijo a Erlendur que habían hablado con la mayoría de los empleados del hotel que estaban de servicio cuando se produjo la agresión a Gudlaugur, y todos habían podido explicar perfectamente dónde estaban y habían dado el nombre de otras personas que podían confirmar sus declaraciones.

Bartlet tenía unos treinta años, y era corredor de bolsa, de Colorado. Él y su esposa habían visto un reportaje sobre Islandia en la televisión matinal de su país unos años atrás y se habían sentido hechizados por la increíble belleza de su naturaleza y por la famosa Laguna Azul, que ya habían visitado tres veces. Habían decidido cumplir su sueño de pasar la Navidad y el Año Nuevo en aquella remota tierra del invierno. Se sentían extasiados por la belleza del lugar, aunque los precios de bares y restaurantes de la capital les parecían astronómicos.

Sigurdur Óli asintió con la cabeza. Para él, Estados Unidos era el paraíso sobre la tierra, y estaba encantado de hablar con la pareja de béisbol y de los preparativos para la Navidad americana, hasta que Erlendur se cansó y le dio un codazo.

Sigurdur Óli les explicó la muerte del portero y mencionó la nota encontrada en su cuarto. Henry Bartlet y su mujer se quedaron mirando a los policías como si de pronto se hubieran transformado en visitantes llegados de otro planeta.

—Ustedes no conocían al portero, ¿verdad? —preguntó Sigurdur Óli al ver sus expresiones de asombro.

—¿Un asesinato? —dijo Henry en un suspiro—. ¿Aquí, en el hotel?

—*Oh, my God!* —exclamó la mujer, sentándose en la cama doble.

Sigurdur Óli optó por no mencionar el condón. Les explicó que la nota indicaba

que Gudlaugur tenía una cita con un hombre llamado Henry, pero no sabían qué día, ni si la cita ya se había producido o si estaba prevista para los próximos días, o para la semana próxima, o para dentro de diez días.

Henry Bartlet y su mujer negaron tajantemente conocer al portero. Ni siquiera se habían dado cuenta de su presencia cuando llegaron al hotel cuatro días antes. Erlendur y Sigurdur Óli les habían alterado los nervios, eso saltaba a la vista.

—*Jesus!* —suspiró Henry—. *A murder!*

—*You have murders in Iceland?* —preguntó la mujer mirando el folleto de Icelandair que estaba en la mesilla de noche. Cindy era el nombre que le había dado a Sigurdur Óli al presentarse.

—*Rarely* —respondió él, intentando sonreír.

—El Henry ese tampoco tiene que ser necesariamente un cliente del hotel —dijo Sigurdur Óli mientras esperaban el ascensor para bajar—. Ni siquiera tiene que ser un extranjero. Hay islandeses que se llaman Henry.

—Exacto —respondió Erlendur—. Naturalmente, y ese tiene que pertenecer a la familia de los Majaretas.

6

Sigurdur Óli había conseguido localizar al antiguo director del hotel, así que se despidió de Erlendur y se fue a verle en cuanto llegaron al vestíbulo. Erlendur preguntó por el recepcionista jefe pero aún no se había presentado ni había dado noticia alguna. Henry Wapshott había dejado la llave de su habitación en el mostrador de recepción por la mañana temprano, sin que nadie le hubiera visto. Llevaba en el hotel casi una semana y su intención era quedarse dos días más. Erlendur pidió que le avisaran en cuanto Wapshott volviese a aparecer por la recepción.

El director del hotel pasó por delante de Erlendur, moviéndose con pesados pasos de pato.

—Espero que no estarás importunando a mis huéspedes —dijo.

Erlendur lo tomó de un brazo y lo llevó a un lado.

—¿Qué norma rige en el hotel en lo referente a prostitución? —preguntó Erlendur de sopetón, debajo del árbol de Navidad del vestíbulo del hotel.

—¿Prostitución? ¿De qué estás hablando? —el director suspiró pesadamente y se pasó por el cuello un pañuelo que estaba ya hecho un pingajo.

Erlendur lo miró, esperando.

—No irás a mezclar este asunto con estupideces de cualquier clase —dijo el director.

—¿El portero andaba metido en algo relacionado con la prostitución?

—No me vengas con esas —dijo el director—. En este hotel no hay pu... no hay prostitución.

—Hay prostitución en todos los hoteles.

—¿Ah, sí? —dijo el director—. ¿Lo sabes por propia experiencia?

Erlendur no le respondió.

—¿Me estás diciendo que el portero proporcionaba prostitutas a los clientes? —exclamó el director en tono ofendido—. Nunca en mi vida he oído una estupidez semejante. Esto no es un club de alterne. ¡Este es el segundo hotel más grande de Reikiavik!

—¿En el bar o en el vestíbulo, no hay mujeres ofreciéndose a los hombres? ¿Y que suben con ellos a las habitaciones?

El director vaciló. Parecía no tener muchas ganas de poner a Erlendur en su contra.

—Este es un gran hotel —dijo por fin—. No podemos vigilar todo lo que sucede. Si hay un caso claro de prostitución, intentamos ponerle coto, pero es un asunto bastante difícil. Si vemos algo impropio nos ocupamos de ello. Pero los huéspedes son libres de hacer lo que quieran en sus habitaciones.

—Dijiste que tus huéspedes son principalmente extranjeros y armadores de las provincias, ¿no?

—Sí, sí, y otra mucha gente, claro. Pero este no es un hotel barato. Es un hotel de

lujo y los clientes tienen dinero de sobra, incluso después de pagar el alojamiento. Aquí no permitimos guarrerías, y por lo que más quieras, procura que no se nos venga encima fama de nada semejante. La competencia está muy difícil y ya es bastante horrible tener que apechugar con este crimen.

El director del hotel calló.

—¿Vas a seguir durmiendo en el hotel? —preguntó—. ¿No es algo total y absolutamente impropio?

—Lo único impropio que hay aquí es un Papá Noel muerto en el sótano —dijo Erlendur con una sonrisa.

Vio a la técnica de laboratorio que había conocido en la cocina. Salía del bar del hotel en la planta baja, con su bolsa de muestras en la mano. Erlendur saludó al director con un movimiento de cabeza y se acercó a la mujer, que estaba de espaldas a él y se dirigía hacia el guardarropa que había al lado de una de las puertas del hotel.

—¿Qué tal van las cosas? —preguntó Erlendur.

Ella se dio la vuelta y lo reconoció al instante, pero siguió su camino.

—¿Eres tú quien está al mando de la investigación? —preguntó mientras entraba en el guardarropa y cogía su abrigo de una de las perchas. Pidió a Erlendur que cogiera un momento la bolsa de muestras.

—Me dejan participar —dijo Erlendur.

—La idea de que les tomaran una muestra de saliva no les ha gustado a todos —dijo la mujer—, y no me refiero solo al cocinero.

—Antes que nada queríamos excluir a los empleados, para así poder concentrarnos en otra cosa. Creía que os habían dicho que les dierais esa explicación.

—Sí, pero se queda corta. ¿Tenéis algo más?

—Valgerdur es un antiguo nombre islandés, ¿verdad? —dijo Erlendur, sin responder a su pregunta.

Ella sonrió.

—¿No puedes hablar de la investigación?

—No.

—¿Te molesta que Valgerdur sea un nombre antiguo?

—¿Que si...? No, yo... —balbuceó Erlendur.

—¿Me querías decir algo en particular? —dijo Valgerdur, alargando la mano para recoger su bolsa.

Sonrió a aquel hombre que estaba delante de ella vestido con un chaleco de lana con botones, debajo de una chaqueta gastada con las coderas raídas y que la miraba con ojos llenos de tristeza. Los dos tenían más o menos la misma edad, pero él parecía diez años mayor que ella.

Erlendur dejó escapar la frase sin darse plena cuenta de lo que hacía. Aquella mujer tenía algo. Y no había visto que llevara alianza.

—Me gustaría saber si te podría invitar a cenar esta noche, en el bufé. Es muy apetitoso.

Lo dijo sin saber nada de ella, como si le pareciera perfectamente imposible que la respuesta fuera positiva, pero lo dijo, a pesar de todo, pensando que ella probablemente se echaría a reír, que estaría casada y tendría cuatro hijos, una vivienda unifamiliar y una casa de veraneo, que había organizado las fiestas de graduación de sus hijos y que incluso acababa de casar a su hijo mayor y esperaba poder envejecer en paz con su amado esposo.

—Muchas gracias —respondió Valgerdur—. Es una invitación tentadora. Pero... lo siento. No puedo. Pero gracias de todos modos.

Cogió su bolsa, que seguía en manos de Erlendur, dudó un instante y lo miró, pero se apartó y salió del hotel. Erlendur se quedó en el guardarropa, pasmado. Hacía años que no invitaba a una mujer. El móvil empezó a sonar en el bolsillo de la chaqueta. Lo sacó despacio, pensando en otra cosa, y contestó. Era Elínborg.

—Está entrando en la sala —dijo, casi susurrando al teléfono.

—¿Qué? —dijo Erlendur.

—El padre, está entrando acompañado por sus dos abogados. Como mínimo eso es lo que necesita para ser exculpado.

—¿Hay gente? —preguntó Erlendur.

—No, poquísima. Creo que están la familia de la madre del niño y unos cuantos periodistas.

—¿Qué pinta lleva ese hombre?

—No se le nota nada alterado, como siempre: traje de chaqueta y corbata, como si fuera a una fiesta. Carece por completo de conciencia.

—No, no —dijo Erlendur—. Claro que tiene conciencia.

Erlendur había ido al hospital con Elínborg para hablar con el muchacho en cuanto lo permitieron los médicos. Por entonces estaba ya en tratamiento en la planta de pediatría, con otros niños. En las paredes había dibujos hechos por los propios niños, juguetes en las camas, padres junto a las cabeceras, con aspecto de cansancio por las noches sin dormir, tremendamente preocupados por sus hijos.

Elínborg se sentó al lado del muchacho, que tenía la cabeza vendada y al que apenas se le veía la cara, solo la boca y los ojos, que miraban llenos de suspicacia a los policías. El brazo estaba enyesado y colgaba de un gancho. Debajo de la sábana se adivinaban los vendajes que le habían colocado después de la operación. Habían conseguido salvar el bazo. El médico les dijo que no había problema si querían hablar con el chico, pero que el muchacho quisiera hablar con ellos era ya otro cantar.

Elínborg empezó hablando de sí misma, le dijo quién era y cuál era su trabajo en la policía, y que quería atrapar a quienes le habían hecho aquello. Erlendur estaba a cierta distancia de ella, observando. El muchacho miraba fijamente a Elínborg, quien sabía que no debería hablar con él a menos que estuviera presente su padre. Habían acordado una cita con el padre en el hospital, pero había pasado ya media hora y no

se había dejado ver todavía.

—¿Quiénes fueron? —preguntó finalmente Elínborg, cuando consideró llegado el momento de entrar en materia.

El muchacho la miró y no dijo nada.

—¿Quiénes te hicieron esto? No pasa nada si me lo dices. No podrán volver a pegarte nunca más. Te lo prometo.

El muchacho miró ahora a Erlendur.

—¿Fueron los chicos del colegio? —preguntó Elínborg—. ¿Los mayores? Ahora sabemos que dos de los que te podían haber pegado son chicos problemáticos. Ya le pegaron una vez a un niño como tú, aunque no le hicieron tanto daño. Ellos dicen que no han hecho nada, pero sabemos que estaban en la escuela a la hora en que te atacaron. Estaban saliendo de la última clase.

Mientras Elínborg hablaba, el muchacho la observaba en silencio. Elínborg había ido a la escuela, había hablado con el director y con los profesores, y luego fue a casa de los dos chicos, y allí se enteró de sus condiciones de vida y les oyó afirmar que no le habían hecho nada al muchacho. El padre de uno de ellos estaba en la prisión de Litla-Hraun.

En ese momento entró un pediatra en la habitación. Les dijo que el niño necesitaba descanso y que tendrían que volver más tarde, Elínborg asintió y se marcharon.

Erlendur también acompañó a Elínborg a visitar al padre del niño en su casa, ese mismo día. El padre les explicó que había tenido que acudir a una videoconferencia urgente con empleados de Alemania y Estados Unidos, y que por eso no había podido reunirse con ellos en el hospital. Surgió de modo totalmente inesperado, dijo. Cuando finalmente quedó libre, Elínborg y Erlendur ya se habían ido del hospital.

Mientras les contaba todo esto, el sol invernal entró por las ventanas del salón e iluminó el mármol del suelo y la alfombra de la escalera que llevaba al piso superior. Elínborg se levantó y siguió escuchándole, cuando vio la huella de una mancha en la alfombra de la escalera y otra en el escalón de más arriba.

Unas manchitas pequeñas, casi imperceptibles, de no ser por el sol de invierno.

Unas manchas que habían conseguido borrar casi del todo de la alfombra y que a primera vista no eran sino unos pequeños relieves en la tela.

Unas manchas que resultaron ser pequeñas huellas de pisadas.

—¿Estás ahí? —dijo Elínborg al teléfono—. ¿Erlendur? ¿Estás ahí?

Erlendur volvió en sí.

—No dejes de informarme de cómo va —dijo, y terminaron la conversación.

El *maître* del hotel era un hombre en la cuarentena, flaco como un palo, vestido con traje de chaqueta negro y deslumbrantes zapatos de charol negro. Estaba estudiando la lista de reservas para la cena en un cuartito al lado del comedor.

Cuando Erlendur se presentó y le preguntó si podía molestarle un momento, el *maître* levantó la vista de su ajado cuaderno de reservas y dejó ver un bigote fino, negro, y las oscuras raíces de una barba que, seguramente, tendría que afeitarse dos veces al día, tez morena y ojos castaños.

—En realidad, yo no conocía a Gulli —dijo el hombre, que se presentó como Rósant—. Es espantoso lo que le pasó. ¿Tenéis alguna pista?

—No —dijo Erlendur, cortante. Tenía el pensamiento ocupado en la técnica de laboratorio y en el padre que había agredido a su hijo, y pensaba también en su propia hija, Eva Lind, que había dicho que no era capaz de seguir aguantando. Sabía lo que aquello significaba, aunque en su fuero interno confiaba en equivocarse—. Mucho trabajo en las fiestas, ¿verdad?

—Tratamos de sacarles el máximo provecho. Intentamos reservar tres personas por silla en el bufé, lo que a veces resulta muy difícil, porque algunos creen que si han pagado por el bufé es que se lo pueden llevar entero. El crimen del sótano no nos ayuda, precisamente.

—No, claro —dijo Erlendur, con indiferencia—. Ya que no conocías a Gudlaugur, debes de llevar poco tiempo trabajando aquí.

—Sí, solo dos años. No tenía mucho trato con él.

—¿Quién crees que podía conocerle mejor, aquí en el hotel? O en este mundo, en general.

—Pues realmente no lo sé —dijo el jefe de camareros, pasándose el dedo índice por el negro bigotito del labio superior—. Yo no sé nada de ese hombre. La gente de limpieza, quizá. ¿Cuándo sabremos lo de la saliva?

—¿Sabremos qué?

—Quién estuvo con él. ¿No es para una prueba de ADN?

—Sí —respondió Erlendur.

—¿Tenéis que enviar las muestras al extranjero?

Erlendur asintió con la cabeza.

—¿Sabes si recibía visitas en su cuarto del sótano? Personas no relacionadas con el hotel, por ejemplo.

—Aquí hay mucho ir y venir. Así son los hoteles. Las personas son como hormigas, entran y salen, suben y bajan, nunca hay tranquilidad. En la escuela de hostelería nos decían que un hotel no es un edificio, ni unas habitaciones ni un servicio, sino las personas. Un hotel no es más que eso, personas. Nada más. Tenemos que hacer que se encuentren a gusto. Que se encuentren como en su casa. Eso son los hoteles.

—Intentaré recordarlo —dijo Erlendur, y le dio las gracias.

Comprobó si Henry Wapshott había vuelto al hotel, pero resultó que no. En cambio, el jefe de recepción se había incorporado a su puesto y saludó a Erlendur. Otro autocar había aparcado frente a la puerta del hotel, lleno de viajeros que se apiñaban en el vestíbulo, y el jefe de recepción dirigió a Erlendur una sonrisa de

incomodidad y se encogió de hombros, como si no fuera culpa suya no poder charlar un rato con él y tener que esperar a otro momento más apropiado.

Gudlaugur Egilsson había empezado a trabajar en el hotel en 1982. Entonces tenía 28 años de edad. Antes había desempeñado diversos trabajos, el último de ellos como portero en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando decidieron contratar un portero con carácter fijo en el hotel, solicitó el puesto. Eran tiempos de crecimiento del turismo. Habían ampliado el hotel y habían contratado más personal. El antiguo director no recordaba con exactitud por qué habían elegido a Gudlaugur. Lo que sí recordaba es que no se presentaron muchos aspirantes al puesto.

Causó muy buena impresión al director del hotel. Parecía caballeroso y cortés, con un gran espíritu de servicio, y resultó ser un empleado digno de confianza. No tenía familia, ni mujer ni hijos, lo que causó algunas preocupaciones al director del hotel porque estaba comprobado que los padres de familia solían ser trabajadores más fieles. Y por lo demás, a Gudlaugur no le gustaba hablar de sí mismo ni de su pasado.

Poco después de empezar a trabajar en el hotel, fue a ver al director para preguntarle si había allí algún alojamiento que pudiera utilizar mientras encontraba casa nueva. Le habían notificado con muy poco tiempo que tenía que dejar el apartamento donde vivía realquilado y se encontraba prácticamente en la calle. Hizo lo posible por provocar compasión, y le indicó al director que en el corredor del sótano del hotel había un trastero donde quizá, tal vez, podría instalarse hasta encontrar un nuevo alojamiento. Fueron los dos a echar un vistazo al trastero. Se usaba para guardar objetos heterogéneos, y Gudlaugur dijo conocer otro lugar donde se podrían almacenar, aunque, de todos modos, la mayor parte era mejor tirarlos.

De este modo se acordó que Gudlaugur, portero y más tarde también Papá Noel, se mudaría al trastero del sótano, donde vivió hasta el día de su muerte. El director del hotel estaba convencido de que no permanecería allí más de unas cuantas semanas. Es lo que le dio a entender Gudlaugur, y el trastero no invitaba a usarlo como residencia por tiempo prolongado. Pero la búsqueda de vivienda nueva fue demorándose y, poco a poco, empezó a parecer normal que Gudlaugur viviera en el hotel, especialmente porque su trabajo era más de conserje que de simple portero. Con el tiempo, resultó práctico que estuviera siempre disponible, de día o de noche, por si se producía alguna avería que necesitara la intervención de alguien con buenas manos.

—Poco después de que Gudlaugur se mudara a vivir al trastero, dejó el puesto el director anterior al actual —dijo Sigurdur Óli, sentado en la habitación de Erlendur, al contarle la entrevista con el antiguo director. Había pasado buena parte del día y empezaba a anochecer.

—¿Sabes el motivo? —preguntó Erlendur. Estaba recostado en la cama, mirando el techo—. El hotel estaba recién ampliado, había contratado un montón de empleados, y entonces él se marcha. ¿No te parece algo peculiar?

—No me lo planteé. Veré lo que me dice, si crees que eso puede tener algún

interés para el caso, por mínimo que sea. Y no tenía ni idea de que Gudlaugur hiciera de Papá Noel. Eso fue después de su época, y para él resultó un auténtico mazazo enterarse de que había aparecido muerto en el trastero.

Sigurdur Óli recorrió con la mirada aquella habitación vacía.

—¿Tienes intención de pasar aquí las vacaciones? —preguntó.

Erlendur no le respondió.

—¿Por qué no te vas a casa?

Silencio.

—La invitación sigue en pie.

—Te lo agradezco mucho, y transmite mi agradecimiento a Bergthóra —dijo Erlendur, pensativo.

—¿En qué piensas?

—En nada que te afecte, si es que estoy... pensando en algo —dijo Erlendur—. Me fastidian las navidades.

—Pues yo tengo intención de marcharme a casa —dijo Sigurdur Óli.

—¿Qué tal va el asunto del niño?

—No va, en realidad.

—¿Es problema tuyo, o de ambos?

—No lo sé. No nos hemos hecho los análisis todavía. Pero Bergthóra ya ha empezado a hablar de ello.

—¿Pero realmente quieres tener un hijo?

—Sí. No lo sé. No tengo ni idea de qué es lo que quiero.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media pasadas.

—Vete a casa —dijo Erlendur—. Yo me encargo de nuestro Henry.

Henry Wapshott había regresado al hotel pero no estaba en su habitación. Erlendur pidió que le avisaran, subió a su planta y llamó a la puerta de su habitación, pero no obtuvo respuesta alguna. Se preguntó si debería hacer que el director del hotel le abriese la habitación, pero para ello necesitaría una orden judicial de registro, lo que podría demorarse hasta bien entrada la noche, además de que no era seguro que Henry Wapshott fuese el Henry con quien Gudlaugur tenía una cita a las 18:30.

Erlendur estaba en el pasillo evaluando sus posibilidades cuando un hombre de entre cincuenta y sesenta años de edad surgió de un recodo y se dirigió hacia él. Llevaba una gastada chaqueta de tweed, pantalones color caqui, camisa azul con corbata de color rojo vivo. Era medio calvo, con el cabello entrecano peinado cuidadosamente de un lado al otro del cráneo.

—¿Es usted? —dijo en inglés cuando llegó adonde estaba Erlendur—. Me han dicho que había un señor que preguntaba por mí. Un islandés. ¿Es usted coleccionista? ¿Me buscaba?

—¿Se llama usted Wapshott? —preguntó Erlendur—. ¿Henry Wipshott? —Su inglés no era demasiado bueno. Entendía decentemente la lengua, pero la hablaba mal. La globalización del crimen había hecho que se dieran clases de inglés especializado, clases a las que Erlendur había asistido y que le habían gustado. Había empezado a leer libros en inglés.

—Me llamo Henry Wapshott —dijo el hombre—. ¿Quería algo de mí?

—Quizá no deberíamos seguir aquí, en medio del pasillo —dijo Erlendur—. ¿Podríamos entrar en la habitación? ¿O...?

Wapshott miró la puerta de la habitación y otra vez a Erlendur.

—Quizá podríamos bajar al vestíbulo —respondió—. ¿En qué puedo servirle? ¿Quién es usted?

—Vayamos abajo —dijo Erlendur.

Henry Wapshott lo siguió, dubitativo, hasta el ascensor. Cuando llegaron al vestíbulo, Erlendur eligió una mesa de fumadores con unas sillas que estaban algo apartadas del comedor y se sentaron. Enseguida apareció una camarera. La gente había empezado a ocupar sus lugares en torno al bufé, que a Erlendur le parecía aún más apetitoso que el día anterior. Pidieron café.

—*It's very odd* —dijo Wapshott—. Estaba citado en este mismo lugar hace media hora, pero la persona en cuestión no apareció. No me envió ningún mensaje ni aviso, y luego aparece usted delante de mi puerta y me trae aquí abajo.

—¿Quién era la persona con la que estaba citado?

—Un islandés. Trabaja en el hotel. Se llama Gudlaugur.

—¿Y la cita con él era a las seis y media de hoy?

—Exacto —dijo Wapshott—. ¿Qué...? ¿Quién es usted?

Erlendur le dijo que era de la policía y le explicó la muerte de Gudlaugur, y que habían encontrado en su cuarto una nota que indicaba que había acordado una cita con un hombre llamado Henry, que obviamente se refería a él. La policía querría saber cuál era el objeto de la cita. Erlendur no mencionó que estaba considerando la posibilidad de que Wapshott estuviera en el trastero de Papá Noel cuando este fue asesinado. Se limitó a decir que Gudlaugur había trabajado en el hotel durante veinte años.

Wapshott miraba fijamente a Erlendur mientras este le contaba lo sucedido, y sacudió la cabeza con incredulidad, como si fuera incapaz de comprender plenamente lo que estaba oyendo.

—¿Está muerto?

—Sí.

—¿¡Asesinado!?

—Sí.

—Dios mío —dijo Wapshott en un gemido.

—¿Cómo conoció a Gudlaugur? —preguntó Erlendur.

Wapshott parecía desorientado, así que le repitió la pregunta.

—Hace años que le conozco —respondió por fin Wapshott, y en sus labios se dibujó una sonrisa que dejó ver unos dientes pequeños y amarillentos por el tabaco, algunos de la encía inferior con las puntas negras. Erlendur supuso que fumaría en pipa.

—¿Cuándo se vieron por primera vez? —preguntó Erlendur.

—No nos hemos visto nunca —respondió Wapshott—. Nunca lo he visto. Hoy iba a verlo por primera vez. Para eso vine a Islandia.

—¿Vino a Islandia para reunirse con él?

—Sí, entre otras cosas.

—Pero entonces, ¿de qué lo conocía? Si no se habían visto nunca, ¿qué tipo de relación había entre ustedes?

—No había relación —dijo Wapshott.

—No le comprendo —repuso Erlendur.

—Nunca existió relación —repitió Wapshott, dibujando unas comillas en el aire, en torno a la palabra «relación».

—¿Y entonces? —preguntó Erlendur.

—Solamente una adoración unilateral —dijo Wapshott—. Por mi parte.

Erlendur le rogó que repitiera sus últimas palabras. No comprendía cómo aquel hombre, llegado desde Gran Bretaña y que nunca había conocido personalmente a Gudlaugur, podía ser un admirador suyo. De un portero de hotel. De un hombre que vivía en un cuartucho en el sótano del hotel y al que habían encontrado muerto con el cinturón desabrochado y una puñalada en el corazón. Lo adoraba unilateralmente. A un hombre que hacía de Papá Noel en las fiestas infantiles del hotel.

—No comprendo de qué me está hablando —dijo Erlendur. Entonces recordó que Wapshott le había preguntado, cuando estaban aún en el pasillo, si era coleccionista—. ¿Por qué me preguntó si yo era coleccionista? —preguntó—. ¿Qué clase de coleccionista? ¿A qué se refería?

—Pensé que sería coleccionista de discos —dijo Wapshott—. Como yo.

—¿Cómo que coleccionista de discos? ¿De discos? ¿Se refiere a...?

—Colecciono discos antiguos —respondió Wapshott—. Discos antiguos de tocadiscos. Vinilos. Así conocí a Gudlaugur. Por eso conozco a Gudlaugur. Ahora por fin iba a conocerlo personalmente, ardía en deseos de hacerlo, de modo que comprenderá usted que haya sido un auténtico mazazo saber que ha muerto. ¡Y asesinado! ¿Quién habría querido asesinarlo?

Su asombro no parecía fingido.

—¿Quizá lo vio usted ayer? —preguntó Erlendur.

En un primer momento, Wapshott no comprendió a qué podía referirse Erlendur, pero entonces se percató del significado de sus palabras y se quedó mirando boquiabierto al policía.

—¿Quiere decir... quiere decir que cree que le estoy mintiendo? ¿Qué yo...? ¿Me está diciendo que sospecha de mí? ¿Qué cree que yo puedo haber participado en su

muerte?

Erlendur lo miró sin decir nada.

—¡Eso es absurdo! —dijo Wapshott, alzando la voz—. Hace mucho tiempo que estoy deseando conocer personalmente a ese hombre. Años. No puede haberlo dicho en serio.

—¿Dónde estaba usted ayer a esta hora? —preguntó Erlendur.

—En la ciudad —respondió Wapshott—. Estaba en la ciudad. Estuve en una tienda para coleccionistas que hay junto a la calle comercial principal, y luego comí en un restaurante indio no muy lejos de allí.

—Lleva varios días en el hotel. ¿Por qué no se encontró antes con Gudlaugur?

—Pero... ¿no me acaba de decir que estaba muerto? ¿Qué quiere decir?

—¿Por qué no intentó concertar una cita con él al registrarse en el hotel? Me ha dicho que ardía en deseos de conocerlo personalmente. ¿Y por qué esperó tanto para hacerlo?

—Fue él quien decidió el lugar, la fecha y la hora. ¡Dios mío, en qué lío me he metido!

—¿Cómo se puso en contacto con él? ¿Y qué quiere decir eso de la adoración unilateral?

Henry Wapshott lo miró.

—Quiere decir que... —empezó Wapshott, pero Erlendur no le dejó concluir la frase.

—¿Sabía usted que trabajaba en este hotel?

—Sí.

—¿Cómo?

—Había hecho mis averiguaciones. Me esfuero por conocer a fondo todo lo relativo a mi negocio, al coleccionismo.

—¿Y por eso se alojó en este hotel?

—Sí.

—¿Le compraba usted discos? —continuó Erlendur—. ¿Fue así como se conocieron? ¿Dos coleccionistas con intereses comunes?

—Como le he dicho, yo no lo conocía. Ahora iba a conocerlo personalmente.

—¿Qué quiere decir?

—Usted no tiene ni idea de quién era, ¿verdad? —dijo Wapshott. Parecía asombrado de que Erlendur no conociera a Gudlaugur Egilsson.

—Era portero, conserje y Papá Noel —respondió Erlendur—. ¿Hay algo más que necesite saber?

—¿Sabe cuál es mi especialidad? —preguntó Wapshott—. Ignoro si sabe mucho o poco sobre coleccionismo en general, o sobre coleccionistas de discos en particular, pero la mayor parte de los coleccionistas se especializan en un campo determinado. La gente puede llegar a ser un tanto excéntrica en determinados temas. Es increíble lo que se dedica a coleccionar la gente. He oído hablar de un hombre que colecciona

bolsas para vomitar de casi todas las compañías aéreas del mundo. Sé también de una mujer que colecciona pelo de muñecas Barbie.

Wapshott miró a Erlendur.

—¿Sabe cuál es mi especialidad? —repitió.

Erlendur sacudió la cabeza. No estaba seguro de haber comprendido bien lo de las bolsas de vomitar. ¿Y qué era eso de las muñecas Barbie?

—Mi especialidad son los coros infantiles —dijo Wapshott.

—¿Los coros infantiles?

—Y no solo los coros infantiles. Mi particular interés son los niños de coro.

Erlendur vaciló, no sabía si había comprendido lo que decía aquel hombre.

—¿Niños de coro?

—Sí.

—¿Colecciona discos de niños de coro?

—Sí. Naturalmente colecciono otros discos, pero los niños de coro son... ¿cómo expresarlo?... Mi pasión.

—¿Y qué tiene que ver Gudlaugur con todo eso?

Henry Wapshott sonrió. Alargó un brazo para coger una cartera de cuero que llevaba consigo. La abrió y sacó una pequeña funda que envolvía un disco de 45 revoluciones.

Sacó sus gafas del bolsillo de la pechera y Erlendur vio que se le caía una hoja de papel al suelo. Se agachó a recogerla y vio el nombre *Brenner's* impreso en letras verdes.

—Muchas gracias —dijo Wapshott—. Una servilleta de un hotel alemán. El coleccionismo es una manía —añadió como para excusarse.

Erlendur asintió.

—Pensaba pedirle que me firmase un autógrafo en la funda —dijo Wapshott al tiempo que entregaba el disco a Erlendur.

En la parte delantera de la funda figuraba en letras doradas, formando un arco, *Gudlaugur Egilsson*, y había también una foto en blanco y negro de un jovencito de no mucho más de doce años, peinado y engominado primorosamente, y algo pecoso, que sonreía a Erlendur con una sonrisa un poco forzada.

—Poseía una voz asombrosamente sensible —dijo Wapshott—. Pero luego llega la pubertad y... —Se encogió de hombros, como rindiéndose ante lo inevitable—. En su voz se percibía tristeza y nostalgia. Me extraña que no haya oído hablar usted de él, que no sepa quién era, si está investigando su muerte. Tiene que haber sido un nombre conocidísimo en su época. Según mis averiguaciones, puede decirse que fue un niño prodigio muy conocido.

Erlendur levantó la vista hacia Wapshott.

—¿Un niño prodigio?

—Sacó dos discos, uno cantando él solo, y otro en el que canta con una escolanía. Tiene que haber sido un nombre muy famoso aquí en Islandia. En su época.

—Un niño prodigio —repitió Erlendur—. ¿Cómo Shirley Temple, quiere decir? ¿Un niño prodigio de ese tipo?

—Probablemente, a la escala de ustedes, me refiero, a escala de Islandia, un país poco poblado y un tanto aislado. Tiene que haber sido de lo más famoso, aunque ahora parece que todos lo hayan olvidado. Naturalmente, Shirley Temple era...

—La pequeña princesa —se dijo Erlendur en voz baja.

—¿Cómo?

—No sabía que hubiera sido un niño prodigio.

—Hace muchísimos años ya.

—¿Así que grabó discos?

—Sí.

—Y usted los colecciona.

—Estoy intentando conseguir copias. Estoy especializado en niños de coro como él. Tenía una voz infantil magnífica.

—¿Niño de coro? —dijo Erlendur como hablando para sí mismo. Vio en su imaginación el póster de *La pequeña princesa* e iba a preguntarle a Wapshott más detalles sobre Gudlaugur, el niño prodigio, cuando algo se lo impidió.

—Ah, estás aquí —oyó Erlendur por encima de él, y levantó la mirada. Detrás de él estaba Valgerdur, sonriente. Ya no llevaba la bolsa de muestras en la mano. Llevaba puesto un fino abrigo negro de cuero que le llegaba hasta las rodillas, y por debajo un bonito jersey rojo, y se había maquillado con tanto esmero que casi ni se notaba—. ¿Sigue en pie la invitación? —preguntó.

Erlendur se puso en pie de un salto. Wapshott se quedó allá abajo.

—Perdona —dijo Erlendur—, no me había dado cuenta... Naturalmente. —Sonrió—. Naturalmente.

Entraron en el bar que se encontraba al lado del comedor, después de comer en el bufé todo lo que les apeteció, para terminar con un café. Erlendur la invitó a una copa y se sentaron los dos en un reservado, en la parte más interior del bar. Ella dijo que no podía quedarse mucho tiempo y Erlendur entendió sus palabras como una cortés advertencia. No es que hubiera pensado invitarla a su habitación, eso ni se le había pasado por la cabeza y ella lo sabía perfectamente, pero percibía cierta inseguridad en el comportamiento de la mujer, notaba un muro defensivo como el que percibía en las personas a las que tenía que interrogar. A lo mejor ni ella misma era consciente de ello.

A la mujer le resultaba de lo más interesante charlar con el policía de homicidios, y quería saberlo todo acerca de su trabajo y de cómo atrapaban a los criminales. Erlendur le respondió que se trataba principalmente de un aburrido trabajo de oficina.

—Pero los delitos se han vuelto más violentos —dijo ella—. Eso dicen los periódicos. Delitos más horribles.

—No lo sé —respondió Erlendur—. Los delitos son siempre horribles.

—Siempre se está oyendo algo sobre el mundo de la droga y los matones, y cómo agreden a los jóvenes que deben dinero por la droga, y si no pueden pagar, agreden incluso a sus familias.

—Sí —dijo Erlendur, que a veces sentía una seria preocupación por Eva Lind, precisamente por esos motivos—. El mundo ha cambiado mucho. La violencia es más brutal.

Guardaron silencio.

Erlendur intentó sacar algún otro tema de conversación, pero no conocía nada a las mujeres. Aquellas con las que tenía más trato no podían ofrecerle, de ningún modo, lo que podría llamarse una velada romántica como aquella. Elínborg y él eran buenos amigos y colegas, y entre ellos existía un aprecio mutuo que había ido creciendo por su colaboración a lo largo de muchos años y por la existencia de experiencias comunes. Eva Lind era su hija, por la que albergaba serias preocupaciones. Halldóra era la mujer con quien se casó hacía ya una generación y de la que se había divorciado, y no había quedado más que odio. Esas eran las mujeres de su vida, aparte de algunas relaciones esporádicas que no llegaron a convertirse en otra cosa que decepciones y complicaciones.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó en cuanto estuvieron sentados en el reservado—. ¿Por qué cambiaste de opinión?

—No lo sé —respondió ella—. Hacía muchísimo que no recibía una invitación. ¿Cómo se te pasó por la cabeza invitarme a cenar?

—No tengo ni idea. Se me escapó lo del bufé como a un tonto. Yo también llevo mucho tiempo sin hacer estas cosas.

Los dos sonrieron.

Le habló de Eva Lind y de su hijo Sindri, y ella le contó que tenía dos hijos, también adultos ya. Él tuvo la sensación de que no quería hablar demasiado de sí misma y su situación; le pareció estupendo. No quería meter las narices en su vida.

—¿Habéis averiguado algo más sobre el hombre ese que asesinaron?

—No, en realidad, no. El hombre con quien estaba hablando antes, ahí al lado...

—¿Os interrumpí? No sabía que estuviera relacionado con la investigación.

—No importa —dijo Erlendur—. Es coleccionista de discos, bueno, de discos de vinilo, y resulta que el hombre del sótano había sido un niño prodigio. Hace muchos años.

—¿Un niño prodigio?

—Grabó discos.

—Yo diría que es complicado ser niño prodigio —dijo Valgerdur—. Ser un niño con todos esos sueños y expectativas que luego se quedan en nada, la mayoría de veces. ¿Qué puede ser de ellos, después?

—Te entierras en un trastero y nadie se acuerda de ti.

—¿Eso piensas?

—No lo sé. Quizás haya alguien que se acuerde de él.

—¿Crees que eso podría tener alguna relación con su muerte?

—¿El qué?

—Que fuera un niño prodigio.

Erlendur había intentado contar lo menos posible sobre la investigación del caso, sin parecer demasiado aburrido. No había tenido tiempo de reflexionar sobre esa cuestión, y no sabía si podía tener alguna relación con el caso.

—No lo sabemos —respondió—. Ya se verá.

Guardaron silencio.

—Tú no fuiste niño prodigio —dijo ella con una sonrisa.

—No —respondió Erlendur—. Carezco de talento alguno en todos los terrenos.

—Yo, igual —dijo Valgerdur—. Sigo dibujando como un niño de tres años.

—¿Qué haces cuando no estás trabajando? —preguntó ella tras un breve silencio.

Erlendur no se esperaba aquella pregunta y vaciló, hasta que ella sonrió.

—No era mi intención ponerte en un compromiso —dijo al ver que Erlendur no respondía.

—No, es... no estoy acostumbrado a hablar de mí —respondió Erlendur.

No podía decirle que practicara el golf o cualquier otro deporte. En cierta ocasión le interesó el boxeo, pero su interés se apagó. Nunca iba al cine y raramente veía la televisión, ni iba al teatro. Viajaba él solo por el país en verano, pero los últimos años había abandonado esa costumbre. ¿Qué hacía cuando no estaba trabajando? Ni él lo sabía. Casi siempre estaba solo.

—Leo mucho —respondió de pronto.

—¿Y qué lees? —preguntó ella.

Nueva vacilación, y ella sonrió de nuevo.

—¿Tan difícil es la pregunta? —le dijo.

—Sobre accidentes de personas que se pierden y mueren a la intemperie —respondió—. Gente que muere en las montañas o se pierde en los páramos. Hay montones de libros sobre eso. Hace tiempo eran muy populares.

—¿Accidentes de gente que se pierde? —preguntó ella.

—Y de otras muchas cosas más, claro. Leo mucho. Historia. Libros documentales. Anales.

—Todo lo antiguo y pasado —dijo ella.

Él asintió con la cabeza.

—El pasado es algo a lo que te puedes agarrar —dijo él—. Aunque a veces puede ser falso.

—¿Pero por qué lees sobre accidentes, sobre gente que muere a la intemperie? ¿No es una lectura horrible?

Erlendur sonrió.

—Deberías estar en la policía —dijo.

En aquella corta velada, ella había conseguido llegar a un rincón del alma de Erlendur que tenía cuidadosamente cerrado a cal y canto, incluso para él mismo. No quería hablar de ello. Eva Lind era la única que sabía de su existencia pero no lo conocía a fondo, ni lo relacionaba especialmente con su interés por la gente que se perdía en las montañas. Él permaneció largo rato en silencio.

—Es algo que ha ido surgiendo con los años —dijo luego, y enseguida se arrepintió de su mentira—. ¿Y tú? ¿Qué haces cuando no estás metiendo tus bastoncillos en la boca de la gente?

Intentó rebobinar y parecer divertido, pero la relación entre ambos se había quebrado y había sido por su culpa.

—En realidad nunca he tenido tiempo para nada más que para trabajar —respondió ella, con la sensación de que, sin pretenderlo, había despertado algo de lo que él no quería hablar, y que ella no sabía lo que era. Se sintió incómoda, y él lo notó.

—Creo que deberíamos repetir una velada como esta muy pronto —dijo él para acabar con aquello. No podía con la mentira.

—Desde luego —dijo ella—. Sinceramente, he dudado mucho pero no me arrepiento. Quiero que lo sepas.

—Yo tampoco —dijo él.

—Me alegro —dijo ella—. Muchas gracias por todo. Muchas gracias por el Drambuie —dijo ella acabando la copa de licor. Él también había pedido un Drambuie, pero no lo había tocado.

Erlendur estaba tumbado en la cama de su habitación del hotel mirando el techo. Seguía haciendo frío en la habitación, y él seguía vestido. Fuera nevaba. Una nieve

blanda, tibia y bella que caía con delicadeza sobre el pavimento y se fundía al instante. No tenía nada que ver con esa nieve fría, dura y sin conciencia, que mataba y hería.

—¿Qué manchas son esas? —preguntó Elínborg al padre.

—¿Manchas? —respondió este—. ¿Qué manchas?

—Ahí, en la alfombra —dijo Erlendur. Elínborg y él acababan de regresar del hospital, donde habían ido a ver al niño. El sol de invierno iluminaba la alfombra de la escalera que llevaba al piso superior, donde se encontraba el dormitorio del muchacho, y vio las manchas.

—No veo ninguna mancha —dijo el padre inclinándose para mirar de cerca la alfombra de la escalera.

—Son bastante claras con esta luz —dijo Elínborg, mirando el sol por la ventana del salón. Estaba ya muy bajo y hacía daño en los ojos. Miró las losetas de mármol de color beis, que parecían arder sobre el suelo del salón. A poca distancia de la escalera había un elegante mueble bar. En él se veían botellas de licor de elevado precio. Vinos tintos y blancos mostraban sus cuellos inclinados. El armario tenía dos puertas de cristal y Erlendur entrevió en uno de los cristales algo parecido a la huella que deja una bayeta. En la puerta del armario que daba a la escalera había una gotita que se había desplazado como centímetro y medio. Elínborg tocó la gota con el dedo y notó que estaba pegajosa.

—¿Pasó algo aquí, al lado del mueble bar? —preguntó Erlendur.

El padre lo miró.

—¿De qué estás hablando?

—Es como si hubiera habido una salpicadura. Lo has limpiado hace poco.

—No —dijo el padre—. Hace poco, no.

—Esas huellas de la escalera —dijo Elínborg—. Creo que son de un niño, ¿o me equivoco?

—Yo no veo ninguna huella en la escalera —dijo el padre—. Antes hablabas de manchas. Ahora son huellas. ¿Qué estás intentando decirme?

—¿Estabas en casa cuando agredieron al niño?

El padre calló.

—La agresión se produjo en la escuela —prosiguió Elínborg—. La jornada escolar había terminado, él estaba jugando al fútbol, y cuando se iba para casa lo agredieron. Eso es lo que creo que pasó. No ha podido hablar contigo, y tampoco con nosotros. Creo que no quiere hacerlo. Que no se atreve. Quizá porque los otros chicos le dijeron que lo matarían si se lo contaba a la policía. Quizá porque fue otra persona quien le dijo que lo mataría si hablaba con nosotros.

—¿Adónde quieres llegar con eso?

—¿Por qué regresaste tan pronto del trabajo ese día? Volviste a casa a medio día.

Él vino a casa como pudo y subió a su habitación, y poco después llegaste tú y llamaste a la policía y la ambulancia.

Elínborg había estado dándole vueltas a lo que podría estar haciendo el padre en casa a mediodía de un día laborable, pero hasta aquel momento no se lo había preguntado.

—Nadie lo vio en el camino de vuelta a casa desde la escuela —dijo Erlendur.

—¿No estarás intentando insinuar que yo agredí... que yo agredí a mi hijo de esa forma tan brutal? ¿No estarás insinuando semejante cosa?

—¿Te importa si nos llevamos una muestra de la alfombra?

—Creo que tenéis que salir de aquí ahora mismo —dijo el padre.

—No estoy insinuando nada —dijo Erlendur—. En su momento, el chico nos dirá lo que sucedió. Tal vez ahora no, ni dentro de una semana o de un mes, quizá ni siquiera dentro de un año, pero lo dirá.

—Fuera —dijo el padre, rojo de furia e indignación—. No te atreverás... no os atreveréis a... Fuera. ¡Largaos! ¡Largaos ahora mismo!

Elínborg fue directamente al hospital, a la planta de pediatría. El chico estaba durmiendo en su cama del rincón. Se sentó junto a él y esperó a que despertara. Llevaba quince minutos junto a la cabecera cuando el muchacho abrió los ojos y se dio cuenta de la presencia de la cansada mujer policía, pero no vio por ningún lado al hombre del chaleco de punto y ojos tristes que la acompañaba en la visita anterior. Los dos se miraron, Elínborg sonrió y le preguntó con toda la dulzura de que fue capaz.

—¿Fue tu papá?

Regresó a casa del niño y su padre con una orden judicial de registro y acompañada por los de la policía científica. Examinaron las manchas de la alfombra. Examinaron el suelo de mármol y el mueble bar. Con una aspiradora tomaron muestras de polvo del mármol. Comprobaron la gota del mueble bar. Subieron la escalera y fueron al cuarto del niño, y tomaron muestras de la ropa de cama. Fueron al lavadero y examinaron bayetas y toallas. Miraron la ropa sucia. Abrieron la aspiradora. Tomaron muestras del polvo de la escobilla. Salieron a buscar el cubo de la basura y escarbaron en su contenido. Encontraron unos calcetines del niño en el cubo.

El padre estaba en la cocina. En cuando aparecieron los técnicos llamó a un abogado amigo suyo. El abogado acudió a toda prisa y examinó la orden del juez. Recomendó a su cliente que no hablara con la policía.

Erlendur y Elínborg observaban el trabajo de los técnicos. Elínborg lanzó una mirada penetrante al padre, que sacudió la cabeza y apartó los ojos.

—No comprendo lo que queréis —dijo—. No lo comprendo.

El chico no había denunciado a su padre. Cuando Elínborg le preguntó, no mostró reacción alguna, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas.

El jefe de la policía científica telefoneó dos días después.

—Tenemos los resultados de la alfombra de la escalera —dijo.

—¿Sí? —dijo Elínborg.

—Drambuie.

—¿Drambuie? ¿El licor?

—Hay rastros por todo el salón y un reguero en la alfombra hasta la habitación del muchacho.

Erlendur estaba mirando el techo cuando oyó llamar a la puerta. Se levantó a abrir, y Eva Lind se metió en la habitación. Erlendur miró el pasillo y cerró la puerta.

—No me ha visto nadie —dijo Eva—. Sería más sencillo si te decidieras a vivir en tu casa. No comprendo esta ocurrencia.

—Ya volveré a casa —dijo Erlendur—. No te preocupes. ¿Qué te trae por aquí? ¿Necesitas alguna cosa?

—¿Necesito tener un motivo especial para querer verte? —repuso Eva, sentándose al escritorio y sacando un paquete de cigarrillos. Dejó en el suelo una bolsa de plástico y le hizo una señal con la cabeza—. Te he traído algo de ropa. Si piensas seguir en el hotel necesitarás cambiarte.

—Muchas gracias —dijo Erlendur. Se sentó en el borde de la cama, delante de ella, y cogió uno de sus cigarrillos. Eva encendió los dos.

—Me alegro mucho de verte —dijo él, dejando escapar una columna de humo.

—¿Qué tal va lo de Papá Noel?

—Pse, pse. ¿Y qué me cuentas tú?

—Nada.

—¿Has visto a tu madre?

—Sí. Siempre lo mismo. No sucede nada en su vida. Trabajar, ver la tele y dormir. Trabajar, ver la tele, dormir. Trabajar, ver la tele, dormir. ¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que le espera a una? ¿Una tiene que ir por el buen camino para poder matarse a trabajar hasta caerse muerta? ¡Y mírate a ti! ¡Te escondes como un idiota en la habitación de un hotel, en vez de largarte a tu casa!

Erlendur aspiró el humo y exhaló una nubécula por la nariz.

—Yo no pretendo...

—No, ya lo sé —le interrumpió Eva Lind.

—¿Te vas a rendir? —preguntó él—. Cuando viniste ayer...

—No sé si seré capaz de aguantar esto.

—¿Aguantar qué?

—¡Esta mierda de vida!

Siguieron sentados, fumando, y el tiempo fue pasando.

—¿Piensas alguna vez en la niña? —preguntó Erlendur por fin. Eva estaba ya de siete meses cuando perdió el bebé, y estaba sumida en una profunda depresión cuando se mudó a casa de su padre después de la convalecencia en el hospital.

Erlendur sabía que estaba destrozada. Se culpaba a sí misma de la muerte de su hija. La tarde en que sucedió todo le envió una llamada de socorro al móvil, y finalmente Erlendur consiguió encontrarla en medio de un charco de sangre a la entrada del Hospital Nacional, pues había perdido el sentido mientras intentaba llegar a la maternidad. Poco faltó para que también ella perdiera la vida.

—¡Esta mierda de vida! —dijo de nuevo, y apagó el cigarrillo en la mesa.

El teléfono de la mesilla de noche sonó en cuanto Eva Lind salió y Erlendur se volvió a acostar. Era Marion Briem.

—¿Sabes la hora que es? —preguntó Erlendur, buscando su reloj de pulsera. Ya eran más de las doce.

—Pues no —repuso Marion—. Estaba pensando en la saliva.

—¿La saliva del condón? —dijo Erlendur, intentando no ponerse nervioso.

—Naturalmente lo descubrirán ellos solos, pero quizá no vendría mal mencionar el cortisol.

—Todavía tengo que hablar con la brigada científica, seguramente nos dirán algo sobre el cortisol.

—Servirá para hacernos una idea de una serie de cosas. Para saber lo que sucedió en ese cuchitril del sótano.

—Lo sé, Marion. ¿Alguna otra cosa?

—Solo quería recordarte lo del cortisol.

—Buenas noches, Marion.

—Buenas noches.

TERCER DIA

Erlendur, Sigurdur Óli y Elínborg se reunieron en el hotel a primera hora del día siguiente. Se sentaron en un lugar poco concurrido, en torno a una mesa redonda, y se sirvieron el desayuno del bufé. Había nevado durante la noche, pero la temperatura había vuelto a subir y las calles estaban ya sin rastro de nieve. El servicio meteorológico anunciaba que no habría Navidades blancas. El comercio navideño estaba en su apogeo. En los cruces se formaban largas filas de coches y toda la ciudad estaba invadida por una ingente multitud de personas.

—Ese Wapshott —dijo Sigurdur Óli—, ¿quién es?

Mucho ruido y pocas nueces, pensó Erlendur mientras tomaba un sorbo de café y miraba por la ventana. Extraño lugar, un hotel. Le parecía todo un cambio alojarse en un hotel, pero no podía evitar cierta sensación extraña al pensar en que alguien entraba en la habitación cuando él no estaba y lo ponía todo en un orden primoroso. Salía de la habitación por la mañana y cuando volvía, alguien había entrado y lo había dejado todo como antes: la cama hecha, las toallas limpias, jabón nuevo en el lavabo. Podía percibir la presencia de la persona que arreglaba su cuarto, pero no la veía, no sabía quién se ocupaba de ordenar su vida.

Cuando bajó esa mañana, fue a la recepción y pidió que no volvieran a arreglar su habitación.

Wapshott tenía que reunirse con él otra vez un poco más tarde, esa misma mañana, para contarle algo más sobre su colección de discos y la carrera de Gudlaugur Egilsson como cantante. La tarde anterior se habían despedido con un apretón de manos cuando les interrumpió Valgerdur. Wapshott había adoptado la posición de firmes esperando que Erlendur le presentara a aquella mujer pero, como no lo hizo, le extendió la mano, se presentó él mismo e hizo una reverencia. Luego pidió que lo excusaran, estaba cansado, tenía hambre y quería subir a su cuarto a arreglar un par de asuntos antes de cenar y acostarse.

No lo vieron bajar al comedor mientras comían, y supusieron que había encargado que le sirvieran la cena en su habitación. Valgerdur mencionó que tenía aspecto cansado.

Erlendur la acompañó al guardarropa, la ayudó a ponerse su bonito abrigo de cuero y la acompañó hasta la puerta giratoria, donde se detuvieron un instante antes de que ella saliera y se internara en la nevada. Cuando Erlendur se durmió, después de la visita de Eva Lind, la sonrisa de Valgerdur le acompañó hasta que se quedó dormido, así como el suave aroma a perfume que dejaron en sus manos las de Valgerdur al despedirse.

—¿Erlendur? —dijo Sigurdur Óli—. ¡Hola! ¿Quién es ese Wapshott?

—Lo único que sé es que es un coleccionista inglés de discos de vinilo —respondió Erlendur, que les había puesto en antecedentes de su reunión con Henry Wapshott—. Deja el hotel mañana. Deberías llamar allá para que te informen sobre

él. Nos volveremos a ver hoy mismo, y supongo que obtendré algo más de información.

—¿Un niño de coro? —dijo Elínborg—. ¿Quién iba a querer matar a un niño de coro?

—Naturalmente, ya no era un niño de coro —dijo Sigurdur Óli.

—Fue famoso en otros tiempos —dijo Erlendur—. Salieron unos discos que, evidentemente, son bastante difíciles de encontrar hoy día y están muy cotizados. Henry Wapshott vino aquí desde Inglaterra por esos discos y por el cantante. Está especializado en niños de coro y en coros infantiles del mundo entero.

—El único que conozco es el de los Niños Cantores de Viena —dijo Sigurdur Óli.

—Especializado en niños —dijo Elínborg—. ¿Qué clase de individuo se dedica a coleccionar discos de niños de coro? ¿No da un poco que pensar? ¿No habrá algo retorcido en un individuo así?

Erlendur y Sigurdur Óli la miraron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erlendur.

—¿Cómo que qué? —Elínborg puso gesto de asombro.

—¿Te parece algo retorcido coleccionar discos de vinilo?

—No por los discos, sino por los niños —repuso Elínborg—. Niños de coro grabados en discos de vinilo. Es muy distinto, me parece a mí. ¿No veis nada anormal en eso? —miró a uno y luego ni otro.

—Pues yo no tengo una imaginación tan desbocada —dijo Sigurdur Óli, mirando a Erlendur.

—¡Una imaginación tan desbocada! ¿Me he imaginado yo a Papá Noel con los pantalones bajados, en un cuartucho del sótano, y con un condón en el pito? ¿Necesité usar mi imaginación? Luego resulta que en el hotel hay un individuo que idolatra al tal Papá Noel, pero solo cuando este tenía doce años o así, y que ha venido desde Inglaterra para conocerlo personalmente. ¿Estáis mal de la cabeza?

—¿Estás tratando de relacionar este asunto con el sexo? —preguntó Erlendur.

Elínborg movió los ojos, desesperada.

—¡Parecéis dos frailes!

—No es más que un coleccionista de discos —dijo Sigurdur Óli—. Tal como ha dicho Erlendur, hay quien colecciona las bolsas para vomitar de los aviones. ¿Con qué tipo de actividad sexual está relacionada esa afición, según tu teoría?

—¡No puedo comprender que seáis tan ciegos! O tan reprimidos. ¿Por qué son siempre tan reprimidos los hombres?

—Eh, no empieces con lo de siempre —dijo Sigurdur Óli—. ¿Por qué están hablando siempre las mujeres de lo reprimidos que son los hombres? Como si las mujeres no fueran también reprimidas con sus cosas, «ay, que no encuentro la barra de labios», y...

—Ciegos y reprimidos como frailes viejos —dijo Elínborg.

—¿Qué significa ser coleccionista? —preguntó Erlendur—. ¿Por qué quieren

ciertas personas coleccionar y rodearse de ciertos objetos, y por qué consideran valiosos unos objetos y no otros?

—Algunos objetos son más valiosos que otros —dijo Sigurdur Óli.

—Tienen que buscar cosas raras y especiales —dijo Erlendur—. Cosas que nadie más tenga. ¿No es ese el objetivo último? Poseer objetos valiosos que no posee nadie más en todo el mundo.

—¿No suelen ser unos tipos un tanto peculiares? —preguntó Elínborg.

—¿Peculiares?

—Extraños, ¿no? Raros.

—Tú encontraste unos discos en el armario de Gudlaugur —le dijo Erlendur—. ¿Qué hiciste con ellos? ¿Los examinaste con cuidado, quizá?

—Solo los vi en el armario —dijo Elínborg—. No los toqué y seguirán allí, por si quieres verlos.

—¿Cómo se pone en contacto un coleccionista como Wapshott con un hombre como Gudlaugur? —continuó Elínborg—. ¿Cómo consigue información sobre él? ¿Existen intermediarios? ¿Qué puede saber sobre la edición de discos de coros islandeses de los años setenta? ¿Y sobre un niño que fue solista en un coro hace más de treinta años, nada menos que en Islandia?

—¿Revistas? —dijo Sigurdur Óli—. ¿Internet? ¿El teléfono? ¿Otros coleccionistas?

—¿Sabemos algo más sobre Gudlaugur? —preguntó Erlendur.

—Tenía una hermana —dijo Elínborg—. Y tenía un padre, que sigue aún vivo. Naturalmente, ya les hemos informado del fallecimiento. La hermana irá a reconocer el cadáver.

—¿No vamos a tomarle una muestra de saliva a Wapshott? —preguntó Sigurdur Óli.

—Sí, claro que sí, yo me encargo —dijo Erlendur.

Sigurdur Óli se marchó para hacer averiguaciones sobre Henry Wapshott, Elínborg decidió reunirse con el padre y la hermana de Gudlaugur, y Erlendur bajó al cuartucho del portero en el sótano. Pasó por delante de la recepción y vio que el jefe del servicio estaba allí otra vez. Decidió que hablaría con él más tarde.

Encontró los discos en el armario de Gudlaugur. Eran dos singles. En la carátula de uno ponía: «Gudlaugur canta el *Ave Maria* de Schubert». En la del otro se veía al niño delante de un pequeño coro infantil. El director del coro, un hombre joven, estaba a un lado. «Gudlaugur Egilsson canta el solo», decía un rótulo de grandes letras que cruzaba la portada en diagonal.

En la contraportada había un breve artículo dedicado al niño prodigio cantante.

Gudlaugur Egilsson ha despertado una gran y merecida atención en el

Coro Infantil de Hafnarfjörður, y puede decirse que este joven cantante de tan solo doce años de edad tiene ante sí un gran futuro. Este es su segundo disco, en el que canta con inmenso sentimiento y una bella voz bajo la égida de Gabriel Hermannsson, director del Coro Infantil de Hafnarfjörður. Se trata de un auténtico tesoro para todos los amantes de la buena música, y el solista, Gudlaugur Egilsson, hace una espléndida actuación; actualmente prepara una gira de conciertos por los países nórdicos.

—Un niño prodigio —pensó Erlendur, y miró el póster de *La pequeña princesa*, Shirley Temple—. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó al póster—. ¿Por qué te tiene aquí guardada? ¿Por qué eres lo único que ha dejado al morir?

Sacó el móvil.

—Marion —dijo en cuanto contestaron.

—Sí —dijo la voz del teléfono—. ¿Eres tú?

—¿Alguna novedad?

—¿Sabías que el tal Gudlaugur grabó discos como cantante cuando era niño?

—Acabo de enterarme —dijo Erlendur.

—La productora quebró hace unos veinte años y no queda ni rastro de ella. El dueño y director era un tal Gunnar Hansson. La empresa se llamaba Discos GH. Sacó unas cuantas porquerías en la época de los hippies y los Beatles, pero acabó por desaparecer.

—¿Sabes qué fue del *stock*?

—¿El *stock*? —dijo Marion Briem.

—Los discos.

—Los habrán vendido para pagar deudas, supongo. ¿No es eso lo que suele pasar? Hablé con los parientes del tal Gunnar, sus dos hijos. La empresa no fue nunca gran cosa y se llevaron una sorpresa de narices cuando les pregunté por ella. Nadie se había acordado de ella en muchos años. Gunnar murió a mediados de los noventa, y me contaron que lo único que había dejado fue un montón de deudas.

—En el hotel hay un individuo que colecciona discos de coros, de coros infantiles o de niños de coro. Tenía previsto reunirse con Gudlaugur, pero no fue posible. Estaba pensando si esos discos podrían tener algún valor. ¿Cómo puedo enterarme?

—Busca coleccionistas y habla con ellos —dijo Marion—. ¿Quieres que me encargue yo?

—Y aún hay otra cosa. ¿Podrías localizar a un hombre llamado Gabriel Hermannsson, que fue director de coro en Hafnarfjörður en los años setenta? Seguramente lo encontrarás en la guía telefónica, si vive todavía. Quizá conociera a Gudlaugur. Tengo aquí una funda de disco en la que hay una foto suya, y creo que en ella tendría unos treinta años. Pero si ha muerto, seguramente no nos llevará muy lejos.

—Eso es lo más habitual.

—¿El qué?

—Que no nos lleve muy lejos si está muerto.

—Ya —Erlendur vaciló—. ¿Qué decías de la muerte?

—Nada.

—¿Algún problema?

—Gracias por dejarme unas migajas —dijo Marion.

—¿No era eso lo que querías, meter las narices por ahí en la deprimente vejez?

—En todo caso, me salvará el día —dijo Marion—. ¿Ya has comprobado lo del cortisol en la saliva?

—Me voy a ocupar de ello —dijo Erlendur, y se despidieron.

El jefe de recepción tenía un pequeño despacho al fondo del vestíbulo, y estaba allí sentado repasando unos papeles cuando Erlendur entró y cerró la puerta. El hombre se puso en pie y empezó a poner pegas, diciendo que no disponía de tiempo para hablar con él, que tenía que acudir a una reunión, pero Erlendur se sentó y cruzó los brazos.

—¿De qué huyes? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer no estabas en el hotel a la hora de mayor ajetreo. Cuando hablé contigo el día que mataron al portero, parecías un fugitivo. Ahora estás nervioso a más no poder. Me parece que ocupas el primer lugar en la lista de sospechosos. Me han dicho que de toda la gente del hotel tú eres quien mejor conocía a Gudlaugur. Tú lo niegas. Afirmas no saber nada de él. Creo que mientes. Era subordinado tuyo. Deberías mostrar un poco más de espíritu de colaboración. No es nada divertido pasarse las navidades en prisión preventiva.

El jefe de recepción miró fijamente a Erlendur sin saber qué actitud adoptar, pero volvió a sentarse, despacio, en su silla.

—No tienes nada contra mí —dijo—. Es una estupidez pensar que yo pueda haberle hecho eso a Gudlaugur. Que haya ido a su cuarto y... quiero decir, lo del condón, y demás.

Erlendur se sintió inquieto porque, al parecer, los detalles del caso se habían divulgado ya por todo el hotel, y los empleados se regodeaban con ellos. El cocinero sabía exactamente por qué les tomaban muestras de saliva. El jefe de recepción podía hacerse una imagen precisa de la escena que tuvo lugar en el cuartucho del portero. Quizá lo había soltado todo el director del hotel, o la chica que encontró el cadáver, o los policías.

—¿Dónde estuviste ayer? —preguntó Erlendur.

—Estuve enfermo —dijo el recepcionista jefe—. Me quedé en casa toda la mañana.

—No informaste a nadie. ¿Fuiste al médico? ¿Te dio un certificado? ¿Puedo hablar con él? ¿Cómo se llama?

—No fui al médico. Me quedé en cama. Ahora estoy mejor —se esforzó en toser

un poco. Erlendur sonrió. El jefe de recepción era el mentiroso más lamentable que había conocido en mucho tiempo.

—¿A qué viene esa mentira?

—No tienes nada contra mí —respondió el jefe de recepción—. Lo único que puedes hacer es amenazarme. Quiero que me dejes en paz.

—También puedo hablar con tu mujer —dijo Erlendur—. Preguntarle si te llevó té a la cama ayer.

—A mi mujer déjala en paz —dijo el jefe de recepción; de pronto, su voz había adquirido un tono más firme y más duro. El rostro enrojeció.

—No pienso dejarla en paz —dijo Erlendur.

El jefe de recepción clavó sus ojos en Erlendur.

—No hablarás con ella —dijo.

—¿Por qué no? ¿Qué estás escondiendo? Te has vuelto demasiado misterioso para que te deje librarte de mí.

El recepcionista miró al infinito y suspiró.

—Déjame en paz. Esto no tiene nada que ver con Gudlaugur. Son problemas personales en los que estoy metido y que tengo que solucionar.

—¿De qué se trata?

—No tengo por qué decirte nada al respecto.

—Permíteme que sea yo quien lo decida.

—No puedes obligarme.

—Ya te lo he dicho: puedo ordenar tu detención en este mismo momento, o simplemente, puedo ir a hablar con tu mujer.

El jefe de recepción dejó escapar un hondo suspiro.

Miró a Erlendur.

—¿Nadie más lo sabrá?

—Si no tiene relación con Gudlaugur, no.

—No tiene ninguna relación con él.

—Muy bien.

—Anteayer llamaron a mi mujer —dijo el jefe de recepción—. El día que encontrasteis a Gudlaugur.

Al otro lado del teléfono, una voz femenina que su mujer no conocía preguntó por él. Era el mediodía de un día de trabajo, pero no resultaba anormal que preguntaran por él en su casa a esas horas. Quienes le conocían sabían que su jornada laboral era muy irregular. Su mujer, que era médico, hacía guardias y el teléfono la había despertado: tenía que trabajar esa misma noche. La mujer del teléfono quiso aparentar que conocía al director de recepción, pero se le vio el plumero en cuanto la esposa le preguntó quién era.

—¿Quién eres? —le había preguntado—. ¿Por qué le llamas aquí?

La respuesta que recibió despertó aún más preguntas y más asombro.

—Me debe dinero —dijo la voz del teléfono.

—Me había amenazado con llamar a mi casa —le dijo a Erlendur el jefe de recepción.

—¿Quién era?

Había salido a divertirse, diez días antes. Su esposa estaba en un congreso médico en Suecia y él salió a cenar con tres amigos. Lo pasaron muy bien, el grupito de viejos amigos. Después del restaurante se fueron a hacer una ronda por los pubs y acabaron en una agradable discoteca en el centro de la ciudad. Allí se separó un momento de sus amigos, fue a la barra a charlar con unos conocidos del gremio de la hostelería; estaban al lado de la pista y se quedó mirando a la gente bailar. Estaba un poco achispado, aunque no tanto como para ser incapaz de tomar decisiones razonables. Por eso no conseguía comprenderlo. Nunca antes había hecho nada por el estilo.

La mujer se acercó a él, igual que en las películas, con un cigarrillo entre los dedos y le pidió fuego. Él no fumaba pero, por conveniencias del trabajo, siempre llevaba encima un encendedor. Era una costumbre, pues los clientes podían querer fumar en cualquier momento. La mujer se puso a hablar con él sobre algo que ya no recordaba, y luego le preguntó si no pensaba invitarla a una copa. Él la miró. Sí, faltaría más. Estaban al lado de la barra, él pidió las bebidas y se sentaron a una mesita que quedó libre en ese momento. La mujer era muy atractiva y coqueteaba delicadamente con él. Entró en el juego, sin saber muy bien lo que estaba pasando. Las mujeres nunca se comportaban con él de aquella manera. Ella se sentó muy pegada a él y se mostró provocadora y segura de sí. Cuando se levantó a por más bebidas, le acarició el muslo. Él la miró, y ella sonrió. Una mujer atractiva y provocadora que sabía lo que quería. Debía de tener diez años menos que él.

Más tarde, le preguntó si quería acompañarla a su casa. Vivía muy cerca, y fueron hacia allí caminando. Él se sentía inseguro y vacilante, pero también excitado. Aquello le parecía tan extraño que era como si estuviera en la luna. Durante veintitrés años había sido fiel a su mujer. En todos esos años quizás habría besado dos o tres veces a otra mujer, pero nada comparable a esto le había sucedido nunca.

—Estaba completamente confuso —le dijo el recepcionista a Erlendur—. Una parte de mí quería irse corriendo a casa y olvidar todo aquello. Otra parte de mí quería entrar en casa de aquella mujer.

—Sé a qué parte te refieres —dijo Erlendur.

Llegaron a la puerta de su apartamento, en un piso de un edificio nuevo, y ella metió la llave en la cerradura. Incluso aquel gesto resultaba sensual ejecutado por sus manos. La puerta se abrió y ella se acercó a él: entra conmigo, dijo, acariciándole la

entrepiera.

Entró con ella. Ella preparó unos cócteles. Él se sentó en el sofá del salón. Ella puso música, se acercó a él con un vaso y sonrió, mostrando unos preciosos dientes blancos entre el rojo carmín de los labios. Se sentó junto a él, dejó el vaso, llevó la mano a la bragueta de su pantalón y bajó lentamente la cremallera...

—Yo... Fue... Esa mujer sabía hacer las cosas más increíbles —dijo el jefe de recepción.

Erlendur lo miró pero no dijo nada.

—Yo tenía intención de marcharme por la mañana sin despedirme, pero ella se despertó. El remordimiento me estaba matando, me sentía como un miserable por haber engañado a mi mujer y a los niños. Tenemos tres hijos. Quería regresar a casa y olvidarlo todo. No quería volver a ver jamás a aquella mujer. Cuando iba salir de la habitación a oscuras, resulta que ella estaba completamente despierta.

La mujer se incorporó en la cama y encendió la lámpara de la mesilla. ¿Te vas?, preguntó. Él respondió que sí. Dijo que se le había hecho demasiado tarde. Que tenía una reunión urgente. Algo así.

—¿Lo pasaste bien anoche? —preguntó ella.

Él la miró, con los pantalones en la mano.

—Estupendo —respondió—, pero no puedo seguir con esto. De verdad que no puedo. Perdona.

—Son ochenta mil coronas —dijo ella con tanta tranquilidad como si fuera lo más natural del mundo.

Él la miró como si no hubiera oído lo que acababa de decirle.

—Ochenta mil —repitió ella.

—¿Qué quieres decir? —dijo él.

—Por la noche —dijo ella.

—¿La noche? —dijo él—. Pero entonces, ¿es que te vendes?

—¿Tú qué crees? —dijo ella.

Él no entendía lo que le estaba diciendo.

—¿Crees que puedes llevarte gratis a una mujer como yo? —dijo ella.

Poco a poco fue comprendiendo lo que la mujer quería decir.

—¡Pero no dijiste nada!

—¿Hacía falta decirlo? Págame los ochenta mil y quizá puedas volver a mi casa alguna otra vez.

—Me negué a pagar —le dijo el jefe de recepción a Erlendur—. Salí. Ella estaba

furiosa. Llamó al trabajo y me amenazó si no le pagaba. Amenazó con llamar a mi casa.

—¿Cómo las llaman? —dijo Erlendur—. Una palabra inglesa. *Date*. ¿*Date whores*? ¿Lo era ella? ¿Eso quieres decir?

—No sé lo que era, pero sabía perfectamente lo que se hacía y acabó llamando a mi casa y contándole a mi mujer lo que había sucedido.

—¿Y por qué no le pagaste y ya está? Te habrías librado de ella.

—No sé si me habría librado de ella aunque le hubiera pagado —dijo el recepcionista jefe—. Mi mujer y yo hablamos del asunto ayer. Le expliqué lo que había sucedido, como te lo acabo de explicar a ti. Llevamos veintitrés años juntos, y aunque yo no tenga excusa posible, aquello había sido una trampa, o así es como yo lo veo. Si esa mujer no hubiese estado a la caza de dinero, nunca habría sucedido.

—¿De modo que todo fue culpa de ella?

—No, claro que no, pero... aquello fue una trampa.

Los dos callaron.

—¿Hay algo de eso en el hotel? —preguntó Erlendur—. ¿Hay *date whores*?

—No —dijo el jefe de recepción.

—¿No te pasaría por alto si las hubiera?

—Me dijeron que andabas preguntando acerca de ello. Aquí no se practican esas actividades.

—Claro —dijo Erlendur.

—¿Mantendrás el silencio sobre este asunto?

—Necesito el nombre de la mujer, si lo tienes. Y la dirección. No saldrá de aquí.

El jefe de recepción vaciló.

—Putade mierda —dijo, abandonando por un momento las buenas maneras de educado empleado de hostelería.

—¿Piensas pagarle?

—Es lo único en que estuvimos de acuerdo mi mujer y yo. No le daré ni una corona.

—¿Crees que podría tratarse de una broma, o de una encerrona?

—¿Una encerrona? —dijo el recepcionista—. No te comprendo. ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que existe la posibilidad de que alguien te quiera tan mal que haya tramado una cosa así para causarte problemas. ¿Hay alguien con quien hayas tenido algún enfrentamiento?

—No se me ocurre nadie. ¿Quieres decir que si tengo algún enemigo dispuesto a hacerme algo así?

—No hace falta que sea un enemigo. Algún amigo bromista.

—No, yo no tengo amigos de esos. Además, la broma ha ido demasiado lejos... demasiado lejos para resultar divertida.

—¿Fuiste tú quien le dijo a Papá Noel que tenía que largarse?

—¿A qué te refieres?

—¿Fuiste tú quien le dio la noticia? ¿O le mandaron una carta, o...?

—Se lo dije yo.

—¿Y cómo se lo tomó?

—No muy bien. Es comprensible. Llevaba mucho tiempo trabajando aquí. Mucho más tiempo que yo, por ejemplo.

—¿Crees que podría estar él detrás de lo sucedido, si es que hay alguien detrás?

—¿Gudlaugur? No, no puedo ni imaginarme tal cosa. ¿Gudlaugur? ¿Montar algo así? No lo creo. No era de esos que hacen bromas pesadas. En absoluto.

—¿Sabías que Gudlaugur fue un niño prodigio? —preguntó Erlendur.

—¿Un niño prodigio? ¿Y eso?

—Cantaba y grababa discos. Un niño de coro.

—No tenía ni la menor idea —dijo el jefe de recepción.

—Solo una cosa más para terminar —dijo Erlendur, poniéndose en pie.

—¿Sí? —dijo el jefe de recepción.

—¿Puedes hacer que me suban un tocadiscos a la habitación? —preguntó Erlendur, y se dio cuenta de que el recepcionista jefe no tenía ni idea de a qué se refería.

Cuando Erlendur volvió al vestíbulo, vio al jefe de la policía científica subiendo por la escalera del sótano.

—¿Qué hay de la saliva que encontrasteis en el condón? —preguntó Erlendur—. ¿Habéis comprobado el cortisol?

—Estamos trabajando en ello. ¿Qué sabes tú del cortisol?

—Sé que demasiado cortisol en la saliva puede significar que se ha percibido un peligro.

—Sigurdur Óli estaba preguntando por el arma del crimen —dijo el jefe—. El forense cree que no se trata de un cuchillo especial. No demasiado largo, con la hoja fina y dentada.

—¿Entonces no se trata de un cuchillo de caza ni de un cuchillo grande de cortar carne?

—No, un utensilio de lo más corriente, eso es lo que he oído —dijo el jefe—. Un cuchillo normal y corriente.

Erlendur se llevó a su habitación los dos discos que había en el cuarto de Gudlaugur, y luego llamó al hospital y preguntó por Valgerdur. Le pusieron en contacto con su departamento. Respondió otra mujer. Volvió a pedir que le pusieran con Valgerdur, la mujer dijo que esperara un momento y, finalmente, Valgerdur se puso al teléfono.

—¿Te queda alguno de esos bastoncillos de algodón? —preguntó Erlendur.

—¿Por algún accidente de alguien perdido a la intemperie? —dijo ella.

Erlendur esbozó media sonrisa.

—En el hotel hay un extranjero al que necesitamos analizar.

—¿Es muy urgente?

—Tendría que hacerse hoy mismo.

—¿Estarás tú ahí?

—Sí.

—Nos vemos.

Erlendur colgó. Accidentes de personas perdidas a la intemperie, pensó, con una sonrisa. Tenía una cita con Henry Wapshott en la planta baja. Bajó y se sentó en la barra a esperar. Un camarero le preguntó si quería algo, pero dijo que no. Cambió de opinión y lo llamó para pedir un vaso de agua. Paseó la mirada por los estantes del bar, por las filas de botellas de licores de todos los colores del arco iris.

Habían encontrado una astillita de cristal, casi invisible, en el mármol del salón. Restos de Drambuie en el mueble bar, Drambuie en los calcetines del niño y en la escalera. Encontraron fragmentos de cristal en la bayeta y en la aspiradora. Todo apuntaba a que una botella de licor se había estampado contra el suelo de mármol. Probablemente, el niño había pisado el charco que se formó y echó a correr escaleras arriba para meterse en su habitación. Las manchas de la escalera indicaban que, más que caminar, había subido corriendo. Pisadas rápidas de piecitos. Por eso imaginaron que el chico había roto la botella y que su padre perdió los nervios y le zurró tan fuerte que hubo que llevarlo al hospital.

Elínborg hizo que citaran al padre para un interrogatorio en la jefatura de policía de Hverfisgata, y allí le informó sobre los resultados obtenidos por la policía científica y sobre la reacción del niño cuando le preguntó si quien le había pegado con tanta violencia era su padre, así como su íntimo convencimiento de que él era el culpable. Erlendur estaba presente en el interrogatorio. Elínborg le dijo al padre que tenía la condición legal de sospechoso y que tenía derecho al asesoramiento de un abogado. Que lo mejor era que pidiera un abogado inmediatamente. El padre dijo que prefería no llamar a un abogado por el momento. Que era inocente, y repitió que no comprendía que se le considerara sospechoso única y exclusivamente porque se hubiera caído al suelo una botella de licor.

Erlendur puso en marcha una grabadora en la sala de interrogatorios.

—Esto es lo que pensamos que sucedió —dijo Elínborg, como si estuviese leyendo un informe escrito; intentaba dejar a un lado sus propios sentimientos—. El niño volvió del colegio a casa. Eran casi las cuatro. Poco después llegaste tú. Tenemos entendido que ese día saliste pronto del trabajo. Quizás estabas ya en casa cuando sucedió. Por algún motivo, al niño se le cayó al suelo una botella grande de Drambuie. Se asustó y se fue corriendo a su habitación. Tú te enfadaste, o más que eso, tuviste un ataque de ira. Perdiste el control de ti mismo y subiste a la habitación del niño para castigarlo. La cosa se salió de madre y le diste una paliza tan tremenda que hubo que ingresarlo en el hospital.

El padre miró a Elínborg sin decir ni una palabra.

—Utilizaste un objeto contundente que no hemos podido encontrar aún, pero que era redondeado, o al menos no afilado; puede ser perfectamente que le golpearas contra el borde de la cama. Le propinaste numerosas patadas. Antes de llamar a la ambulancia arreglaste el salón. Recogiste el licor con tres toallas que echaste al cubo de basura de delante de la casa. Pasaste la aspiradora para recoger hasta los más pequeños restos de cristal. Además, barriste el suelo y lo fregaste a toda prisa. Limpiaste el armario a fondo. Le quitaste los calcetines al niño y los tiraste al cubo de la basura. Utilizaste detergente para quitar las manchas de la escalera pero no conseguiste borrarlas por completo.

—No podrás demostrar nada —dijo el padre—, todo eso es absurdo. El niño no ha dicho nada. No ha dicho una palabra de quién le agredió. ¿Por qué no intentas sonsacarles a sus compañeros de colegio?

—¿Por qué no nos dijiste nada sobre el licor?

—No tiene nada que ver con esto.

—¿Y los calcetines del cubo de la basura? ¿Y las huellas de la escalera?

—Se rompió una botella de licor, pero se me rompió a mí. Fue dos días antes de la agresión a mi hijo. Iba a tomarme una copa cuando se me cayó al suelo y se hizo pedazos. Addi lo vio y se asustó. Le dije que tuviera cuidado por dónde andaba, pero ya había pisado el licor. Subió las escaleras a todo correr y se metió en su cuarto. Eso no tiene nada que ver con la agresión que sufrió, y debo decir que me he quedado absolutamente asombrado por cómo has presentado las cosas. ¡No tienes nada que corrobore lo que has dicho! ¿Acaso te dijo él que yo le agredí? Lo dudo mucho. Y nunca lo dirá, porque no fui yo. Nunca podría hacerle algo semejante. Nunca.

—¿Por qué no nos contaste todo eso enseguida?

—¿Enseguida?

—Cuando encontramos las manchas. En aquel momento no dijiste nada.

—Pensé que pasaría precisamente esto. Sabía que relacionaríais el accidente con la agresión a Addi. No quería complicar las cosas. Fueron los chicos del colegio quienes le hicieron eso.

—Tu empresa está a punto de quebrar —dijo Elínborg—. Has despedido a veinte

personas y estás preparando nuevos despidos. Imagino que estarás sometido a un estrés considerable. Vas a perder tu casa...

—Eso son solo cuestiones de negocios —repuso él.

—Pero además creemos que ya has usado la violencia contra él en ocasiones anteriores.

—No, oye...

—Hemos comprobado su historial médico. Dos veces en los últimos cuatro años sufrió rotura de dedos.

—¿Tienes niños? Los niños tienen accidentes constantemente. Eso es una estupidez.

—Un especialista de la planta de pediatría notó algo extraño en la rotura del dedo la segunda vez e informó al Servicio de Protección a la Infancia. Era el mismo dedo. Los del Servicio fueron a verte a tu casa. Hicieron una inspección. No encontraron nada especial. El pediatra encontró pinchazos de alfiler en el dorso de la mano del niño.

El padre calló.

Elínborg no pudo contenerse.

—¡Maldita bestia! —gritó.

—Quiero hablar con mi abogado —dijo él, apartando la mirada.

—*I said, good morning!*

Erlendur volvió en sí y vio a Henry Wapshott de pie, delante de él, dándole los buenos días. Estaba profundamente sumido en sus reflexiones sobre el niño que había subido las escaleras a todo correr, y no había visto a Henry entrar en el bar ni había oído su saludo.

Se puso en pie de un salto y le estrechó la mano. Wapshott llevaba puesta la misma ropa del día anterior. Parecía cansado, y su pelo estaba como más ralo. Pidió un café, y Erlendur también.

—Hablabamos de coleccionistas —dijo Erlendur.

—Yes —respondió Wapshott, y en su rostro se esbozó una mueca parecida a una sonrisa—. *Bunch of loners, like my self.*

—¿Cómo es que un coleccionista del Reino Unido, como usted, se entera de que hace casi cuarenta años andaba por Hafnarfjörður, en Islandia, un niño de coro con una voz muy bonita?

—Oh, mucho más que una voz muy bonita —dijo Wapshott—. Mucho más, mucho más que eso. Ese chico tenía una voz única.

—¿Cómo supo de la existencia de Gudlaugur Egilsson?

—A través de otras personas con intereses similares a los míos. Los coleccionistas de discos están especializados en algo concreto, como creo que le expliqué ayer. Si nos limitamos a la música coral, puede dividirse a los coleccionistas en los que

coleccionan solamente ciertas canciones, o ciertos arreglos, y otros que coleccionan ciertos coros. Otros más, como yo, se especializan en niños de coro. Algunos solo coleccionan grabaciones de niños de coro editadas en discos de pizarra, de 78 revoluciones, que se dejaron de fabricar en los años sesenta. Otros coleccionan discos de 45 revoluciones, pero solo de determinados sellos discográficos. La especialización es infinita. Algunos buscan todas las ediciones que pueda haber de una única canción, digamos por ejemplo *Stormy Weather*, que seguramente le resultará familiar. Usted ya debe de saber todo esto. Me enteré de la existencia de Gudlaugur por un grupo, o más bien una asociación, de coleccionistas japoneses que manejan una magnífica red de información y venta por internet. No hay nadie que colecciona tanta música occidental como los japoneses. Viajan por todo el mundo como aspiradoras y compran todo lo que llega a sus manos y que se haya grabado alguna vez en disco. Sobre todo si es algo del periodo de los *hippies* y de los Beatles. Son famosos en las ferias de discos, y lo mejor de todo es que dinero no les falta.

Erlendur pensó por un momento en si se podría fumar en el bar, y decidió arriesgarse. Wapshott vio que iba a sacar un cigarrillo y sacó también una arrugada cajetilla de Chesterfield sin filtro. Erlendur le dio fuego.

—¿Cree que se puede fumar aquí? —preguntó Wapshott.

—Enseguida lo veremos —dijo Erlendur.

—Los japoneses tenían un solo ejemplar del primer single de Gudlaugur —continuó Wapshott—. El que le mostré ayer. Se lo compré a ellos. Me costó un ojo de la cara, pero no lo lamento. Cuando pregunté por el origen del disco, me dijeron que se lo habían comprado a un coleccionista de Bergen, en Noruega, durante una feria de discos en Liverpool, Inglaterra. Me puse en contacto con el coleccionista noruego y resulta que él había comprado unos discos de los herederos de un productor discográfico de Trondheim. Este último podría haber recibido aquel ejemplar directamente desde Islandia, quizá de alguien que quería promocionar la carrera del chico en el extranjero.

—Menudo trabajo de investigación por un disco viejo —dijo Erlendur.

—Los coleccionistas somos como los genealogistas. Parte de la gracia del coleccionismo es descubrir el origen. Desde entonces he intentado hacerme con más discos, pero ha resultado enormemente difícil. Solamente se editaron dos discos suyos.

—Me dijo que los japoneses le vendieron ese disco a un precio muy elevado. ¿Qué valor tienen esos discos?

—Ninguno, excepto para los coleccionistas. Y no estamos hablando de cantidades astronómicas.

—Pero sí lo suficientemente grandes como para que usted se viniera a Islandia a comprar más. Por eso quería reunirse con Gudlaugur. Para saber si tenía más discos.

—Llevo cierto tiempo en contacto con dos o tres coleccionistas islandeses. Desde mucho antes de interesarme por los discos de Gudlaugur. Por desgracia, ya no quedan

discos suyos. Esos coleccionistas islandeses no encontraron nada. Aún tengo esperanzas de conseguir una copia por internet, desde Alemania. Vine aquí para reunirme con esos coleccionistas, para conocer personalmente a Gudlaugur, por cuya voz siento gran admiración, y para recorrer las tiendas de coleccionistas y ver cómo anda el mercado.

—¿Y vive usted de esto?

—No, qué va —respondió Wapshott llevándose el Chesterfield a los labios; tenía los dedos amarillos de llevar fumando muchos años—. Recibí una herencia. Unas propiedades en Londres. Me encargo de gestionarlas, pero la mayor parte de mi tiempo se va en el coleccionismo de discos. En estos temas se puede hablar quizá de auténtica pasión.

—Y colecciona niños de coro.

—Sí.

—¿Ha encontrado en este viaje algo a lo que hincarle el diente?

—No. Nada. Parece que aquí no hay mucho interés por conservar las cosas. Aquí todo tiene que ser nuevo. Todo lo viejo es basura. Nada merece la pena guardarse. Tengo la sensación de que en este país maltratan los discos. Los tiran, sin más. Cuando se vacía una casa tras un fallecimiento, por ejemplo. No avisan a nadie para que les eche un vistazo. Los echan a la basura. Siempre creí que una empresa de aquí, de Reikiavik, que se llama Sorpa, era una asociación de coleccionistas. La mencionaban bastante en mi correspondencia. Luego resultó ser un centro de reciclaje que vende lo que recibe. Los coleccionistas de aquí encuentran toda clase de maravillas en la basura, y las venden a buen precio a través de internet.

—¿Islandia tiene algún interés especial para los coleccionistas? —preguntó Erlendur— ¿Tenemos algo que no abunde por ahí fuera?

—La principal ventaja de Islandia para los coleccionistas de discos es el reducido tamaño del mercado. De cada grabación se edita solo un pequeño número de ejemplares, que no tardan mucho en desaparecer del mercado y esfumarse total y definitivamente. Como sucedió con los discos de Gudlaugur.

—Tiene que resultar emocionante ser coleccionista en un mundo que rechaza todo lo viejo e inútil. Y uno debe de sentir satisfacción al pensar que está rescatando objetos culturales valiosos.

—Somos unos cuantos majaretas luchando contra la destrucción —dijo Wapshott.

—Y también habrá un cierto margen de beneficio.

—Puede ser.

—¿Qué le pasó a Gudlaugur Egilsson? ¿Qué fue del niño prodigio?

—Lo que les pasa a todos los niños prodigio —dijo Wapshott—. Creció. No sé exactamente lo que le sucedió, pero no volvió a cantar, ni de adolescente ni de adulto. Su carrera de cantante fue breve pero muy hermosa, y luego volvió a desaparecer entre la muchedumbre y dejó de ser especial y único. Nadie volvió a decir maravillas de él, y naturalmente aquello debió de afectarle. Hace falta mucha entereza de ánimo

para soportar la admiración y la fama siendo tan joven, y mucha más aún cuando la gente te vuelve la espalda.

Wapshott miró el reloj de la pared del bar, y luego su reloj de pulsera, y carraspeó.

—Me marcho a Londres en el avión de esta noche y tengo que resolver un par de cosas antes de irme. ¿Hay algo más que quiera usted saber?

Erlendur lo miró.

—No, creo que es suficiente. Creía que se marchaba mañana.

—Si puedo ayudarle en alguna otra cosa, aquí tiene mi tarjeta —dijo Wapshott sacando una tarjeta de visita del bolsillo de su chaqueta, y se la entregó a Erlendur.

—¿Ha cambiado el vuelo? —preguntó Erlendur.

—Ya que no pude conocer a Gudlaugur... —dijo Wapshott—. He terminado prácticamente todo lo que quería hacer en el transcurso de este viaje, y así me ahorro una noche de hotel.

—Solo una cosa —dijo Erlendur.

—Dígame.

—Dentro de un rato vendrá un técnico de laboratorio a tomarle una muestra de saliva, si no tiene inconveniente.

—¿Una muestra de saliva?

—Para la investigación del crimen.

—¿Por qué de saliva?

—No puedo decirle nada más en estos momentos.

—¿Soy sospechoso?

—Hemos tomado muestras a todos los que conocieron a Gudlaugur de una u otra forma. Cosas de la investigación. No significa que sospechemos de usted.

—Comprendo —dijo Wapshott—. ¡Saliva! Qué raro.

Sonrió, y Erlendur vio que tenía los dientes de abajo ennegrecidos por el hollín del tabaco.

Entraron en el hotel por la puerta giratoria, él, anciano y enfermo, en silla de ruedas, y ella detrás, de baja estatura y delgada como él. La mujer tenía la nariz fina y puntiaguda, y sus ojos penetrantes escrutaban el vestíbulo. Aparentaba unos sesenta años de edad, llevaba un grueso abrigo marrón y botas negras de cuero altas, e iba empujando la silla de ruedas. Él tendría más de ochenta, por el borde de su sombrero asomaban unos cabellos blancos y deshilachados, y su tez era pálida como la de un cadáver. Iba encogido en su silla, de las mangas de su abrigo negro surgían dos blancas manos huesudas, una bufanda negra le envolvía el cuello y gruesos anteojos de concha cubrían unos ojos que recordaban los de un pez.

La mujer empujó la silla hasta el mostrador de recepción. El recepcionista jefe estaba saliendo de su despacho y los vio acercarse.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó cuando llegaron hasta el mostrador.

El hombre de la silla ni siquiera se dignó mirarlo, pero la mujer preguntó por un policía llamado Erlendur, que le habían dicho estaba trabajando en el hotel. Erlendur estaba saliendo del bar con Wapshott cuando los vio entrar. Al momento le llamaron la atención. Había algo en ellos que le recordaba al muerto.

Pensaba si debería impedir a Wapshott que saliera del país y prohibirle que regresara a Londres por el momento, pero no encontró una justificación suficientemente buena para retenerlo. Se preguntó quiénes podrían ser aquellas dos personas, el hombre de ojos de bacalao y la mujer de nariz de águila, cuando el jefe de recepción lo vio y le hizo una seña con la mano. Erlendur fue a despedirse de Wapshott pero este había desaparecido repentinamente.

—Preguntan por ti —dijo el jefe de recepción cuando Erlendur se acercó al mostrador de registro.

Erlendur se acercó hacia ellos junto al mostrador. Los ojos de bacalao lo observaban desde debajo del sombrero.

—¿Eres tú Erlendur? —preguntó el hombre de la silla, con voz vieja y cascada.

—¿Queréis hablar conmigo? —preguntó Erlendur. La nariz aguileña se elevó.

—¿Diriges tú la investigación sobre la muerte de Gudlaugur Egilsson en el hotel? —preguntó la mujer.

Erlendur respondió que así era.

—Yo soy su hermana —dijo ella—. Y él es nuestro padre. ¿Podemos hablar en privado?

—¿Te ayudo con la silla? —preguntó Erlendur, pero ella lo miró como si la hubiera insultado y se puso en movimiento empujando la silla. Siguieron a Erlendur al bar y hasta la misma mesa donde había estado con Wapshott. Eran las únicas personas en el local. Incluso el camarero había desaparecido. En realidad, Erlendur no sabía si el bar abría antes del mediodía. Pensó que debía de estar abierto porque la puerta no estaba cerrada con llave, pero parecía que poca gente estaba al corriente.

La mujer acercó la silla a la mesa y bloqueó las ruedas. Luego se sentó enfrente de Erlendur.

—Precisamente iba a visitaros —mintió Erlendur, que tenía la intención de que fueran Sigurdur Óli y Elínborg quienes hablaran con la familia de Gudlaugur. No recordaba si se lo había ordenado explícitamente.

—Preferimos que la policía no entre en nuestra casa —dijo la mujer—. Nunca nos había sucedido nada parecido. Nos llamó una mujer, probablemente colaboradora tuya, Elínborg creo que dijo llamarse. Le pregunté quién estaba al frente de la investigación y me dijo que tú eras uno de los directores. Confiaba en que podríamos acabar con esto rápidamente y que nos dejarais en paz.

Aquellas personas no mostraban ningún rastro de dolor. No parecían lamentar la pérdida de un ser querido. Solo un frío fastidio. Consideraban que tendrían que cumplir ciertas obligaciones, que tendrían que declarar algo a la policía, pero saltaba a la vista que aquello les resultaba muy molesto, y que les resultaba indiferente que se notara. Nada parecía indicar que el cadáver hallado en el sótano del hotel tuviera relación alguna con ellos. Como si ellos estuvieran muy por encima de todo este asunto.

—Sabéis ya lo que le sucedió a Gudlaugur —dijo Erlendur.

—Sabemos que lo han matado —dijo el anciano—. Apuñalado. Sabemos que lo apuñalaron.

—¿Tenéis alguna idea de quién puede haberlo hecho?

—No tenemos ni la menor idea —dijo la mujer—. No teníamos ninguna relación con él. No sabemos con qué personas se relacionaba. No conocíamos a sus amigos ni tampoco a sus enemigos, si es que los tenía.

—¿Cuándo fue la última vez que lo visteis?

En eso momento, Elínborg entró en el bar. Fue hacia ellos y se sentó al lado de Erlendur; él la presentó pero ni el padre ni la hija mostraron reacción alguna, los dos estaban igual de decididos a que aquello no les afectara lo más mínimo.

—Supongo que cuando tenía veinte años —dijo la mujer—. Fue entonces cuando lo vimos por última vez.

—¿Veinte años? —Erlendur creyó haber oído mal.

—Como he dicho, no teníamos ninguna relación.

—¿Por qué no? —preguntó Elínborg.

La mujer no la miró.

—¿No es suficiente con que hablemos contigo? —preguntó a Erlendur—. ¿También tiene que estar presente esa mujer?

Erlendur miró a Elínborg. Parecía animarse.

—No parece que lamentéis mucho lo que le ha pasado —dijo sin responder a la mujer—. A Gudlaugur. A tu hermano —dijo, mirando otra vez a la mujer—. A tu hijo —dijo, mirando al anciano—. ¿Por qué? ¿Por qué no lo habéis visto en treinta años? Y como ya he dicho, esa mujer se llama Elínborg —añadió—. Si quieres hacer más

comentarios de este tipo vamos todos a comisaría y continuamos allí, y así podéis hacer una protesta formal. Tenemos un coche de policía aquí delante.

La nariz aguileña se alzó ofendida. Los ojos de bacalao se encogieron.

—Él vivía su vida —dijo la mujer—. Y nosotros, la nuestra. No hay mucho más que decir al respecto. No existía ninguna relación. Así eran las cosas. Y nosotros estábamos tan contentos así. Él también.

—¿Me estás queriendo decir que la última vez que lo visteis fue a mediados de los años ochenta? —preguntó Erlendur.

—No existía ninguna relación —repitió ella.

—¿Ni una sola vez en todo ese tiempo? ¿Ni una conversación telefónica? ¿Nada?

—No —dijo la mujer.

—¿Por qué no?

—Es un asunto de familia —dijo el anciano—. No tiene nada que ver con esto. Nada que ver en absoluto. Es algo viejo y olvidado. ¿Qué más queréis saber?

—¿Sabíais que trabajaba en este hotel?

—Teníamos alguna noticia suya de vez en cuando por vías indirectas —dijo la mujer—. Sabíamos que trabajaba aquí de portero. Que se ponía un uniforme ridículo y abría la puerta a los huéspedes del hotel. Y tengo entendido que en las fiestas hacía de Papá Noel.

Erlendur no apartaba los ojos de ella. La mujer decía aquello como si Gudlaugur no hubiera podido causar a su familia una humillación mayor que ser encontrado asesinado, medio desnudo, en un cuartucho de hotel.

—No sabemos mucho sobre él —dijo Erlendur—. Al parecer no contaba con muchos amigos. Vivía en el mismo hotel, en una habitación diminuta. Parece que le tenían aprecio. Era bueno con los niños. Le encargaron que hiciera de Papá Noel en los festejos navideños, como bien dices. Por otra parte, hace poco nos hemos enterado de que había sido un magnífico cantante. De jovencito grabó incluso discos, creo que dos, pero vosotros lo sabréis mejor que yo. En la funda del disco que he podido ver se anuncia que viajaría por los países nórdicos para ofrecer conciertos, y que seguramente el mundo entero se inclinaría ante él. Pero después todo acabó, al parecer. Hoy día, nadie sabe nada de aquel niño, con la excepción de algunos locos coleccionistas de discos. ¿Qué sucedió?

La nariz había descendido y los ojos de bacalao se habían apagado mientras hablaba Erlendur. El anciano apartó la vista de él y la dirigió a la mesa, y la mujer, que seguía intentando aparentar orgullo e indiferencia, parecía ya menos segura.

—¿Qué sucedió? —repitió Erlendur, recordando de pronto que en su habitación tenía aún los discos de 45 revoluciones que había cogido en el cuchitril de Gudlaugur.

—No sucedió nada —dijo el anciano—. Perdió la voz. Maduró demasiado rápido y perdió la voz a los doce años, y con eso terminó todo.

—¿No pudo volver a cantar? —preguntó Elínborg.

—La voz se volvió horrible —dijo el anciano, enfadado—. No había forma de

enseñarle. Y no se podía hacer nada por él. Ya no soportaba cantar. Se volvió rebelde y furioso contra todo. Contra mí. Contra su hermana, que intentaba hacer por él todo lo que podía. Se enfadó conmigo y me achacó la culpa de todos sus males.

—¿No tenéis más preguntas? —dijo la mujer, mirando a Erlendur—. ¿No os hemos dicho suficiente? ¿Todavía no os dais por satisfechos?

—En el cuarto de Erlendur no encontramos demasiadas cosas —dijo Erlendur, como si no hubiera oído las palabras de la mujer—. Encontramos unos discos en los que cantaba él y dos llaves.

Había pedido a la brigada de policía científica que le enviaran las llaves cuando terminaran de investigarlas. Las sacó del bolsillo y las dejó sobre la mesa. Estaban sujetas a un pequeño llavero con una navajita. Los bordes eran de plástico rosa y en un lado había una imagen de un pirata con pata de palo, sable y parche en el ojo, y bajo el dibujo aparecía la palabra PÍRATE.

La mujer miró por un instante las llaves y dijo que no las reconocía. El anciano se recolocó los anteojos en la nariz, miró las llaves y sacudió la cabeza.

—Una de ellas es probablemente la llave de una casa —dijo Erlendur—. La otra parece la llave de un armario, o de algún receptáculo. Miró al padre y a la hija pero no observó reacción alguna y volvió a metérselas en el bolsillo.

—¿Encontraste sus discos? —preguntó la mujer.

—Dos —dijo Erlendur—. ¿Grabó alguno más?

—No, no hubo más —dijo el anciano clavando los ojos en Erlendur, aunque enseguida volvió a bajarlos.

—¿Puede darnos esos discos? —preguntó la mujer.

—Supongo que heredaréis lo que ha dejado —respondió Erlendur—. Cuando consideremos terminada la investigación os daremos todas las pertenencias de Gudlaugur. No tenía más deudos, ¿no? ¿No tenía hijos? No hemos podido encontrar nada en ese sentido.

—Lo último que yo sabía es que seguía soltero —dijo la mujer—. ¿Podemos ayudaros en algo más? —preguntó entonces, como si hubieran hecho una enorme aportación a la investigación al dignarse aparecer por el hotel.

—No fue culpa suya madurar y perder la voz —dijo Erlendur. Le resultaba insoportable su indiferencia y altanería. Un hijo había perdido la vida. Un hermano había sido asesinado. Y era como si no hubiera pasado nada. Como si no tuviera nada que ver con ellos. Como si la vida de aquel hombre hubiera dejado de formar parte de la de ellos desde mucho tiempo atrás, por algún motivo que Erlendur ignoraba.

La mujer miró a Erlendur.

—Si no hay ninguna cosa más —dijo entonces, y soltó los frenos de la silla de ruedas.

—Ya veremos —dijo Erlendur.

—Estarás pensando que no mostramos suficiente compasión —dijo la mujer de pronto.

—Lo que me parece es que no mostráis ninguna compasión —repuso Erlendur—. Pero eso no es asunto mío.

—No —dijo la mujer—. No es asunto tuyo.

—Lo que me gustaría saber es si teníais algún sentimiento hacia ese hombre. Era tu hermano. —Erlendur se volvió hacia el anciano de la silla de ruedas—. Tu hijo.

—Para nosotros era un desconocido —dijo la mujer, poniéndose en pie. El anciano hizo una mueca.

—¿Porque no estuvo a la altura de vuestras expectativas? —Erlendur también se levantó—. ¿Porque os decepcionó cuando tenía doce años de edad? Era un niño. ¿Qué hicisteis vosotros? ¿Le echasteis de casa? ¿Le echasteis a la calle?

—¿Cómo se atreve usted a hablarnos así? —dijo la mujer apretando los dientes. De repente había empezado a tratar de usted a Erlendur—. ¡Qué osadía! ¿Quién le ha nombrado a usted conciencia del mundo?

—¿Quién les quitó a ustedes cualquier esbozo de compasión? —exclamó con rabia Erlendur, acentuando enfáticamente el «ustedes».

La mujer miró furiosa a Erlendur. Luego pareció como si lo dejase por imposible. Dio un tirón a la silla de ruedas, la apartó de la mesa y salió del bar empujándola. Se dirigió con rapidez hacia el vestíbulo y la puerta giratoria. Por los altavoces sonaba una soprano islandesa de voz nostálgica, «... *acaricia mi arpa, diosa de celestial origen...*». Erlendur y Elínborg los siguieron y los vieron salir del hotel, la mujer tiesa como un palo y el anciano hundido aún más en la silla. Lo único que se veía de él era la cabeza, que se balanceaba por encima del respaldo.

«... y algunos serán siempre niños pequeños...»

Cuando Erlendur subió a su habitación poco después de mediodía, el jefe de recepción ya había instalado un tocadiscos y dos altavoces, El hotel tenía unos cuantos tocadiscos antiguos que no se habían usado en mucho tiempo. En cuanto a Erlendur, tenía uno y no tardó en hacer funcionar este. Nunca había adquirido un lector de CD y desde hacía años no compraba discos. No oía música actual. Había oído hablar del *hip-hop*, pero durante bastante tiempo creyó que era un sinónimo del *hula-hop*.

Elínborg iba camino de Hafnarfjörður. Erlendur le había pedido que fuera a ver la escuela a la que había asistido Gudlaugur sus primeros años. Había pensado en preguntar al respecto al padre y a la hermana, pero como su conversación tuvo aquel final tan brusco, no tuvo ocasión de hacerlo. Tendría que volver a hablar más tranquilamente con los dos. Entre tanto, quería que Elínborg localizara a quienes conocieron a Gudlaugur en sus tiempos de niño prodigio, que hablara con sus compañeros de clase. Quería saber la influencia que había tenido aquella supuesta fama sobre un muchacho tan joven. También quería saber cómo se lo habían tomado los compañeros de escuela, y si alguno de ellos recordaba que le pasó cuando perdió la voz y durante los años siguientes. También estaba dándole vueltas a la posibilidad de que alguien supiera si tenía algún enemigo en aquella época.

Todas estas cosas se las había enumerado prolijamente a Elínborg en el vestíbulo del hotel, y se dio cuenta de que ella se sentía un poco molesta, porque no veía necesidad alguna de que insistiera de aquel modo. Ella ya sabía de qué iba el caso, y era plenamente capaz de plantearse sus propios objetivos.

—Y por el camino puedes comprarte un helado —le dijo Erlendur para tomarle un poco el pelo. Ella prorrumpió en una serie de maldiciones sobre los viejos descerebrados y desapareció por la puerta.

—¿Cómo reconozco al Wapshott ese? —dijo una voz detrás de él, y cuando se dio la vuelta vio a Valgerdur con su bolsa de muestras en la mano.

—Es un inglés bastante calvo, de aspecto fatigado, con los dientes quemados, que colecciona niños de coro —dijo Erlendur—. No se te escapará.

—¿Dientes quemados? —dijo ella—. ¿Y que colecciona niños de coro?

—Es una historia muy, muy larga que te contaré algún día. ¿Hay alguna novedad sobre las pruebas? No nos llevará una eternidad, espero.

Estaba extrañamente alegre de volver a verla. Cuando oyó su voz detrás de él fue como si el corazón se detuviese por un instante. La tristeza desapareció por un momento y su voz se llenó de vida. Casi se quedó sin respiración.

—No sé cómo va —respondió ella—. Hay un número increíble de muestras.

—Pues yo... —Erlendur intentaba encontrar una excusa por lo sucedido la noche anterior—. Anoche me quedé totalmente atascado. Accidentes, muertes a la intemperie. No te dije la verdad cuando me preguntaste por mi interés en las muertes

de gente perdida en las montañas.

—No tienes que decirme nada —repuso ella.

—Sí, sí, claro que tengo que decírtelo —dijo Erlendur—. ¿Existe alguna posibilidad de repetir aquello?

—No... —calló—. No te preocupes. Estuvo muy bien. Olvidémoslo. ¿Vale?

—Vale, si eso es lo que quieres —dijo Erlendur, muy a pesar suyo.

—¿Dónde está ese Wapshott?

Erlendur la acompañó a recepción, donde le dijeron el número de habitación. Se estrecharon la mano y ella se dirigió a los ascensores. Él se quedó mirándola. Ella esperó el ascensor sin mirar atrás. Erlendur pensó si debería hacer otro intento, y había ya dado el primer paso cuando se abrió la puerta y ella entró en el ascensor. Lo miró en el momento mismo en que se cerraba la puerta, y sonrió con una sonrisa casi invisible.

Erlendur se quedó inmóvil un momento y vio que el ascensor se detenía en la planta de Wapshott. Entonces apretó el botón para hacerlo volver. Sintió el aroma de Valgerdur mientras subía a su planta.

Puso en el tocadiscos el disco del niño de coro Gudlaugur Egilsson, comprobando que había fijado la velocidad en 45 revoluciones. Luego se tumbó en la cama. El disco estaba como nuevo. Parecía que nunca lo hubiesen tocado. Ni chasquidos ni crujidos. Un chirrido al principio, pero enseguida empezó la introducción y finalmente, una voz infantil límpida y de inusitada belleza comenzó a cantar el *Ave Maria*.

Estaba allí solo, en el pasillo, y abrió con mucha precaución la puerta de la habitación de su padre, y lo vio sentado en el borde la cama, con la mirada fija en el infinito, en silenciosa angustia. Su padre no participaba en la búsqueda. Consiguió regresar a la granja en pésimo estado, después de perder a sus dos hijos en el páramo en medio de una tormenta que se había desatado sin previo aviso. Los había buscado a ciegas entre las ráfagas de viento gritando sus nombres, pero no podía ver ni siquiera la mano delante de sus propios ojos y el estruendo de la tormenta ahogaba sus gritos. Su desesperación era más profunda de cuanto pueden expresar las palabras. Se había llevado a los chicos para que le ayudaran a buscar unas ovejas. Tenía unas cuantas ovejas y algunas se habían escapado al páramo. Su intención era volverlas a llevar al establo. Había llegado ya el invierno, pero la previsión meteorológica era buena y cuando se pusieron en camino el tiempo parecía espléndido. Pero no eran sino previsiones y apariencias. La tormenta no anunció su llegada.

Erlendur entró en la habitación de su padre y se detuvo junto a él. No comprendía por qué estaba sentado en la cama, en vez de andar con los demás por el páramo, buscando. Aún no habían encontrado a su hermano. Podía estar vivo aún, aunque resultaba poco probable. Erlendur lo leía en el gesto de los hombres que regresaban

exhaustos a la granja, descansaban y tomaban algo de alimento antes de volver a salir. Habían acudido de las aldeas y de las granjas de alrededor todos los hombres válidos, con perros y largas pértigas que clavaban en la nieve. Así encontraron a Erlendur. Así pensaban encontrar a su hermano.

Iban a las parameras en grupos de ocho o nueve hombres, clavaban las pértigas en la nieve y gritaban el nombre de su hermano. Habían pasado dos días desde que encontraron a Erlendur y tres desde que la tormenta separó al padre y sus dos hijos. Los hermanos consiguieron mantenerse juntos al principio. Gritaban en medio de la nevada e intentaban escuchar la voz de su padre. Erlendur, dos años mayor, llevaba de la mano a su hermano, pero las manos se abotargaron con el frío y Erlendur ni siquiera se dio cuenta cuando se soltaron. Creía que aún lo llevaba de la mano cuando se dio la vuelta y ya no lo vio. Mucho más tarde creyó recordar el roce de una mano deslizándose de la suya, pero aquel recuerdo lo había construido él mismo. En ningún momento había notado que sucediera nada.

Estaba convencido de que iba a morir, a los diez años de edad, en una tormenta de nieve que no lo dejaría escapar. Lo atacaba desde todas direcciones, lo desgarraba, lo golpeaba y le impedía la visión, fría, feroz e implacable. Por fin cayó en la nieve e intentó enterrarse en ella. Se quedó allí, pensando en su hermano, que también estaría muriéndose en el páramo.

Despertó al sentir un violento pinchazo en el hombro, y de pronto apareció un rostro desconocido. No oyó lo que decía aquel hombre. Quería seguir durmiendo. Lo sacaron de la nieve y se fueron relevando para bajarlo del páramo, aunque él apenas recordaba nada de su vuelta a casa. Oía voces. Oyó a su madre que lo arropaba. Un médico lo examinó. Congelaciones en manos y pies, pero nada demasiado serio. Vio la habitación de su padre. Lo vio sentado solo en el borde de la cama, como si lo que estaba sucediendo no tuviera nada que ver con él.

Dos días más tarde, Erlendur ya pudo levantarse. Estaba al lado de su padre, se sentía solo y asustado. Le había asaltado un extraño remordimiento cuando empezó a recuperarse y a recobrar las fuerzas. ¿Por qué él? ¿Por qué él y no su hermano? Y si no le hubieran encontrado a él, ¿quizás habrían podido encontrar a su hermano? Ardía en deseos de preguntárselo a su padre y preguntarle por qué no había participado en la búsqueda. Pero no preguntó nada. Se limitó a mirarlo, a mirar los profundos surcos de su rostro, los pelos de su barba y los ojos negros de dolor.

Así transcurrió largo rato, sin que su padre le prestara atención alguna. Erlendur puso su mano sobre la suya y le preguntó si tenía él la culpa. De que su hermano hubiera desaparecido. Porque no lo había sujetado con la suficiente fuerza, y porque habría debido vigilarlo mejor, y habría debido tenerlo junto a él cuando lo encontraron. Preguntó en voz baja y vacilante, y no pudo impedir los sollozos. Su padre dejó caer la cabeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas y abrazó a Erlendur con fuerza, y él también rompió a llorar, hasta que aquel cuerpo enorme, imponente, tembló y se agitó en los brazos de su hijo.

Todo esto pasó por la mente de Erlendur hasta que oyó de nuevo los chirridos del disco. No se había permitido aquellos pensamientos en largo tiempo, pero de pronto sus recuerdos se cernieron sobre él y sintió de nuevo aquel profundo dolor, un dolor que jamás sería olvidado ni enterrado.

Tal era la fuerza del niño del coro.

En la mesilla de noche sonó el teléfono del hotel. Erlendur levantó la aguja del tocadiscos y lo apagó. Era Valgerdur. Dijo que Henry Wapshott no estaba en su habitación. Cuando pidió que lo llamaran y lo buscaran por el hotel, no lo encontraron por ningún sitio.

—Me dijo que esperaría para la prueba —dijo Erlendur—. ¿Se habrá marchado ya del hotel? Tengo entendido que había reservado plaza para el vuelo de esta noche.

—Eso no lo he comprobado —dijo Valgerdur—. No puedo seguir esperando mucho más, y...

—No, claro, perdona —dijo Erlendur—. Te lo enviaré en cuanto lo encuentre. Perdona.

—No pasa nada; me voy, pues.

Erlendur vaciló. No sabía qué decir, pero tampoco quería despedirse de ella tan pronto. El silencio se prolongó y de pronto sonaron unos golpecitos en la puerta de su habitación. Pensó que sería Eva Lind, que venía a visitarlo.

—Me encantaría volverte a ver —dijo—, pero lo comprenderé perfectamente si no te apetece.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez con más fuerza.

—Me gustaría contarte la verdad de lo que hay detrás de esas historias de gente que se pierde en la montaña —dijo Erlendur—. Si te apetece oírlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te parece bien?

Ni él mismo sabía exactamente lo que quería decir. Por qué motivo quería contarle a aquella mujer algo que no le había contado a nadie, salvo a su propia hija. Por qué no lo dejaba estar y continuaba su vida sin molestar a nadie con aquella historia, ni ahora ni en ningún otro momento.

Valgerdur tardaba en responder, y llamaron a la puerta por tercera vez. Erlendur dejó el auricular y abrió la puerta sin mirar quién era su visitante, imaginó que no podía ser sino Eva Lind. Cuando volvió a coger el auricular, Valgerdur ya no estaba.

—Hola —dijo—. Hola. —No hubo respuesta.

Colgó el teléfono y se volvió. En la habitación había un hombre al que no había visto nunca. Era de baja estatura, vestido con un grueso abrigo de invierno de color azul oscuro, bufanda y una gorra azul en la cabeza. Brillaban perlas de agua sobre la gorra y el abrigo de la nieve al derretirse. Tenía el rostro bastante grueso, con labios carnosos y unas bolsas rojizas inmensas bajo unos ojos pequeños y de aspecto cansino. Le recordó a Erlendur las fotos del poeta W. H. Auden. Una gotita le colgaba de la nariz.

—¿Eres Erlendur? —preguntó.

—Sí.

—Me dijeron que viniera a este hotel a hablar contigo —dijo el hombre, que se

quitó la gorra y la sacudió ligeramente contra el abrigo. Se secó la gota de la nariz.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó Erlendur.

—Dijo llamarse Marion Briem. No sé quién es. Dijo que estaba investigando el caso de Gudlaugur Egilsson y hablando con quienes lo conocieron entonces y ahora. Yo soy uno de los que lo conocieron en el pasado, y Marion me encargó que hablara contigo.

—¿Y tú quién eres? —Erlendur tuvo la vaga sensación de que reconocía aquel rostro, pero no conseguía recordar por qué.

—Mi nombre es Gabriel Hermannsson, y en otros tiempos fui director del Coro Infantil de Hafnarfjörður —dijo el hombre—. ¿Puedo sentarme en la cama? Todos esos pasillos largos...

—¿Gabriel? Ah claro. Sí, por favor. Siéntate. —El hombre se desabotonó el abrigo y se aflojó la bufanda. Erlendur cogió la funda del segundo disco de Gudlaugur y observó la foto del Coro Infantil de Hafnarfjörður. El director del coro miraba a la cámara con gesto alegre—. ¿Eres este? —le preguntó, entregando la funda al visitante.

El hombre miró la funda y asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde lo conseguiste? Hace decenios que es imposible encontrar esos discos. Yo perdí los míos por una estúpida insensatez. Se los presté a alguien. Nunca hay que prestar nada.

—Era de él —respondió Erlendur.

—Aquí no tenía más de, a ver, más de veintiocho años —dijo Gabriel—. Cuando tomaron la foto. Es increíble, cómo pasa el tiempo.

—¿Qué te dijo Marion?

—No mucho. Le expliqué que había conocido a Gudlaugur y me dijo que tenía que hablar contigo. Tenía que venir a Reikiavik por un asunto y decidí aprovechar la oportunidad.

Gabriel dudó un momento.

—No distinguí demasiado bien la voz —continuó—, y estaba dándole vueltas a si era un hombre o una mujer. ¿Marion? ¿Qué clase de nombre es ese? Me pareció estúpido preguntárselo, pero no llegué a ninguna conclusión. En general, se nota por la voz. ¿Es un nombre de mujer o de hombre? La persona en cuestión parecía ser de mi misma edad o algo mayor, aunque no se lo pregunté. Curioso nombre, Marion Briem.

Erlendur notó en su voz auténtica curiosidad, casi urgencia por saberlo, como si ello tuviera una gran importancia para aquel hombre.

—Pues yo nunca lo he pensado —repuso Erlendur—. Lo del nombre. Marion Briem. He estado escuchando este disco —dijo, señalando la funda—. Canta de una forma espléndida, eso es innegable. Teniendo en cuenta lo pequeño que era el chico.

—Gudlaugur fue quizá el mejor escolano que tuvimos en bastante tiempo —dijo Gabriel, mirando la funda—. Pensándolo bien... Creo que no llegamos a saber bien

lo que teníamos entre manos hasta mucho más tarde, incluso hasta hace muy pocos años, casi hasta ahora mismo.

—¿Cuándo lo conociste?

—Me lo trajo su padre. Por entonces, la familia vivía en Hafnarfjörður, y creo que sigue viviendo allí. La madre murió poco después, y él se dedicó en cuerpo y alma a la educación de sus hijos, Gudlaugur y una chica algo mayor que él. El hombre sabía que yo acababa de volver de estudiar música en el extranjero. Me dedicaba a la enseñanza de música, tanto impartiendo clases particulares como en la Escuela Primaria de Hafnarfjörður y en otros sitios más. Me nombraron director cuando se decidió crear un coro infantil. Había sobre todo niñas, como siempre, y buscábamos especialmente niños, y un día apareció en mi casa Gudlaugur, acompañado de su padre. Tenía diez años y esa voz maravillosa. Esa voz preciosa. Y sabía cantar. Enseguida me di cuenta de que el padre se mostraba demasiado exigente con el muchacho, y era muy estricto con él. Me dijo que había sido él quien le enseñó todo lo que sabía de canto. Más tarde me enteré de que incluso llegaba a ser tiránico, lo castigaba, lo obligaba a quedarse en casa cuando quería salir a jugar. Creo que el chico no recibió una buena educación, porque probablemente estaba obligado a satisfacer unas exigencias injustas y no le permitían el trato con sus amigos, excepto en forma muy limitada. Era el clásico ejemplo de lo que sucede cuando los padres tienen todo el poder sobre los hijos y quieren que sean exactamente como desean. Creo que la infancia de Gudlaugur no fue excesivamente feliz.

Gabriel calló.

—Has pensado mucho en este asunto, ¿verdad? —dijo Erlendur.

—Simplemente lo vi suceder.

—¿El qué?

—Que no existe nada tan horrible como someter a los niños a una disciplina férrea y plantearles exigencias imposibles de satisfacer. Y no estoy hablando de disciplina estricta en el caso de niños rebeldes que necesitan control y guía, ese es un asunto completamente distinto. Es imprescindible disciplinar a los niños, naturalmente. De lo que estoy hablando es de cuando no se deja a los niños que sean niños. Cuando no se les deja disfrutar de ser lo que son y de lo que quieren ser, sino que se les obliga e incluso se les fuerza a ser una cosa distinta. Gudlaugur tenía esa preciosa voz infantil, de soprano infantil, y su padre le había asignado ya una misión en la vida. No estoy diciendo que fuera malo con él de forma consciente y calculada, sino que le robó su propia vida. Le robó la infancia.

Erlendur pensó en su propio padre, que nunca hizo otra cosa que inculcarle buenas costumbres y demostrarle su afecto. La única exigencia que le impuso era que se comportara bien y que respetara a los demás. Su padre jamás trató de impedir que fuera él mismo. Pensó en el padre que esperaba el juicio por una feroz agresión a su propio hijo, y vio ante sí a Gudlaugur, intentando todo el tiempo estar a la altura de lo que su padre esperaba de él.

—Es un fenómeno que quizá se ve con especial claridad en las sectas religiosas —continuó Gabriel—. Los niños que nacen en esos grupos de creyentes son obligados a adoptar la fe de sus padres y a vivir, en realidad, la vida de sus padres en vez de la suya propia. Nunca tienen la oportunidad de ser libres, de salir del mundo en el que han nacido y de tomar decisiones autónomas sobre sus propias vidas. Naturalmente, los niños no se percatan de ello hasta mucho más tarde, y algunos, jamás. Pero es frecuente que, en los años de la adolescencia, y también cuando son adultos, se planten y digan que ya no quieren seguir siendo así, y entonces surgen los conflictos. De pronto, el niño no quiere seguir viviendo la vida de sus padres, y eso puede causar serios problemas. Lo vemos por todas partes: el médico quiere que su hijo sea médico. El abogado. El empresario. El piloto. En todas partes hay personas que imponen a sus hijos exigencias ineludibles.

—¿Fue lo que sucedió en el caso de Gudlaugur? ¿Dijo que hasta aquí hemos llegado? ¿Se rebeló?

Gabriel calló unos instantes.

—¿Conoces al padre de Gudlaugur?

—Hablé con ellos esta misma mañana —respondió Erlendur—. Con él y con su hija. Están llenos de ira y animosidad, y salta a la vista que no albergaban sentimientos muy cálidos hacia Gudlaugur. No derramaron ni una lágrima por él.

—¿Y el padre iba en silla de ruedas?

—Sí.

—Sucedió varios años después —dijo Gabriel.

—¿Después de qué?

—Varios años después de aquel terrible concierto, antes de que el chico fuera de gira por los países nórdicos. Era la primera vez que sucedía algo así, que un chico de aquí saliese al extranjero para cantar como solista, y nada menos que con coros de los países nórdicos. Su padre había enviado los discos a Noruega, y una productora de allí se interesó por él y le organizó una serie de actuaciones, con la idea de editar sus discos en Escandinavia. En cierta ocasión, el padre me confesó que su sueño, quiero decir el sueño del padre, entiéndeme, no el de Gudlaugur, era ver a su hijo cantar con los Niños Cantores de Viena. Y no cabía duda alguna de que estaba en condiciones de hacerlo.

—¿Qué sucedió?

—Lo que sucede siempre, más pronto o más tarde, con los sopranos infantiles. Intervino la naturaleza —dijo Gabriel—. En el peor momento imaginable de la vida del chico. Habría podido suceder durante un ensayo, habría podido sucederle cuando estaba solo en casa. Pero sucedió allí, y el bendito niño...

Gabriel miró a Erlendur.

—Yo estaba con él entre bambalinas. El coro infantil lo acompañaría en unas piezas y había en la sala muchos muchachos de Hafnarfjörður, algunos de los mejores músicos de Reikiavik e incluso críticos musicales de los periódicos. El concierto

había despertado mucha expectación y, naturalmente, su padre estaba sentado en primera fila. El chico vino a verme mucho después, cuando ya se había marchado de casa, y me contó cómo vivió aquella nefasta velada, y desde entonces he pensado muchas veces en cómo un solo incidente puede dejar en la gente una huella que dura toda su vida.

Todas las plazas del Cine Municipal de Hafnarfjörður estaban ocupadas y sonaba un fuerte murmullo. Con anterioridad, había estado dos veces en aquel magnífico edificio para ver películas, y todo le entusiasmaba: la hermosa iluminación del vestíbulo y el escenario elevado sobre el que se representaban las obras de teatro. Su madre lo había llevado a ver una película antigua, Lo que el viento se llevó, y había visto con su padre y su hermana la última película de dibujos de Walt Disney.

Pero esta vez la gente no había venido a admirar a los héroes de la pantalla, sino para escucharle a él. Para escucharle cantar con esa voz que ya había grabado en dos discos de 45 revoluciones. No sentía miedo, sino incertidumbre. Ya había cantado antes en público, en la iglesia de Hafnarfjörður y en el colegio, y había actuado ante un público numeroso. Bastantes veces se sintió nervioso y pasó auténtico miedo. Luego empezó a comprender que lo que hacía era valioso y deseable a los ojos de los demás, y aquello le ayudó a superar los nervios. Esa era la razón por la que había acudido allí toda aquella gente para oírle cantar, y no había ningún motivo para estar nervioso. La razón era su voz, y su canto. Nada más. Él era la estrella.

Su padre le había mostrado el anuncio en el periódico: «Esta tarde canta el mejor soprano infantil de Islandia». No había nadie mejor que él. Su padre no podía ocultar su alegría y estaba mucho más nervioso que él ante aquella velada. Llevaba días sin hablar de otra cosa. Ojalá su madre estuviera viva y pudiera verle cantar en el Cine Municipal —decía—. ¡Se habría alegrado tanto! Se habría alegrado inmensamente.

Su forma de cantar había encantado a la gente de otro país y querían que fuera también allí. Querían que grabara un disco. Lo sabía, decía su padre una vez tras otra. Había trabajado muy duro en la preparación del viaje. El concierto en el Cine Municipal era la culminación de aquel trabajo.

El regidor le enseñó cómo podía mirar a escondidas lo que pasaba en el patio de butacas y ver a la gente. Escuchó el rumor del público y vio a muchas personas que no conocía de nada, y a las que nunca conocería. Vio a la esposa del director del coro con sus tres hijos, sentados en un extremo de la tercera fila. Vio a algunos compañeros de colegio con sus padres, incluso a algunos de los que se burlaban de él, y vio a su padre sentado en el centro de la primera fila, y a su hermana mayor a su lado, mirando embobada. Los

parientes de su madre estaban también allí, unas tías a las que apenas conocía, unos señores con los sombreros en la mano, esperando a que se alzara el telón.

Deseaba que su padre se sintiera orgulloso de él. Sabía que se había sacrificado para conseguir que sacara el máximo provecho de su arte vocal, y ahora se pondrían de manifiesto los resultados de sus esfuerzos. Los ensayos habían sido agotadores. Y nada de refunfuñar. Una vez lo había intentado y su padre se puso furioso.

Tenía plena confianza en su padre. Así había sido siempre. Incluso cuando se veía obligado a cantar en público en contra de su voluntad. Su padre le había empujado y animado y había acabado imponiendo su voluntad. La primera vez que cantó ante desconocidos fue una auténtica tortura; el miedo en el momento de subir al escenario, la timidez ante todas aquellas personas. Su padre se mostraba firme, ni siquiera vaciló cuando se burlaban del niño por el canto. Cuantas más veces cantaba en público en el colegio y en la iglesia más se metían con él los chicos y algunas de las chicas también, le ponían motes, hasta imitaban su forma de cantar, y él no podía entender por qué.

No quería hacer enfadar a su padre. No había conseguido recuperarse plenamente de la muerte de su madre. Tuvo una leucemia que la llevó a la muerte en pocos meses. Su padre estuvo día y noche junto a su cama, la había acompañado al hospital y dormía allí mientras a ella se le iba escapando la vida. Lo último que dijo antes de salir de casa aquella tarde fue: «Piensa en mamá. En lo orgullosa que estaría de ti».

El coro ya había ocupado su posición en el escenario. Todas las chicas llevaban unos vestidos idénticos, pagados por el Ayuntamiento de Hafnarfjörður. Los chicos, camisa blanca y pantalones negros, igual que él. Susurraban, impresionados por la expectación generada por el coro, y dispuestos a dar lo mejor de sí mismos. Gabriel, el director, estaba hablando con el regidor. El presentador apagó su cigarrillo en el suelo. Todo estaba apunto. En un momento se alzaría el telón.

Gabriel lo llamó.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí. Hay mucha gente.

—Sí. Todos han venido a verte a ti. No lo olvides. La gente ha venido única y exclusivamente para verte a ti y para oírte cantar, y tienes que sentirte orgulloso y contento, y no ponerte nervioso. Tal vez sientas como unos gusanillos por dentro, pero se irán en cuanto empieces a cantar. Ya lo sabes.

—Sí.

—¿Empezamos?

Asintió con la cabeza.

Gabriel lo tomó por los hombros.

—Te resultará muy difícil mirar a toda esa gente ahí sentada, pero límitate a cantar y todo irá bien.

—Sí.

—El presentador entrará después de la primera canción. Lo hemos ensayado mucho. Tú empiezas a cantar y ya verás como todo saldrá bien.

Gabriel le hizo una señal al regidor. Hizo otra señal con la mano al coro, que se calló al instante, todos a la vez, y se colocaron bien. Todo estaba listo. Todos estaban listos.

Las luces de la sala bajaron de intensidad. El murmullo cesó. Se alzó el telón.

Piensa en mamá.

Lo último que pasó por su mente antes de que se levantara el telón fue la imagen de su madre en su lecho de muerte, la última vez que la vio, y por un instante perdió la concentración. Estaba con su padre, los dos sentados, uno a cada lado de la cama, y ella se encontraba tan débil que apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Los cerró otra vez y pareció que se había quedado dormida, pero entonces se abrieron lentamente, le miró e intentó sonreír. No pudieron volver a charlar. Cuando llegó el momento de despedirse, se pusieron en pie y él siempre lamentó no haberle dado un beso, porque aquella fue la última vez que estuvieron juntos. Se limitó a levantarse y a salir de la habitación con su padre, y la puerta se cerró a su espalda.

Se alzó el telón y miró a su padre. La sala desapareció, lo único que había allí eran los penetrantes ojos de su padre.

Alguien de la sala se echó a reír.

Volvió en sí de nuevo. El coro había empezado a cantar y el director le había hecho la señal, pero él no se dio cuenta. El director intentó aparentar que no pasaba nada, repitió unos compases y esta vez entró él en el momento adecuado, y acababa de comenzar cuando sucedió algo.

Cuando le sucedió algo a la voz.

—Era un gallo —dijo Gabriel, allí sentado en la fría habitación de hotel de Erlendur—. Había hecho un gallo con la voz. En la primera pieza, y todo acabó.

Gabriel estaba sentado en la cama, inmóvil, con la mirada perdida en un momento del pasado, en el escenario del Cine Municipal, donde el coro se iba apagando poco a poco. Gudlaugur, que no comprendía lo que le estaba pasando a su voz, carraspeaba una vez tras otra y seguía intentando cantar. Su padre se puso en pie y su hermana subió corriendo al escenario para hacer callar al muchacho. El público, al principio, murmuró por las dificultades del niño, pero enseguida empezaron a oírse risas medio ahogadas en distintos puntos de la sala, risas que fueron haciéndose más evidentes mientras algunos empezaban a silbar. Gabriel se acercó a Gudlaugur para sacarlo de allí, pero el muchacho se había quedado clavado en su sitio. El regidor intentó correr el telón. El presentador subió al escenario con un cigarrillo entre los dedos, pero parecía no tener ni idea de lo que debía hacer. Finalmente, Gabriel logró que Gudlaugur se moviera y lo arrastró consigo. En ese momento su hermana estaba ya con ellos, se volvió hacia el público y les gritó que no se rieran. El padre seguía en el mismo asiento de la primera fila, inmóvil y completamente desconcertado.

Gabriel volvió en sí y miró a Erlendur.

—Aún siento escalofríos cuando pienso en aquello —le dijo.

—¿Un gallo en la voz? —dijo Erlendur—. No sé mucho de...

—También se dice que se rompe la voz. Lo que sucede es que las cuerdas vocales se alargan con la pubertad, pero el niño sigue formando la voz igual que antes, aunque se hace una octava más baja. El resultado no es nada bonito, se produce una especie de falsete como en el canto tirolés. Es lo que acaba con todos los niños de coro. A Gudlaugur le habrían podido quedar dos o tres años más, pero maduró demasiado pronto. Las hormonas se pusieron demasiado temprano a hacer de las suyas, ellas fueron las responsables de la noche más amarga y horrible de su vida.

—Debías de ser buen amigo suyo, ya que fue a verte después y te contó todo eso.

—Sí, realmente, sí, me consideraba un amigo de verdad. Luego nos fuimos distanciando, como tantas veces pasa. Yo intenté ayudarle lo mejor que pude y él siguió asistiendo a mis clases de canto. Su padre no quería que abandonase. Estaba decidido a convertir a su hijo en cantante. Hablaba de enviarlo a Italia o a Alemania. Incluso a Inglaterra. Son los que mejor saben tratar la voz de soprano infantil, y tienen una pléyade de niños prodigio venidos a menos. No hay nada de tan corta vida como un niño prodigio.

—¿Pero no llegó a convertirse en cantante de verdad?

—No. Se había acabado. Puede decirse que tenía una voz de adulto aceptable, aunque nada especial, pero había perdido todo interés. Todo el trabajo invertido en el canto, en realidad, toda su infancia, se quedó en nada aquella tarde. Su padre lo llevó a otros profesores, pero sin resultado. La chispa se había apagado. Gudlaugur se dejó llevar un tiempo para no herir a su padre, pero luego abandonó por completo. Me contó que, en realidad, nunca había querido ser cantante ni niño de coro, ni cantar ni

destacar. Todo lo había hecho por su padre.

—Antes me dijiste que algo sucedió varios años después —dijo Erlendur—. Varios años después del concierto del Cine Municipal. Me dio la impresión de que era algo relacionado con el padre y su silla de ruedas. ¿Me equivoco?

—Poco a poco fue creándose un abismo entre ellos. Entre Gudlaugur y su padre. Ya me comentaste su actitud cuando estuvo aquí con su hija. Claro que yo no conozco toda la historia. Solo una parte.

—Pero me ha parecido entender que la relación entre Gudlaugur y su hermana era muy cariñosa.

—De eso no cabe ninguna duda —dijo Gabriel—. Ella asistía frecuentemente a los ensayos del coro y siempre estaba con él cuando cantaba en las celebraciones de la escuela o la iglesia. Se portaba bien con él, pero también adoraba a su padre. Este tenía una personalidad muy fuerte. Era inflexible y duro como el mármol cuando estaba decidido a imponer su voluntad, pero de vez en cuando sabía ser tierno. Ella acabó por ponerse de su parte. El chico se rebeló radicalmente contra su padre. No tengo una idea exacta de cómo fue, pero llegó un momento en que lo odiaba y le echaba la culpa de lo que había pasado. No solo de lo sucedido en el escenario, sino de todo lo habido y por haber.

Gabriel calló un instante.

—En una de las últimas ocasiones en que hablamos, me dijo que su padre le había robado la infancia. Que lo había convertido en una atracción de feria.

—¿Una atracción de feria?

—Esa fue la expresión que utilizó, pero no acabé de comprender lo que quería decir. Fue poco después del accidente.

—¿Del accidente?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—Me parece que Gudlaugur tendría casi veinte años. Había dejado ya el colegio. Después de eso se marchó de Hafnarfjörður. Para entonces, la relación entre nosotros se había interrumpido prácticamente por completo, pero imagino que el accidente fue causado por aquella rebeldía que lo dominaba. Por la furia que se había ido acumulando en él.

—¿Se marchó de casa después del accidente?

—Sí, eso creo.

—¿Qué sucedió?

—En su casa había una escalera alta y empinada. Estuve allí en una ocasión. Subía del vestíbulo al piso de arriba. Era una escalera de madera con escalones bastante estrechos. Seguramente todo empezó como una de las peleas habituales entre Gudlaugur y su padre, que tenía el despacho en el piso de arriba. Habían llegado al borde de la escalera, en el piso superior, y tengo entendido que Gudlaugur lo apartó de un empujón y el padre cayó por la escalera. Fue una mala caída. Nunca se volvió a

poner en pie. Fractura de columna. Parálisis de cintura para abajo.

—¿Fue solo un accidente? ¿Lo sabes con seguridad?

—Eso solo lo puede saber Gudlaugur. Y su padre. Este y la hermana lo borraron completamente de sus vidas. Rompieron toda relación y no quisieron volver a saber nada de él. Eso apunta quizás a que hubiera sido una agresión. Quizá no se trató de un simple accidente.

—¿Y cómo lo sabes? ¿No has dicho que ya no tenías relación con ellos?

—La comidilla de la ciudad era que había tirado a su padre por las escaleras. Lo investigó la policía.

Erlendur lo miró.

—¿Cuándo viste a Gudlaugur por última vez?

—Fue precisamente aquí, en el hotel, por pura casualidad. Yo no tenía idea de qué había sido de él. Había salido a comer con una gente y de pronto lo vi delante de mí, con el uniforme de portero. Al principio no lo reconocí. Había transcurrido muchísimo tiempo. Fue hace cinco o seis años. Me acerqué a él y le pregunté si se acordaba de mí, y estuvimos charlando un rato.

—¿De qué?

—De todo y de nada. Le pregunté cómo le iban las cosas, y eso. Él estuvo bastante callado. Me pareció que no se sentía cómodo hablando conmigo. Era como si le recordara un pasado del que ya no quería saber nada. Me dio la sensación de que se avergonzaba de su uniforme de portero. A lo mejor era alguna otra cosa. No lo sé. Le pregunté por su familia y me dijo que no tenía relación alguna con ellos. Luego no supimos qué más decir y nos despedimos.

—¿Tienes idea de quién puede haber querido matar a Gudlaugur? —preguntó Erlendur.

—Ni la más mínima —respondió Gabriel—. ¿Cómo fue la agresión? ¿Cómo lo mataron?

Preguntó con tacto, con pena en los ojos, no para soltárselo a otros en cuanto volviera a su casa o se reuniera con sus amigos, sino para saber cómo había terminado la vida de aquel muchacho tan prometedor al que tiempo atrás había enseñado a cantar.

—No puedo entrar en detalles —dijo Erlendur—. Se trata de información confidencial por necesidades de la investigación.

—Sí, claro —dijo Gabriel—. Lo comprendo. La investigación de la policía... ¿Tenéis alguna pista? Supongo que tampoco puedes decirme nada respecto a eso, perdón. No consigo imaginarme quién podría haber querido matarlo, pero naturalmente hace mucho que perdí todo contacto con él. Lo único que sabía de él es que trabajaba en este hotel.

—Llevaba muchos años trabajando de portero, y de chico para todo. De Papá Noel, por ejemplo.

Gabriel suspiró.

—¡Qué triste destino!

—Lo único que encontramos en su habitación, aparte de estos discos, fue un cartel de cine que tenía colgado en la pared. Es de una película de Shirley Temple, del año 1939, llamada *La pequeña princesa*, *The Little Princess*. ¿Tienes alguna idea de por qué lo guardaba, o por qué lo apreciaba tanto? En la habitación no había prácticamente nada más.

—¿Shirley Temple?

—La niña prodigio.

—Naturalmente, hay una similitud bastante obvia —dijo Gabriel—. Gudlaugur se veía a sí mismo como un niño prodigio, y lo mismo puede decirse de cuantos lo rodeaban. Pero en realidad no veo más conexión.

Gabriel se levantó, se colocó la gorra, se abrochó el abrigo y se envolvió el cuello en la bufanda. Los dos guardaban silencio. Erlendur le abrió la puerta y lo acompañó al pasillo.

—Muchas gracias por venir a verme —dijo, estrechando su mano.

—De nada —dijo Gabriel—. Es lo menos que podía hacer por vosotros. Y por ese buen muchacho.

Vaciló, como si fuera a decir algo más pero no supiera cómo expresarlo.

—En él había una terrible inocencia —dijo por fin—. Un chico muy ingenuo. Le habían hecho creer que era único y especial, y que sería famoso, que tendría el mundo entero a sus pies. Los Niños Cantores de Viena. En este país tendemos a hacer una enormidad de cualquier minucia, y ahora más que en cualquier otro momento de nuestra historia; es como una costumbre de esta nación que jamás ha conseguido ser la primera en nada. En el colegio se burlaban de él porque lo consideraban distinto, y eso le hizo tener que soportar muchos agravios. Hacía falta una entereza considerable para aguantar todo aquello.

Se despidieron, y Gabriel se dio la vuelta y salió al pasillo. Erlendur se quedó mirándolo, pensando que muy probablemente la historia de Gudlaugur Egilsson le habría arrebatado toda la energía al anciano director de coro.

Erlendur cerró la puerta. Se sentó en el borde de la cama y pensó en el niño del coro y en cómo había acabado disfrazado de Papá Noel con el pantalón bajado. Se preguntaba cómo el destino le había llevado hasta aquel trastero y a la muerte, tantos años después de la gran decepción de su vida. Pensó en el padre de Gudlaugur, inválido en una silla de ruedas, con sus gruesas gafas de montura de asta, y en su hermana, con aquella afilada nariz de águila y la aversión hacia su hermano. Pensó en el obeso director del hotel, que lo había echado a la calle, y en el jefe de recepción que aseguraba no conocerlo. Pensó en los empleados del hotel, que ignoraban quién era Gudlaugur. Pensó en Henry Wapshott, que había hecho un largo viaje para visitar al escolano, porque el niño Gudlaugur, con su alegría y su bella voz, seguía

existiendo y existiría siempre para él.

Antes de darse cuenta, estaba pensando en su propio hermano.

Erlendur volvió a poner el mismo disco en el giradiscos, se tumbó en la cama, entornó los ojos y volvió mentalmente a su hogar.

Aquella canción era, quizá, también la suya.

Cuando Elínborg regresó de Hafnarfjörður esa tarde, se dirigió directamente al hotel para hablar con Erlendur.

Subió a su planta y llamó a la puerta, pero al no obtener respuesta volvió a hacerlo; y una tercera vez. Estaba a punto de marcharse cuando finalmente se abrió la puerta y Erlendur la hizo pasar. Se había dormido mientras pensaba, y tenía la cabeza en otro sitio cuando Elínborg empezó a contarle lo que había descubierto en Hafnarfjörður. Había hablado con el antiguo director del colegio de primaria, un hombre de edad ya muy avanzada que recordaba bien a Gudlaugur, aparte de que su esposa, que murió diez años atrás, había sido muy buena amiga de la madre del muchacho. Con ayuda del director localizó a tres compañeros de clase de Gudlaugur, que aún vivían en Hafnarfjörður. Uno de ellos había asistido al recital del Cine Municipal. Habló con antiguos vecinos de la familia en Hafnarfjörður y con personas que tuvieron relación con ella en el pasado.

—En este país de enanos, nadie tiene derecho a destacar —dijo Elínborg, sentándose en la cama—. Nadie puede ser diferente en ningún sentido.

Todos sabían que Gudlaugur estaba llamado a ser algo especial en la vida. Él nunca hablaba de ello, en realidad nunca hablaba de sí mismo, pero todos lo sabían. Había tomado clases de piano y estudiaba canto, primero con su padre, después con el director del coro infantil y por último con un conocido cantante que había vivido en Alemania y había regresado al país. La gente no tenía para él más que elogios. Le aplaudían y él hacía reverencias con su camisa blanca y sus pantalones negros, un auténtico caballero, finísimo. Qué niño tan bueno es Gudlaugur, decía la gente. Y se editaron discos en los que cantaba. Pronto sería famoso en el extranjero.

No era originario de Hafnarfjörður. Su familia había llegado del norte, después de vivir un tiempo en Reikiavik. Decían que su padre era hijo de un organista y que en su juventud había estudiado canto en el extranjero. Corría la voz de que había comprado la casa de Hafnarfjörður con el dinero heredado de su padre, que se enriqueció después de la guerra gracias al ejército estadounidense. Decían que la herencia era tan enorme que no necesitaría más dinero en toda su vida. Y eso que él no hacía ostentación alguna de su riqueza en la vida social de la ciudad. Cuando iba de paseo con su mujer se quitaba el sombrero y saludaba con mucha cortesía a todo el mundo. Se contaba que ella era hija de un armador. Nadie sabía de dónde. Habían hecho pocos amigos en la ciudad. La mayoría de sus amigos vivían en Reikiavik, si es que los tenían. No parecía que en su casa recibieran visitas con frecuencia.

Cuando los chicos del barrio o los compañeros de colegio de Gudlaugur preguntaban por él, solían decirles que tenía que quedarse en casa para estudiar, hacer los deberes, practicar con el piano o tomar clases de canto. A veces le permitían salir con sus compañeros, pero entonces estos se daban cuenta de que no era tan bruto como ellos, era extrañamente sensible. Nunca se ensuciaba la ropa, no saltaba en los

charcos de barro, cuando jugaba al fútbol parecía casi una niña, y hablaba de una forma espantosamente culta. A veces hablaba de personas con nombres extranjeros. Un tal Schubert. Y cuando ellos le contaban las últimas novelas de aventuras que habían leído, o las películas que veían en el cine, les respondía que él leía poemas. Quizá no tanto porque le gustaran a él, sino porque su padre le decía que le vendría bien leer poemas. Por la manera en que lo contaba, los demás creían que su padre lo tenía sometido a unas reglas muy estrictas. Un poema cada tarde.

Su hermana era distinta. Más dura. Más parecida a su padre, que no parecía imponerle tantas exigencias como al chico. La niña tomaba clases de piano y empezó a cantar en el coro infantil, igual que su hermano, desde el momento en que se creó. Las amigas de la chica decían que envidiaba a su hermano, a veces, cuando su padre lo elogiaba encarecidamente, y además, la madre parecía preferir al hijo antes que a la hija. Todos decían que Gudlaugur y su madre se llevaban especialmente bien. Era como si ella extendiera sobre él una mano protectora.

En cierta ocasión, un compañero de clase de Gudlaugur esperaba en el vestíbulo mientras se producía un buen rifirrafe en la casa, discutían si el niño podía o no salir a jugar. El padre llevaba puestas unas gruesas gafas y estaba en lo alto de la empinada escalera, Gudlaugur en los escalones de abajo y la madre en la puerta del vestíbulo, diciendo que por qué no iba a poder salir el chico a jugar un rato. Que no tenía muchos amigos, que estos venían pocas veces a preguntar por él, y que ya continuaría con sus ejercicios más tarde.

—¡Sigue con los ejercicios! —gritó el padre—. ¿Crees que es algo que puedes dejar cuando te apetezca y volver cuando te parezca bien? ¿Es qué no entiendes de qué va esto? ¡Nunca lo comprenderás!

—No es más que un niño —dijo la madre—, y no le sobran amigos. También hay que dejarle ser un niño.

—No pasa nada —dijo Gudlaugur, y se acercó adonde se encontraba su amigo—. A lo mejor salgo después. Vete tú ahora, yo iré más tarde.

El chico salió y oyó al padre gritar desde lo alto de la escalera, antes de que se cerrara la puerta: «Nunca más te atrevas a llevarme la contraria en presencia de extraños».

Con el tiempo, Gudlaugur se fue aislando cada vez más en el colegio, y los chicos de los cursos superiores empezaron a meterse con él. Al principio de una manera inocente. Todos se burlaban de todos, había peleas y tortas en el patio, como en cualquier escuela, pero al cabo de dos años, cuando Gudlaugur había cumplido los once, la mayor parte de las burlas y los golpes se concentraban en él. El colegio no era muy grande, comparado con los de ahora, y todos sabían que Gudlaugur era diferente. Estudiaba música y canto con el nuevo coro infantil, y nunca lo dejaban salir a jugar. Siempre estaba pálido y enfermizo. No salía de casa. Los chicos de la clase y los del barrio dejaron de ir a preguntar a su casa y se dedicaban a burlarse de él cuando iba a la escuela. Su cartera desaparecía, o estaba vacía cuando la recogía.

Le daban empujones por la calle. Le rasgaban las ropas. Le pegaban. Le ponían moles. Nunca lo invitaban a las fiestas de cumpleaños.

Gudlaugur no sabía qué hacer para defenderse. No comprendía lo que pasaba. Su padre se quejó al director del colegio, que prometió poner coto a todo aquello, pero no había mucho que él pudiera hacer, y Gudlaugur siguió llegando a casa lleno de moretones y sin nada en la cartera. Su padre pensó en sacarlo de la escuela, e incluso en marcharse de la ciudad, pero era testarudo y no quería rendirse, había participado en la creación del coro infantil y estaba muy contento con el joven que tenían como director. Sabía que el coro sería un buen campo de prácticas para Gudlaugur, y que allí conseguiría despertar la atención de la gente con el tiempo, y que el acoso escolar —expresión que entonces no se utilizaba todavía, advirtió Elínborg— al que era sometido Gudlaugur acabaría por desaparecer.

La reacción de este fue la rendición absoluta, se volvió reservado y solitario, y se concentró en el canto y el piano, donde su alma parecía hallar la calma. En ese terreno, todo le salía a pedir de boca. Se daba cuenta de sus capacidades. Pero la mayor parte de los días se sentía muy mal, y cuando murió su madre, fue como si muriese él también.

Siempre se lo veía solo, e intentaba sonreír cuando se encontraba con los chicos del colegio. Grabó un disco del que se habló en los periódicos. Parecía que su padre había tenido razón, después de todo. Gudlaugur llegaría a ser algo especial en la vida.

Una compañera suya de la escuela había ido con sus padres al Cine Municipal, y mientras los otros se echaban a reír, ella rompió a llorar cuando la hermana de Gudlaugur y el director del coro lo sacaron del escenario.

Poco tiempo después, por alguna razón que pocos sabían, le dieron un nuevo apodo en el barrio.

—¿Cómo lo llamaron? —preguntó Erlendur.

—El director del colegio no lo sabía —dijo Elínborg, y sus compañeros parecían no recordarlo o no quererlo decir. Pero aquello tuvo un profundo efecto sobre el muchacho. En eso estaban todos de acuerdo.

—Por cierto, ¿qué hora es? —preguntó Erlendur de repente, como si hubiera tenido un sobresalto.

—Deben de ser más de las siete —dijo Elínborg—. ¿Algo no va bien?

—Maldita sea, me he pasado el día durmiendo —dijo Erlendur, y se puso en pie de un salto—. Tengo que encontrar a Henry. Hoy a mediodía tenían que tomarle una muestra pero no lo encontramos.

Elínborg miró el tocadiscos, los altavoces y los discos.

—¿Algo interesante ahí? —preguntó.

—Es magnífico, absolutamente magnífico —dijo Erlendur—. Tendrías que oírlo.

—Me voy a ir a casa —dijo Elínborg, que también se había levantado—. ¿Tienes intención de pasar las navidades en el hotel? ¿No piensas irte a casa?

—No lo sé —respondió Erlendur—. Ya veré.

—Si quieres estar con nosotros en casa, eres bienvenido. Ya lo sabes. Tengo jamón frío. Y habrá lengua de ternera.

—No te preocupes —dijo Erlendur, y abrió la puerta—. Vete a casa, yo voy a ocuparme de Henry.

—¿Dónde ha estado Sigurdur Óli todo el día? —preguntó Elínborg.

—Iba a ver si averiguaba algo sobre Henry con la policía británica. Probablemente se habrá ido ya a casa.

—¿Por qué hace tanto frío en esta habitación?

—El radiador está estropeado —dijo Erlendur, cerrando la puerta.

Cuando llegaron al vestíbulo, se despidió de Elínborg y fue a ver al jefe de recepción a su despacho. Resultó que no habían visto a Henry en el hotel en todo el día. La llave de la habitación no estaba en la casilla, pero no se había despedido del hotel. Aún no había pagado la cuenta. Erlendur sabía que pensaba regresar a Londres en el vuelo de esa noche, y no disponía de ningún indicio sólido para impedirle salir del país. No había tenido noticia alguna de Sigurdur Óli. Se movía inquieto por el vestíbulo.

—¿Puedes ayudarme a entrar en su habitación? —preguntó al jefe de recepción. Este sacudió la cabeza.

—Podría haber huido —dijo Erlendur—. ¿Sabes a qué hora sale el vuelo de Londres de esta noche? ¿A qué hora?

—El avión de la tarde se ha retrasado mucho —dijo el recepcionista jefe. Una de sus obligaciones era estar perfectamente informado sobre los vuelos—. Creen que despegará hacia las nueve.

Erlendur hizo varias llamadas telefónicas. Descubrió que Henry Wapshott había reservado plaza en el vuelo de Londres. Todavía no había facturado el equipaje. Erlendur dio instrucciones de que le detuvieran en el control de pasaportes del vuelo y lo mandaran de vuelta a Reikiavik. Tenía que inventar un motivo para que la policía de Keflavík retuviera a aquel hombre, y vaciló un instante mientras pensaba en si sería conveniente inventarse algo. Sabía que los medios de comunicación se pondrían las botas si explicaba la verdad, pero en aquel momento no se le ocurrió ninguna mentira y acabó por decir la pura verdad, que Henry era sospechoso en un caso de homicidio.

—¿No puedes dejarme entrar en su cuarto? —preguntó Erlendur al recepcionista, otra vez—. No tocaré nada. Solo necesito saber si se ha largado. Necesitaría muchísimo tiempo para conseguir una orden judicial. Es solo asomar la cabeza un momento.

—Es posible que aún venga a despedirse del hotel —dijo el jefe de recepción, que se había puesto rígido—. Aún queda un buen rato para su vuelo, tiene tiempo de volver al hotel, recoger su equipaje, pagar la cuenta y tomar el autobús al aeropuerto de Keflavík. ¿No prefieres esperar aquí?

Erlendur reflexionó un momento.

—¿No puedes mandar alguien a arreglar su cuarto, y yo paso por delante de la puerta abierta? ¿Tan difícil es eso?

—Tienes que comprender mi situación —dijo el jefe de recepción—. Para nosotros, lo primero son los intereses de nuestros huéspedes. Tienen derecho a su privacidad, como si estuvieran en su propia casa. Si quebranto esa norma y alguien se entera, o si se menciona en las actuaciones del caso, nuestros clientes no volverán a confiar en nosotros. No puede ser más sencillo. Tienes que comprenderlo.

—Estamos investigando un crimen cometido en el hotel —dijo Erlendur—. ¿La reputación del hotel no se ha ido al garete ya?

—Trae una orden judicial y no habrá ningún problema.

Erlendur suspiró y se alejó de la recepción. Sacó el móvil y llamó a Sigurdur Óli. La llamada sonó un buen rato, pero finalmente respondió Sigurdur. Erlendur oyó voces al fondo.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Erlendur.

—Estoy haciendo el pan —dijo Sigurdur Óli.

—¿Haciendo el pan?

—Sí, preparando el pan de Navidad. Con la familia de Bergthóra. La misma costumbre de todas las navidades. ¿Ya has vuelto a tu casa?

—¿Qué te han dicho de Henry Wapshott los ingleses?

—Estoy a la espera. Me informarán mañana. ¿Pasa algo con él?

—Creo que está tratando de evitar que le tomemos la muestra de saliva —dijo Erlendur, y vio al recepcionista jefe dirigirse a su despacho con un papel en la mano—. Creo que está intentando dejar el país sin despedirse de nosotros. Hablaré contigo mañana por la mañana. No te cortes los dedos.

Erlendur guardó el móvil en el bolsillo. El recepcionista jefe se había acercado a él.

—Se me ocurrió mirar la ficha de Henry Wapshott —dijo, entregándole el papel a Erlendur—. Para poder ayudarte, aunque sea solo un poco. No debería hacer esto, pero...

—¿Qué es? —preguntó Erlendur pasando la mirada por el papel. Vio el nombre de Henry Wapshott y unas fechas.

—Se ha alojado en el hotel todas las navidades de los últimos tres años —dijo el jefe de recepción—. Por si eso te sirve de alguna ayuda.

Erlendur miró fijamente las fechas.

—Dijo que era la primera vez que venía al país.

—De eso no sé nada —dijo el jefe de recepción—. Pero ha estado antes en el hotel.

—¿Le recuerdas? Supongo que sí, si es cliente fijo.

—No recuerdo haberle hecho yo la ficha. El hotel tiene más de doscientas habitaciones, y en Navidad siempre hay mucho trabajo, de modo que es fácil que pase desapercibido entre tanta gente, y además se queda poco tiempo. Solo unos

cuantos días. No he notado nada especial esta vez, pero me acordé de él al mirar la ficha. En cierto modo, es igual que tú. Tiene las mismas exigencias especiales.

—¿Qué quieres decir, igual que yo? ¿Exigencias especiales? —Erlendur no podía imaginarse qué podía tener en común con Henry Wapshott.

—Parece estar interesado por la música.

—¿De qué me estás hablando?

—Aquí lo tienes —dijo el recepcionista jefe señalando el papel—. Anotamos los deseos especiales de nuestros huéspedes. En la mayoría de los casos.

Erlendur leyó el papel.

—Quería un aparato de música en su habitación —dijo el recepcionista jefe—. No un estupendo lector de CD, sino uno de esos trastos viejos. Exactamente igual que tú.

—¡Maldito embustero! —exclamó Erlendur, y sacó de nuevo el móvil.

Poco después se emitió una orden de busca y captura contra Henry Wapshott. Lo capturaron cuando iba a tomar el vuelo de Londres. Wapshott fue trasladado a los calabozos de la policía en Hverfisgata, y Erlendur obtuvo una orden judicial para registrar su habitación. Los agentes de la policía científica llegaron al hotel a medianoche. Peinaron la habitación en busca del arma del crimen, pero los resultados fueron muy modestos. Lo único que encontraron fue una maleta que, obviamente, Wapshott pensaba dejar allí, el neceser de afeitado en el baño, un tocadiscos viejo, parecido al que le habían prestado a Erlendur, un televisor y un aparato de vídeo, algunos diarios y revistas inglesas. Una de estas era *Record Collector*. Un experto en huellas dactilares buscó posibles pruebas de que Gudlaugur hubiera estado en la habitación. Rastrearon los marcos de la puerta y los bordes de la mesa. Erlendur estaba en el pasillo observando a los técnicos. Le apetecía un cigarrillo e incluso una copa de Chartreuse, porque se acercaba la Navidad; y echaba en falta su sillón y sus libros. Pensó en marcharse a casa. No sabía realmente por qué estaba alojado en aquel hotel de muerte. No sabía qué hacer.

Caía al suelo el polvo blanco para la detección de huellas que usaban los técnicos.

Erlendur vio al director del hotel, que avanzaba por el pasillo con sus andares de pato. Llevaba en alto un pañuelo, jadeaba y resoplaba. Miró la habitación y a los técnicos que trabajaban en ella, y sonrió de oreja a oreja.

—Me han dicho que ya le habéis cazado —dijo pasándose el pañuelo por el cuello—. Y que es un extranjero.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Erlendur.

—Pues por la radio, claro —dijo el director, que no podía ocultar su alegría, y es que tenía buenos motivos para sentirse contento. Habían encontrado al culpable de aquella atrocidad, que además no era un islandés ni un empleado del hotel. El director resopló—: En las noticias han dicho que le detuvieron en el aeropuerto de Keflavík cuando intentaba marcharse a Londres. ¿Un inglés, quizá?

Sonó el móvil de Erlendur.

—No tenemos ni idea de si se trata de la persona que estamos buscando —dijo Erlendur, y cogió el teléfono.

—No hace falta que bajes —dijo Sigurdur Óli cuando respondió Erlendur—. Al menos por ahora.

—¿No estabas haciendo el pan de Navidad? —preguntó Erlendur, alejándose del director del hotel para hablar por el móvil.

—Está bien borracho —dijo Sigurdur Óli—. Ese tal Henry Wapshott. No servirá de nada hablar con él. ¿No valdría más la pena dejarle dormir la borrachera esta noche e interrogarle mañana temprano?

—¿Opuso resistencia?

—No, en absoluto. Por lo que me han dicho, les acompañó en silencio y sin

protestar. Lo detuvieron en la inspección de pasaportes y lo mantuvieron retenido en la sala de registros, y cuando llegó la policía, lo metieron directamente en un coche patrulla y lo trajeron a Reikiavik. Ninguna resistencia. Está muy callado, eso sí, y se durmió en el coche durante el camino a la ciudad. Ahora está durmiendo en la celda.

—Por lo que sé —dijo Erlendur—, en las noticias han informado de la detención —miró al director del hotel—. La gente confía en que se trate del auténtico culpable.

—Solo llevaba equipaje de mano. Un maletín grande para guardar documentos.

—¿Contiene algo interesante?

—Discos. Antiguos. Trastos de vinilo como el que encontramos en la habitación del sótano.

—¿Te refieres a discos de Gudlaugur?

—Eso me pareció. No muchos. Y llevaba otros discos más. Puedes echarles un vistazo mañana.

—Buscaba discos de Gudlaugur.

—A lo mejor ha podido aumentar su colección —dijo Sigurdur Óli—. ¿Nos vemos mañana por la mañana en comisaría?

—Necesitamos una muestra de saliva —dijo Erlendur.

—Yo me encargo de ello —dijo Sigurdur Óli, y cortaron la conversación.

Erlendur volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

—¿Ha confesado? —preguntó el director del hotel—. ¿Ha confesado ya?

—¿Recuerdas si el tipo ese había estado antes en el hotel? Henry Wapshott, un inglés. Un hombre de unos sesenta años. Me dijo que era su primera visita a Islandia, pero resulta que ya se había alojado antes en este mismo hotel.

—No recuerdo a nadie con ese nombre. ¿No tendrás una foto suya?

—Necesito encontrar una. Para saber si alguno de los empleados le conoce. Es posible que alguien se acuerde de ese hombre. No importa que se trate de algo insignificante.

—Ojalá puedas aclarar pronto este asunto —dijo el director del hotel con un hondo suspiro—. Hemos tenido algunas cancelaciones por culpa del crimen. La mayoría, de islandeses. La noticia aún no se ha difundido demasiado por el extranjero. Pero en el bufé hay menos tráfico y las reservas han disminuido. Nunca debí dejar que siguiera viviendo en el sótano. Así le pagan a uno la bondad. Maldita bondad.

—Eres un verdadero manantial de bondad —dijo Erlendur.

El director del hotel lo miró sin saber del todo si le estaba tomando el pelo, pero Erlendur puso cara de póquer. El jefe de la científica salió al pasillo, se dirigió hacia ellos, saludó al director del hotel y se llevó a Erlendur aparte.

—Todo es exactamente igual que lo que tendría cualquier viajero que se alojara en una habitación doble de hotel en Reikiavik —dijo—. El arma homicida no está encima de la mesilla de noche, si era eso lo que esperabas, ni hay ropa ensangrentada en la maleta, en realidad no hay nada que lo relacione con el hombre del sótano. Hay

un montón de huellas dactilares ahí dentro. Pero es evidente que ese hombre estaba huyendo. Dejó su habitación como si hubiera bajado un momento al bar. La maquinilla de afeitar está aún enchufada. Un par de zapatos en el suelo. Incluso las zapatillas. En realidad, eso es lo único que sabemos en este momento. Ese hombre tenía mucha prisa. Estaba huyendo.

El jefe volvió a entrar en la habitación y Erlendur se acercó al director del hotel.

—¿Quién se encarga de la limpieza de este pasillo? —preguntó—. ¿Quién puede entrar en esta habitación? ¿Los encargados de la limpieza se reparten las plantas?

—Sé perfectamente quiénes son las encargadas de este pasillo —dijo el director del hotel—. No hay hombres. Por algún motivo.

Lo dijo con ironía, como si las labores de limpieza fueran una evidente tarea de mujeres.

—¿Y quiénes son, entonces? —preguntó Erlendur.

—Bueno, pues, por ejemplo, la chica con la que hablaste.

—¿La chica con la que hablé? —preguntó Erlendur.

—La del sótano —dijo el director del hotel—. La que encontró el cadáver. La chica que encontró muerto a Papá Noel. Este pasillo es suyo.

Cuando Erlendur llegó a su habitación, dos plantas más arriba, Eva Lind estaba en el pasillo, esperándole. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la barbilla sobre las rodillas, y Erlendur creyó que dormía. Cuando su padre se acercó, levantó la vista y extendió las piernas.

—¡Vaya, me encanta tener que venir a este hotel! —exclamó—. ¿No piensas largarte a casa?

—Esa era mi intención —dijo Erlendur—. Yo también estoy empezando a aburrirme en este edificio.

Pasó la tarjeta por la ranura de la cerradura y la puerta se abrió. Eva Lind se puso en pie y entró en la habitación detrás de él. Erlendur cerró y Eva se tumbó cuan larga era en su cama. Él se sentó junto a la pequeña mesa de escritorio.

—¿Avanza el *case*? —preguntó Eva, tumbada boca abajo en la cama con los ojos cerrados, como si tuviera intención de dormirse.

—Muy poco a poco —dijo Erlendur—; y deja de usar esa palabra inglesa, *case*. Deberías haber dicho: ¿Avanza el caso?

—Ay, cállate ya —dijo Eva Lind con los ojos cerrados. Erlendur sonrió. Miró a su hija en la cama y pensó en la clase de educación que habría recibido ella. ¿Le habría exigido demasiado? ¿La habría matriculado en clases de ballet? ¿La habría animado a aprender piano? ¿Habría esperado que llegara a ser una pequeña virtuosa? ¿La habría golpeado si hubiera tirado al suelo su botella de licor?

—¿Estás ahí? —preguntó Eva, sin abrir los ojos.

—Sí, estoy aquí —dijo Erlendur con voz cansina.

—¿Por qué no dices nada?

—¿Qué tengo que decir? ¿Siempre hay que estar diciendo algo?

—Bueno, por ejemplo, lo que estás haciendo en este hotel. En serio.

—No lo sé. No me apetecía irme al apartamento solo, como siempre. Esto es un pequeño cambio.

—¿Un cambio? ¿Cuál es la diferencia entre estar sin hacer nada en esta habitación o estar sin hacer nada en tu propia casa?

—¿Quieres oír un poco de música? —preguntó Erlendur intentando evitar la conversación sobre sí mismo. Empezó a explicarle el caso a su hija punto por punto, para tener él mismo una visión de conjunto. Le habló de la chica que encontró al Papá Noel apuñalado, que en otros tiempos aquel hombre fue considerado un escolano de dotes extraordinarias, y que los dos discos que había grabado eran muy codiciados por los coleccionistas. Tenía una voz excepcional.

Alargó el brazo para coger el disco que había estado escuchando. Tenía dos salmos y resultaba evidente que se había editado justo antes de unas navidades. En la parte delantera de la funda estaba Gudlaugur con gorro de Papá Noel, sonriendo de oreja a oreja, dejando ver unos dientes de adulto, y Erlendur pensó en la ironía del destino. Puso el disco en el plato y la voz del muchacho inundó la habitación con una hermosa, tierna melodía. Eva Lind abrió los ojos y se incorporó en la cama.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿No te parece magnífico?

—Nunca he oído a un niño cantar de una forma tan hermosa —dijo Eva—. Creo que nunca he escuchado a nadie cantar de una forma tan hermosa —se sentaron en silencio y escucharon la canción hasta el final. Erlendur volvió a estirar el brazo, dio la vuelta al disco y puso el salmo de la segunda cara. Lo estuvieron escuchando, y cuando terminó de sonar, Eva Lind le pidió que lo pusiera otra vez.

Erlendur le habló de la familia de Gudlaugur, del recital del Cine Municipal, de que ni el padre ni la hermana habían estado en contacto con él en más de treinta años, y del coleccionista inglés que había intentado huir del país, y a quien lo único que le interesaba eran los niños de coro. Le contó que los discos de Gudlaugur podrían ser valiosos hoy día.

—¿Crees que pudieron cargárselo por eso? —preguntó Eva Lind—. ¿Por los discos? ¿Porque hoy día son muy valiosos?

—No lo sé.

—¿Quedan muchas copias?

—No creo —dijo Erlendur—, y probablemente sea eso lo que los hace tan codiciados. Elínborg dice que los coleccionistas buscan objetos únicos en el mundo. Pero igual eso no tiene ninguna importancia. A lo mejor fue alguien del hotel quien le agredió. Alguien que no sabía nada de su pasado como niño de coro.

Erlendur prefirió no contarle a su hija los detalles de cómo encontraron a Gudlaugur. Sabía que en su peor época había ejercido la prostitución y estaba bien enterada de su funcionamiento en Reikiavik. Sin embargo, rechazaba la idea de hablar con ella de ese tema. Ella vivía su vida y pasó por lo que tuvo que pasar sin

que en ningún momento él hubiera tenido nada que decir al respecto, pero consideró la posibilidad de que Gudlaugur se hubiera comprado algún favorcillo en el hotel, y le preguntó si sabía si en ese hotel se practicaba la prostitución.

Eva Lind miró a su padre.

—Pobre hombre —dijo ella, pero no respondió. Estaba pensando aún en el niño de coro—. En mi colegio también había una niña así. En primaria. Cantaba, y grabó varios discos. Se llamaba Vala Dogg. ¿La recuerdas? Se montó mucho ruido con ella. Una chiquilla rubia y dulce.

Erlendur agitó la cabeza.

—Era una niña prodigio. Cantaba también en programas infantiles de la radio, y cantaba muy bien, una auténtica muñequita. Su padre era un simple telonero, se dedicaba a la música pop, pero a la madre se le fue la olla y decidió convertirla en una estrella pop. Pobre chica, todos se metían con ella sin parar. En realidad era muy linda y nada presumida ni afectada, pero estaban fastidiándola a todas horas. Aquí no hay más que envidia y mala leche. La acosaron, dejó la escuela y se puso a trabajar. Yo la veía mucho cuando me metí en la droga, y ella ya estaba hecha un guiñapo. Peor que yo. Quemada y olvidada. Me dijo que había sido lo peor que le había sucedido nunca.

—¿El convertirse en niña prodigio?

—Aquello la destrozó por completo. Nunca llegó a recuperarse. No pudo ser ella misma. Su madre era espantosamente autoritaria. Nunca le preguntó si era eso lo que quería. Le gustaba cantar y le divertía estar sobre el escenario, con las luces y todo eso, pero no comprendía lo que estaba sucediendo. Nunca pudo ser otra cosa que una muñeca de fiestas infantiles. Sólo podía tener esa única dimensión. Ser la preciosa pequeña Vala Dogg. Y encima se metían con ella por todo, y no comprendió nada hasta que creció y se dio cuenta de que nunca sería otra cosa que una linda muñequita que cantaba vestida con faldita de colegiala. Que nunca llegaría a ser una cantante pop mundialmente famosa, como decía siempre su madre.

Eva Lind calló y miró a su padre.

—Se fue totalmente a la mierda. Dijo que lo peor había sido el acoso escolar, aquello la había dejado hecha un trapo. Siempre acabas por tener de ti mismo la misma opinión que tienen los que te torturan.

—Probablemente, a Gudlaugur le sucedió algo semejante —dijo Erlendur—. Se marchó de casa muy joven. Debe de ser un infierno para un chico encontrarse en una situación como esa.

Los dos callaron.

—Claro que hay putas en este hotel —soltó de repente Eva Lind, tumbándose de nuevo en la cama—. ¡¿Qué te pensabas?!

—¿Qué sabes de ese asunto? ¿Algo que me pudiera ayudar?

—Hay putas en todas partes. Se puede llamar a un número y te estarán esperando en el hotel. Putas finas. Ellas no se llaman a sí mismas putas, sino que prefieren el

nombre de «servicio de señoritas de compañía».

—¿Conoces a alguna que tenga relación con este hotel? ¿Chicas o mujeres que ejerzan esa actividad?

—No tienen por qué ser islandesas. También pueden ser emigrantes. Llegan como turistas por unas semanas, para eso no necesitan permiso. Y luego vuelven al cabo de seis meses.

Eva Lind miró a su padre.

—Habla con Stína. Es amiga mía. Conoce este asunto. ¿Crees que fue una puta quien lo mató?

—No tengo ni la menor idea.

Callaron. Fuera, en la oscuridad, resplandecían los copos de nieve que caían al suelo. Erlendur se acordó de que en la Biblia se decía algo acerca de la nieve, algo sobre los pecados y la nieve, e intentó recordarlo con más precisión. «¿Son vuestros pecados como escarlata? ¡Quedarán blancos como la nieve!».

—Estoy a punto de perder el control —dijo Eva Lind. No había tensión alguna en la voz. Ni énfasis.

—Quizás es que no puedes conseguirlo tú sola —dijo Erlendur, que ya había animado a su hija otras veces a buscar ayuda—. A lo mejor debería ayudarte alguna otra persona, aparte de mí.

—No empieces con tus mierdas psicológicas —dijo Eva.

—Aún no te has recuperado, y es evidente que te encuentras mal y que dentro de poco tratarás de aliviar tu malestar con el viejo sistema, y entonces acabarás en el mismo caos que antes.

Erlendur estuvo a punto de pronunciar una frase que hasta entonces nunca se había atrevido a decirle en voz alta a su hija.

—Siempre el mismo sermón —dijo Eva Lind, y se levantó, presa de un súbito nerviosismo.

Erlendur decidió jugárselo todo a una carta.

—Estarías traicionando a la niña muerta.

Eva Lind clavó en su padre unos ojos llenos de furia.

—La única posibilidad que tienes es enfrentarte a esta mierda de vida, como tú la llamas, y aguantar ese sufrimiento que siempre la acompaña. Aguantar los sufrimientos que todos tenemos que aguantar, siempre, para poder superarlos y sentir, y gozar incluso de la alegría y la felicidad que la existencia puede proporcionarnos, pese a todo.

—¡Y me lo dices tú! ¡Tú, que no eres capaz ni siquiera de ir a tu casa en Navidad porque allí no hay nada! ¡Nada en absoluto, y sabes que no es más que un agujero vacío y ya no te apetece meterte en él!

—Siempre estoy en casa en Navidad —dijo Erlendur.

Eva Lind vaciló. No entendía bien lo que le quería decir.

—¿De qué hablas?

—Es lo peor de la Navidad —dijo Erlendur—. Siempre vuelvo a casa.

—No te comprendo —dijo Eva Lind, y abrió la puerta—. Nunca conseguiré entenderte.

Cerró dando un portazo. Erlendur se levantó con intención de seguirla, pero no lo hizo. Sabía que volvería. Fue a la ventana y miró su reflejo en el cristal, hasta que la vio en medio de la oscuridad y bajo los relucientes copos de nieve.

Había olvidado que tenía intención de irse a casa, a ese agujero vacío, como lo había definido Eva Lind. Dio la espalda a la ventana y puso en el plato el disco de salmos de Gudlaugur, se tumbó otra vez y escuchó a aquel muchacho que mucho tiempo después sería encontrado en un cuartucho de hotel, olvidado por todos, y pensó en pecados blancos como la nieve.

CUARTO DIA

Despertó por la mañana temprano, estaba vestido y encima del edredón. Tardó un buen rato en sacudirse el sopor del sueño. El sueño que había tenido sobre su padre le acompañó hasta la oscuridad matinal. Trataba de recordarlo, pero solo conseguía recuperar algunos fragmentos; su padre, con un aspecto más joven y más fuerte, le sonreía en un desierto.

La habitación del hotel estaba oscura y fría. Faltaban aún varias horas para el amanecer. Siguió tumbado, pensando en el sueño, en su padre y en la desaparición de su hermano. En el insoportable vacío que aquella pérdida había provocado en su vida. Y cómo aquel vacío no hacía sino crecer y él se apartaba del borde y miraba ese abismo que acabaría por tragárselo cuando por fin cayera en él.

Se sacudió el sopor matutino y pensó en las tareas del día. ¿Qué ocultaba Henry Wapshott? ¿Por qué mintió y se lanzó a una fuga imposible, bebido y sin equipaje? Su comportamiento era un misterio para Erlendur. Y antes de que pasara mucho rato, su mente había pasado al niño hospitalizado y a su padre; el caso de Elínborg, que ella le había explicado hasta el último detalle.

Elínborg albergaba sospechas de que el niño había sido maltratado con anterioridad, y existían indicios que apuntaban a que eso había sucedido en su hogar. El padre estaba bajo sospecha. Solicitó su detención provisional mientras se investigaba el caso. Se acordó una prórroga de la detención de una semana, pese a las enérgicas protestas del padre y de su abogado. Cuando llegó la decisión judicial, Elínborg fue a buscarlo, acompañada por cuatro policías uniformados, y lo condujeron a Hverfisgata. Lo acompañó durante las formalidades del ingreso en prisión y ella misma cerró la puerta de la celda.

Abrió la mirilla de la puerta y observó al hombre, que estaba inmóvil de espaldas a ella, abatido y en cierto modo desamparado, como les sucede a todos los que se ven apartados de la sociedad humana y encerrados como animales en una jaula.

Se dio la vuelta lentamente y la miró a los ojos a través de la puerta de acero, y ella cerró la mirilla de golpe.

A la mañana siguiente, temprano, comenzó el interrogatorio. Erlendur participó en él, pero fue Elínborg quien lo dirigió en todo momento. Había un cenicero atornillado a la superficie de la mesa que los separaba. El padre estaba sin afeitarse, con un traje de chaqueta arrugado y camisa blanca no menos arrugada pero abotonada hasta el cuello, con la corbata anudada con absoluta pulcritud, como si en ello radicara todo lo que quedaba de su dignidad.

Elínborg puso en marcha la grabadora e indicó los datos de registro, los nombres de los presentes y el número asignado al caso. Se había preparado bien. Había hablado con un tutor del niño que le habló de dislexia, déficit de concentración y

malos resultados en el aprendizaje; con una psicóloga amiga suya que le habló de falta de ilusión, estrés y negación; charló con amigos del niño, con vecinos, con parientes, con todos los que pensó que podrían decirle algo sobre el niño y su padre.

El hombre no se rindió. Dijo que exigía que le pidieran disculpas, les anunció que les demandaría y se negó a responder a sus preguntas. Elínborg miró a Erlendur. Apareció el guarda de la prisión y se llevó al hombre de vuelta a la celda.

Dos días más tarde volvieron a interrogarlo. Su abogado le había llevado ropa limpia, y llevaba pantalones vaqueros y camiseta de manga corta con el emblema de la marca en un lado del pecho, como si fuese una medalla concedida por comprar algo de un precio absurdamente elevado. Ahora tenía otra actitud. Tres días detenido le habían hecho perder la insolencia, como suele suceder, y se había dado cuenta de que dependía de él seguir en la celda o no.

Elínborg dio instrucciones para que acudiera descalzo al interrogatorio. Le hicieron quitarse zapatos y calcetines sin darle ninguna explicación. Cuando se sentó delante de ellos, intentó meter los pies debajo de la silla. Igual que la primera vez, Elínborg y Erlendur estaban sentados impertérritos delante de él. La cinta de la grabadora zumbaba sin parar.

—He hablado con la maestra de tu hijo —dijo Elínborg—. Y aunque lo sucedido y lo que hayáis podido hablar los dos es una cuestión privada, y ella puso mucho énfasis en que eso quedara bien claro, deseaba ayudar al niño, y colaborar en el caso. Me contó que en cierta ocasión le pegaste delante de ella.

—¡Que le pegué! Si acaso le di una torta de nada. Eso no es pegar. Es muy rebelde, y no paraba de moverse. Es un niño difícil. No tenéis ni idea de la presión.

—¿Y por eso es justo castigarlo?

—Mi hijo y yo nos llevamos muy bien —dijo el padre—. Lo quiero. Yo cargo con toda la responsabilidad por él. Su madre...

—Ya sé lo de su madre —dijo Elínborg—. Y ciertamente puede ser difícil criar a un niño completamente solo. Pero lo que le has hecho y lo que le haces es... es indescriptible.

El padre se quedó en silencio.

—Yo no le hice nada —respondió al poco.

Elínborg llevaba unos zapatos de suela dura y punta afilada, y al mover los pies debajo de la mesa chocaron con los del padre, que gimió de dolor.

—Perdón —se excusó Elínborg.

Él la miró con gesto dolorido, sin saber si lo había hecho intencionadamente o no.

—El maestro dijo que planteas exigencias desmesuradas al niño —dijo ella, como si no hubiera pasado nada—. ¿Es eso cierto?

—¿Qué quiere decir desmesurado? Lo que quiero es que se eduque para llegar a ser alguien.

—Es comprensible —dijo Elínborg—. Pero tiene ocho años, es disléxico y le falta un pelo para estar diagnosticado como hiperactivo. Tú tampoco terminaste el

bachillerato.

—Yo tengo una empresa y soy el director.

—Que está en suspensión de pagos. Vas a perder tu casa, el todoterreno, los signos de riqueza que te han proporcionado un cierto estatus en la vida. Eres admirado. En las reuniones de excompañeros de curso seguro que eres el líder indiscutible. En los viajes de golf, con tus amigos. Vas a perder todo eso. Es irritante, más aún si se tiene en cuenta que tu mujer está internada en un psiquiátrico y tu hijo va retrasado en los estudios. Todo se acumula y acabaste por estallar cuando tu hijo, que seguramente durante toda su vida ha tirado la leche y ha dejado caer platos al suelo, rompió una botella de Drambuie en el mármol del salón.

El padre la miró. No mostró reacción alguna.

—Mi mujer no tiene nada que ver con todo esto —dijo.

Elínborg la había visitado en el psiquiátrico de Kleppur. Sufría de esquizofrenia y a veces, cuando se manifestaban las alucinaciones y las voces la abrumaban, tenían que ingresarla. Cuando la visitó Elínborg, estaba bajo los efectos de la fuerte medicación, de modo que poco pudo hablar con ella. Estaba sentada, moviéndose hacia delante y atrás, y le pidió a Elínborg que le diera un cigarrillo. No tenía ni idea de por qué había ido a visitarla.

—Intento criar a mi hijo lo mejor que puedo —dijo el padre en la sala de interrogatorios.

—Clavándole alfileres en la mano.

—Cállate.

Elínborg había hablado con la hermana del hombre, que dijo que a veces su forma de educar al niño le parecía demasiado dura. Mencionó el ejemplo de una vez que fue a su casa. El niño tenía por entonces cuatro años y se quejaba de que se encontraba mal, lloró un poco y ella pensó que incluso podía tener la gripe. Su hermano perdió la paciencia después de que el niño estuviera un rato dándole la tabarra y lo levantó en el aire.

—¿Pasa algo? —preguntó al niño, con aspereza.

—No —respondió el niño en voz baja y vacilante, como si estuviera a punto de ceder.

—No tienes que llorar.

—No —dijo el muchacho.

—Si no pasa nada, no tienes por qué llorar.

—No.

—¿Pasa algo?

—No.

—¿Todo está bien?

—Sí.

—Perfecto. No hay que lloriquear por nada.

Elínborg le contó esta historia al padre, y él no mostró reacción alguna.

—No tengo buena relación con mi hermana —dijo—. No recuerdo ese día.

—¿Le pegaste a tu hijo con el resultado de que hubo de ser trasladado al hospital? —preguntó Elínborg.

El padre la miró.

Elínborg repitió la pregunta.

—No —respondió él—. No le pegué. ¿Crees que un padre puede hacer algo así? Le pegaron en el colegio.

El niño había salido del hospital. El servicio de protección a la infancia le había buscado un hogar de acogida y Elínborg fue a verlo al terminar el interrogatorio. Se sentó a su lado y le preguntó qué tal estaba. El niño no le había dicho ni una palabra desde la primera vez que se vieron, pero ahora la miró como si quisiera decir algo.

Carraspeó dubitativo.

—Echo de menos a mi papá —dijo con voz llorosa, desde el fondo de la garganta.

Erlendur estaba desayunando cuando vio a Sigurdur Óli acercarse con Henry Wapshott detrás de él. Tras ellos se sentaron dos policías de paisano. El coleccionista de discos inglés iba más desastrado que antes, con el pelo revuelto y una expresión de sufrimiento en el rostro que traslucía su humillación y su derrota en la batalla contra la resaca y la prisión.

—¿Qué pasa? —preguntó Erlendur, poniéndose en pie—. ¿Por qué lo traes aquí? ¿Y por qué no está esposado?

—¿Esposado?

—¿Por qué no le habéis puesto las esposas?

—¿Lo crees necesario?

Erlendur miró a Wapshott.

—Preferí no esperarte —dijo Sigurdur Óli—. Solo podemos mantenerle detenido hasta esta tarde, de modo que tienes que pedir una orden lo antes posible. Y él quería hablar contigo. Se negó a hacerlo conmigo. Como si fuerais amigos de la infancia. No ha pedido que lo pongamos en libertad, ni asistencia letrada ni ayuda de su embajada. Le dijimos que podía recurrir a la embajada, pero se limitó a decir que no con la cabeza.

—¿Has averiguado algo de Inglaterra? —dijo Erlendur mirando a Wapshott, que estaba cabizbajo detrás de Sigurdur Óli.

—Me pondré en ello en cuanto te hagas cargo de él —dijo Sigurdur Óli, que aún no se había puesto con ello—. Te informaré de lo que tengan sobre él, si es que tienen algo.

Sigurdur Óli se despidió de Wapshott, se detuvo un momento a hablar con los dos policías y se marchó. Erlendur pidió al inglés que se sentara. Wapshott se dejó caer en la silla, abatido.

—Yo no lo maté —dijo con voz grave—. Jamás habría podido matarlo. No podría

matar ni a una mosca. Y menos que nadie a ese maravilloso niño de coro.

Erlendur miró a Wapshott.

—¿Está hablando de Gudlaugur?

—Sí —respondió Wapshott—. Naturalmente.

—Ya no tenía nada de niño de coro —dijo Erlendur—. Gudlaugur tenía casi cincuenta años y hacía de Papá Noel en las fiestas infantiles.

—Usted no lo comprende —dijo Wapshott.

—No —dijo Erlendur—. Quizás usted pueda explicármelo.

—Yo no estaba en el hotel cuando lo agredieron —dijo Wapshott.

—¿Dónde estaba?

—Estaba buscando discos —Wapshott levantó la vista y en su rostro se dibujó una sonrisa que era más bien una mueca—. Estaba examinando lo que tira la gente a la basura. En el rastro. Examinando lo que se ofrece en ese inmenso depósito de reciclaje. Me dijeron que habían llegado objetos procedentes de un piso cuyo propietario había muerto. Entre ellos, algunos discos para destruir.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes, qué?

—¿Quiénes le informaron sobre ese particular?

—Los empleados. Les doy una propinilla cuando me informan. Tienen mi tarjeta. Ya se lo había dicho. Uno va a las tiendas de coleccionismo, se reúne con otros coleccionistas y va al mercado. Al rastro de Kolaport, ¿no se llama así? Hago lo que hacen todos los coleccionistas, intento encontrar algo que merezca la pena comprar.

—¿Había alguien con usted cuando atacaron a Gudlaugur? ¿Alguien con quien podamos hablar?

—No —respondió Wapshott.

—Pero tendrán que acordarse de usted en esos sitios.

—Claro que sí.

—¿Y encontró algo aprovechable? ¿Algún otro niño de coro?

—Nada. En este viaje no he encontrado nada.

—¿Por qué intentó huir de nosotros? —preguntó Erlendur.

—Quería volver a casa.

—¿Y dejó todos sus trastos en el hotel?

—Sí.

—Excepto unos discos de Gudlaugur.

—Sí.

—¿Por qué me dijo que nunca había estado en Islandia con anterioridad?

—No lo sé. No quería llamar la atención. Ese crimen no tiene nada que ver conmigo.

—Es muy fácil demostrar lo contrario. Debería haberse dado cuenta, cuando me contó esa mentira, de que acabaría por descubrir la verdad. Que descubriría que ya había estado antes en este mismo hotel.

—Ese crimen no tiene nada que ver conmigo.

—Pero ahora me acaba de demostrar que sí tiene que ver con usted. No habría podido llamar más la atención sobre usted.

—Yo no lo maté.

—¿Cómo era su relación con Gudlaugur?

—Ya se lo he contado todo, y todo es cierto. Yo estaba interesado por su voz, por los discos antiguos de niños de coro, y cuando me enteré de que seguía vivo me puse en contacto con él.

—¿Por qué mintió? Ya había estado antes en Islandia, se había alojado en este mismo hotel y seguramente había conocido a Gudlaugur.

Wapshott reflexionó un momento.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Ese crimen. Cuando me enteré, temí que se enteraran de que lo conocía. El miedo iba creciendo con cada minuto que pasaba y tuve que mantener una disciplina enorme para no echar a correr en ese mismo momento y atraer hacia mí las sospechas al hacerlo. Tuve que dejar pasar unos días, pero no pude seguir aguantando y me marché. Mis nervios ya no lo soportaban más. Pero yo no lo maté.

—¿Hasta qué punto conocía la historia de Gudlaugur?

—No mucho.

—Cuando se coleccionan discos, es esencial obtener información sobre lo que se colecciona, ¿no? ¿Lo hizo usted?

—No sé mucho —respondió Wapshott—. Sé que perdió la voz durante un concierto, que solo se grabaron dos discos, que se llevaba mal con su padre...

—Espere un momento, ¿cómo se enteró de la forma en que murió?

—¿Qué quiere decir?

—A los huéspedes del hotel no se les habló del crimen, sino de un accidente o un ataque al corazón. ¿Cómo se enteró de que le habían asesinado?

—¿Que cómo me enteré? Usted me lo dijo.

—Sí, se lo dije y usted se quedó tremendamente asombrado, lo recuerdo, pero ahora me dice que cuando se enteró del crimen temió que le relacionáramos con él. Y eso fue antes de que usted y yo habláramos. Antes de que nos pusiéramos en contacto.

Wapshott se quedó mirándolo de hito en hito. Erlendur conocía ese gesto cuando alguien intentaba ganar tiempo y dejó a Wapshott ganar todo el tiempo que precisara. Los dos policías estaban sentados tan tranquilos a cierta distancia. Erlendur había bajado tarde a desayunar y había escaso movimiento en el comedor. Vio asomar el gran gorro del cocinero que se había puesto hecho una furia cuando le tomaron una muestra de saliva. Sin pretenderlo, pensó en Valgerdur, la técnica de laboratorio. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? ¿Pinchando a algún niño que se defendería llorando o intentando darle alguna patada?

—Además del interés por los discos, ¿hay alguna otra cosa que les relacionaba a

ustedes dos? —preguntó.

—Preferiría no entrar en eso —dijo Wapshott.

—¿Qué me está ocultando? ¿Por qué no ha querido hablar con la embajada británica? ¿Por qué no quiere que le asista un abogado?

—Oí a unas personas hablar de ello aquí abajo. Huéspedes del hotel. Decían que lo habían asesinado. Eran americanos. Así es como me enteré. Y me preocupó que pudieran relacionarnos y acabar exactamente en la situación en la que me encuentro ahora. Por eso huí. Es así de sencillo.

Erlendur se acordó del americano Henry Bartlett y su mujer. Cindy, le dijo a Sigurdur Óli que se llamaba, con una gran sonrisa.

—¿Qué valor tienen los discos de Gudlaugur?

—¿A qué viene eso?

—Han de ser muy valiosos para que venga usted hasta aquí en pleno invierno, con este frío, para hacerse con ellos. ¿Qué valor tienen? Un disco, por ejemplo. ¿Cuánto cuesta?

—Cuando se quiere vender, se saca a subasta, incluso en internet, y es imposible decir cuánto se puede llegar a sacar por él.

—Una aproximación. ¿Cuánto calcula que se podría sacar?

Wapshott reflexionó un momento.

—No puedo decir nada al respecto.

—¿Estuvo usted con Gudlaugur antes de su muerte?

Henry Wapshott vaciló.

—Sí —dijo al fin.

—La nota que encontramos, 18:30, ¿era la hora de su cita?

—Eso fue el día antes de que lo encontraran muerto. Quedamos en su habitación y tuvimos un breve encuentro.

—¿Sobre qué?

—Sobre sus discos.

—¿Qué pasaba con sus discos?

—Yo quería saber, y hace mucho tiempo que deseo saberlo, si tenía más. Si los escasísimos discos de los que tengo noticia, por mí y otros coleccionistas, eran las únicas copias en el mundo. Él no había querido responderme antes, por la causa que fuera. Primero se lo pregunté en una carta que le escribí hace unos años, y fue también eso lo primero que le pregunté cuando lo conocí personalmente hace tres años.

—Y bien, ¿tenía discos para usted?

—No quiso decir nada al respecto.

—¿Conocía el posible valor de sus discos?

—Le di una idea bastante clara.

—¿Y qué valor tienen realmente esos discos?

Henry tardó en responder.

—Cuando hablé con él aquí hace, cuánto, como dos o tres días, cedió —dijo entonces—. Aceptó hablar de sus discos. Yo...

Henry volvió a vacilar. Miró a su espalda, a los dos policías que le vigilaban.

—Le di medio millón.

—¿Medio millón?

—De coronas. Como paga y señal, o...

—Usted me dijo que no estábamos hablando de cantidades astronómicas.

Wapshott se encogió de hombros y Erlendur creyó verle sonreír.

—Así que es mentira —dijo Erlendur.

—Sí.

—Una paga y señal, ¿por qué?

—Por los discos que tuviera. Si tenía alguno.

—¿Y le dio ese dinero la última vez que se vieron, aunque no estaba seguro de que él tuviera algún disco?

—Sí.

—¿Y luego?

—Luego lo mataron.

—No encontramos dinero en su habitación.

—De eso no sé nada. Yo le di medio millón en su cuarto el día antes de su muerte.

Erlendur recordó que le había pedido a Sigurdur Óli que comprobara las cuentas bancarias de Gudlaugur. Decidió que no debía olvidarse de preguntarle por los resultados de su pesquisa.

—¿Vio algún disco en su cuarto?

—No.

—¿Y por qué tengo que creerle? Todo lo demás que ha dicho era mentira. ¿Por qué tendría que creer algo de lo que usted me diga?

Wapshott se encogió de hombros.

—¿De modo que tenía medio millón cuando le atacaron?

—Eso no lo sé. Lo único que sé es que le di medio millón y que más tarde lo mataron.

—¿Por qué no me habló enseguida de ese dinero?

—Quería que me dejaran en paz —dijo Wapshott—. No quería que pensara usted que lo había matado yo a causa de ese dinero.

—¿Lo hizo?

—No.

Callaron.

—¿Piensa acusarme? —preguntó Wapshott.

—Creo que sigue ocultándome algo —respondió Erlendur—. Puedo retenerle hasta la tarde. Después ya veremos.

—Yo jamás habría podido matar a ese niño de coro. Lo idolatraba, y sigo idolatrándolo. Jamás he oído una voz infantil más bella.

Erlendur miró a Henry Wapshott.

—Es curioso lo solo que está usted en esto —dijo sin darse cuenta.

—¿Qué quiere decir?

—Que está usted muy solo en el mundo.

—Yo no lo maté —dijo Wapshott—. Yo no lo maté.

Wapshott desapareció del hotel acompañado por los dos policías, y Erlendur se enteró de que Ösp, la chica que había encontrado el cadáver, estaba trabajando en el cuarto piso. Tomó el ascensor y al llegar a la planta la vio sacando de una de las habitaciones un cesto con ruedas lleno de ropa de cama sucia. Estaba absorta en su trabajo y no le prestó atención alguna hasta que Erlendur estuvo a su lado y la saludó. La joven lo miró y lo reconoció al momento.

—Ah, eres tú —dijo con indiferencia.

Parecía aún más cansada y abatida que cuando hablaron en la cantina de personal, y Erlendur pensó que las navidades tampoco eran una época feliz para ella. Antes de darse ni siquiera cuenta, se encontró preguntándose.

—¿No te gustan las navidades? —dijo.

No le respondió, sino que empujó el cesto hasta la siguiente puerta, llamó y aguardó un poco antes de sacar la llave, abrir y entrar en la habitación. Para mayor seguridad preguntó si había alguien, por si alguna persona que pudiera estar dentro no la había oído llamar, y entonces se puso a limpiar, cambió la ropa de cama, recogió las toallas del suelo del baño y echó detergente en el espejo con un *spray*. Erlendur se coló en la habitación detrás de ella y la vio trabajar. Al cabo de un rato, ella se dio cuenta de que aún estaba allí, a su lado.

—No puedes entrar en las habitaciones —le dijo—. Es privado.

—Tú hacías la limpieza de la habitación 312, en el piso de abajo —dijo Erlendur—. La ocupaba un inglés bastante peculiar. Henry Wapshott. ¿Notaste algo extraño en su habitación?

La joven lo miró como si no acabara de comprenderle.

—Como por ejemplo un cuchillo ensangrentado —dijo Erlendur, intentando sonreír.

—No —dijo Ösp—. Nada —reflexionó un instante, y preguntó—. ¿Qué cuchillo? ¿Fue él quien mató a Papá Noel?

—No recuerdo las palabras que utilizaste la otra vez que hablé contigo, pero dijiste que algunos de los huéspedes os molestaban. Creí entender que hablabas de acoso sexual. ¿Era él uno de esos?

—No; solo lo vi una vez.

—Y no hubo nada que...

—Se puso hecho una furia —dijo Ösp—. En cuanto entré en su habitación.

—¿Se puso hecho una furia?

—Lo había interrumpido y me echó. Bajé a ver qué pasaba y en recepción me enteré de que había dado orden de que no limpiaran su habitación. Nadie me había dicho nada. Nadie le dice nada a nadie en este maldito hotel. Por eso entré en su cuarto, y cuando me vio se puso fuera de sí. Me echó una bronca, el muy imbécil. Como si yo fuera la responsable del hotel. Tendría que haberle echado la bronca al

director.

—Es un tanto misterioso ese hombre.

—Un gilipollas.

—Me refiero a Wapshott.

—Sí, los dos.

—¿De modo que no notaste nada extraño?

—Estaba todo revuelto, pero eso no es nada extraño.

Ösp interrumpió un momento su trabajo, se quedó quieta y miró pensativa a Erlendur.

—¿Habéis avanzado algo en el caso de Papá Noel?

—Poco —dijo Erlendur—. ¿Por qué?

—Este hotel es raro —dijo Ösp, bajando la voz y mirando hacia el pasillo.

—¿Raro? —Erlendur tuvo de pronto la sensación de que la joven no se sentía del todo segura—. ¿Tienes miedo de algo? ¿De algo en el hotel?

Ösp no respondió.

—¿Temes perder el trabajo?

—Faltaría más, este es el tipo de curro que nadie querría perder.

—¿De qué se trata, entonces?

Ösp vaciló, pero enseguida pareció que tomaba una decisión. Como si no valiese la pena seguir dándole más vueltas a lo que estaba a punto de revelar.

—En la cocina roban —dijo—. Todo lo que pueden. Creo que esos no han tenido que hacer la compra para su casa desde hace años.

—¿Y qué roban?

—Todo lo que no esté atornillado al suelo.

—¿Quiénes?

—No digas a nadie que te lo he dicho. Ni al jefe de cocina. Sobre todo a él.

—¿Cómo lo sabes?

—Gulli me lo dijo. Él sabía todo lo que pasaba en el hotel.

Erlendur recordó el momento en que había robado un poco de lengua de ternera en el bufé y el jefe de cocina lo vio y le echó la bronca. Recordó la condescendencia que percibió en su voz.

—¿Cuándo te contó eso?

—Pues hará como dos meses.

—¿Y qué más? ¿Estaba preocupado por ello? ¿Tenía intención de denunciarlo? ¿Por qué te lo dijo? Yo creía que no le conocías.

—Y no le conocía —Ösp calló—. No hacían más que meterse conmigo, en la cocina —prosiguió—. Me decían guarrerías. «¡Nena, estás tan buena que te comería!», y cosas por el estilo. Todas las memeces que pueden salir de las bocazas de esos imbéciles. Gulli les oyó y habló conmigo. Me dijo que no me preocupara. Dijo que eran todos una panda de ladrones y que podría denunciarlos si quería.

—¿Amenazó con denunciarlos?

—No amenazó —dijo Ösp—. Solo lo dijo para darme ánimos.

—¿Y qué roban? —preguntó Erlendur—. ¿Puso algún ejemplo?

—Dijo que el director lo sabía pero no hacía nada; él también roba. Compra alcohol de contrabando. Para los bares. Gulli también me lo contó. El *maître* también está en el ajo.

—¿Eso te lo dijo Gudlaugur?

—Y se quedan la diferencia.

—¿Por qué no me lo contaste la primera vez que hablamos?

—¿Es importante?

—Es posible que lo sea.

Ösp se encogió de hombros.

—No lo pensé, y no era yo misma después de encontrar a Gudlaugur. El condón... Y las puñaladas.

—¿Viste dinero en su cuarto?

—¿Dinero?

—Hacía poco que había recibido una cierta cantidad, pero no sé si la tenía cuando lo mataron.

—No vi ni una corona.

—No, claro —dijo Erlendur—. Tú no cogerías ese dinero cuando lo encontraste, ¿verdad?

Ösp interrumpió su trabajo y dejó caer los brazos.

—¿Quieres decir que si se lo robé?

—No sería la primera vez que pasa algo así.

—¿Tú piensas que...?

—¿Lo cogiste?

—No.

—Tuviste oportunidad de hacerlo.

—Y quien lo mató, también.

—Eso es cierto —dijo Erlendur.

—No vi ni una corona.

—No, claro, vale.

Ösp reanudó su trabajo. Echó detergente en la taza del váter y frotó con el cepillo, como si Erlendur no estuviera allí. La miró trabajar un momento y luego le dio las gracias.

—¿Qué quisiste decir con eso de que le interrumpiste? —dijo, deteniéndose en la puerta—. A Henry Wapshott, quiero decir. No llegarías a entrar en su cuarto si preguntaste en voz alta, como has hecho aquí hace un momento.

—No me oyó.

—¿Qué estaba haciendo?

—No sé si debo...

—No saldrá de aquí.

—Estaba viendo la televisión —dijo Ösp.

—Ah, claro, y no quería que nadie se enterara —dijo Erlendur en un susurro irónico.

—Bueno, no, un vídeo —dijo Ösp—. Una película porno. Asquerosa.

—¿Se ponen películas porno en el hotel?

—De esas, no, están prohibidas en todas partes.

—¿Qué clase de películas?

—De pornografía infantil. Se lo dije al director del hotel.

—¿Pornografía infantil? ¿Cómo que pornografía infantil?

—¿Cómo? ¿Tengo que explicártelo?

—¿Qué día fue eso?

—¡Pervertido de mierda!

—¿Cuándo fue?

—El día que encontré a Gulli.

—¿Qué hizo el director?

—Nada —dijo Ösp—. Me mandó que cerrara la boca y no dijera ni mu.

—¿Sabes quién era Gudlaugur?

—¿Qué quieres decir con que quién era el portero? Era el portero. ¿Era alguna otra cosa?

—Sí, lo fue de pequeño. Era niño de coro y tenía una voz magnífica. Lo he oído cantar en disco.

—¿Niño de coro?

—En realidad, un niño prodigio. Pero luego algo se torció en su vida. Creció y se acabó todo.

—No lo sabía.

—No, nadie sabe ya nada de Gudlaugur —dijo Erlendur.

Los dos callaron, pensativos. Transcurrieron unos minutos.

—¿No te gustan las navidades? —preguntó Erlendur de nuevo. Era como si hubiese encontrado un alma gemela.

La joven se volvió hacia él.

—Las navidades son para los que son felices.

Erlendur miró a Ösp y un esbozo de sonrisa se dibujó en su rostro.

—Te gustaría conocer a mi hija —dijo, y sacó el móvil.

Sigurður Óli acogió con extrañeza la información que le dio Erlendur sobre el dinero que Gudlaugur tendría guardado probablemente en su cuchitril. Hablaron de que sería preciso confirmar la declaración de Wapshott, según la cual se encontraba en las tiendas de discos a la hora en que se cometió el crimen. Sigurður Óli estaba justamente delante de la celda de Wapshott cuando llamó Erlendur, y le detalló las condiciones en que le tomaron al inglés la muestra de saliva.

En la celda que ocupaba él ahora habían encerrado antes a muchos delincuentes, desde míseros cacos a individuos violentos y asesinos, que habían garabateado en las paredes o raspado en la pintura para dejar constancia de su opinión acerca de las lamentables condiciones de su encierro. En la celda había una taza de váter y una cama atornillada al suelo; sobre ella, un colchón más bien fino y una almohada bastante dura. La celda carecía de ventana, y en el techo había una potente lámpara fluorescente que no se apagaba nunca, y hacía que el detenido tuviera dificultades en distinguir el día de la noche.

Henry Wapshott estaba tieso, pegado a la pared opuesta a la gruesa puerta de acero. Lo sujetaban entre dos guardias. Elínborg y Sigurdur Óli estaban también en la celda con la orden judicial para la toma de muestras biológicas, y allí estaba también Valgerdur con su bastoncillo en la mano, dispuesta a tomar la muestra de saliva.

Wapshott tenía los ojos clavados en ella como si fuera el demonio en persona, llegado para arrastrarlo a las llamas eternas. Los ojos se le salían de las órbitas y se retorció para apartarse de ella lo más posible, y por mucho que lo intentaban no había forma de obligarle a abrir la boca.

Finalmente lo tumbaron en el suelo y le taparon la nariz hasta que no pudo más y abrió la boca para tomar aire. Valgerdur aprovechó la ocasión para introducirle el bastoncillo en el gáznate, agitarlo hasta provocarle una arcada y sacarlo a la velocidad del rayo.

Cuando Erlendur bajó al vestíbulo del hotel, camino de la cocina, vio a Marion Briem en recepción, con un abrigo gastado y un sombrero, y con sus huesudos dedos en constante movimiento. Tras saludarse, Erlendur le acompañó al comedor para sentarse. Se dio cuenta de que Marion había envejecido mal en los años transcurridos desde su último encuentro, pero los ojos seguían igual de despiertos e interrogantes, y, como siempre, no perdía el tiempo en preámbulos innecesarios.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Marion, y se sentó—. ¿Qué es lo que te está reconcomiendo tan profundamente? —un purito surgió de algún bolsillo del abrigo, acompañado de una caja de cerillas.

—Aquí seguro que está prohibido fumar —dijo Erlendur.

—Ya no se puede fumar en ningún sitio —dijo Marion, encendiendo el cigarro. Tenía una expresión dolorida en el rostro. La piel grisácea, flácida y arrugada. Sus descoloridos labios apretaron el cigarro. Las uñas estaban exangües y sus dedos huesudos se extendieron para coger el cigarro cuando los pulmones hubieron recibido su dosis.

Aunque su relación tenía tras de sí una larga historia, llena de acontecimientos compartidos, nunca se habían llevado del todo bien. Marion había sido el mando superior de Erlendur durante muchos años, e intentó enseñarle el oficio. Erlendur era indisciplinado y no le gustaba recibir órdenes, no aguantaba tener a nadie por encima de él en aquellos tiempos, ni tampoco ahora. Eso le atacaba los nervios a Marion, y se producían fuertes y frecuentes discusiones entre ambos, aunque Marion sabía que era realmente difícil encontrar un colaborador mejor, aunque solo fuera porque Erlendur no tenía obligaciones familiares, con la pérdida de tiempo que estas suponían. Erlendur no hacía otra cosa que trabajar. Algo semejante le sucedía a Marion Briem, que había vivido toda su vida en solitario.

—¿Qué me cuentas de ti? —preguntó Marion, dando una calada al puro.

—Nada —respondió Erlendur.

—¿No te van las navidades?

—Nunca he conseguido comprender eso de las navidades —dijo Erlendur con la cabeza en otro sitio, y miró hacia la cocina, por si veía el gorro de cocinero.

—No, claro —dijo Marion—. Demasiada alegría y demasiada felicidad, me parece. ¿Por qué no te buscas una mujer? No eres tan viejo. Hay montones de tías que serían capaces de irse con un muermo como tú. Te lo aseguro.

—Lo he intentado —dijo Erlendur—. ¿Qué has encontrado sobre...?

—¿Te refieres a tu mujercita?

Erlendur no estaba dispuesto a continuar una conversación sobre su vida privada.

—Para ya, por favor —dijo.

—Me enteré de que...

—Te he dicho que pares —dijo Erlendur enfadado.

—Vale, vale —dijo Marion—. Tu forma de vivir no es asunto mío. Lo único que sé es que la soledad mata poco a poco. —Calló—. Pero naturalmente, tú tienes a tus hijos. ¿O no?

—¿No podríamos dejar ya ese tema? —dijo Erlendur—. Eres... —no continuó.

—¿Qué soy?

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No podías llamar por teléfono?

Marion miró a Erlendur, y en su viejo rostro pareció dibujarse una sonrisa.

—Me han dicho que te estás quedando a dormir en el hotel. Que no vas a tu casa ni aunque sea Navidad. ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué no te marchas a casa?

Erlendur no respondió.

—¿Tan aburrido estás ya de ti mismo?

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Conozco esa sensación. La de estar aburrido de uno mismo. De ese bicho que somos y que no nos quitamos de la cabeza. Uno puede llegar a librarse de él algún rato, pero siempre regresa y empieza a dar la tabarra otra vez. Uno puede intentar quitárselo a base de beber. O cambiando de ambiente. Alojándose en un hotel cuando las cosas se ponen peor.

—Marion —rogó Erlendur—. Déjame en paz.

—Quien tenga discos de Gudlaugur Egilsson —dijo Marion Briem, entrando de repente en materia—, se puede bañar en oro.

—¿Por qué dices eso?

—Hoy en día son un tesoro. Desde luego, no hay mucha gente que los tenga o que sepa de su existencia, pero quienes los conocen están dispuestos a pagar por ellos cantidades astronómicas. Los discos de Gudlaugur son una absoluta rareza en el mundo de los coleccionistas, y son muy codiciados.

—¿Qué cantidades astronómicas? ¿Decenas de miles?

—Podrían ser cientos de miles —dijo Marion Briem—. Por cada copia.

—¿¡Cientos de miles?! No puede ser verdad —Erlendur se irguió en su asiento. Pensó en Henry Wapshott. Comprendió por qué iba a Islandia en busca de Gudlaugur. En busca de sus discos. No era solo la atracción por el niño de coro lo que le movía, como quería hacerle creer. Erlendur comprendió por qué le había dado medio millón a Gudlaugur sin garantías del resultado.

—Por lo que he podido saber, solo se grabaron esos dos discos con el chico —dijo Marion Briem—. Y lo que los hace tan valiosos, aparte de la increíble voz del niño, es que la edición fue muy limitada y casi no se vendieron. Hay pocas personas que posean alguno de esos discos hoy en día.

—¿El canto tiene alguna importancia en sí mismo?

—Creo que sí, pero la norma es que la calidad de la música, la calidad de lo que contienen los discos, tiene menos importancia que el estado general de estos. La música puede ser mala, pero si hay una buena interpretación de la pieza adecuada, con el productor adecuado y en el momento justo, el valor puede ser ilimitado. La

calidad artística no es el criterio principal.

—¿Qué fue de las demás copias? ¿Lo sabes?

—No aparecen. Se han ido perdiendo con el paso del tiempo, o sencillamente las arrojaron a la basura. Probablemente no hubo muchas, en todo caso, quizá solo unos cuantos centenares. El motivo de que los discos sean tan caros se debe sobre todo a que, al parecer, circulan muy pocas copias por el mundo. Otro factor es que la carrera del chico fue muy breve; solo existen esos dos discos, editados en el mismo año. Y después, tengo entendido que cambió la voz y no volvió a cantar nunca más.

—Al pobre chico le sucedió durante un concierto —dijo Erlendur—. Un gallo, se llama. Se rompe la voz.

—Y aparece asesinado muchos decenios más tarde.

—Si el valor de esos discos alcanza los cientos de miles...

—¿Sí?

—¿No es eso motivo suficiente para matarlo? En su cuarto encontramos un ejemplar de cada disco. En realidad, era casi lo único que tenía.

—Entonces, quien lo apuñaló no debería de tener mucha idea de su valor —dijo Marion Briem.

—¿Quieres decir que, de saberlo, habría robado los discos?

—¿En qué estado se encontraban las copias?

—Como nuevas —dijo Erlendur—. Las fundas no tenían ni una arruga, ni una mancha, y me parece que no los han puesto jamás en un tocadiscos.

Miró a Marion Briem.

—¿Es posible que Gudlaugur fuera el dueño de las copias sobrantes? —preguntó.

—¿Por qué no? —dijo Marion.

—Encontramos una llave en su cuarto que no sabemos de qué son. ¿Dónde podría guardarlos?

—A lo mejor no se trata de todos los discos —dijo Marion—. Solo de una parte. ¿Qué otra persona podría tenerlos, aparte del propio solista del coro?

—No lo sé —dijo Erlendur—. Hemos detenido a un coleccionista que vino de Inglaterra para hablar con Gudlaugur. Un individuo un tanto misterioso que intentó escapar y que adora al antiguo niño de coro. Es la única persona, que yo sepa, que conoce el valor de los discos de Gudlaugur. Colecciona discos de escolanos.

—¿No estará chalado? —preguntó Marion Briem.

—Sigurdur Óli se encargará de comprobarlo —dijo Erlendur—. Gudlaugur era el Papá Noel del hotel —añadió, como si existiera un puesto fijo de Papá Noel.

Marion esbozó una sonrisa desde su grisácea vejez.

—Encontramos una nota en el cuarto de Gudlaugur en la que ponía *Henry* y una hora, las 18:30, como si tuviera una cita con alguien a esa hora. Henry Wapshott dice que estuvo con él a las seis y media, el día antes del crimen.

Erlendur calló, sumido en sus pensamientos.

—¿Qué estás rumiando? —preguntó Marion.

—Wapshott me dijo que le había pagado a Gudlaugur medio millón de coronas para demostrarle que iba en serio, o algo por el estilo. Que quería comprar discos. Ese dinero podría encontrarse en su cuartucho cuando se produjo la agresión.

—¿Insinúas que alguien podía estar al corriente de los tratos de Wapshott con Gudlaugur?

—No es imposible.

—¿Otro coleccionista?

—Quizá. No lo sé. Wapshott es un tipo muy raro. Sé que nos está ocultando algo. Si es algo sobre él mismo o sobre Gudlaugur, eso no lo sé.

—Y naturalmente, cuando lo encontraron, ese dinero había desaparecido.

—Sí.

—Tengo que irme —dijo Marion, y se puso en pie. Erlendur se levantó también—. No llego ni a la mitad del día —añadió Marion—. Un cansancio de muerte. ¿Cómo le va a tu hija?

—¿A Eva? Pues no lo sé. Creo que no anda muy bien.

—Quizá deberías pasar las vacaciones en casa con ella.

—Sí, quizá.

—¿Y el asunto de la mujercita?

—Vale ya con lo de la mujercita —dijo Erlendur, y su mente voló hacia Valgerdur. Tenía ganas de llamarla, pero no se atrevía. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué le importaba a ella su pasado? ¿A quién le importaba su vida? Qué estupidez, invitarla a cenar, así, sin más. No sabía por qué lo había hecho.

—Tengo entendido que estuviste cenando con una mujer —dijo Marion—. Por lo que se sabe, no había pasado en muchos años.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó Erlendur, atónito.

—¿Quién era la mujer? —preguntó Marion sin contestar su pregunta—. Me dijeron que era muy atractiva.

—No hay ninguna mujer —le espetó Erlendur, y se marchó a toda prisa. Marion Briem se quedó mirándolo y luego salió del hotel a pasos lentos, con una sonrisita en los labios.

Mientras bajaba al vestíbulo, Erlendur pensaba en cómo acusar de robo al cocinero jefe de forma cortés, pero Marion le había dejado muy mal cuerpo. Cuando se llevó al cocinero a un rincón de la cocina, no le quedaba ya mucho de lo que se suele llamar tacto.

—¿Eres un ladrón? —preguntó sin más—. ¿Como todos los demás, aquí, en esta cocina? ¿Robáis cualquier cosa que no esté atornillada al suelo?

El jefe de cocina lo miró.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que estoy diciendo es que Papá Noel fue apuñalado porque conocía los

robos a gran escala que se producen en el hotel. Quizá lo mataron porque sabía quién estaba al frente. Quizá te escabulliste tú hasta su cuartucho y lo mataste a puñaladas para que no lo soltara todo. ¿Qué te parece mi teoría? Y de paso lo desvalijaste.

El cocinero clavó los ojos en Erlendur.

—¡Estás loco! —le soltó en un suspiro.

—¿Robas de la cocina?

—¿Con quién has estado hablando? —preguntó el cocinero, muy serio—. ¿Quién te ha contado esas mentiras? ¿Ha sido alguien del hotel?

—¿Ya te han tomado la muestra de saliva?

—¿Quién te lo dijo?

—¿Por qué no querías que te tomaran una muestra?

—Ya me la tomaron, por cierto. Me parece que eres idiota. ¡Tomar muestras a todos los que trabajan en el hotel! ¿Para qué? ¡Para convertirnos a todos en unos gilipollas! Y luego vienes y me llamas ladrón. Nunca he robado ni un repollo de la cocina. ¡Jamás! ¿Quién te ha contado esa patraña?

—Si Papá Noel sabía algo malo sobre ti es porque eres un ladrón, ¿y no podría ser que te obligara a hacerle algunas cosillas? Como ch...

—¡Cierra la boca! —gritó el jefe de cocina—. ¡¿Fue el chuloputas ese?! ¿Fue él quien te soltó esa trola?

Erlendur creyó que iba a echarse sobre él y agredirlo. El cocinero se había acercado tanto que sus rostros casi se tocaban. El gorro se inclinó hacia delante y Erlendur lo miró de arriba abajo.

—¿Fue ese cabrón de chuloputas? —bramó el cocinero.

—¿Quién es el chuloputas?

—Ese gilipollas de mierda, el director del puto hotel —dijo el cocinero con los dientes apretados.

El móvil de Erlendur empezó a sonar en su bolsillo. Los dos se miraron a la cara, ninguno de ellos dispuesto a ceder. Finalmente, Erlendur sacó el teléfono. El cocinero se dio la vuelta, rojo de furia.

Era el jefe de la policía científica.

—Es sobre la saliva del preservativo —dijo después de presentarse.

—Sí —dijo Erlendur—, ¿ya habéis encontrado al dueño?

—No, para eso aún falta bastante —dijo el jefe—. Pero, a cambio, la hemos analizado con más detalle, me refiero a la composición química, y entre otras cosas hemos encontrado trazas de tabaco.

—¿De tabaco? ¿Del que se fuma?

—Sí, pero es que se parece más al de mascar —dijo la voz al teléfono.

—¿De mascar? No te entiendo.

—La composición química. Hace tiempo se compraba en las tiendas de tabacos, pero no estoy seguro de que siga siendo así. A lo mejor en los *drugstores*, no tengo muy claro si sigue estando permitida su venta. Tendremos que comprobarlo. La gente

se lo pone bajo el labio, suelto o en bolsitas, supongo que debes de saberlo.

El cocinero dio una patada a la puerta de un armario y dejó escapar una sarta de maldiciones.

—Me estás hablando de tabaco de mascar —dijo Erlendur—. ¿Hay restos de tabaco de mascar en la muestra del preservativo?

—Eso es —dijo el jefe.

—¿Y eso qué significa?

—Quien estuvo con Papá Noel mastica tabaco.

—¿Qué ganamos con saber eso?

—Nada. Por el momento. Pero pensé que te gustaría saberlo. Y hay otra cosa más. Me preguntaste por el cortisol de la saliva.

—Sí.

—La cantidad era pequeña, en realidad era bastante normal.

—¿Y eso qué nos dice? ¿Que todo estaba tranquilo?

—Si se encuentra mucho cortisol, es que la presión sanguínea ha aumentado a causa de la tensión o la presión. La persona que estuvo con el portero se sintió tranquila todo el tiempo. Nada de estrés ni de tensión. Estaba segura de que no tenía nada que temer.

—Hasta que sucedió algo —dijo Erlendur.

—Sí —dijo el jefe—. Hasta que sucedió algo.

Se despidieron y Erlendur volvió a guardar el móvil en el bolsillo. El jefe de cocina lo miraba sin pestañear.

—¿Sabes de alguien en el hotel que consuma tabaco de mascar? —preguntó Erlendur.

—¡Cállate! —aulló el cocinero.

Erlendur respiró hondo, se puso las manos sobre la cara y se la frotó un poco, cansado, y de pronto recordó los dientes de Henry Wapshott, amarillentos por el tabaco.

Erlendur preguntó por el director del hotel en recepción, y le informaron de que no estaba. El jefe de cocina se negó a explicar el apelativo de chuloputas al mencionar al gilipollas de mierda, el director del puto hotel. Erlendur se había encontrado pocas veces con tipos de genio tan atroz, e imaginó que habría perdido los nervios y que eso le hizo soltar algo que no tenía intención de decir. Pero Erlendur no consiguió sonsacarle nada más. No obtendría de él otra cosa que no fueran insultos y maldiciones, pues en la cocina se encontraba en su propio terreno. Para igualar las condiciones, y sobre todo para aumentar aún más la furia del cocinero, Erlendur estuvo pensando en dar orden de que se presentasen en el hotel cuatro policías de uniforme, lo metieran en un coche patrulla y se lo llevaran a la comisaría de Hverfisgata para interrogarlo.

Estuvo sopesando la idea un rato pero decidió dejarlo para más tarde.

En vez de eso subió a la habitación de Henry Wapshott. Rompió el precinto de la policía que clausuraba la puerta. Los de la brigada científica habían tenido el máximo cuidado en no tocar nada. Erlendur se mantuvo inmóvil un largo rato, mirando a su alrededor. Estaba buscando algo parecido a un paquete de tabaco de mascar.

Era una habitación doble, de dos camas, ambas deshechas, como si Wapshott hubiera dormido en las dos o hubiera tenido un huésped nocturno. En una mesa había un viejo tocadiscos conectado a un amplificador y dos pequeños altavoces, y en otra mesa había un televisor de 14 pulgadas y un aparato de vídeo. Al lado había dos casetes de vídeo. Erlendur puso uno de ellos en el aparato y encendió la televisión, pero la apagó en cuanto aparecieron las imágenes. Ösp tenía razón con lo del porno.

Abrió los cajones de la mesita de noche y registró la maleta de Wapshott, examinó el armario y entró en el baño, pero no encontró tabaco de mascar. Miró en la papelera, pero estaba vacía.

—Elínborg tenía toda la razón —dijo Sigurdur Óli, que apareció de repente en la habitación.

Erlendur se dio la vuelta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Por fin, los ingleses enviaron información sobre él —dijo Sigurdur Óli mirando a su alrededor.

—Estoy buscando tabaco de mascar —dijo Erlendur—. Parece que encontraron restos de eso en el preservativo.

—Creo que ya sé por qué no quería ponerse en contacto con su embajada ni con un abogado, y prefería esperar a que el asunto se olvidara —dijo Sigurdur Óli, y empezó a leer la información que le había enviado la policía británica en relación con el coleccionista de discos.

»Henry Wapshott, soltero y sin hijos, nacido poco antes de la segunda guerra mundial, el año 1938, en Londres. Su familia por parte de padre tenía algunos bienes

inmuebles muy valiosos cerca del centro de la ciudad. Algunos quedaron en ruinas durante la guerra mundial y se reconstruyeron como apartamentos de lujo o de oficinas, lo que les proporcionó un patrimonio considerable. Wapshott nunca tuvo que trabajar para ganarse la vida. Era hijo único y asistió a los mejores centros de enseñanza, Eaton y Oxford, aunque no concluyó sus estudios universitarios. A la muerte de su padre se encargó de la gestión de la empresa familiar pero, a diferencia de él, no tenía mucho interés por la inmobiliaria, y al cabo de poco tiempo empezó a asistir solamente a las reuniones imprescindibles, hasta que dejó también de acudir a ellas y delegó toda la gestión en manos de sus directivos.

»Siempre vivió en la casa de sus padres, y los vecinos lo consideraban una persona un tanto excéntrica y solitaria, afable y cortés aunque un poco raro, un hombre poco hablador y que no se metía en los asuntos de los demás. Su único interés era el coleccionismo de discos, y llenó la casa de discos de gramófono que adquiría en los mercados de segunda mano o cuando se ponían en venta legados procedentes de herencias. Viajaba mucho con motivo de esa afición, y decían que tenía una de las mayores colecciones de discos privadas de todo el Reino Unido.

»En dos ocasiones tuvo problemas con la justicia, y figuraba en el registro de delincuentes sexuales a los que la policía británica sometía a especial vigilancia. La primera vez fue acusado y condenado a prisión por la violación de un niño de doce años. El muchacho era vecino de Wapshott y ambos compartían su interés por el coleccionismo de discos. El suceso tuvo lugar en casa de los padres de Wapshott, y cuando la madre se enteró de la conducta de su hijo, tuvo un ataque; el caso fue muy aireado en los medios de comunicación, sobre todo en la prensa sensacionalista, que presentó a Wapshott, miembro de la clase privilegiada por nacimiento, como un monstruo repulsivo. En la investigación del caso salió a relucir que pagaba considerables cantidades de dinero a adolescentes y jóvenes por realizar actos sexuales.

»Cuando cumplió la pena, su madre había muerto, y él vendió la casa familiar y se trasladó a otro barrio. Varios años después volvió a aparecer en las noticias, cuando dos niños de doce o trece años denunciaron que Henry Wapshott les había ofrecido dinero a cambio de desnudarse en casa de él, y volvió a ser acusado de violación. Cuando salió a relucir el caso, se encontraba en Baden-Baden, en Alemania, y fue detenido en el Brenner's Hotel & Spa.

»No se pudo probar esta última violación, pero Wapshott huyó del país, a Tailandia, aunque conservando la nacionalidad británica, y su colección de discos se quedó también en Inglaterra, adonde regresaba de vez en cuando para hacer negocios relativos a su colección. En esos casos usaba el apellido de su madre, Wapshott, pues su verdadero nombre era Henry Wilson. Después de su huida de Inglaterra no había vuelto a tener conflictos con la justicia, pero no se sabe prácticamente nada sobre su estancia en Tailandia.

—No es de extrañar que quisiera ir por ahí de incógnito —dijo Erlendur cuando

Sigurður Óli terminó su exposición.

—Parece tratarse de un pedófilo de la peor especie —dijo Sigurður Óli—. Puedes imaginarte por qué eligió Tailandia.

—¿La policía inglesa no tiene nada pendiente contra él? —preguntó Erlendur.

—No, y como es lógico, están muy contentos de librarse de él —dijo Sigurður Óli—. Elínborg tenía toda la razón.

—¿A qué te refieres? Recuérdamelo.

—A que el interés de Henry por Gudlaugur, es decir por el Gudlaugur que fue niño de coro, no por el Papá Noel actual, era de índole sexual. Elínborg nos llamó frailes porque carecíamos de su imaginación.

—¿De modo que Henry estuvo con él en su cuchitril y lo mató? ¿Al niño de coro al que adora? ¿No es un tanto difícil de creer?

—No consigo entenderlos —dijo Sigurður Óli—. No consigo entender a esos hombres que se comportan de esa forma, solo sé que son lo más despreciable que uno pueda imaginarse.

—Pues no se le notaba en nada, al menos a simple vista —dijo Erlendur, tomando un sorbo de verdoso Chartreuse.

—No llevan escrito en la frente que son unos asquerosos pervertidos —repuso Sigurður Óli.

Habían descendido de nuevo a la planta baja y estaban sentados en el pequeño bar que había allí. Había mucho ajetreo en la barra. Los huéspedes extranjeros se mostraban felices y ruidosos, saltaba a los ojos su alegría por todo lo que habían visto y vivido, con las mejillas enrojecidas y ataviados con sus jerséis de lana islandesa.

—¿Has encontrado cuentas bancarias a nombre de Gudlaugur? —preguntó Erlendur.

Encendió un cigarrillo, miró a su alrededor y comprobó que era la única persona que fumaba en todo el bar.

—Estoy en ello —dijo Sigurður Óli, tomando un sorbo de cerveza.

En la puerta apareció Elínborg, y Sigurður Óli le hizo una seña con la mano. Ella respondió con una inclinación de cabeza y se abrió camino hacia el bar, pidió una cerveza y se sentó con ellos. Sigurður Óli explicó brevemente a Elínborg las informaciones de la policía británica sobre Henry, y ella se permitió una sonrisita.

—Pues vaya si lo sabía yo —dijo.

—¿El qué?

—Que la pasión por los niños de coro era de índole sexual. Y el interés por Gudlaugur, seguramente, también.

—¿Quieres decir que Gudlaugur y él se lo pasaron muy bien ahí abajo? —dijo Sigurður Óli.

—A lo mejor Gudlaugur se vio obligado a participar —dijo Erlendur—. Alguien tenía un cuchillo.

—Es el colmo que precisamente ahora, en Navidad, tengamos que estar dándole

vueltas a una cosa semejante —suspiró Elínborg.

—No es precisamente agradable —dijo Erlendur vaciando su copa de Chartreuse. Le apetecía tomar otra. Miró el reloj. Si estuviera en la comisaría, ya habría acabado su jornada. Había menos quehacer en el bar y le hizo señas al camarero.

—Así que hubo al menos dos personas en su cuarto, porque no puedes amenazar a nadie mientras estás hincado de rodillas. —Sigurdur Óli miró a Elínborg y pensó que quizás había ido demasiado lejos.

—Y dale —dijo Elínborg.

—Para quitarle el sabor a las galletitas —dijo Erlendur.

—Vale, pero ¿por qué apuñala a Gudlaugur? —dijo Sigurdur Óli—. No una, sino varias veces. Como si hubiera perdido el control. Si Henry lo agredió, tiene que haber pasado algo, o haberse dicho algo allí dentro que hiciera estallar al pervertido inglés.

Erlendur iba a pedir bebida para todos, pero los otros dos dijeron que no y miraron sus relojes. La Navidad caía sobre ellos con exigencias cada vez más urgentes.

—Yo creo que estuvo allí con una mujer —dijo Sigurdur Óli.

—Comprobaron la tasa de cortisol en la saliva del condón —dijo Erlendur—. Era normal. Quien estuvo con Gudlaugur debió de haberse ido ya cuando le asesinaron.

—No me parece normal, habida cuenta de cómo le encontramos —dijo Elínborg.

—Quien estuvo con él no fue obligado a nada —dijo Erlendur—. Creo que eso está claro. Si hubiera aparecido una tasa alta de cortisol, eso habría sido una señal de aumento de tensión o de miedo.

—Entonces se trataba de una puta —dijo Sigurdur Óli—, haciendo su trabajo.

—¿No podemos hablar de algo más agradable? —pidió Elínborg.

—Es posible que se estén produciendo robos en el hotel y que Papá Noel lo supiera —dijo Erlendur.

—¿Y por eso le mataron? —dijo Sigurdur Óli.

—No lo sé. También puede ser que en el hotel se ejerza la prostitución y que el director haga la vista gorda. No tengo claro de qué se trata, pero seguramente hay algunas cuestiones que tendremos que examinar.

—¿Gudlaugur estaba relacionado con eso de alguna forma? —preguntó Elínborg.

—Si queremos extraer alguna conclusión de la posición en que estaba cuando lo encontraron, no es imposible, desde luego —dijo Sigurdur Óli.

—¿Cómo le va a tu hombre? —preguntó Erlendur.

—Ante el tribunal ni siquiera pestañeaba —dijo Elínborg, bebiendo un trago de su cerveza.

—El muchacho aún no ha testificado contra él, ¿verdad? —preguntó Sigurdur Óli, que también estaba al corriente del caso.

—Callado como una tumba, el pobre chico —dijo Elínborg—. Y el tipo ese mantiene su declaración sin cambiar ni una coma. Niega en redondo haber agredido al niño. Y encima tiene un buen abogado.

—¿Y le devolverán al niño?

—Es perfectamente posible.

—¿Y el chico? —dijo Erlendur—. ¿Quiere volver con su padre?

—Eso es lo más asombroso de todo —dijo Elínborg—. Sigue muy unido a su padre. Es como si sintiera que se lo tenía merecido.

Callaron.

—¿Piensas pasarte todas las navidades en el hotel, Erlendur? —preguntó Elínborg. Su voz tenía un tono de reproche.

—No, supongo que me iré a casa —dijo Erlendur—. Y que me llevaré a Eva. Y guisaremos tasajo de cordero ahumado.

—¿Cómo le va? —preguntó Elínborg.

—Pse —dijo Erlendur—. Espero que bien —pensó que se darían cuenta de que estaba mintiendo. Conocían perfectamente las dificultades en que andaba metida su hija, aunque casi nunca hablaban de ello. Sabían que Erlendur no tenía ganas de hablar de ese tema, y jamás le preguntaban detalles.

—Mañana es la fiesta de San Torlaco, veintitrés de diciembre —dijo Sigurdur Óli—. ¿Todo listo, Elínborg?

—Nada de nada —dijo ella en un suspiro.

—Estoy pensando en la colección de discos esa —dijo Erlendur.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No es algo que empieza en la infancia? —dijo Erlendur—. No es que lo sepa por experiencia. Nunca he coleccionado nada. Pero ¿no se trata de una afición que surge cuando eres un crío, cuando empiezas a coleccionar fotos de actores y modelos de aviones, o sellos, programas de cine y discos? La mayoría acaba dejándolo, pero algunos continúan y siguen coleccionando discos y libros hasta que la palman.

—¿Qué intentas decirnos?

—Estoy pensando en coleccionistas de discos como Wapshott, aunque no sean pedófilos como él, claro, en si su afán coleccionista no estará relacionado con algún problema de infancia. Si estará relacionado con la necesidad de conservar algo que los demás apartarían de sus vidas pero que ellos quieren conservar a toda costa. ¿No es el coleccionismo un intento de atesorar algo de la infancia? ¿Algo relacionado con los propios recuerdos y que uno no quiere perder y que puede conservar gracias a esa afición?

—¿De modo que la colección de discos de Wapshott, los niños de coro, sería una especie de trauma de infancia? —dijo Elínborg.

—¿Y luego, cuando el trauma de infancia aparece ante él en carne y hueso, en este hotel, se vuelve tarumba? —dijo Sigurdur Óli—. El niño convertido en un hombre de mediana edad. ¿Te refieres a algo así?

—No lo sé.

Erlendur observó distraído a los turistas del bar y le llamó la atención un hombre de mediana edad, de aspecto asiático, que hablaba inglés como un americano.

Llevaba una cámara de vídeo nueva, con la que grababa a su grupo de amigos. De repente, le vino la idea de que en el hotel podría haber cámaras de vigilancia. No lo había pensado. El director del hotel no había dicho nada al respecto, ni tampoco el jefe de recepción. Miró a Sigurdur Óli y a Elínborg.

—¿Habéis preguntado si hay cámaras de vigilancia en el hotel? —preguntó.

Se miraron el uno a la otra.

—¿No ibas a hacerlo tú? —dijo Sigurdur Óli.

—Me olvidé —dijo Elínborg—. La Navidad y todo eso. Se me pasó por completo.

El jefe de recepción miró a Erlendur y sacudió la cabeza. Dijo que para esas cuestiones tenía una guía de actuación muy estricta. En el edificio del hotel no había cámaras de vigilancia, ni en el vestíbulo, ni en recepción, ni en los ascensores, los pasillos o el interior de las habitaciones. Sobre todo en el interior de las habitaciones, por supuesto.

—De otro modo, no tendríamos huéspedes —dijo el jefe de recepción muy serio.

—Ya, se me ocurrió que quizá —dijo Erlendur, decepcionado. Durante unos breves instantes había albergado una débil esperanza de que las cámaras de vigilancia hubieran grabado algo que les pudiera ser de utilidad, algo extraño o inhabitual relacionado con lo que sabía ya la policía.

Iba a marcharse de recepción en dirección al bar, cuando el recepcionista jefe lo llamó en voz alta.

—Hay una sucursal bancaria en el ala sur, al otro lado. Allí hay tiendas para turistas y un banco con acceso al hotel. Seguramente, el banco tendrá cámaras. Pero no creo que muestren nada que no sea las actividades en el propio banco.

Erlendur se había fijado en el banco y las tiendas de *souvenirs*, fue directamente hacia allí, y vio que acababan de cerrar la sucursal. Buscó y descubrió el objetivo casi invisible de una cámara por encima de la puerta. No había nadie en la oficina. Golpeó el cristal de la puerta con tanta fuerza que lo hizo temblar, pero no hubo respuesta alguna. Finalmente sacó el teléfono y ordenó que le trajeran al director de la sucursal.

Mientras esperaba, Erlendur observó los productos de las tiendas para turistas, que se vendían a precios exorbitantes; platos decorados con imágenes de la catarata de Gullfoss y el Geysir, figuras talladas de Thor, llaveros con pelos de zorro, carteles con las especies de ballenas de las aguas islandesas, chaquetas de piel de foca que costaban lo que ganaba él en un mes. Pensó en comprarse algo como recuerdo de aquella extraña Islandia para los turistas que solo existía en la mente de los extranjeros ricos, pero no encontró nada que fuera lo suficientemente barato.

El director de la sucursal resultó ser directora, una mujer en torno a los cuarenta, que se dirigía a una fiesta navideña y estaba cualquier cosa menos contenta por la molesta interrupción; al principio creyó que habían asaltado el banco. No le habían

dado ninguna explicación cuando dos agentes de policía uniformados llamaron a la puerta de su casa y le pidieron que les acompañara. Dirigió a Erlendur una mirada asesina, ante la entrada de la sucursal, cuando él le explicó que necesitaba acceder a las cámaras de vigilancia. Encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior, y Erlendur pensó que hacía muchos meses que no veía a un auténtico fumador empedernido.

—¿Y no podían esperar hasta mañana? —preguntó con frialdad. Erlendur creyó oír el ruido de carámbanos que se desprendían de ella y se estrellaban contra el suelo, y pensó que preferiría no deberle nunca nada a aquella mujer.

—Eso te matará —dijo Erlendur, señalando el cigarrillo.

—Aún no —repuso ella—. ¿Por qué me has hecho traer hasta aquí a la fuerza?

—Por el asesinato —dijo Erlendur—. El que se cometió en el hotel.

—¿Y? —dijo ella, sin mostrarse afectada por el crimen.

—Intentamos acelerar la investigación. —Intentó sonreír pero no lo consiguió.

—Menuda imbecilidad —dijo la mujer, indicando a Erlendur que la siguiera.

Los dos policías se habían ido, visiblemente felices de librarse de aquella mujer, que se había pasado el camino insultándolos. Fue con él a la entrada del personal del banco, marcó un número de seguridad y le dijo que se diera prisa.

La sucursal era pequeña, y en el despacho de la mujer había cuatro pequeñas pantallas de televisión que estaban conectadas a las cámaras de vigilancia instaladas detrás de las dos ventanillas, en la sala y en la entrada. Encendió las pantallas y le explicó a Erlendur que las cámaras funcionaban durante las veinticuatro horas, y que todo se grababa en cintas de vídeo que se almacenaban durante tres semanas y luego se reutilizaban. Las grabadoras se guardaban en un pequeño sótano situado debajo de las oficinas.

La mujer lo acompañó hasta allí fumándose el tercer cigarrillo, y le indicó las cintas, pulcramente etiquetadas por fechas y posiciones de las cámaras. Las cintas estaban guardadas bajo llave en un armario.

—Cada día viene un vigilante de seguridad del banco —dijo— y se ocupa de todo esto. Yo no tengo ni idea de estos cacharros y te ruego que no andes trasteando con lo que no te afecte directamente.

—Muchas gracias —dijo Erlendur con tono meloso—. Me gustaría empezar con el día en que se cometió el crimen.

—De nada —respondió ella. Tiró al suelo el cigarrillo consumido y lo apagó cuidadosamente con el pie.

Encontró la fecha adecuada en la cinta procedente de la puerta y la puso en un reproductor de vídeo que estaba conectado a un pequeño televisor. Pensó que no necesitaría ver las cintas de las cajas.

La directora de la sucursal miró su reloj de oro.

—Cada cinta corresponde a veinticuatro horas seguidas —suspiró.

—¿Cómo te las arreglas durante el trabajo? —preguntó Erlendur.

—¿Qué quieres decir, cómo me las arreglo?

—Para fumar. ¿Qué haces?

—¿A ti que te importa?

—Nada en absoluto —se apresuró a responder Erlendur.

—¿No puedes llevarte las cintas? —dijo ella—. No puedo quedarme aquí todo el rato. Tenía que haber llegado a un sitio hace mucho tiempo y no pienso quedarme aquí mientras tú te dedicas a mirar las cintas.

—No, claro, tienes razón —dijo Erlendur. Miró las cintas del armario—. Me llevo quince días antes del crimen. Eso hace catorce cintas.

—¿Sabéis quién lo mató?

—Aún no —dijo Erlendur.

—Recuerdo bien a ese hombre —dijo ella—, al portero. Llevo siete años trabajando de directora de esta sucursal —añadió, como para explicarse—. Me parecía muy buena gente.

—¿Hablaste con él últimamente?

—Nunca hablé con él. Ni una palabra.

—¿Tenía cuenta aquí? —preguntó Erlendur.

—No, ninguna. Que yo sepa. Nunca lo vi dentro de la sucursal. ¿Tenía dinero?

Erlendur transportó las catorce casetes a su habitación y pidió que le subieran un reproductor de vídeo y un televisor. Había empezado a ver la primera cinta cuando sonó el móvil. Era Sigurdur Óli.

—Tenemos que inculparlo formalmente o soltarlo —dijo—. Y en realidad no tenemos nada contra él.

—¿Ha protestado?

—No ha dicho ni una palabra.

—¿Ha solicitado un abogado?

—No.

—Incúlpalo por posesión de pornografía infantil.

—¿De pornografía infantil?

—En su habitación tenía cintas de pornografía infantil. Su posesión está prohibida. Tenemos un testigo de que ve esa porquería. Lo detenemos por pornografía infantil y luego ya veremos. No quiero que se escape a Tailandia por el momento. Necesitamos saber si se sostiene la historia de sus andanzas por la ciudad el día en que asesinaron a Gudlaugur. Dejémoslo sudar un poco en la celda y veamos lo que pasa.

Erlendur se pasó casi toda la noche mirando las cintas.

Aprendió a pasarlas deprisa cuando no había nadie ante la cámara. Como era de esperar, la mayor afluencia de tráfico ante la puerta del banco se producía en el periodo entre las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde, y después disminuía considerablemente, más todavía a partir de las seis, cuando cerraban las dos tiendas de *souvenirs*. La entrada del hotel estaba abierta las veinticuatro horas del día y había un cajero automático con algo de movimiento hasta muy entrada la noche.

No apreció nada significativo el día en que hallaron muerto a Gudlaugur. Se veía con bastante claridad a las personas que pasaban por el vestíbulo, pero Erlendur no reconoció a nadie. Cuando pasaba la cinta deprisa, la gente entraba por la puerta como una exhalación y se detenía en el cajero antes de desaparecer de nuevo hacia la calle. Alguno que otro entraba en el hotel. Observó a aquellas personas pero no pudo relacionarlas con Gudlaugur.

Vio que los empleados del hotel utilizaban aquella entrada. Vio al jefe de recepción y al obeso director, y a Ösp a todo correr, y pensó que probablemente se sentiría feliz de marcharse a casa después de su jornada de trabajo. Una vez vio a Gudlaugur pasar por delante de la puerta, y detuvo la cinta. Era tres días antes del crimen. Iba solo y cruzaba con paso lento por delante de la cámara, miraba el interior del banco, giraba la cabeza, miraba hacia las tiendas para turistas y luego desaparecía en el interior del hotel. Erlendur rebobinó y volvió a mirar a Gudlaugur, y así hasta cuatro veces. Le pareció extraño verlo vivo. Detuvo la imagen cuando Gudlaugur miraba hacia el banco y observó el rostro congelado en la pantalla del televisor. Aquel era el niño del coro redivivo. El hombre que mucho tiempo atrás tenía aquella dulce voz infantil llena de dolor. El niño que llevó a Erlendur a revivir sus más tristes recuerdos cuando lo oyó cantar.

Llamaron a la puerta de la habitación, apagó el vídeo y abrió la puerta a Eva Lind.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó, colándose en la habitación por el hueco que dejaba él en la puerta—. ¿Qué vídeos son esos? —dijo al ver los montones de casetes.

—Son del caso —dijo Erlendur.

—¿Has progresado?

—No. Nada en absoluto.

—¿Hablaste con Stína?

—¿Stína?

—Sí, la que te dije. ¡Stína! Me preguntaste por las putas del hotel.

—No, no he hablado con ella. Oye, otra cosa, ¿no conocerás por casualidad a una chica de tu edad que se llama Ösp y que trabaja aquí, en el hotel? Tenéis una actitud ante la vida muy semejante.

—¿Qué quieres decir? —Eva Lind le ofreció un cigarrillo a su padre, le pidió fuego y se acomodó encima de la cama. Erlendur se sentó al escritorio y miró por la

ventana, hacia la noche negra como el carbón. Faltan dos días para la Navidad, pensó. Luego volveremos a ser normales.

—Más bien negativa.

—¿Tan terriblemente negativa me consideras? —dijo Eva Lind.

Erlendur calló. Eva gruñó y dejó escapar el humo por la nariz.

—Pero bueno, ¿es que tú eres acaso la alegría personificada? —dijo.

Erlendur sonrió.

—No conozco a ninguna Ösp —dijo Eva—. ¿Qué tiene que ver con el caso?

—No tiene nada que ver —dijo Erlendur—. O eso creo. Fue quien encontró el cadáver, y parece que sabe algunas cosas sobre lo que sucede en el hotel. Una chica nada tonta. Sabe defenderse y tiene buena labia. Me recuerda un poco a ti.

—No la conozco —dijo Eva. Luego calló y se quedó con la mirada perdida. Él la miró y calló, y así transcurrió el tiempo hasta muy entrada la noche. A veces no tenían nada que decirse. A veces discutían violentamente. No hablaban de lo que no les parecía importante. Nunca hablaban del tiempo o de los precios de las tiendas, ni de política, de deportes, de ropas o de cualquiera de esas cosas con las que la gente pierde el tiempo charlando, y que para ellos eran simple palabrería. Solo ellos dos, su pasado y el presente, la familia que nunca llegó a ser una familia porque Erlendur la abandonó, el drama de Eva y su hermano Sindri, el resentimiento de su madre hacia Erlendur; solo eso les importaba, se convertía en tema de sus conversaciones e impregnaba toda su relación.

—¿Qué quieres como regalo de Navidad? —preguntó finalmente Erlendur, rompiendo el silencio.

—¿Como regalo de Navidad? —dijo Eva.

—Sí.

—No necesito nada.

—Algo necesitarás.

—¿Qué te regalaban a ti en Navidad cuando eras pequeño?

Erlendur hizo memoria. Recordó unos guantes.

—Cosillas —dijo.

—Yo tenía la sensación de que mamá siempre le hacía mejores regalos a Sindri que a mí —dijo Eva Lind—. Luego dejó de hacerme regalos. Decía que los vendía para comprarme droga. Una vez me regaló un anillo y lo vendí. ¿Tu hermano tenía regalos más bonitos que los tuyos?

Erlendur se dio cuenta de que estaba escarbando en su interior. Normalmente entraba directamente en el tema y lo desarmaba con su lucidez. Otras veces, mucho más infrecuentes, parecía como si intentara mostrar delicadeza.

Cuando Eva estaba ingresada en la UCI tras perder a la niña, y en coma profundo, el médico le dijo a Erlendur que debería intentar pasar el mayor tiempo posible junto a ella y hablarle, porque era perfectamente posible que oyera la voz y percibiera su presencia, aunque no estaba nada claro que pudiera entender lo que le decía. Una de

las cosas que le contó Erlendur a Eva en esos días fue la desaparición de su hermano y cómo lo salvaron a él en el páramo. Cuando Eva salió del coma y se fue a vivir a su casa, le preguntó si sabía lo que le había dicho en el hospital, pero ella no recordaba nada. Aquello despertó su curiosidad e insistió hasta que le repitió lo que le había contado en el hospital, que nunca antes le había contado a nadie y que todos ignoraban. Hasta entonces nunca le había hablado de su pasado, y Eva, que era incansable a la hora de llamarle la atención por su responsabilidad, se sintió algo más cerca de él en ese momento, le parecía conocer a su padre un poco mejor, aunque también sabía que le quedaba mucho trecho por recorrer para llegar a comprenderlo. Aún no había obtenido respuesta a la pregunta que la reconcomía todo el tiempo y que motivaba su rencor y su enfado hacia su padre, y que envenenaba su relación más que ninguna otra cosa. Los divorcios eran cosa habitual, lo comprendía perfectamente. Las parejas se separaban a cada rato y algunos divorcios eran peores que otros, hasta el punto de que no volvían a dirigirse la palabra. Eso lo entendía y no tenía nada que objetar. Pero se sentía totalmente incapaz de entender por qué Erlendur se había separado también de sus hijos. Por qué no se ocupó de ellos ni lo más mínimo cuando se marchó. Por qué los tuvo abandonados todo aquel tiempo, hasta que fue Eva quien lo buscó y lo encontró, solo, en un oscuro bloque de viviendas. Había hablado de todo aquello con su padre, que, hasta el momento, no había encontrado las respuestas a sus preguntas.

—¿Regalos más bonitos? —dijo—. Eran siempre los mismos. En realidad, como en el poema: «Al menos, velas y barajas». A veces nos habría gustado que nos regalaran algo más emocionante, pero nuestra familia era pobre. En aquellos tiempos, todos eran pobres.

—¿Y después de la muerte de tu hermano?

Erlendur calló.

—¿Erlendur? —dijo Eva.

—Después de su desaparición no hubo más navidades —dijo Erlendur.

Tras la muerte de su hermano no se celebraron más fiestas en conmemoración del nacimiento del Redentor. Había pasado un mes desde su desaparición y no había alegría en el hogar, ni hubo regalos, ni invitados. En Nochebuena acudían a visitarles los parientes maternos de Erlendur y cantaban villancicos. La casa era pequeña y tenían que apretujarse unos contra otros, y de ellos emanaba calor y luz, pero esas navidades su madre rehusó todas las visitas. Su padre se había sumido en una profunda depresión y se pasaba casi todos los días en la cama. No tomó parte en la búsqueda de su hijo, como si hubiera sabido que todo sería inútil, que había fracasado, y que ni él ni ninguna otra persona podrían cambiar el hecho de que su hijo había muerto. Y que era culpa suya y de nadie más.

Su madre era incansable. Se ocupaba de que Erlendur recibiera las mejores

atenciones. Animaba a los del equipo de búsqueda y participaba ella también. Bajaba del páramo exhausta, cuando ya era noche cerrada y resultaba inútil seguir buscando, y volvía a subir al monte la primera, en cuanto amanecía de nuevo. Cuando empezó a resultar evidente que su niño habría muerto, continuó buscándolo con la misma energía. Solo cuando el invierno estuvo muy avanzado, y la capa de nieve era demasiado profunda y el mal tiempo impedía los desplazamientos, se vio obligada a abandonar. Tendría que aceptar el hecho fatal de que el niño había perecido en el páramo y que haría falta esperar hasta la primavera para encontrar sus restos. Todos los días miraba hacia el páramo, y a veces maldecía: «¡Que los trols devoren a los que se llevaron a mi niño!».

Saber que su hermano estaba muerto en el páramo era una idea insoportable, y Erlendur empezó a verlo en unas pesadillas que le hacían despertar gritando y llorando; lo veía luchar contra las ráfagas de viento gélido, hundido en la nieve, con la espaldita vuelta hacia el viento y la muerte a su lado.

Erlendur no comprendía cómo su padre podía quedarse en casa tan tranquilo mientras los demás agotaban sus fuerzas en la búsqueda. Parecía que el accidente lo había anulado por completo, convirtiéndolo en un despojo inerte, y Erlendur pensó en el poder del dolor, porque su padre era un hombre fuerte y lleno de energía. La pérdida del hijo le fue arrebatando poco a poco la energía vital y jamás consiguió recuperarla del todo.

Más tarde, cuando todo había terminado, se produjo una violenta discusión entre sus padres por primera y única vez, y por esa disputa Erlendur se enteró de que su madre no quería que su padre subiese ese día al páramo, pero él no la escuchó. En ese caso, le había dicho ella, si te empeñas en ir, deja a los niños en casa. No le hizo ningún caso.

Y las navidades nunca volvieron a ser iguales. Con el tiempo, sus padres alcanzaron una especie de reconciliación. Ella no mencionó jamás que él se había obcecado en ir, contra sus deseos. Él jamás mencionó que se le había inflamado el orgullo al oír que le prohibía salir y llevarse a los chicos. El tiempo era perfecto, y pensaba que ella se metía donde no la llamaban. Prefirieron no volver a hablar de lo que sucedió entre ellos antes de la tragedia, como si la quiebra de aquel silencio destruyera lo poco que seguía uniéndolos. Y en ese silencio Erlendur tuvo que hacerle frente a un creciente sentimiento de culpa por haber sido él quien salvara la vida.

—¿Por qué hace tanto frío aquí? —dijo Eva Lind, y se cubrió mejor con el abrigo.

—Es el radiador —dijo Erlendur—. No calienta. Bueno, ¿qué me cuentas?

—Nada. Mamá se ha liado con un tipejo. Lo conoció en un baile para carrozas, de esos con música de acordeón, en Ólver. No te puedes ni imaginar un tío más friqui. Creo que sigue usando brillantina, se peina con tupé y lleva camisas de esas de cuello enorme, y se pone a chasquear los dedos en cuanto oye en la radio alguna de esas

viejas canciones, «Orguloso navega mi barco...».

Erlendur sonrió. Eva no despachaba a nadie tan a gusto como a los hombres que aparecían en la vida de su madre, que parecían ser más horrorosos con cada año que pasaba.

Los dos guardaron silencio.

—Estoy intentando recordar cómo era yo cuando tenía ocho años —dijo Eva de repente—. En realidad, no me acuerdo de nada, excepto de mi cumpleaños. No recuerdo la fiesta, solo el día de mi cumpleaños. Estaba en el patio, delante del bloque de pisos, y sabía que ese día era mi cumpleaños y que tenía ocho años, y por algún motivo, ese recuerdo, que no tiene ninguna importancia, me ha acompañado siempre. Solo eso, que era mi cumpleaños y que tenía ocho años.

Miró a Erlendur.

—Dijiste que tu hermano tenía ocho años cuando murió.

—Los había cumplido ese verano.

—¿Por qué no lo pudieron encontrar nunca?

—No lo sé.

—Pero sigue allí arriba, en el páramo.

—Sí.

—Sus huesos.

—Sí.

—Ocho años de edad.

—Sí.

—¿Fue culpa tuya que muriera?

—Yo tenía diez años.

—Sí, pero...

—No fue culpa de nadie.

—Pero tú debes de haber pensado...

—¿Adónde quieres llegar, Eva? ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué no tuviste ningún contacto con Sindri ni conmigo después de marcharte de casa? —dijo Eva Lind—. ¿Por qué no intentaste estar alguna vez con nosotros?

—Eva...

—No valíamos la pena, ¿es eso?

Erlendur calló y miró por la ventana. Había empezado a nevar otra vez.

—¿Estás relacionando las dos cosas? —dijo por fin.

—Nunca he encontrado una explicación. Se me ocurrió que...

—¿Que tendría algo que ver con mi hermano? ¿Con su desaparición? ¿Quieres relacionar las dos cosas?

—No lo sé —dijo Eva—. No te conozco en absoluto. Hace muy pocos años que te vi por primera vez, y fui yo la que te buscó. Lo de tu hermano es lo único que sé de ti, aparte de que eres un madero. Nunca he podido comprender cómo pudiste

abandonarnos, a Sindri y a mí. A tus hijos.

—Dejé que fuera tu madre quien decidiera. Quizás habría debido ser más tozudo respecto al régimen de visitas, pero...

—No te interesaba mucho —concluyó Eva.

—Eso no es verdad.

—Claro que lo es. ¿Por qué? ¿Por qué no te ocupaste de tus hijos como habrías tenido que hacer?

Erlendur calló y bajó los ojos. Eva apagó su tercer cigarrillo. Luego se puso en pie, fue hacia la puerta y la abrió.

—Stína vendrá a verte al hotel mañana —dijo—. A mediodía. Con sus nuevas tetas no te pasará desapercibida.

—Gracias por hablar con ella.

—De nada —dijo Eva.

Se quedó dudando en la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó Erlendur.

—No lo sé.

—No, me refiero al regalo de Navidad. Eva miró a su padre.

—Querría recuperar a mi hija —dijo, y cerró la puerta sin hacer ruido.

Erlendur dejó escapar un profundo suspiro y estuvo un buen rato sentado, quieto, en el borde de la cama, hasta que se puso de nuevo a ver los vídeos. Seres humanos atendiendo sus asuntos antes de Navidad atravesaban la pantalla como rayos, muchos de ellos con bolsas y paquetes de compras navideñas.

Había llegado al quinto día antes del asesinato de Gudlaugur cuando la vio. Al principio le pasó desapercibida, pero en algún lugar de su conciencia se encendió una chispa y detuvo la cinta, rebobinó y regresó a la imagen. No había sido el rostro lo que llamó la atención de Erlendur, sino su porte, su forma de andar y su arrogancia. Apretó de nuevo el *play* y la vio, ahora con más claridad, entrar en el hotel. Volvió a avanzar deprisa. Al cabo de una media hora la mujer volvió a aparecer en la pantalla, saliendo del hotel con paso apresurado, por delante del banco, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Se levantó de la cama y se quedó mirando fijamente la pantalla.

Era la hermana de Gudlaugur.

Que no había visto a su hermano menor desde hacía más de diez años.

QUINTO DIA

El ruido despertó a Erlendur en plena mañana. Le costaba despertarse después de una noche casi sin dormir, y al principio no entendía el terrible estruendo que resonaba en la pequeña habitación. Se había pasado casi toda la noche despierto, mirando los vídeos uno tras otro, pero no encontró a la hermana de Gudlaugur más que aquel único día. No podía ni imaginarse que su presencia en el hotel fuese fruto de la casualidad, y que estuviera allí por otro motivo que no fuera ir a ver a su hermano, a quien dijo no haber visto durante muchos años.

Erlendur había descubierto una mentira y sabía que en una investigación policial no hay nada más valioso que descubrir una mentira.

El ruido no cesaba, y poco a poco Erlendur se fue dando cuenta de que procedía del teléfono. Descolgó y oyó la voz del director del hotel.

—Tienes que bajar a la cocina —dijo el director del hotel—. Aquí hay un hombre con el que deberías hablar.

—¿De quién se trata? —preguntó.

—De un chico que se marchó a su casa enfermo el día en que encontramos a Gudlaugur —dijo el director—. Deberías bajar.

Erlendur se levantó de la cama. Aún estaba vestido. Fue al baño, se miró en el espejo y vio que tenía una barba de varios días; se pasó la mano por la cara y sonó como si pasara un papel de lija por un trozo de madera. La barba era espesa y enmarañada, como la de su padre.

Antes de bajar llamó a Sigurdur Óli y le pidió que fuera con Elínborg a Hafnarfjörður y condujeran a la hermana de Gudlaugur a la comisaría de Hverfisgata para interrogarla. Él se reuniría con ellos más tarde. No explicó por qué quería hablar con ella. No quería que se les escapara decirle algo. Quería ver la expresión de su cara cuando descubriera que sabía que le había mentado.

Cuando Erlendur llegó a la cocina, vio al director del hotel junto a un individuo muy flaco, de unos treinta años. Erlendur se preguntó si su delgado aspecto sería un efecto causado por el contraste: todos los que estaban al lado del director parecían tener un aspecto famélico.

—Aquí estás —dijo el director—. Parece como si me hubiera puesto yo a dirigir esa investigación tuya, a buscar testigos y demás.

Miró a su empleado.

—Dile lo que sabes.

El hombre empezó a hablar. Se mostró bastante preciso en su relato y explicó que había empezado a sentir malestar hacia el mediodía del día en que encontraron a Gudlaugur. Acabó vomitando y apenas le dio tiempo de llegar al cubo de basura de la cocina.

El hombre miró avergonzado al director del hotel.

Le autorizaron a marcharse a casa, y se metió en la cama con una gripe horrible,

fiebre y dolor de huesos. Vivía solo y no se enteró de las noticias, y por eso no había hablado con nadie sobre lo que sabía hasta esa mañana, cuando volvió al trabajo y se enteró de la muerte de Gudlaugur. Se llevó una fuerte impresión al oír lo que había sucedido, aunque no conocía mucho al difunto, «solo llevo como un año trabajando aquí», aunque había hablado con él alguna vez e incluso había bajado a su cuartucho y...

—Venga, venga —dijo el director, impaciente—. Eso no nos interesa, Denni. Continúa.

—Antes de irme a casa esa mañana, Gulli vino a la cocina y me pidió que le prestara un cuchillo.

—¿Te pidió prestado un cuchillo de la cocina? —dijo Erlendur.

—Sí. Al principio quería unas tijeras, pero como no las encontré le di un cuchillo.

—¿Para qué necesitaba unas tijeras o un cuchillo? ¿Te lo dijo?

—Era algo relacionado con el traje de Papá Noel.

—¿Con el traje de Papá Noel?

—No me lo explicó, unas costuras que tenía que abrir.

—¿Devolvió el cuchillo?

—No mientras yo estaba aquí, pero a mediodía me marché a casa y no sé nada más.

—¿Qué clase de cuchillo era?

—Dijo que tenía que ser afilado —respondió Denni.

—Era del mismo tipo que este —dijo el director. Metió la mano en un cajón y sacó un pequeño cuchillo de carne con mango de madera y hoja finamente dentada—. Estos son los cuchillos que ponemos en las mesas para los clientes que piden nuestros grandes solomillos. ¿Los has probado? Son exquisitos. Estos cuchillos los cortan como si fueran mantequilla.

Erlendur cogió el cuchillo y lo examinó por si acaso el mismo Gudlaugur había proporcionado al asesino el arma que causó su muerte. Consideró el pretexto de las costuras del traje de Papá Noel. Si Gudlaugur esperaba a alguien en su habitación y quería tener el cuchillo a mano; ¿o estaría el cuchillo en la mesa del cuarto porque tenía que usarlo para algo del traje y el ataque fue repentino, sin premeditación y llevado a cabo por alguien que estuviera en la habitación?

En ese caso, el agresor habría llegado desarmado a ver a Gudlaugur; no habría ido con la intención de matarlo.

—Necesito el cuchillo —dijo—. Tenemos que comprobar si el tamaño y el tipo de la hoja corresponden a las heridas. ¿Algún problema?

El director del hotel asintió.

—¿Entonces no es el inglés? —dijo—. ¿Hay algún otro sospechoso?

—Quisiera hablar un momento con Denni —dijo Erlendur, sin responder a sus preguntas.

El director del hotel volvió a asentir con la cabeza y se quedó inmóvil, pero

enseguida se dio cuenta de la situación y miró molesto a Erlendur. Estaba acostumbrado a que todo girase en torno a él, y al principio no comprendió las intenciones de Erlendur. Cuando por fin se le encendió la bombilla, dijo que tenía un asunto urgente que resolver en el despacho y desapareció. Denni pareció respirar aliviado una vez que su superior dejó de estar presente, pero el alivio no duró mucho.

—¿Bajaste al sótano y lo apuñalaste hasta matarlo? —preguntó Erlendur.

Denni lo miró como si estuviera ya condenado.

—No —dijo vacilante, como si no estuviese del todo seguro de su inocencia.

La siguiente pregunta hizo aumentar aún más su inseguridad.

—¿Mascas tabaco? —preguntó Erlendur.

—No —dijo—. ¿Tabaco de mascar? ¿Qué...?

—¿Ya te han tomado la muestra de saliva?

—¿Qué?

—¿Usas preservativo?

—¿Preservativo? —dijo Denni sin entender nada de todo aquello.

—¿No tienes novia?

—¿Novia?

—¿Y tienes que evitar que se quede embarazada?

—No tengo novia —dijo, y Erlendur tuvo la sensación de que lo lamentaba—.

¿Por qué me preguntas todas esas cosas?

—No te preocupes —dijo Erlendur—. Conocías a Gudlaugur. ¿Qué clase de persona era?

—Era un buen tipo.

Denni le dijo a Erlendur que Gudlaugur se encontraba a gusto en el hotel y no se quería marchar, y que le había fastidiado mucho que le dijeran que tenía que irse. Disfrutaba de todos los servicios del hotel y era el único empleado que trabajaba allí desde hacía tantos años. Comía en el hotel por muy poco dinero, su ropa se lavaba con la del hotel y no pagaba ni una corona por vivir en la habitación. El despido había sido un golpe para él, pero dijo que podría arreglárselas económicamente y que ni siquiera necesitaría seguir trabajando.

—¿A qué se refería? —preguntó Erlendur.

Denni se encogió de hombros.

—No lo sé. A veces era muy misterioso. Decía cosas incomprensibles.

—¿Como qué?

—No sé, algo sobre música. A veces, cuando bebía. Pero generalmente era de lo más normal.

—¿Bebía mucho?

—No, qué va. A veces, los fines de semana. Nunca faltaba al trabajo. Nunca. Estaba orgulloso de ello, aunque quizás este no sea un trabajo demasiado importante. Portero y demás.

—¿Qué te dijo de la música?

—Le encantaba la buena música. No recuerdo exactamente lo que dijo.

—¿Por qué crees que te dijo que no necesitaría seguir trabajando?

—Era como si tuviera dinero. No tenía gastos y podía ahorrarlo todo. Creo que se refería a eso. A que había ahorrado suficiente dinero.

Erlendur recordó haberle pedido a Sigurdur Óli que comprobara las cuentas corrientes de Gudlaugur, y decidió que insistiría en ello. Se despidió de Denni, dejándolo en la cocina atónito, pensando en tabaco de mascar, preservativos y novias, y pasó por el vestíbulo, donde vio a una mujer joven que mantenía una ruidosa discusión con el jefe de recepción. Parecía que el recepcionista quería echarla del hotel, y ella se negaba a irse. Pensó que podía tratarse de la mujer que pescó al jefe de recepción aquella inolvidable noche, y ya se alejaba cuando la joven se quedó mirándolo fijamente.

—¿Eres tú el madero? —preguntó en voz bien alta.

—¡Lárgate de una vez! —exclamó el recepcionista jefe, mucho más furioso de lo normal.

—Eva Lind te había descrito exactamente así —dijo la joven, mirando a Erlendur de arriba abajo—. Me llamo Stína. Me dijo que viniera a hablar contigo.

Se sentaron en el bar. Erlendur pidió café para los dos. Intentó no fijarse mucho en sus pechos pero no había forma. Nunca había visto unos pechos tan grandes en un cuerpo tan delgado y delicado. Iba vestida con un abrigo beis hasta los pies, con cuello de piel, y cuando lo dejó sobre una silla al lado de la mesa apareció un jersey rojo ceñidísimo que apenas llegaba a cubrirle el estómago y unos pantalones negros, de perneras anchas, que dejaban al aire la raja del trasero. Iba muy maquillada, con una espesa capa de pintura de labios oscura, y al sonreír dejaba ver unos dientes preciosos.

—Trescientos mil —dijo, pasándose la mano con cuidado bajo el pecho derecho, como si le picara—. ¿Estabas admirando mis pechos?

—¿Tienes algún problema?

—Son los puntos —dijo con una mueca—. No puedo rascarme mucho. Tengo que aguantarme.

—¿Qué...?

—Silicona nueva —le interrumpió Stína—. Me sometí a la operación hace tres días.

Erlendur hacía lo posible por no quedarse mirando sus pechos nuevos.

—¿De qué conoces a Eva Lind? —preguntó.

—Me avisó de que me lo preguntarías, y me encargó decirte que preferirías no saberlo. Tiene razón. *Trust me*. También me dijo que me ayudarías en un asuntillo y que yo podría ayudarte a ti, ¿entiendes?

—No —dijo Erlendur—. No sé a qué te refieres.

—Eva dijo que lo entenderías.

—Eva te mintió. ¿De qué me estás hablando? Un asuntillo, ¿qué asuntillo? Stína suspiró.

—Pillaron a un amigo mío en Keflavík con marihuana. No mucha, pero suficiente para que lo metan tres años en la cárcel de Litla-Hraun. Las condenas son como si se tratara de un asesinato. Por una pizca de maría. ¡Y unas pastillas, vale! Dice que le van a caer tres años. ¡Tres años! A los violadores de niños les echan tres meses, con libertad condicional. ¡Walkers de mierda!

Erlendur no comprendió esa palabra, ni tampoco cómo podría ayudarla. Era como una niña que no se diera cuenta de lo grande y complicado y difícil de comprender que es el mundo.

—¿Lo detuvieron en el aeropuerto Leifur Eiríksson?

—Sí.

—No puedo hacer nada —dijo Erlendur—. Y tampoco lo haría aunque pudiera. No andas en buenas compañías. Tráfico de drogas y prostitución. ¿Por qué no un simple trabajito en alguna oficina?

—Inténtalo, por favor —dijo Stína—. Intenta hablar con alguien. ¡No le pueden caer tres años!

—Para dejar las cosas bien claras —dijo Erlendur—. ¿Eres prostituta?

—Hay prostitutas y prostitutas —dijo Stína sacando un cigarrillo de un bolsito negro que llevaba colgado al hombro—. Bailo en el Club Greifmn. —Se inclinó hacia adelante y le susurró a Erlendur, como si estuvieran compartiendo un secreto—: Pero lo otro da mucho más dinero.

—¿Y has estado con clientes aquí, en el hotel?

—Sí, con la tira de ellos —respondió Stína.

—¿Así que has trabajado en este hotel?

—Yo nunca he trabajado aquí.

—Me refiero a si has pillado a los clientes aquí, o si te los traías desde el centro de la ciudad.

—Bueno, hacía lo que me parecía mejor. Me dejaban estar aquí, pero luego el Gordo me echó.

—¿Por qué?

Stína volvió a sentir picor debajo del pecho y se rascó con cuidado. Hizo una mueca e intentó sonreír a Erlendur, pero saltaba a la vista que no se encontraba muy a gusto.

—Una chica que conozco se hizo esta operación y le salió mal —dijo—. Sus pechos parecen bolsas de plástico vacías.

—¿Realmente necesitas tanto pecho? —Erlendur no pudo reprimir la pregunta.

—¿No te parece bonito? —dijo, echándolos hacia adelante, aunque a la vez hizo una mueca—. Los puntos me están matando —dijo en un gemido.

—Sí, sí, son... enormes —dijo Erlendur.

—Y completamente nuevecitos —dijo Stína orgullosa.

Erlendur vio al director del hotel entrar en el bar acompañado por el jefe de recepción. Se acercaba trotando hacia ellos con toda su autoridad. Miró a su alrededor, vio que no había nadie en el bar, y le gritó a Stína cuando llegó a pocos metros de distancia.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, muchacha! ¡Ahora mismo! ¡Largo de aquí!

Stína miró a su espalda y luego a Erlendur, y puso cara de fastidio.

—*Christ* —exclamó.

—¡No queremos putas como tú en el hotel! —vociferó el director. La agarró como si pretendiera echarla a empujones.

—Déjame en paz —dijo Stína, levantándose—. Estoy hablando con este señor.

—¡Cuidado con los pechos! —gritó Erlendur, que no supo qué otra cosa decir. El director del hotel lo miró extrañado—. Son nuevos —añadió como aclaración.

Se interpuso entre ellos intentando apartar al director, pero sin mucho éxito. Stína intentaba proteger sus pechos lo mejor posible mientras el jefe de recepción contemplaba el espectáculo a cierta distancia. Finalmente acudió en ayuda de Erlendur y entre los dos lograron apartar al director de Stína, furioso a más no poder.

—¡Todo lo que... esa mujer... diga sobre... mí es... mentira absoluta! —jadeó el director. El esfuerzo le había dejado casi exhausto. Tenía el rostro bañado en sudor y estaba totalmente agotado por la pelea.

—No me ha dicho nada sobre ti —dijo Erlendur para tranquilizarlo.

—Exijo... que... se vaya de... aquí. —El director se derrumbó sobre una silla, sacó un pañuelo y empezó a secarse el rostro.

—Tranquilo, Gordo —dijo Stína—. Es el *pimp*, ¿lo sabías?

—¿El *pimp*?. —Erlendur no captó el significado de inmediato.

—Se saca una buena tajada de las chicas que trabajan en el hotel —dijo Stína.

—¿Tajada? —dijo Erlendur.

—¡Una buena tajada! ¡Un tanto por ciento! Se saca una pasta.

—¡Eso es mentira! —aulló el director—. ¡Fuera de aquí, puta del demonio!

—Él y el *maître* querían quedarse más del cincuenta por ciento —dijo Stína, rascándose con cuidado los pechos—, y cuando me negué me dijo que me largara y no volviera nunca más por aquí.

—¡Eso es mentira! —exclamó el director, que se había tranquilizado un poco—. Siempre he echado de aquí a esta clase de mujeres, y también a ella. No queremos putas en este hotel.

—¿El *maître*?. —dijo Erlendur, y evocó su figura escuálida y su bigotito. Recordó que se llamaba Rósant.

—¡Que nos echa, dice! —gruñó Stína, que se volvió hacia Erlendur—. Si es él quien nos avisa. Cuando sabe si hay clientes disponibles o con dinero, nos llama y nos instala en el bar. Dice que eso aumenta la fama del hotel. Son congresistas y tipos así. Extranjeros. Tíos solos. Cuando hay congresos grandes, nos llama.

—¿Sois muchas? —preguntó Erlendur.

—Somos unas cuantas las que estamos en el servicio de señoritas de compañía —dijo Stína—. De alto *standing*.

Parecía que Stína estaba más orgullosa de su oficio de puta que de cualquier otra cosa, excepto quizá de sus nuevos pechos.

—No están en ningún servicio de señoritas de compañía de mierda —dijo el director del hotel, que ya había vuelto a respirar con normalidad—. Rondan por el hotel, intentan cazar clientes y subir con ellos a las habitaciones, y es mentira eso de que soy yo quien las llama. ¡Maldita puta de los cojones!

Erlendur pensó que no era aconsejable continuar aquella conversación con Stína en el bar, y dijo que necesitaba utilizar el despacho del jefe de recepción un momento, o tendrían que ir todos a comisaría y continuar allí. El director suspiró pesadamente y dirigió una mirada de furia a Stína. Erlendur salió con ella del bar y entró en el despacho. El director del hotel se quedó solo. Parecía como si hubiese perdido todo el aire, y cuando el recepcionista acudió en su auxilio, lo apartó de un manotazo.

—¡Está mintiendo, Erlendur! —les gritó—. ¡Todo lo que dice es mentira!

Erlendur se sentó a la mesa del jefe de recepción y Stína se quedó en pie encendiéndose un cigarrillo. Le daba igual que fumar estuviera prohibido en todo el hotel, excepto, quizá, en el bar.

—¿Conocías al portero del hotel? —preguntó Erlendur—. Gudlaugur.

—Era un tío de lo más *nice*. Era él quien cobraba las tajadas del Gordo. Y luego lo mataron.

—Era...

—¿Crees que el Gordo fue quien lo mató? —lo interrumpió Stína—. Es el tío más *creepy* que conozco. ¿Sabes por qué no me gusta seguir viniendo a este asqueroso hotel suyo?

—No.

—Porque no solo quería cobrarnos la tajada a las chicas, sino también, ya sabes...

—¿Qué?

—Que le hiciéramos ciertos servicios. Servicios personales. Ya sabes...

—¿Y qué?

—Yo me negué. Me negué de plano. Los churretones de sudor de esa bestia. Es asqueroso. Pudo ser él quien matara a Gudlaugur. Le creo capaz de hacerlo. Seguramente se sentó encima de él.

—¿Pero cómo era tu relación con Gudlaugur? ¿Le hiciste algún servicio?

—Qué va. No le interesaba lo más mínimo.

—Yo creo que te equivocas —dijo Erlendur, recordando el cadáver de Gudlaugur en su cuchitril con los pantalones bajados—. Me temo que no carecía totalmente de interés por esas cosas.

—Pues por mí no demostró nunca ningún interés —dijo Stína, rascándose con

cuidado debajo del pecho—. Ni por las demás chicas.

—¿El jefe de camareros está metido en esto?

—¿Rósant? Sí.

—¿Y qué hay del jefe de recepción?

—Él no quiere que estemos por aquí. Él no quiere prostitución, pero son los otros dos los que mandan. El jefe de recepción quería echar a Rósant, pero el Gordo gana demasiado con él.

—Dime otra cosa. ¿Masticas tabaco? Ese que viene en unas bolsitas parecidas a las de té. La gente se lo pone debajo de los labios. Junto a la encía.

—Ay, no, ¿estás loco? No quiero estropearme los dientes.

—¿Y conoces a alguien que lo consuma?

—No.

Callaron hasta que Erlendur no pudo refrenar su lado moralista. Tenía a Eva Lind en la cabeza. Cómo había acabado metida en la droga y en la prostitución, para pagársela, aunque seguramente no lo habría hecho en los hoteles caros de la ciudad. Pensó en el terrible destino de las mujeres que venden su alegría a cualquier tipejo, en cualquier sitio, en cualquier momento.

—¿Por qué te dedicas a esto? —preguntó, intentando que su voz no sonara a acusación—. ¿Silicona en los pechos? ¿Acostarte con congresistas en habitaciones de hotel? ¿Por qué?

—Eva Lind también me avisó de que me lo preguntarías. No intentes comprenderlo —dijo Stína, apagando el cigarrillo en el suelo—. Ni lo intentes.

La joven miró casualmente por la puerta abierta del despacho, hacia el vestíbulo. En ese instante pasó Ösp.

—¿Ösp sigue trabajando aquí?

—¿Ösp? ¿La conoces? —El móvil de Erlendur empezó a sonar en el bolsillo.

—Creía que lo había dejado. Hablé con ella algunas veces cuando andaba por aquí.

—¿De qué la conoces?

—Bueno, estábamos juntas en...

—¿Andaba ella también metida en la prostitución? —Erlendur cogió el teléfono y se dispuso a contestar.

—No —dijo Stína—. Ella no es como su hermanito.

—¿Su hermanito? —dijo Erlendur—. ¿Tiene un hermano?

—Él es más puta que yo.

Erlendur se quedó mirando a Stína mientras intentaba comprender lo que acababa de decir sobre el hermano de Ösp. Stína se movía inquieta delante de él.

—Venga —dijo—. ¿Pasa algo? ¿No piensas contestar al teléfono?

—¿Por qué creías que Ösp lo había dejado?

—Jo, es un curro horrible.

Erlendur respondió al móvil pensando en otra cosa.

—Ya era hora —dijo Elínborg al teléfono.

Ella y Sigurdur Óli habían ido a Hafnarfjörður con intención de llevarse a la hermana de Gudlaugur, para interrogarla, a la comisaría de Reikiavik, pero se negó a acompañarles. Pidió explicaciones y no quisieron dárselas, y al final dijo que no podía dejar solo a su padre, que estaba en silla de ruedas. Se ofrecieron a buscar a una persona para que se quedara con él, y le dijeron que podía llamar a un abogado para que asistiera al interrogatorio, pero daba la impresión de que no se daba cuenta de la seriedad del caso. Se negó rotundamente a ir a la comisaría, y Elínborg le propuso un arreglo, muy en contra de los deseos de Sigurdur Óli. La llevarían al hotel a ver a Erlendur y una vez él hablara con ella, decidirían qué hacer a continuación. Se lo tuvo que pensar. Sigurdur Óli estaba a punto de perder la paciencia y estaba a punto de llevársela por la fuerza, cuando ella dijo que aceptaba la proposición. Llamó a una vecina, que acudió al instante, evidentemente acostumbrada ya a ocuparse del anciano cuando era necesario. Pero a continuación, la mujer volvió a negarse a ir, y Sigurdur Óli se puso de muy mal humor.

—Ahora la lleva camino del hotel —dijo Elínborg en el teléfono—. Por él, la habría metido directamente en el calabozo. La mujer nos preguntó no sé cuántas veces por qué queríamos hablar con ella, y no nos creyó cuando le dijimos que lo ignorábamos. ¿Y por qué quieres hablar con ella, en realidad?

—Vino al hotel unos días antes del asesinato de su hermano, pero nos había dicho que no se habían visto desde hacía decenios. Quiero saber por qué no nos lo contó, por qué nos está mintiendo. Ver la expresión de su cara.

—Seguramente estará cabreada —dijo Elínborg—. Sigurdur Óli no estaba demasiado contento con su forma de comportarse.

—¿Qué pasó?

—Él te lo contará.

Erlendur apagó el móvil.

—¿Qué quieres decir con lo de que el hermano de Ösp es más puta que tú? —le preguntó a Stína, que miraba su bolsito dudando si encender o no otro cigarrillo—. ¿Qué quisiste decir?

—¿Cómo?

—El hermano de Ösp. Dijiste que él era más puta que tú.

—Pregúntaselo a ella —dijo Stína.

—Lo haré, pero lo que quiero decir es, que... ¿es su hermano pequeño, me dijiste?

—Sí, y es bi.

—¿Bi? ¿Quieres decir...?

—Bisexual.

—¿Y también se vende, como tú?

—Más bien sí. Es yonqui. Siempre tienen detrás a alguien que les quiere pegar porque le deben dinero.

—¿Y qué hay de Ösp? ¿De qué la conoces?

—Fuimos juntas al colegio. Y él también. Es solo un año menor que ella. Nosotras dos tenemos la misma edad. Íbamos a la misma clase. Ella no anda demasiado bien de la cabeza —Stína se tocó la cabeza con un dedo—. No tiene nada aquí dentro —añadió—. Lo dejó después de los exámenes comunes. Cateó en todos. Yo los saqué todos. Acabé el bachillerato.

Stína sonrió de oreja a oreja.

Erlendur la observó.

—Sé que eres amiga de mi hija y me has ayudado bastante —dijo—, pero no deberías compararte con Ösp. Para empezar, a ella no le pican los puntos.

Stína lo miró y sonrió con media sonrisa, salió en silencio del despacho y cruzó el vestíbulo. En el camino se echó por encima el abrigo con cuello de piel, pero en sus movimientos no había ya la seguridad de antes. Se cruzó con Sigurdur Óli y la hermana de Gudlaugur, que entraban en ese momento por la puerta, y Erlendur vio que los ojos de Sigurdur Óli se quedaron clavados en los pechos de Stína. Pensó que probablemente la chica había empleado bien su dinero, a fin de cuentas.

El director del hotel estaba allí delante, como si se hubiera quedado a esperar el fin de la conversación de Stína con Erlendur. Ösp estaba al lado del ascensor, mirando a Stína salir del hotel. Su expresión delataba que la conocía. Cuando Stína pasó por delante del jefe de recepción, que estaba tras el mostrador, este levantó la vista y la vio desaparecer por la puerta. Miró al director, que se puso en marcha con dificultad en dirección a la cocina, mientras Ösp desaparecía en el ascensor, que se cerró tras ella.

—¿A qué viene esta estupidez, me lo dices de una vez? —oyó Erlendur que decía la hermana de Gudlaugur al acercarse hacia él—. ¿Qué significa eso de tratarme con semejante rudeza y falta de respeto?

—¿Rudeza y falta de respeto? —dijo Erlendur con voz de asombro—. No hay nada de eso, que yo sepa.

—Este hombre —dijo la hermana, que obviamente ignoraba el nombre de Sigurdur Óli—, este hombre se ha comportado conmigo con extremada rudeza, y exijo que me pida disculpas.

—Ni lo pienses —dijo Sigurdur Óli.

—Me empujó y me sacó de mi casa como si fuera una delincuente cualquiera.

—Le puse las esposas —dijo Sigurdur Óli—. Y no pienso pedirle disculpas. Que se vaya olvidando. Me llamó de todo, y también a Elínborg, y opuso resistencia. Yo quería meterla en el calabozo. Ha obstaculizado la labor de la policía.

La hermana miró a Erlendur y calló. Él sabía que la mujer se llamaba Stefanía e intentó imaginar cómo la llamarían de pequeña.

—No estoy acostumbrada a que se me trate de semejante modo —dijo al fin.

—Llévala a comisaría —dijo Erlendur a Sigurdur Óli—. Métela en la celda, al lado de la de Henry Wapshott. La interrogaremos mañana —miró a la hermana—. O pasado.

—No puedes hacer eso —dijo Stefanía, y Erlendur vio que estaba tremendamente trastornada—. No tienes ningún motivo para tratarme de este modo. ¿Por qué crees que me puedes meter en la cárcel? ¿Qué he hecho yo?

—Has mentido —dijo Erlendur—. Adiós. Luego hablamos —le dijo a Sigurdur Óli.

Se dio la vuelta y se dirigió en la misma dirección que había seguido el director del hotel. Sigurdur Óli cogió del brazo a Stefanía para llevársela, pero la mujer se mantuvo quieta y en silencio, viendo alejarse a Erlendur.

—¡Está bien, de acuerdo! —le gritó. Intentó soltarse de Sigurdur Óli—. ¡Esto no es necesario! —continuó—. ¡Podemos sentarnos y hablar como personas civilizadas!

Erlendur se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Hablar de qué?

—De mi hermano —dijo—. Hablaremos de mi hermano, si eso es lo que quieres. Pero no sé qué vas a ganar con eso.

Se sentaron en el cuartucho de Gudlaugur. Ella dijo que prefería ir allí. Cuando Erlendur le preguntó si había estado antes en aquel lugar, respondió que no. Cuando le preguntó si había visto a su hermano alguna vez en todos aquellos años, repitió lo que había dicho la vez anterior, que no había tenido relación alguna con su hermano. Erlendur estaba convencido de que estaba mintiendo. Que el asunto que la llevó al hotel cinco días antes del asesinato de Gudlaugur tenía que ver con él de un modo u otro, y que se trataba de una mera casualidad.

Ella miró el póster de Shirley Temple en el papel de *La pequeña princesa*, sin hacer gesto alguno y sin decir ni una palabra. Abrió el armario y contempló el uniforme de portero. Finalmente se sentó en la única silla del cuarto y Erlendur se quedó en pie junto al armario. Sigurdur Óli tenía citas en Hafnarfjörður con otros compañeros de escuela de Gudlaugur y se marchó en cuanto bajaron al sótano.

—Aquí murió —dijo la hermana. En su voz no había ni un asomo de dolor, y Erlendur trató de comprender, igual que la primera vez, por qué aquella mujer parecía no albergar sentimiento alguno hacia su hermano.

—Apuñalado en el corazón —dijo Erlendur—. Probablemente con un cuchillo de

la cocina —añadió. Aún había sangre en la cama.

—Qué sitio tan miserable —dijo ella mirando a su alrededor—. Y que viviera aquí todos estos años. ¿En qué estaría pensando?

—Yo esperaba que tú pudieras ayudarme a entenderlo.

Ella lo miró en silencio.

—Yo no lo sé —prosiguió Erlendur—. Parece que se contentaba con esto. Otros son incapaces de vivir si no disponen de quinientos metros cuadrados. Tengo entendido que aprovechaba el hecho de vivir en el hotel. Disponía de toda una serie de ventajas.

—¿Ya habéis encontrado el arma del crimen? —preguntó.

—No, pero quizás algo que se le parece —dijo Erlendur. Calló entonces para esperar a que ella dijera alguna cosa, pero no lo hizo, y transcurrió un buen rato hasta que rompió el silencio.

—¿Por qué dices que te estoy mintiendo?

—No sé cuánto hay de mentira, pero sé que no me estás diciendo todo lo que sabes. No me estás diciendo la verdad. Y sobre todo, desde luego, es que no me estás diciendo nada. Además, me asombra tu reacción y la de tu padre ante la muerte de Gudlaugur. Es como si no os afectara ni lo más mínimo.

Ella se quedó un buen rato mirando a Erlendur, y luego pareció que tomaba una decisión.

—Nos llevábamos tres años —dijo de repente—, y aunque yo era muy pequeña, recuerdo cuando lo trajeron a casa. Uno de mis primeros recuerdos en la vida, supongo. Fue la niña de los ojos de mi padre desde el primer día. Siempre jugaba mucho con él, y creo que ya desde el principio tenía puestas en él grandes esperanzas. No fue algo que se produjera más tarde y por casualidad, como tal vez hubiera debido ser, sino que nuestro padre siempre tuvo grandes proyectos para cuando Gudlaugur creciera.

—¿Y tú? —preguntó Erlendur—. ¿No veía en ti ningún talento?

—Siempre fue bueno conmigo, pero adoraba a Gudlaugur.

—Y lo presionó hasta que acabó rompiéndose.

—Simplificas demasiado las cosas —repuso ella—. Y las cosas no son casi nunca tan simples, y yo pensaba que una persona como tú, un policía, sería capaz de entenderlo.

—Me parece que no estamos hablando de mí —dijo Erlendur.

—No —dijo ella—. Claro que no.

—¿Cómo acabó Gudlaugur en este cuchitril, como un desarraigado? ¿Por qué mostráis tanto odio hacia él? Puedo llegar a comprender la postura de tu padre, si perdió la salud por su culpa, pero no comprendo por qué mantienes tú una actitud tan dura hacia él.

—¿Qué perdió la salud? —dijo ella, mirando atónita a Erlendur.

—Cuando le empujó escaleras abajo —dijo Erlendur—. He oído contar esa

historia.

—¿A quién?

—Eso no importa. ¿Es cierta la historia? ¿Dejó inválido a tu padre?

—Creo que eso no es asunto tuyo.

—Desde luego que no —dijo Erlendur—. A menos que tenga relación con la investigación. Entonces me temo que será cosa de otras personas, además de vosotros.

Stefanía calló y miró la sangre de la cama, y Erlendur se quedó pensando por qué habría querido hablar con él en el cuartucho donde fue asesinado su hermano. Consideró la posibilidad de preguntárselo, pero no lo hizo.

—No puede haber sido siempre así —dijo, en vez de hacerle la pregunta—. Subiste al escenario a ayudar a tu hermano en el Cine Municipal cuando perdió la voz. Hubo un tiempo en que erais amigos. Hubo un tiempo en que él era tu hermano.

—¿Cómo sabes lo que sucedió en el Cine Municipal? ¿Cómo has averiguado todo eso? ¿Con quién has hablado?

—Estamos recopilando información. En Hafnarfjörður hay personas que se acuerdan perfectamente. En aquellos tiempos, tu hermano no te era totalmente indiferente. Cuando erais niños.

Stefanía calló.

—Aquello fue un suplicio —dijo—. Un suplicio espantoso.

El día en que iba a cantar en el Cine Municipal se respiraban en su casa de Hafnarfjörður, desde primera hora, la expectación y la tensión. Ella se despertó temprano y preparó el desayuno pensando en su madre, y se dio cuenta de que había pasado a desempeñar su papel en el hogar y que se sentía orgullosa de ello. Su padre se hacía lenguas de lo trabajadora que era, al cuidar de ellos dos después de la muerte de su madre. Lo adulta y responsable que era en todo lo que hacía. Pero, aparte de eso, nunca le hablaba. No se preocupaba por ella. Nunca lo había hecho.

Echaba de menos a su madre. Una de las últimas cosas que le dijo cuando estaba ingresada en el hospital fue que ahora le correspondía a ella ocuparse de su padre y su hermano. No podía decepcionarlos. Prométemelo —dijo su madre—. No siempre será fácil. Tu padre es muy cabezota y muy estricto, y no sé si Gudlaugur podrá soportar su forma de ser. Si llegara el momento, tú tienes que ponerte del lado de Gudlaugur, prométeme eso también, dijo su madre, y ella le dijo que sí con la cabeza y se lo prometió. Y se cogieron las manos hasta que su madre se quedó dormida, y ella le acarició el cabello y la besó en la frente.

Dos días más tarde estaba muerta.

«Dejemos a Gudlaugur dormir un poco más», dijo su padre cuando bajó a la cocina. «Es un día muy importante para él».

Un día muy importante para él.

Ella no recordaba que hubiera habido nunca un día muy importante para ella. Todo giraba en torno a él. Su canto. Sus grabaciones. Los dos discos que se habían editado. El anunciado viaje a los países nórdicos. Los conciertos en Hafnarfjörður. El recital de esa tarde en el Cine Municipal. Su voz. Sus ejercicios de canto, durante los cuales ella tenía que marcharse de casa para no molestar en el salón, donde estaba el piano que tocaba su padre mientras le prodigaba consejos al niño, le daba ánimos y le ofrecía muestras de afecto y comprensión cuando este se comportaba como debía, pero se mostraba firme y estricto si pensaba que no se concentraba lo suficiente en su tarea. A veces perdía los nervios y lo reprendía con violencia. En otras ocasiones lo abrazaba y le decía que era maravilloso.

Si ella hubiera recibido tan solo una pequeña parte de la atención que le dedicaba a él y de la motivación que le proporcionaba día a día por tener aquella hermosa voz. Ella se sentía insignificante, pues no poseía talento alguno que despertara la atención de su padre. A veces le decía que era una pena que no tuviese voz. El padre consideraba inútil intentar enseñarla a cantar, aunque ella sabía que no era ese el motivo. Sabía que su padre no estaba dispuesto a gastar energía en enseñarle a ella, porque su voz no era nada especial. Ella carecía del talento de su hermano para el canto. Ella podía cantar en un coro y aporrear un piano, pero tanto su padre como el profesor de piano que le proporcionó, porque él no tenía tiempo para dedicárselo a ella, aseguraban que carecía de sentimiento para la música.

En cambio, su hermano tenía una voz preciosa y un profundo sentimiento para la música, aunque no fuera más que un chico normal y corriente, del mismo modo que ella era solo una chica como las demás. Ella no sabía en qué radicaba la diferencia entre ambos. Él no era tan distinto a ella. Ella se ocupaba en cierto modo de su educación, sobre todo desde que su madre cayó enferma. Él la obedecía y hacía lo que le ordenaba, y se mostraba respetuoso con ella. Y ella le tenía un gran afecto, aunque también sentía celos cuando él era objeto de aquella atención tan exclusiva. Tenía miedo de aquel sentimiento, y jamás se lo mencionó a nadie.

Oyó a Gudlaugur bajar por la escalera y luego lo vio aparecer en la cocina y sentarse al lado de su padre.

«Igual que mamá», dijo al ver a su hermana servir café a su padre.

Hablaba mucho de su madre, y ella sabía que la echaba terriblemente de menos. Acudía a ella siempre que tenía un problema, cuando se burlaban de él o cuando su padre perdía la paciencia, o sencillamente cuando necesitaba que alguien lo abrazara sin que fuera una recompensa por sus buenos resultados.

La expectación y la impaciencia reinaron en la casa durante todo el día, y

la atmósfera se volvió casi insoportable por la tarde, cuando se vistieron con sus mejores ropas y se dirigieron al Cine Municipal. Acompañaron a Gudlaugur tras las bambalinas y su padre saludó al maestro de coro, y luego se dirigieron a la sala, que ya estaba llenándose de público. La sala se oscureció. Se abrió el telón. Gudlaugur, bastante alto para su edad, bellísimo y asombrosamente seguro sobre el escenario, comenzó por fin a cantar con su voz llena de emoción.

Ella contuvo la respiración y cerró los ojos.

No se dio cuenta de nada más hasta que su padre la agarró del brazo tan fuerte que le hizo daño, y lo oyó gemir: «¡Dios mío!».

Abrió los ojos y vio la cara de su padre, pálida, y cuando miró al escenario vio a Gudlaugur intentando cantar, pero algo le había sucedido a su voz. Era como si cantara en falsete. Se puso en pie y miró hacia atrás, a la sala, y vio que la gente había empezado a sonreír y que algunos reían abiertamente. Subió corriendo al escenario e intentó sacar a su hermano de allí. El director del coro acudió en su ayuda y finalmente consiguieron llevárselo entre bastidores. Vio a su padre de pie sin moverse, en la primera fila, con los ojos clavados en ella, como un dios del trueno.

Mientras se quedaba dormida, esa noche, pensó en aquellos horribles instantes y el corazón le dio un vuelco, no de miedo o de terror por lo que había sucedido, ni por el sufrimiento de su hermano, sino por una misteriosa alegría que se sentía incapaz de explicar y que intentaba reprimir en lo más profundo de sí misma, como si fuera un crimen horrible.

—¿Tuviste remordimientos por ese pensamiento? —preguntó Erlendur.

—Me pareció tremendamente extraño —respondió Stefanía—. Nunca jamás había pensado nada parecido.

—Imagino que no debe de ser demasiado raro alegrarse por las desgracias de los demás —dijo Erlendur—, aunque sean personas muy cercanas a nosotros. Puede tratarse de una reacción involuntaria, una especie de reacción defensiva cuando sufrimos un *shock*.

—Quizá no debería contarte estas cosas con tanto detalle —dijo Stefanía—. No te formarás una imagen muy positiva de mí. Y quizá tengas razón. Todos sufrimos un *shock*. Un *shock* espantoso, como podrás imaginar.

—¿Cómo fue tu relación con Gudlaugur y con tu padre después de aquello? —preguntó Erlendur.

Stefanía no contestó.

—¿Sabes lo que es no sentirte la preferida en nada? —preguntó, en vez de responder—. ¿Cómo es ser solo una persona vulgar, sin recibir jamás la menor atención? Es como si no existieras. Y todo el tiempo hay alguien, a quien consideras tu igual, al que miman como si fuera el elegido, alguien que ha venido a este mundo

para alegría de sus padres y de todo el resto de la humanidad. Lo ves suceder día tras día, semana tras semana y año tras año, y nunca cesa ni un momento, sino que la admiración por esa persona crece con los años y se convierte casi... casi en adoración.

Miró a Erlendur.

—Los celos empiezan a despertar —prosiguió—. Otra cosa sería impensable en un ser humano. Y en vez de ahogar ese sentimiento, llegas a alimentarlo porque, de alguna forma absurda, te hace sentir mejor.

—¿Es esa la explicación de que sintieras alegría por la desgracia de tu hermano?

—No lo sé —dijo Stefanía—. Yo no era dueña de ese sentimiento. Cayó sobre mí como un chorro de agua fría, y temblé, me estremecí e intenté alejarlo de mí, pero se negó a desaparecer. Nunca pensé que pudiera suceder.

Los dos callaron.

—Envidiabas a tu hermano —dijo Erlendur.

—A lo mejor, de vez en cuando. Luego empecé a sentir pena por él.

—Y finalmente, a odiarlo.

Ella miró a Erlendur.

—¿Qué sabes tú del odio? —dijo.

—No mucho —dijo Erlendur—. Pero sé que puede ser peligroso. ¿Por qué nos dijiste que no habías estado en contacto con tu hermano en casi treinta años?

—Porque es cierto —respondió Stefanía.

—Eso no es verdad —repuso Erlendur—. Estás mintiendo. ¿Por qué mientes?

—¿Es por esa mentira por la que quieres meterme en la cárcel?

—Si es necesario, lo haré —dijo Erlendur—. Sabemos que viniste al hotel cinco días antes de que lo mataran. Nos dijiste que no habías visto a tu hermano, ni habías estado en contacto con él, durante muchos años. Luego descubrimos que viniste al hotel unos días antes de su muerte. ¿Qué querías de él? ¿Y por qué nos mentiste?

—Habría podido venir al hotel sin tener que venir a verle a él. Este es un hotel muy grande. ¿No se te ha ocurrido esa posibilidad?

—Lo dudo. Creo que no es casualidad que vinieras al hotel poco antes de su muerte.

La vio vacilar. Vio que estaba haciendo un terrible esfuerzo para decidirse a dar o no el siguiente paso. Evidentemente podría darle muchos más detalles, pero no lo hizo en su primer encuentro, y ahora había llegado el momento de retroceder o de dar un paso adelante.

—Tenía una llave —dijo, pero en voz tan baja que Erlendur apenas la oyó—. La que le enseñaste a nuestro padre.

Erlendur recordó el llavero que encontraron en la habitación de Gudlaugur y la navajita rosa con la imagen de un pirata que colgaba de él. Había dos llaves, una que pensó sería la de una casa y otra que podía corresponder a un armario, una caja de seguridad o un almacén.

—¿Qué pasa con la llave? —preguntó Erlendur—. ¿La conoces? ¿Sabes de qué es?

Stefanía sonrió con frialdad.

—Yo tengo una exactamente igual —dijo.

—¿A qué corresponde esa llave?

—Es de nuestra casa en Hafnarfjörður.

—¿De tu casa, quieres decir?

—Sí —respondió Stefania—. De la casa donde vivimos mi padre y yo. Él entraba por la puerta del sótano, en la parte de atrás. Del sótano sale una escalera estrecha que lleva al primer piso, y desde allí se puede acceder al salón y a la cocina.

—¿Quieres decir...? —Erlendur intentaba comprender lo que le estaba diciendo—. ¿Quieres decir que podía ir a la casa?

—Sí.

—¿Y entrar en ella?

—Sí.

—Pero yo creía que no mantenías ninguna relación con él. Tú me dijiste que tu padre y tú no os habíais preocupado por él durante decenios. Que no estuvisteis en contacto. ¿Por qué me mentiste?

—Porque mi padre no lo sabía.

—¿No sabía qué?

—Que venía. Debía de echarnos de menos. No se lo pregunté, pero debía de ser así. Y seguramente, por eso lo hacía.

—¿Qué es, exactamente, lo que tu padre ignoraba?

—Que Gudlaugur venía a veces a nuestra casa por la noche sin que nos diéramos cuenta de su presencia, se sentaba en el salón sin hacer ruido y luego desaparecía antes de que nos despertáramos. Lo estuvo haciendo durante años, y nosotros nunca nos enteramos.

Miró la mancha de sangre de la cama.

—Hasta que una noche me desperté y lo vi.

Erlendur miraba a Stefanía mientras sus palabras atravesaban su mente. No se mostraba tan arrogante como en su primer encuentro, cuando Erlendur le recriminó su falta de sentimientos hacia su hermano, y pensó que quizá se había precipitado al juzgarla. No la conocía, ni su historia, lo suficiente como para adoptar una posición de superioridad, y de pronto lamentó las palabras que le había dirigido, reprochándole su insensibilidad. No era asunto suyo juzgar a los demás, aunque acababa cayendo una y otra vez en la trampa. En realidad no sabía nada en absoluto de aquella mujer, a la que de pronto veía tan desdichada y tan espantosamente sola. Se dio cuenta de que la vida de aquella mujer no debía de haber sido un camino de rosas: primero creció a la sombra de su hermano, después fue una joven sin madre y por último una mujer que no podía alejarse del lado de su padre y que, probablemente, había sacrificado su vida entera por él. Así pasó un buen rato, mientras cada uno permanecía enfrascado en sus propios pensamientos. La puerta del cuartucho estaba abierta y Erlendur salió al pasillo. De pronto había sentido la necesidad de asegurarse de que no hubiera nadie allí, de que nadie hubiera escuchado la conversación. Inspeccionó el corredor pobremente iluminado, pero no vio a nadie. Dio media vuelta y observó el final del pasillo; la oscuridad era total. Pensó que para llegar hasta allí habría sido necesario pasar por delante de la puerta de la habitación, y entonces él se habría dado cuenta. En el pasillo no había nadie. Sin embargo, cuando regresó al cuarto tenía la clara sensación de que no estaban solos allí abajo. Había en el pasillo el mismo olor que sintió al bajar la primera vez allí, un olor a quemado que era incapaz de reconocer. No se encontraba a gusto en aquel lugar. El hallazgo del cuerpo estaba incrustado en su mente. La imagen era cada vez más dolorosa, y sabía que jamás podría librarse de ella.

—¿Algo va mal? —preguntó Stefanía, que se mantuvo inmóvil en su silla.

—No, todo va bien —dijo Erlendur—. Tonterías mías. Me pareció que había alguien en el pasillo. ¿No sería mejor irnos a otro sitio? ¿A tomar un café, quizá?

Ella pasó los ojos por el cuchitril, asintió con la cabeza y se puso en pie. Los dos recorrieron en silencio el pasillo y subieron la escalera, atravesaron el vestíbulo y entraron en el comedor, donde Erlendur pidió dos cafés. Se sentaron en una mesa apartada, intentando no dejarse distraer por los extranjeros.

—Mi padre se enfadaría mucho conmigo —dijo Stefanía—. Me tiene prohibido hablar de la familia. No tolera intromisiones en su vida privada.

—¿Goza de buena salud?

—Está fuerte para su edad. Pero no sé si...

Sus palabras se apagaron.

—No hay vida privada que valga en el contexto de una investigación policial —dijo Erlendur—. Y menos aún cuando se trata de un asesinato.

—Ya me voy dando cuenta de ello. Queríamos quitarnos este asunto de encima

como si no tuviera nada que ver con nosotros, pero me temo que no hay forma de quedarse al margen en estas horribles circunstancias. Imagino que no es posible librarse.

—Si te he comprendido bien —dijo Erlendur—, tu padre y tú habíais roto toda relación con Gudlaugur pero él entraba a escondidas en la casa sin que os dierais cuenta. ¿Qué pretendía? ¿Qué hacía? ¿Por qué lo hacía?

—Nunca me dio una explicación clara. Se limitaba a sentarse en el salón durante una o dos horas sin moverse. De otro modo, me habría dado cuenta de su presencia mucho antes. No es que viniera todas las noches. Luego hubo una noche, hace unos dos años, que yo estaba despierta por algún motivo, y hacia las cuatro de la madrugada creí oír un crujido abajo, en el salón. Me llevé un buen susto, como es lógico. La habitación de mi padre está en el piso de abajo y siempre tiene la puerta abierta por la noche, y supuse que quizás estaba intentando llamar mi atención por algún motivo. Volví a oír un crujido y pensé si habría entrado algún ladrón, así que bajé la escalera con mucho cuidado. Vi que la puerta del cuarto de mi padre estaba igual que la había dejado, pero cuando llegué abajo vi a una persona que echaba a correr por la escalera del sótano y le grité. Para gran espanto mío, se detuvo, se dio la vuelta y empezó a subir por la escalera.

Stefanía calló y miró al infinito, como se hubiera desplazado a otro lugar y a otro tiempo.

—Pensé que iba a atacarme —dijo al fin—. Yo estaba en la puerta de la cocina y encendí la luz, y entonces lo vi con claridad. No lo había visto cara a cara en muchos años, desde que era joven, y necesité cierto tiempo para darme cuenta cabal de que se trataba de mi hermano.

—¿Cómo reaccionaste? —preguntó Erlendur.

—Me quedé completamente estupefacta al reconocerlo. También estaba muy asustada, porque de haberse tratado de un ladrón, no debería haber hecho lo que hice, sino llamar inmediatamente a la policía. Estaba temblando de miedo, y se me escapó un grito al encender la luz y verlo. Debió de ser divertido verme tan asustada y tan nerviosa, porque se echó a reír.

—No despiertes a papá —dijo, poniendo un dedo en sus labios y nublándole en un susurro.

Ella no podía creer a sus propios ojos.

Estaba muy cambiado con respecto a la imagen que había conservado de él en su juventud, y vio que había envejecido mal. Tenía bolsas debajo de los ojos y los finos labios parecían descoloridos, los mechones de su cabello estaban despeinados y la miraba con ojos de infinita tristeza. Parecía mucho mayor de lo que era.

—¿Qué haces aquí? —le dijo en un susurro.

—Nada —respondió él—. No hago nada. Pero a veces echo de menos la

casa.

—Aquella fue la única explicación que me dio de sus visitas nocturnas a escondidas —dijo Stefanía—. Que a veces echaba de menos su hogar. No sé lo que quería decir. Si tenía algo que ver con su infancia, antes de morir mamá, o si se refería a los años antes de que empujase a papá por la escalera. No lo sé. Quizá la casa tenía para él un significado especial, porque nunca llegó a tener ninguna otra casa. No tenía más que un sucio cuchitril en este hotel.

—Deberías marcharte —le dijo ella—. Puede despertarse.

—Sí, lo sé —respondió él—. ¿Cómo está? ¿Está bien?

—Se conserva estupendamente. Pero necesita atención constante. Hay que darle de comer, lavarlo, vestirlo, sacarlo de casa, y ponerlo delante de la televisión. Le gustan mucho las películas de dibujos.

—No sabes hasta qué punto aquello me ha hecho sentir mal —dijo él—. Durante todos estos años. No quería que las cosas fueran así. Todo fue un terrible error.

—Sí, claro —dijo ella.

—Nunca quise ser famoso. Ese era su sueño. Lo único que yo tenía que hacer era cumplirlo.

Callaron.

—¿Pregunta por mí alguna vez?

—No —dijo ella—. Nunca. He intentado hacer que hable de ti, pero no quiere ni oírme.

—Sigue odiándome.

—Creo que nunca se le pasará.

—Porque yo soy como soy. No me aguanta por ser como soy.

—Eso es algo entre vosotros, que...

—Yo quise hacerlo todo por él, tú lo sabes.

—Sí.

—Siempre.

—Sí.

—Las exigencias que me imponía. Ejercicios sin pausa. Conciertos. Grabaciones. Todo eso era para conseguir lo que él soñaba, no yo. Si él estaba contento, entonces todo iba bien.

—Lo sé.

—¿Por qué no puede perdonarme? ¿Por qué no puede reconciliarse conmigo? Le echo de menos. ¿Se lo dirás? Echo de menos el tiempo en que estábamos juntos. Cuando yo cantaba para él. Vosotros sois mi familia.

—Intentaré hablar con él.

—¿Lo harás? ¿Le dirás que le echo de menos?

—Lo haré.

—No me aguanta por ser como soy.

Stefanía calló.

—A lo mejor fue una forma de rebelarme contra él. No lo sé. Intenté ocultarlo, pero no puedo ser lo que no soy.

—Deberías irte ya —dijo ella.

—Sí.

Él vaciló.

—¿Y tú? —dijo él.

—¿Yo?

—¿Tú también me odias?

—Deberías irte. Podría despertarse.

—Porque todo ha sido culpa mía. El estado en que se encuentra, tener que ocuparte constantemente de él. Tú tienes que...

—Vete —dijo ella.

—Perdona.

—¿Qué sucedió cuando se marchó de casa, después del accidente? —preguntó Erlendur—. ¿Sencillamente lo borrasteis de la memoria, como si nunca hubiera existido?

—Más o menos. Sé que mi padre escuchaba a veces sus discos. No quería que yo me enterara, pero lo vi algunas veces al volver a casa del trabajo. Había olvidado esconder la funda o quitar el disco del tocadiscos. A veces oíamos algo sobre él y, en una ocasión, hace muchos años, leímos una entrevista con él en una revista. Hablaba de antiguos niños prodigio. «¿Dónde están ahora?», era el titular, o algo más o menos igual de horrible. La revista había logrado localizarlo y él parecía dispuesto a hablar de su antigua fama. No sé por qué se prestó a hacerlo. Lo único que decía en la entrevista era que había sido una época estupenda, cuando todos se fijaban en él.

—Alguien lo recordaba, entonces. No fue olvidado por completo.

—Siempre hay alguien que recuerda.

—¿En esa revista no hablaba de las burlas en el colegio, de las exigencias de vuestro padre, de la muerte de vuestra madre, ni de cómo las esperanzas que había albergado su padre se quedaron en nada, ni del hecho de que tuviera que abandonar su hogar?

—¿Qué sabes tú de las burlas en el colegio?

—Sabemos que se metían con él porque le consideraban diferente. ¿No es cierto?

—Yo creo que mi padre no tenía unas expectativas irrazonables. Es un hombre con los pies en el suelo, muy realista. No sé por qué utilizas esos términos. En aquella época, parecía que mi hermano llegaría muy lejos con su voz, iba a cantar en el extranjero y despertaba un interés poco habitual en esta sociedad nuestra tan pequeña. Mi padre se lo hizo ver con claridad. Creo que le dijo también que para conseguirlo

era imprescindible trabajar muy duro y con mucha dedicación y aplicación, y que no tenía que hacerse demasiadas ilusiones. Mi padre no es idiota. No se te ocurra pensar semejante cosa.

—No pienso semejante cosa —dijo Erlendur.

—Bien.

—¿Gudlaugur no intentó nunca ponerse en contacto con vosotros? ¿O vosotros con él? ¿En tanto tiempo?

—No. Creo que he respondido ya a esa pregunta. Lo único que pasó fue que de vez en cuando venía a nuestra casa sin que nosotros nos diéramos cuenta. Me dijo que llevaba años haciéndolo.

—¿Tu padre y tú no lo buscasteis?

—No, nunca.

—¿Quería mucho a vuestra madre? —preguntó Erlendur.

—La idolatraba —dijo Stefanía.

—Su muerte debió de causarle un enorme dolor.

—A todos nos causó un enorme dolor.

Stefanía dejó escapar un profundo suspiro.

—Imagino que algo debió de morir dentro de todos nosotros cuando falleció. Algo que nos convertía en una familia. Creo que no me di verdadera cuenta hasta mucho después, de que era ella la que nos mantenía unidos, la que garantizaba el equilibrio. Ella y mi padre no estaban de acuerdo sobre Gudlaugur, y discutían sobre su educación, si se puede llamar discusión a eso. Ella quería dejarle ser como él quisiera, y aunque cantara tan bien, aquello no tenía por qué convertirse en algo tan importante.

Miró a Erlendur.

—Creo que nuestro padre nunca lo vio como un niño, sino más bien como un proyecto. Algo a lo que él y solo él tenía que dar forma.

—¿Y tú? ¿Cuál era tu posición?

—¿Mi postura? Nunca me la preguntó nadie.

Callaron, escucharon el murmullo de la sala y miraron a los extranjeros charlar y reír. Erlendur miró a Stefanía, que parecía haber desaparecido en su propio interior y en los recuerdos de su familia rota.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de tu hermano? —preguntó Erlendur con precaución.

Fue como si ella no oyese lo que le decía, así que repitió la pregunta. Ella levantó la vista.

—Nada en absoluto —dijo—. Ojalá siguiera con vida y pudiera...

Stefanía calló.

—¿Que pudiera qué?

—No lo sé, quizá reparar...

Volvió a callar.

—Fue todo tan horrible. Todo. Empieza con insignificancias y luego va aumentando y empeorando hasta que se vuelve insoportable. No quiero minimizar el hecho de que tirase a nuestro padre por la escalera. Pero uno adopta una posición y no hace nada para modificarla. Porque no deseamos hacerlo, supongo. Y va pasando el tiempo, y con los años uno acaba por olvidar los sentimientos, la razón por la que lo comenzó todo. De manera voluntaria o involuntaria, vamos dejando pasar las oportunidades de reparar lo que se torció, y de repente es ya demasiado tarde para intentar arreglar las cosas. Han transcurrido todos estos años y...

Exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué sucedió después de que te lo encontraras en la cocina?

—Hablé con papá. No quería saber nada de Gudlaugur y ahí se acabó todo. No le mencioné las visitas nocturnas. Intenté hablar con él de reconciliación. Le conté que me había encontrado casualmente a Gulli en la calle, y que quería ver a su padre, pero papá se mostró absolutamente inflexible.

—¿Tu hermano no volvió más a casa?

—No que yo sepa.

Miró a Erlendur.

—Aquello fue hace dos años, y esa fue la última vez que le vi.

Stefanía se puso en pie y se dispuso a marcharse. Como si ya hubiese dicho todo lo que tenía que decir. Erlendur tuvo la sensación de que había optado por explicarle solamente lo que quería que él supiese, y que se había guardado lo demás. Él se puso también en pie y estuvo pensando si darse por satisfecho con eso por el momento o continuar el interrogatorio. Decidió dejar que se marchara si quería. Estaba mucho más dispuesta a colaborar que antes, y eso le resultaba suficiente por el momento. Pero no pudo dejar de preguntarle por un misterio que no conseguía solucionar y que ella no le había aclarado.

—Puedo comprender que tu padre estuviera furioso toda la vida aunque fuera un accidente —dijo Erlendur—. Porque se quedó inválido, atado para siempre a una silla de ruedas. Pero no acabo de comprender tu postura. Por qué reaccionaste del mismo modo. Por qué te pusiste del lado de tu padre. Por qué te revolviste contra tu hermano y pasaste tantos años sin tratar de ponerte en contacto con él.

—Creo que ya he colaborado suficientemente —dijo Stefania—. Su muerte no es asunto de mi padre ni mío. Está relacionada con la otra vida que llevaba mi hermano, y que ni mi padre ni yo conocemos. Espero que sabrás apreciar mi sinceridad y mi espíritu de colaboración, y que no volverás a molestarnos más, ni a aparecer por mi casa para ponerme las esposas.

Extendió la mano como si quisiera sellar así una especie de pacto entre los dos, de que a partir de entonces los dejarían en paz a ella y a su padre. Erlendur le tomó la mano e intentó sonreír. Sabía que aquel pacto tendría que romperse más tarde o más temprano. Demasiadas preguntas, pensó, y muy pocas respuestas creíbles. No estaba dispuesto a soltarla tan pronto. Creía que seguía mintiéndole o que, por lo menos, estaba dando rodeos en torno a la verdad.

—¿Así que no viniste al hotel a ver a tu hermano unos días antes de su muerte? —preguntó.

—No, tenía una cita con una amiga en este mismo salón. Tomamos un café. Puedes ponerte en contacto con ella y preguntarle si es mentira. Ya había olvidado incluso que él trabajaba aquí, y mientras estuve en el hotel ni siquiera lo vi.

—Quizá lo compruebe —dijo Erlendur, tomando nota del nombre de la mujer—. Otra cosa: ¿conoces a un hombre llamado Henry Wapshott? Es inglés y estaba en contacto con tu hermano.

—¿Wapshott?

—Es un coleccionista de discos. Está interesado en los discos de tu hermano. Resulta que colecciona discos de coros y está especializado en niños de coro.

—Nunca había oído ese nombre —dijo Stefania—. ¿Especialista en niños de coro?

—Ciertamente existen coleccionistas más raros que él —dijo Erlendur, aunque prefirió no contarle lo de las bolsas de vomitar de las líneas aéreas—. Cree que los

discos de tu hermano son auténticos tesoros hoy día, ¿sabes algo sobre eso?

—No, ni idea —dijo Stefanía—. ¿A qué se refería? ¿Qué significa eso?

—No sabría decir cuánto —dijo Erlendur—. Pero son lo suficientemente valiosos como para que Wapshott viniera a Islandia a ver a tu hermano. ¿Conservaba Gudlaugur sus discos?

—No creo.

—¿Sabes qué fue de las copias de sus discos que no se vendieron?

—Supongo que se venderían —dijo Stefanía—. ¿Tendrían algún valor si aún existieran?

Erlendur percibió cierta excitación en su voz y pensó si no estaría jugando con él, si sabía todo eso mucho mejor que él y estaba intentando averiguar hasta dónde sabía él.

—Es bastante posible —dijo Erlendur.

—¿Ese inglés sigue en el país ahora? —preguntó ella.

—Lo tenemos bajo custodia, en prisión —dijo Erlendur—. Es posible que sepa más sobre la muerte de tu hermano de lo que nos ha contado.

—¿Creéis que fue él quien lo mató?

—¿No has oído las noticias?

—No.

—Es un sospechoso, eso es todo.

—¿Qué clase de persona es?

Erlendur estuvo a punto de hablarle de los informes de la policía británica, así como de la pornografía infantil encontrada en la habitación de Wapshott, pero se contuvo. Repitió sus palabras de que era un coleccionista de discos interesado en los niños de coro, que se alojaba en el hotel y tenía relación con Gudlaugur, y que era lo bastante sospechoso como para que lo hubieran detenido.

Se despidieron como buenos amigos y Erlendur la miró mientras recorría el comedor y el vestíbulo. En ese momento empezó a sonar su móvil en el bolsillo. Lo cogió y respondió. Para su gran sorpresa, quien llamaba era Valgerdur.

—¿Podría verte esta tarde? —preguntó sin más preámbulo—. ¿Estarás en el hotel?

—Es posible —dijo Erlendur, sin poder ocultar el asombro en su voz—. Creo que...

—¿Digamos que a las ocho? ¿En el bar?

—Perfecto —dijo Erlendur—. Digamos que sí. ¿Qué...?

Se disponía a preguntarle qué era lo que la preocupaba cuando ella colgó y lo único que pudo oír fue el silencio en su oído. Apagó el móvil y se preguntó por qué querría verlo. Había descartado ya la posibilidad de conocer mejor a aquella mujer, y había llegado a la conclusión de que seguramente no tenía ninguna posibilidad de ligar con alguna mujer. Pero entonces llegó aquella llamada telefónica, y no acababa de saber cómo debía tomarla.

Era ya por la tarde y Erlendur estaba muerto de hambre, pero en lugar de comer en el restaurante del hotel, subió a su cuarto e hizo que le subieran un almuerzo decente. Todavía tenía que ver algunas cintas, de modo que puso una en el vídeo y la hizo avanzar mientras esperaba su comida.

Perdió la concentración enseguida, su mente se apartaba constantemente de la pantalla y empezó a darle vueltas a las palabras de Stefania. ¿Por qué iba Gudlaugur a su casa por las noches? A su hermana le había dicho que echaba de menos su casa. «A veces echo de menos mi casa». ¿Qué había detrás de aquellas palabras? ¿Lo sabía su hermana? ¿Qué significaba la casa en la mente de Gudlaugur? ¿Qué echaba de menos? Él ya no era parte de la familia y quien más cerca había estado de él, su madre, había muerto muchos años atrás. No molestaba a su padre o a su hermana cuando los visitaba. No iba durante el día, como haría cualquier persona normal, si es que existen las personas normales, ni iba para arreglar las cosas entre ellos, para apaciguar la enemistad, la furia e incluso el odio que se había creado entre él y su familia. Iba al amparo de la oscuridad de la noche y tenía la máxima precaución en no despertar a nadie, y luego se marchaba sin que se percataran de su presencia. No parecía buscar la reconciliación ni el perdón, sino algo más importante, algo que solo él sabía y que nunca sería desvelado, algo que estaba oculto en esa palabra.

Su casa.

¿Qué era?

Quizá sensaciones de la infancia en la casa de sus padres, antes de que la vida arrojara contra él la desgracia y un destino incomprensible que solo acarrearón desastres y sufrimientos. Tal vez recuerdos de cuando correteaba por aquella casa, consciente de la presencia de su padre, su madre y su hermana, que entonces aún eran sus compañeros y sus amigos. Probablemente fuera a la casa en busca de recuerdos que no quería perder y que lo mantenían en pie cuando más desdichado se sentía.

Tal vez iba a la casa para enfrentarse al destino que le había tocado vivir. Las exigencias intransigentes de su padre, las burlas de quienes lo consideraban diferente, el amor de su madre, que para él era la persona más querida, y su hermana mayor, que también se ocupaba de él; la decepción, cuando regresaron después del concierto en el Cine Municipal, y su mundo se derrumbó sobre él y las esperanzas de su padre se convirtieron en nada. ¿Qué podía ser peor para un niño como él que no haber podido estar a la altura de las expectativas de su padre? Después de los esfuerzos que había hecho él mismo, de todo lo que había hecho su padre y de todo lo que había hecho su familia. Había sacrificado su infancia para llegar a ser algo que no acababa de entender y sobre lo que no tenía poder alguno... y no sucedió nada. Su padre había jugado con su infancia, en realidad se la había robado.

Erlendur suspiró.

—¿Quién no echa de menos su casa de vez en cuando?

Estaba tumbado en la cama cuando de pronto oyó ruido en la habitación. Al principio no supo de dónde procedía. Pensó que el tocadiscos se había puesto en marcha y la aguja había entrado en un surco del disco.

Se levantó, miró el tocadiscos y comprobó que estaba apagado. Volvió a oír el mismo sonido y miró a su alrededor. La habitación estaba a oscuras y no veía bien. Algo de claridad llegaba de la farola del otro lado de la calle. Iba a encender la luz de la mesilla de noche cuando volvió a oír el sonido, más fuerte que antes. No se atrevía a moverse. De pronto recordó dónde lo había oído antes.

Se sentó en la cama y miró la puerta. En la débil claridad vio una pequeña figura humana acurrucada en un rincón junto a la puerta; lo miraba, con el rostro morado de frío y temblando como la hoja de un árbol, y sorbía por la nariz.

Aquel era el sonido que Erlendur había reconocido.

Se quedó mirando a aquella figura, que también lo miraba e intentaba sonreír, pero sin conseguirlo por culpa del frío.

—¿Eres tú? —preguntó Erlendur.

En ese mismo instante, la figura desapareció del rincón y Erlendur se despertó sobresaltado, casi cayéndose de la cama, y miró fijamente la puerta.

—¿Eras tú? —suspiró, y vio ante sí jirones de su sueño, los guantecillos de lana, el gorro, el anorak y la bufanda. La ropa que llevaban al salir de casa.

La ropa de su hermano.

Que temblaba de frío en aquella habitación tan fría.

Estuvo un largo rato en silencio junto a la ventana, mirando la nieve caer sobre la tierra.

Finalmente se puso de nuevo a mirar las cintas. La hermana de Gudlaugur no volvió a aparecer en la pantalla, ni nadie más que conociera, con la excepción de algunos empleados que había conocido en el hotel y que caminaban apresurados para entrar o salir del trabajo.

Sonó el teléfono del hotel, y Erlendur respondió.

—Me parece que Wapshott dice la verdad —comenzó Elínborg—. Le conocen bien en las tiendas de coleccionistas y en el rastro.

—¿Estuvo por allí a la hora que afirmaba?

—Les enseñé fotos tuyas y pregunté sobre las horas, y lo recordaban con bastante precisión. Lo suficiente para que podamos descartar su presencia en el hotel cuando se produjo la agresión a Gudlaugur.

—Tampoco es que tenga pinta de asesino, me parece.

—Es un pedófilo pero quizá no un asesino. ¿Qué piensas hacer con él?

—Supongo que lo enviaremos al Reino Unido.

Terminaron la conversación y Erlendur estuvo dándole vueltas al asesinato de Gudlaugur sin llegar a ninguna conclusión. Pensó en Elínborg y su mente se desplazó de nuevo al caso del niño maltratado por su padre, a quien Elínborg odiaba.

—Tú no eres el único que hace estas cosas —le había dicho Elínborg al padre. No intentaba darle ánimos. El tono era acusador, como si quisiera que supiera que no era más que uno de los muchos sádicos que arremetían contra sus hijos. Quería hacerle conocer el mundo del que formaba parte. Y las cifras de ese mundo.

Había estudiado a fondo las estadísticas. Entre los años 1980 y 1999 unos cuatrocientos niños habían sido puestos en observación en los hospitales pediátricos por sospecha de maltrato. De ellos, hubo 232 casos por sospecha de abuso sexual y 43 por sospecha de daños físicos o de violencia. Intoxicación por medicamentos, Elínborg repitió la expresión, intoxicación por medicamentos, así como negligencia culpable, se incluían en esas cifras. Leyó las palabras escritas en una hoja de papel con fría imperturbabilidad: traumatismos craneales, fracturas óseas, quemaduras, heridas en la piel, mordiscos. Repitió los términos mientras miraba fijamente al padre a los ojos.

—Se sospecha que dos niños murieron por violencia física en ese periodo de veinte años —dijo—. Ninguno de los dos casos llegó a juzgarse en los tribunales.

Le dijo que los especialistas consideraban que se trataba de casos que procuraban ocultarse, lo cual significaba, en definitiva, que probablemente hubo bastantes más.

—En el Reino Unido —prosiguió— mueren cuatro niños por semana a causa de malos tratos. Cuatro niños —repitió—. Cada semana.

—¿Quieres saber las circunstancias que se alegan? —Erlendur estaba sentado en

la sala de interrogatorios, sin moverse. Solo estaba allí para apoyar a Elínborg, por si acaso lo necesitaba, aunque su impresión era que no precisaba de ninguna ayuda.

El padre bajó los ojos. Miró la grabadora. No la habían puesto en marcha. En realidad no se trataba de un interrogatorio formal. No habían avisado a su abogado, pero el padre no había presentado objeciones y aún no había protestado por su detención. No había pedido que lo pusieran en libertad.

—Te daré algunos ejemplos —continuó Elínborg, y empezó a enumerar las causas por las que los padres agredían violentamente a sus hijos—. Estrés —comenzó—, dificultades económicas, enfermedad y paro, aislamiento y falta de apoyo de la pareja, accesos de locura.

Elínborg miró al padre.

—¿Crees que alguna de esas circunstancias se aplica a ti? ¿Un acceso de locura?

No respondió ni una palabra.

—Algunos son incapaces de controlarse, y se han registrado casos en que los padres se ven tan acosados por el sentimiento de culpa por lo que han hecho, que hacen lo posible por delatarse. ¿Te suena?

Calló.

—Llevan al niño al médico, quizás al médico de familia, porque el niño tiene, por ejemplo, un resfriado persistente. Pero en realidad no van a causa del resfriado, sino porque quieren que el médico note las heridas del niño, los moretones. Quieren que les descubran. ¿Sabes por qué?

El padre se mantuvo en silencio.

—Porque quieren que eso acabe. Que alguien tome las riendas. Que intervenga en algo que ellos son incapaces de controlar. Son incapaces de hacerlo solos y confían en que el médico se ocupará de arreglar las cosas.

Miró al padre. Erlendur observaba en silencio. Estaba preocupado de que Elínborg fuera demasiado lejos. Parecía intentar con todas sus fuerzas mostrarse como una profesional, aparentar que el caso no la afectaba personalmente. Pero era una batalla perdida, y parecía que ella misma se daba cuenta de ello. Sus emociones estaban demasiado a flor de piel.

—Hablé con tu médico de familia —dijo Elínborg—. Dijo que en dos ocasiones había enviado notas de advertencia al servicio de protección de la infancia, por heridas que observó en el niño. El servicio investigó el caso las dos veces pero no llegó a ninguna conclusión. No fue de mucha ayuda que el niño no dijera nada y que tú lo negaras todo. No es lo mismo querer hablar de violencia que asumir la responsabilidad cuando llega el momento. Leí los informes. En el último, le preguntaron a tu hijo qué tal era vuestra relación, pero fue como si no comprendiera la pregunta. Le volvieron a preguntar: ¿En quién tienes más confianza? Y respondió: En mi papá. Tengo más confianza en mi papá que en nadie.

Elínborg hizo una pausa.

—¿No te parece tremendo? —dijo.

Miró a Erlendur y luego al padre.

—¿No te parece tremendo?

Erlendur pensó que hubo un tiempo en que él habría contestado lo mismo que aquel niño. Habría mencionado a su padre.

Cuando llegó la primavera y la nieve se fundió, subió a los páramos en busca de su hijo e intentó adivinar el camino que habría seguido en medio de la tormenta, tomando como referencia el punto donde encontraron a Erlendur. Parecía haberse recuperado un poco, pero estaba agobiado por el sentimiento de culpa. Recorrió el páramo y subió a la ladera de la montaña hasta más lejos de lo que habrían podido llegar sus hijos, pero no encontró nada. Acampó allí arriba. Le acompañaban Erlendur y su madre, que participaba en la búsqueda, y a veces venía gente de los alrededores a ayudarles, pero nunca encontraron al niño. Era fundamental hallar el cuerpo. Hasta entonces no habría muerto de verdad; solo lo habrían perdido. La herida permanecería abierta y de ella seguiría brotando un dolor infinito.

Erlendur luchaba contra él en su soledad. Se sentía mal, y no solo por la pérdida de su hermano. Consideraba una suerte que lo hubieran encontrado a él, pero aquello le producía también una extraña sensación de culpa por haber sido él y no su hermano pequeño quien se salvó. No bastaba con haber soltado la mano de su hermano en medio de la tormenta de nieve, sino que le agobiaba también la idea de que habría debido ser él quien muriera. Él era el mayor, y era responsable de su hermano. Así había sido siempre. Lo había cuidado. En todos sus juegos. Cuando estaban solos en casa. Cuando los mandaban a hacer algún recado. Había sido responsable de él y había hecho honor a la confianza que le habían otorgado. Pero esta vez le había fallado, y quizá no merecía haberse salvado, porque su hermano murió. No sabía por qué estaba él vivo. Pero a veces pensaba que tal vez habría sido mejor que se hubiera perdido él en el páramo.

Nunca verbalizó estos pensamientos ante sus padres, y en su soledad a veces tenía la impresión de que ellos pensaban lo mismo que él. Su padre se había recluido en su propio sentimiento de culpa y no quería que nada lo distrajera. Su madre estaba abrumada por el dolor. Los dos se sentían culpables de alguna forma por lo sucedido. Entre ellos reinaba un extraño silencio, más fuerte que cualquier grito, y Erlendur libraba su propia batalla solitaria reflexionando sobre la responsabilidad, la culpa y la buena suerte.

Si no lo hubieran encontrado a él, ¿habrían encontrado a su hermano?

De pie, junto a la ventana, reflexionaba sobre las consecuencias que la pérdida de su hermano había tenido sobre su vida, y si no serían más serias de lo que creía. Volvió a pensar en aquellos acontecimientos cuando Eva Lind comenzó a hacerle preguntas.

No tenía respuestas fáciles para ellas, pero en lo más profundo sabía dónde había que buscarlas. Muchas veces se había preguntado por qué le acuciaba tanto a Eva Lind hacerle afrontar sus propias circunstancias.

Erlendur oyó que llamaban a la puerta y se dio la vuelta.

—¡Entra! —dijo en voz alta—. No está cerrado con llave.

Sigurður Óli abrió y entró en la habitación.

Había pasado el día entero en Hafnarfjörður, hablando con personas que conocían a Gudlaugur.

—¿Tienes alguna novedad?

—Averigüé el mote que le habían puesto. ¿Recuerdas? El nuevo mote que le pusieron cuando todo se vino abajo.

—Sí, ¿quién te lo dijo?

Sigurður Óli suspiró y se sentó en la cama. Su mujer, Bergthóra, se había quejado de que no estaba lo suficiente en casa, precisamente ahora que se acercaban las fiestas, y ella tenía que encargarse de todos los preparativos navideños. Él debería estar ya en casa para acompañarla a comprar el árbol de Navidad, pero primero había tenido que ir a ver a Erlendur. Se lo dijo a su mujer por teléfono mientras iba camino del hotel, y también le dijo que procuraría darse prisa, pero ella ya había oído lo mismo demasiadas veces como para creerle, y al concluir la conversación se quedó con un sabor amargo.

—¿Piensas quedarte todas las navidades en esta habitación? —preguntó Sigurður Óli.

—No —respondió Erlendur—. ¿Qué descubriste en Hafnarfjörður?

—¿Por qué hace tanto frío aquí?

—El radiador —dijo Erlendur—. No calienta. ¿Quieres ir al grano?

Sigurður Óli sonrió.

—¿Comprarás un árbol de Navidad para estas fiestas?

—Si comprara un árbol de Navidad lo haría para estas fiestas.

—Localicé a un hombre que después de muchos prolegómenos dijo que había conocido bien a Gudlaugur en los viejos tiempos —dijo Sigurður Óli. Sabía que tenía información que podría alterar la marcha de la investigación, y disfrutaba haciéndoles esperar un poco.

Sigurður Óli y Elínborg se habían propuesto interrogar a todos los que fueron a la escuela con Gudlaugur o lo conocieron en aquellos tiempos. La mayoría de ellos tenían algún recuerdo de él, de su carrera de cantante y de las burlas que la acompañaron. Algunos se acordaban perfectamente de él y de lo que había sucedido el día que dejó inválido a su padre. Uno de ellos lo conocía hasta un punto que Sigurður Óli no habría podido imaginar.

Una compañera de colegio de Gudlaugur le remitió a él. La mujer vivía en una casa unifamiliar en la zona más nueva de Hafnarfjörður. La había llamado por la mañana, de modo que cuando llegó, lo estaba esperando. Se dieron la mano y lo

invitó a pasar al salón. Estaba casada con un piloto de aviación y trabajaba media jornada en una librería, los niños ya eran mayores.

Le contó con mucho detalle todo lo que sabía de Gudlaugur, que no era mucho, recordaba también vagamente a su hermana, que sabía era algo mayor que él. Recordaba también que había perdido la voz cuando las perspectivas parecían más favorables, pero ignoraba qué había sido de él cuando acabaron el colegio, y se llevó una impresión tremenda al ver en la prensa que era él el hombre que habían encontrado asesinado en un trastero del sótano del hotel.

Sigurður Óli escuchaba todo aquello con la mente en otro sitio. La mayor parte de aquellas cosas ya las había oído de labios de otros compañeros de colegio de Gudlaugur. Cuando la mujer terminó de hablar, le preguntó si conocía el mote que le pusieron a Gudlaugur de niño para burlarse de él. Ella no lo recordaba en absoluto, pero añadió, al ver que Sigurður Óli se disponía a marcharse, que mucho tiempo atrás había oído algo sobre Gudlaugur que podía interesar a la policía, si es que no lo sabía ya.

—¿De qué se trata? —preguntó Sigurður Óli, que ya se había puesto en pie.

Se lo contó, y se alegró al comprobar que había despertado el interés del policía.

—¿Y ese hombre sigue vivo? —preguntó Sigurður Óli a la mujer, que aseguró no saberlo a ciencia cierta, aunque le dio el nombre. Se levantó, hojeó el listín telefónico y en él pudo encontrar el nombre y la dirección. Vivía en Reikiavik. Se llamaba Baldur.

—¿Seguro que es ese hombre? —preguntó Sigurður Óli.

—No lo sé exactamente —dijo la mujer, y sonrió como si esperara haber sido una gran ayuda—. Todo el mundo hablaba de ello —añadió.

Sigurður Óli decidió ir rápidamente a la capital con la esperanza de que el hombre estuviera en casa. Ya era algo tarde. El tráfico de entrada en Reikiavik era muy denso, y en el camino, Sigurður Óli llamó a Bergthóra, que...

—¿Quieres ir al grano? —dijo Erlendur, impaciente, interrumpiendo el relato de Sigurður Óli.

—No, esto te afecta —dijo Sigurður Óli, y una sonrisita burlona se dibujó en sus labios—. Bergthóra quería saber si ya te había invitado a pasar la Nochebuena con nosotros, en casa. Le dije que sí, pero que aún no me habías dado una respuesta.

—Pasaré la Nochebuena en mi casa con Eva Lind —dijo Erlendur—. Esa es la respuesta. ¿Quieres ir ya al grano?

—OK —dijo Sigurður Óli.

—Y deja de decir OK.

—OK.

Baldur vivía en una elegante casa de madera del barrio de Thingholt y acababa de llegar a casa del trabajo: era arquitecto. Sigurdur Óli tocó el timbre y se presentó como policía de la brigada de homicidios, y le informó de que estaba allí en relación con el asesinato de Gudlaugur Egilsson. El hombre no mostró asombro ninguno. Miró a Sigurdur Óli de arriba abajo, sonrió y lo invitó a entrar.

—A decir verdad, te estaba esperando —dijo—, o a alguno de vosotros. Estaba pensando en ponerme en contacto con vosotros, pero lo he ido retrasando. Nunca es divertido hablar con la policía. —Sonrió de nuevo, esperó a que Sigurdur Óli se quitara el abrigo, y él mismo lo colgó.

Allí dentro todo estaba en perfecto orden. Había velas encendidas en el salón, y el árbol de Navidad parecía recién decorado. El hombre le ofreció un licor a Sigurdur Óli, pero este no lo aceptó. Era un hombre delgado, de talla mediana y rostro jovial. El cabello había empezado a clarear pero se lo había teñido de rojo en un intento de sacarle el máximo partido. Sigurdur Óli creyó reconocer la voz de Frank Sinatra procedente de los pequeños altavoces del salón.

—¿Y por qué nos esperabas, a mí o a otros policías? —preguntó Sigurdur Óli, sentándose en un gran sofá rojo.

—Por Gulli —dijo el hombre, que se sentó frente a él—. Sabía que lo descubriríais.

—¿El qué? —preguntó Sigurdur Óli.

—Que yo estaba con Gulli en los viejos tiempos —dijo el hombre.

—¿Qué quiere decir que estaba con Gudlaugur en los viejos tiempos? —preguntó Erlendur, volviendo a interrumpir el relato—. ¿A qué se refería?

—Lo expresó con esas palabras —dijo Sigurdur Óli.

—¿Que estaba con Gudlaugur?

—Sí.

—¿Y eso qué significa?

—Que estaban juntos.

—¿Quieres decir que Gudlaugur era...? —Una plétora de pensamientos atravesó la mente de Gudlaugur como si se tratara de rayos, y se detuvieron en el duro gesto de la hermana de Gudlaugur y de su padre, en la silla de ruedas.

—Eso dice el tal Baldur —repitió Sigurdur Óli—. Pero Gudlaugur no quería que nadie lo supiese.

—¿No quería que nadie supiese la existencia de esa relación?

—Quería mantener en secreto su homosexualidad.

El hombre de Thingholt le explicó a Sigurdur Óli que su relación con Gudlaugur había empezado cuando tenían veinticinco años de edad. Eran los años de las discotecas y el hombre tenía alquilado un apartamento en un sótano en el barrio de Vogar. Ninguno de los dos había salido del armario. En aquel entonces, se veía la homosexualidad de un modo muy diferente a como se ve ahora, dijo con una sonrisa. Pero las cosas estaban empezando a cambiar.

—Y no es que viviéramos juntos —añadió Baldur—. En esa época, los hombres no podían vivir juntos como hoy, sin que aquello se convirtiese en la comidilla de todos. En aquellos años, la vida era imposible para los homosexuales en Islandia. La mayoría se marchaban del país, como quizá sepas. Digamos que venía de visita muchas veces a mi casa. Se quedaba a dormir aquí. Tenía una habitación en Vesturbaer y yo fui allí un par de veces, pero no era lo suficientemente ordenado para mi gusto y dejé de ir. Casi siempre estábamos en mi casa.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Sigurdur Óli.

—En aquellos días había lugares donde nos reuníamos los gays. Uno estaba justo al lado del centro, no muy lejos de aquí, de Thingholt. No era un local de esparcimiento, sino un centro de reunión que teníamos en un domicilio particular. En las discotecas te podías esperar cualquier cosa, y había veces que te echaban por bailar con otros hombres. El domicilio en cuestión servía un poco de todo, de café, de albergue, de club nocturno, de centro de información, de oasis. Él fue por allí una tarde con un conocido suyo. Fue la primera vez que lo vi. Perdona, qué mal anfitrión soy, ¿te apetece un café?

Sigurdur Óli miró el reloj.

—A lo mejor tienes mucha prisa —dijo el hombre reeducándose con mucho cuidado una mecha de cabello teñido.

—No, no es eso, aceptaría un té si tienes —dijo Sigurdur Óli pensando en Bergthóra. Se pondría de mal humor si llegaba tarde a casa. Era muy detallista en lo concerniente a los horarios, y si se retrasaba demasiado se lo haría pagar con un largo enfado.

El hombre fue a la cocina a prepararle un té.

—Era terriblemente reprimido —dijo desde la cocina, alzando la voz para que Sigurdur Óli le oyera mejor—. A veces me daba la sensación de que se odiaba por su homosexualidad. Como si aún no la hubiera aceptado plenamente. Creo que incluso utilizó su relación conmigo para dar un paso adelante. Aún estaba buscando su identidad, pese a la edad que tenía. Claro que eso no es nada nuevo. Hay gente que sale del armario después de cumplir los cincuenta, y algunos hasta han estado casados y han tenido cuatro hijos.

—Sí, es una cosa muy complicada —dijo Sigurdur Óli, que no tenía ni idea del asunto.

—Así es, cariño. Lo querrás fuerte, ¿no?

—¿Estuvisteis mucho tiempo juntos? —preguntó Sigurdur Óli, y añadió que prefería el té bien fuerte.

—Pues unos tres años, pero en los últimos tiempos nos veíamos muy de vez en cuando.

—¿Y no has estado en contacto con él desde entonces?

—No. Sabía algo de él, más o menos —dijo el hombre, que volvió a entrar en el salón—. El mundo de los gays no es tan grande en este país.

—¿Hasta qué punto era reprimido? —preguntó Sigurdur Óli mientras el hombre ponía las tazas sobre la mesa. Había traído un cuenco con un tipo de galletitas que Sigurdur Óli conocía bien, porque Bergthóra también las preparaba todas las navidades. Intentó recordar el nombre pero no lo consiguió.

—Era muy misterioso y rara vez se abría, solo cuando nos emborrachábamos, pero había algo que tenía que ver con su padre. No se veían nunca, pero lo echaba terriblemente de menos, y también a su hermana mayor, que se había puesto en su contra. Su madre había muerto muchos años antes de que nos conociéramos, pero hablaba muchísimo de ella. Podía hablar durante horas de su madre, lo que me resultaba un tanto cansino, si quieres que te diga la verdad.

—¿Cómo es que su hermana se puso en su contra?

—Hace ya mucho tiempo, y nunca me lo explicó con detalle. Lo único que sé es que él luchaba contra lo que él mismo era. ¿Sabes a lo que me refiero? Cómo si hubiera tenido que ser otra persona, en vez de ser como era.

Sigurdur Óli sacudió la cabeza.

—Le parecía algo sucio. Algo antinatural, eso de ser homosexual.

—¿Y luchaba contra ello?

—Sí, y a la vez no. Tenía sentimientos contradictorios. Creo que no sabía realmente de qué pie cojeaba. El pobre. Tenía una baja autoestima. A veces creo que incluso se odiaba a sí mismo.

—¿Conocías su pasado de niño prodigio?

—Sí —dijo el hombre, poniéndose en pie. Fue a la cocina, regresó con una humeante tetera y llenó las tazas. Volvió a llevar la tetera a la cocina, y se pusieron a beber el té.

—¿Crees que podrías desembuchar más deprisa? —le dijo Erlendur a Sigurdur Óli sin ocultar su impaciencia; estaba sentado a la mesa de la habitación escuchando el relato.

—Estoy intentando ser lo más preciso posible —dijo Sigurdur Óli, mirando otra vez su reloj. Ya llevaba un retraso de cuarenta y cinco minutos sobre la hora a la que habría tenido que estar en casa con Bergthóra.

—Venga, venga, continúa...

—¿Hablabas alguna vez de cuando era niño prodigio? —preguntó Sigurdur Óli, dejando la taza y alargando la mano para coger una galletita.

—Decía que había perdido la voz —respondió Baldur.

—¿Y lo lamentaba mucho?

—Terriblemente. Sucedió en el peor momento, pero no quiso contármelo. Decía que en el colegio se burlaban de él porque era famoso, y que eso le hacía sentirse muy mal. Pero él nunca usaba la palabra «famoso». Él no pensaba en ser famoso. Pero su padre sí quería que lo fuese, y desde luego estuvo a punto de conseguirlo. Pero se sentía incómodo, y encima empezó a percibir ese rasgo suyo: el homosexual que había en él empezó a aflorar. Pero no tenía muchas ganas de hablar de ello. Y no quería hablar de su familia de ningún modo. Toma otra galleta.

—No, gracias —dijo Sigurdur Óli—. ¿Sabes de alguien que hubiera querido matarlo? ¿De alguien que le quisiera mal?

—¡No, por Dios! Era terriblemente comedido y nunca le hizo daño ni a una mosca. No sé quién puede haberlo hecho. El buen hombre, acabar así. ¿Habéis avanzado en la investigación?

—No —dijo Sigurdur Óli—. ¿Has escuchado sus discos, o los tienes?

—Eso sí —respondió el hombre—. Es maravilloso. Canta de una forma divina. Creo que no he oído nunca a un niño cantar mejor.

—Y de mayor, cuando lo conociste, ¿estaba orgulloso de su voz?

—Nunca se escuchaba. No quería oír los discos. Jamás. No lo conseguí, por mucho que lo intenté.

—¿Por qué no?

—Fue absolutamente imposible. Nunca me dio una explicación, solo que no quería escuchar sus discos.

Baldur se levantó y se dirigió a un armario del salón, sacó dos discos de Gudlaugur y los puso en la mesa, delante de Sigurdur Óli.

—Me los dio cuando lo ayudé a mudarse.

—¿A mudarse?

—Perdió la habitación que tenía en Vesturbaer y me pidió que le ayudara con la mudanza. Había conseguido otra habitación y se llevó todos sus trastos. En realidad no tenía más que los discos.

—¿Tenía muchos?

—Sí, un buen montón.

—¿Escuchaba algún tipo de música en particular? —preguntó Sigurdur Óli, por preguntar algo.

—No, entiéndeme —dijo Baldur—. Todos los discos eran los mismos. Estos —señaló los dos discos de Gudlaugur—. Tenía un buen montón de estos discos. Dijo que había comprado todas las copias sobrantes de los dos.

—¿Tenía cajas enteras de esos discos? —dijo Sigurdur Óli sin ocultar su

excitación.

—Sí, al menos dos.

—¿Sabes dónde pueden haber ido a parar?

—¿Yo? No, no tengo ni idea. ¿Tienen algún interés esos discos hoy en día?

—Conozco a un inglés que habría podido matar por ellos —dijo Sigurdur Óli, y el rostro de Baldur dibujó una señal de interrogación.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —dijo Sigurdur Óli mirando su reloj—. Tengo que marcharme —dijo—. Quizá necesite volver a ponerme en contacto contigo más adelante si necesito algún detalle más. Y no estaría mal que me llamaras si recuerdas algo, por insignificante que sea.

—A decir verdad, en aquellos tiempos no había mucho donde elegir —dijo el hombre—. Todo lo contrario que hoy, cuando uno de cada dos hombres es gay o siente deseos de serlo. —Sonrió a Sigurdur Óli, y a este se le atragantó el té.

—Perdón —dijo Sigurdur Óli.

—Es un poco fuerte.

Sigurdur Óli se puso en pie, Baldur lo imitó y lo acompañó a la puerta.

—Sabemos que se burlaban de Gudlaugur en el colegio —dijo Sigurdur Óli cuando se estaban despidiendo—, y que le pusieron un mote. ¿Recuerdas si alguna vez te habló de ello?

—Era muy evidente que lo acosaban porque estaba en un coro, cantaba muy bien y no jugaba al fútbol, y porque en muchas cosas era como una niña, claro. Por lo que me decía, colegí que quizá nunca se había sentido muy seguro en sus relaciones con los demás. Me hablaba de eso como si le pareciesen comprensibles los motivos por los que se burlaban de él. Pero no recuerdo que mencionara ningún mote especial... —Baldur vaciló.

—¿Sí? —dijo Sigurdur Óli.

—Cuando estábamos juntos, ya sabes...

Sigurdur Óli sacudió la cabeza sin comprender.

—En la cama...

—¿Sí?

—A veces quería que lo llamase «mi pequeña princesa» —dijo Baldur, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Erlendur clavó la mirada en Sigurdur Óli.

—¿Mi pequeña princesa?

—Eso dijo —Sigurdur Óli se levantó de la cama de Erlendur—. Y ahora tengo que marcharme. Bergthóra estará furiosa. ¿Así que pasarás las navidades en tu casa?

—¿Y qué fue de los discos de las cajas? —dijo Erlendur—. ¿Dónde podrían haber ido a parar?

—Ese hombre no tenía ni idea al respecto.

—¿La pequeña princesa? ¿Cómo la película de Shirley Temple? ¿Qué tiene que ver? ¿Te lo explicó el individuo ese?

—No, él tampoco sabía lo que significaba.

—No tiene por qué significar nada especial —dijo Erlendur, como hablando consigo mismo—. Jerga de gays que nadie entiende. A lo mejor nada especialmente extraño. Así que, bueno, ¿resulta que se odiaba a sí mismo?

—Baja autoestima —dijo su amigo—. Contradictorio.

—¿Por sus inclinaciones homosexuales o por alguna otra cosa?

—No lo sé.

—¿No se lo preguntaste?

—Siempre podemos hablar otra vez, pero no parece saber demasiado de Gudlaugur.

—Y nosotros tampoco —dijo Erlendur con voz apagada—. Si hace veinte o treinta años quería ocultar que era homosexual, ¿habrá seguido ocultándolo después?

—Buena pregunta.

—Aún no he hablado con nadie que dijera que él fuera gay.

—Sí, bueno, tengo que decirte adiós —dijo Sigurdur Óli poniéndose en pie—. ¿Algo más por hoy?

—No —dijo Erlendur—. Perfecto. Gracias por la invitación, dale recuerdos a Bergthóra y trata de portarte bien con ella.

—Siempre lo hago —dijo Sigurdur Óli, marchándose a toda prisa. Erlendur miró su reloj y vio que ya era hora de la cita con Valgerdur. Sacó del aparato la última cinta de vídeo y la puso en lo alto del montón. En ese momento empezó a sonar el móvil.

Era Elínborg. Dijo que había hablado con el fiscal del caso del padre que agredió a su hijo.

—¿Cuántos años creen que le caerán? —preguntó Erlendur.

—Creen que hasta pueden absolverlo —dijo Elínborg—. No lo condenarán si mantiene su historia. Basta con que lo niegue todo. No tendrá que pasar ni un minuto encerrado.

—¿Y las pruebas? ¿Las huellas de la escalera? ¿La botella de Drambuie? Todas apuntan a...

—No sé para qué nos dedicamos a esto. Ayer juzgaron un caso de agresión con violencia. Un hombre fue apuñalado varias veces con un cuchillo. Al agresor le cayeron ocho meses de prisión, cuatro de ellos en libertad bajo palabra, lo que quiere decir que pasará dos meses en la cárcel. ¿Quién puede entender algo así?

—¿Y le devolverán la custodia del niño?

—Seguramente. Lo único positivo, si se puede llamar positivo, es que el chico parece echar realmente de menos a su padre. Es lo que no consigo entender. ¿Cómo puede estar tan colgado de su padre si le golpea de ese modo? No lo entiendo. Tiene que faltar algo. Algo que hayamos pasado por alto. Esto carece de sentido.

—Hablaré contigo más tarde —dijo Erlendur mirando el reloj. Ya había pasado la hora de su cita con Valgerdur—. ¿Podrías hacerme un favor? Stefanía dijo que había estado en el hotel con una amiga, el otro día. ¿Quieres hablar con esa mujer y confirmarlo? —Erlendur le dio el nombre de la mujer.

—¿No piensas dejar el hotel e irte a casa? —preguntó Elínborg.

—Deja ya de darme la tabarra —exclamó Erlendur, y colgó.

Cuando Erlendur bajó al vestíbulo vio a Rósant, el *maître*. Vaciló, sin saber si debería dar el siguiente paso. Probablemente, Valgerdur ya habría llegado al hotel. Erlendur miró el reloj, hizo una mueca y se dirigió hacia el *maître*. No le llevaría mucho tiempo.

—Háblame de las putas —le dijo sin previas formalidades, mientras Rósant hablaba con voz servicial con dos huéspedes del hotel. Saltaba a la vista que eran islandeses, porque lo miraron atónitos y luego a Rósant, con cierta expectación.

Rósant sonrió y su bigotito se alzó. Pidió cortésmente excusas a los huéspedes y acompañó a Erlendur a un lugar más apartado.

—Lo que hace a un hotel son las personas, y hemos de conseguir que se encuentren a gusto, ¿no se trataba de una imbecilidad por el estilo? —dijo Erlendur.

—No es ninguna imbecilidad. Es lo que nos enseñaban en la escuela de hostelería.

—¿También os enseñaban que los *maitres* tienen que ser proxenetas?

—No sé de qué me estás hablando.

—No, claro, pero te lo diré. Tú diriges un pequeño prostíbulo en este hotel.

Rósant sonrió.

—¿Un prostíbulo? —dijo.

—¿Vuestro prostíbulo tiene alguna relación con la muerte de Gudlaugur?

Rósant sacudió la cabeza.

—¿Quién estaba con Gudlaugur cuando lo mataron?

Se miraron a los ojos, hasta que Rósant apartó la mirada.

—Nadie que yo conozca —dijo al fin.

—¿No serías tú mismo?

—Uno de vosotros me tomó declaración. Tengo una coartada.

—¿Gudlaugur andaba con putas?

—No. Y yo no tengo putas a mi cargo. No sé de dónde has sacado esa información sobre putas y robos en la cocina. No son más que mentiras. Yo no soy un chulo.

—Pero...

—Tenemos ciertas informaciones a disposición de nuestros clientes masculinos. Para extranjeros que asisten a congresos. También para islandeses. Ellos desean compañía y nosotros intentamos ayudarlos. Si conocen a alguna bella mujer en el bar del hotel y les va bien...

—Entonces todos contentos. ¿Los clientes se muestran agradecidos?

—Mucho.

—De modo que, a fin de cuentas, sí que eres un proxeneta, en cierto modo —dijo Erlendur.

—Yo...

—Es increíble cómo consigues que parezca romántico todo esto. El director del hotel está contigo en el asunto. ¿Y el jefe de recepción?

Rósant vaciló.

—¿Qué hay del jefe de recepción? —preguntó Erlendur.

—Él no comparte nuestros deseos de satisfacer las diversas necesidades de los clientes.

—Las diversas necesidades de los clientes —lo imitó Erlendur—. ¿Dónde se aprende a hablar así?

—En la escuela de hostelería.

Erlendur miró su reloj.

—¿Y no chocan las ideas del jefe de recepción con las tuyas?

—En ocasiones se producen confrontaciones de pareceres.

Erlendur recordó que el recepcionista había negado que hubiera putas en el hotel, y pensó que probablemente él sería el único de los cargos superiores que intentaba defender la buena imagen del hotel.

—Pero tú intentas solucionar los problemas, ¿no?

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Os resulta una gran molestia ese hombre?

Rósant no respondió.

—Tú fuiste el que le mandaste aquella puta, ¿verdad? Algo así como una pequeña advertencia por si se le ocurría andar contándolo por ahí. Tú habías salido de fiesta, lo viste y le enviaste a una de tus putas.

Rósant vaciló.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando —repitió.

—No, claro que no.

—Es que es tan terriblemente honrado —dijo Rósant, su bigotito se levantó en una sonrisa burlona casi imperceptible—. No es capaz de entender que es mejor que este asunto lo llevemos nosotros mismos.

Valgerdur estaba esperando a Erlendur en el bar. Estaba igual que en su último encuentro, cuidadosamente maquillada para destacar los rasgos del rostro, vestida con una camisa de seda blanca debajo de una chaqueta de cuero negro. Se dieron la mano y ella sonrió vacilante. Erlendur pensó que a lo mejor aquel encuentro sería como un nuevo comienzo en su relación. No era capaz de adivinar qué querría de él, era como si hubiera dicho la palabra final sobre la relación cuando se despidieron en el vestíbulo del hotel. La mujer sonrió y preguntó si podía invitarle a algo del bar, o si estaba de servicio.

—En las películas, los polis nunca pueden beber cuando están de servicio —dijo.

—Yo no voy al cine —dijo Erlendur, sonriente.

—No —dijo ella—. Lees libros sobre accidentes y muertes.

Se sentaron en un rincón del bar y miraron en silencio el movimiento de los clientes. A medida que se iba aproximando la Navidad, Erlendur tenía la sensación de que aumentaba el ruido que producían los huéspedes, las canciones navideñas sonaban sin pausa en la red de altavoces, y los extranjeros acarreaban paquetes muy adornados y bebían cerveza como si no supieran que era más cara que en cualquier otro sitio de Europa, si no del mundo entero.

—Al fin conseguisteis tomar las muestras a Wapshott —dijo.

—¿Pero qué clase de tío es ese? Tuvieron que tirarlo al suelo y abrirle la boca a la fuerza. Era penoso ver cómo se movía, cómo peleaba contra todos los que había en la celda.

—No me aclaro muy bien con él —dijo Erlendur—. No sé que está haciendo exactamente aquí y no tengo ni idea de lo que oculta.

No quería entrar en más detalles sobre Wapshott, ni referirse a la pornografía infantil ni a los juicios por delitos sexuales en el Reino Unido. No le parecía apropiado hablar de ello con Valgerdur, aparte de que Wapshott, pese a todo, tenía pleno derecho a que no le contasen su vida privada al primero que apareciera por allí.

—Supongo que tú estarás mucho más acostumbrado que yo a esas cosas —dijo Valgerdur.

—Yo nunca le he tomado una muestra de saliva a alguien tirado en el suelo mientras se retuerce y vocifera.

Valgerdur rio.

—No era de eso de lo que quería hablar —dijo—. No había salido así con nadie que no fuera mi marido durante... creo que treinta años. Así que tendrás que perdonarme si parezco... patosa.

—Pues entonces somos igual de patosos —dijo Erlendur—. Yo tampoco tengo mucha experiencia. Pronto hará un cuarto de siglo que me divorcié de mi mujer. Las mujeres de mi vida se pueden contar con tres dedos de la mano.

—Creo que me voy a divorciar de él —dijo Valgerdur con tristeza, y Erlendur la miró.

—¿Qué quieres decir? —dijo—. ¿Te vas a divorciar de tu marido?

—Creo que todo ha acabado ya entre nosotros, y quería pedirte perdón.

—¿A mí?

—Sí, a ti —dijo Valgerdur—. Soy idiota —suspiró—. Pensaba utilizarte para vengarme de él.

—No comprendo adónde quieres llegar —dijo Erlendur.

—Yo tampoco lo sé demasiado bien. Ha sido horrible desde que me enteré.

—¿De qué?

—De que me engaña.

Lo dijo como si estuviera hablando de una realidad con la que no tenía más remedio que vivir, y Erlendur no comprendía cuáles eran sus sentimientos en aquel momento. En sus palabras solo halló el vacío.

—No sé ni cuándo ni por qué empezó —dijo ella.

Calló y Erlendur no supo qué decir, así que guardó silencio él también.

—¿Tú engañabas a tu mujer? —preguntó ella de repente.

—No —dijo Erlendur—. No tuvo nada que ver con algo por el estilo. Éramos jóvenes y no teníamos nada en común.

—Nada en común —repitió Valgerdur, con la mente en algún otro sitio—. ¿Qué es tener algo en común?

—¿Y tienes intención de separarte de él?

—Estoy intentando poner en orden las cosas —dijo—. Quizá dependerá también de lo que haga él.

—¿Qué clase de infidelidad es la suya?

—¿Qué clase? ¿Es que hay diferencia entre una infidelidad y otra?

—¿Ha sido cosa de muchos años seguidos, o es algo reciente? ¿O quizás ha estado con más de una?

—Dice que lleva dos años con la misma mujer. No he sido capaz de preguntarle por el pasado, ni si ha habido otras mujeres, de las que yo no sepa nada. Nunca se sabe. Una confía en su gente, en su marido, hasta que un día él se pone a hablar del matrimonio y dice que conoce a esa mujer y que lleva dos años con ella, y una se siente como una idiota. No tienes ni idea de lo que te está diciendo. Y luego resulta que han estado viéndose en hoteles como este...

Valgerdur calló.

—¿Está casada esa mujer? —preguntó Erlendur.

—Divorciada. Es cinco años más joven que él.

—¿Te ha dado alguna explicación por su infidelidad? ¿Por qué...?

—¿Quieres decir que si es culpa mía? —le interrumpió Valgerdur.

—No, yo preten...

—A lo mejor es culpa mía —dijo ella—. No lo sé. No ha aparecido ninguna explicación. Solo enfado e incomprensión, creo.

—¿Y vuestros dos hijos?

—No les hemos dicho nada. Ninguno de los dos vive ya en casa. Quizá sea esa la explicación. Muy poco tiempo para nosotros mientras estaban en casa, demasiado tiempo desde que se marcharon. Tal vez acabamos convirtiéndonos en unos desconocidos el uno para el otro, después de tantos años.

Callaron.

—No necesitas pedirme disculpas, en absoluto —dijo Erlendur finalmente, mirándola—. De ninguna manera. Soy yo quien tendría que pedirte excusas por no haber sido sincero contigo. Por mentirte.

—¿Por mentirme? ¿A mí?

—Preguntaste por qué tenía tanto interés por las muertes en las montañas, por los que se extraviaban en páramos y barrancos, y no te dije la verdad. Es porque casi nunca he hablado de ello y me cuesta mucho hacerlo, supongo. Tengo la sensación de que es

algo que no le importa a nadie. Ni siquiera a mis hijos. Mi hija corrió peligro de muerte y pensé que se iba a morir; solo entonces sentí la necesidad de hablarle de ello. De contárselo todo.

—¿Hablar de qué? —preguntó Valgerdur con gran tacto—. ¿De algo que sucedió?

—Mi hermano se perdió en la montaña —dijo Erlendur—. Cuando tenía ocho años. Jamás lo encontraron.

Le había dicho en voz alta a una mujer completamente desconocida en el bar de un hotel lo que había guardado oculto en su corazón desde que podía recordar. Quizá se trataba de un sueño largamente ansiado. Quizá ya no quería continuar sintiéndose solo en medio de la ventisca.

—Hay un relato que habla de nuestro caso en uno de esos libros sobre personas desaparecidas que estoy siempre leyendo —continuó—. Un relato de lo que sucedió cuando mi hermano se extravió, de la búsqueda y del profundo dolor que se abatió sobre toda la familia. Una descripción curiosamente exacta, tomada de labios de una de las personas más importantes de la comarca, y escrita por un amigo de mi padre. Aparecen nuestros nombres y todos los detalles sobre nuestra forma de vivir y la reacción de mi padre, que parecía extraña, porque quedó hundido en la más absoluta desesperación y atenazado por un terrible sentimiento de culpa; se recluyó en su habitación, sentado, con la mirada perdida, y no se movió mientras los demás hacían todo lo posible por encontrar al niño. No nos pidieron permiso para editar el relato, y mis padres se sintieron profundamente heridos. Te lo puedo enseñar, si quieres.

Valgerdur asintió.

Erlendur empezó a contárselo. Ella le escuchaba en silencio, y cuando acabó su relato, se echó hacia atrás en su silla y suspiró.

—Entonces, ¿nunca lo encontrasteis? —dijo.

Erlendur sacudió la cabeza.

—Mucho tiempo después de que sucediera eso, e incluso a veces hoy día, me imagino que no está muerto. Que pudo bajar del páramo, perdido y amnésico, y que un día me encontraré con él por casualidad. A veces lo busco entre la gente e intento imaginar qué aspecto tendría ahora. No es una reacción excepcional, cuando no se han hallado los restos mortales. Lo sé por la policía. La gente se aferra a la esperanza cuando ya no queda nada más.

—Os queríais mucho tu hermano y tú —dijo Valgerdur.

—Nos llevábamos muy bien —dijo Erlendur.

Estaban sentados en silencio viendo el ajeteo del hotel, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos. Los vasos estaban vacíos y a ninguno de los dos se le ocurrió pedir más bebidas. Transcurrió así un tiempo considerable, hasta que Erlendur carraspeó, se inclinó hacia ella y con un tono vacilante le hizo la pregunta que le rondaba desde que ella empezó a hablar de la infidelidad de su esposo.

—¿Sigues queriendo vengarte de él?

Valgerdur lo miró y asintió con la cabeza.

—Pero no todavía —dijo—. No puedo...

—No —dijo Erlendur—. Tienes razón. Claro.

—Cuéntame alguna de esas desapariciones que te interesan. De las que estás siempre leyendo.

Erlendur sonrió, pensó durante unos instantes y empezó a contarle una desaparición que se produjo a la vista de todos; la historia de la desaparición de Jón Bergthórsson, un ladrón de Skagafjórður.

Había ido a la banquisa del fiordo a coger un tiburón que habían sacado por un agujero en el hielo el día anterior. De pronto empezó a soplar un fuerte viento del sur, se puso a llover, y el hielo se rajó y empezó a desplazarse mar adentro. Era imposible acudir a rescatar a Jón en una barca a causa del empeoramiento del tiempo, y el hielo se alejó hacia la salida del fiordo, empujado por el viento del sur.

La última vez que vieron a Jón fue a través de un catalejo: corría de acá para allá sobre un témpano de hielo que se perdía en el horizonte, hacia el norte.

La tranquila música del bar ejercía un efecto relajante sobre ellos, y permanecieron sentados en silencio hasta que Valgerdur se inclinó hacia él y le tomó la mano.

—Es mejor que me marche ya —dijo.

Erlendur asintió con la cabeza y los dos se pusieron en pie. Ella le besó en la mejilla y durante un instante se arrimó a él.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Eva Lind había entrado en el bar y los miraba desde lejos. Los vio levantarse, vio que ella le besaba y parecía arrimarse a él. Eva Lind dio un respingo y se acercó a ellos con rapidez.

—¿Quién coño eres tú, tía? —dijo Eva, mirándolos a los dos fijamente.

—Eva —dijo Erlendur secamente, sorprendido de ver a su hija en el bar así, de repente—. Sé amable.

Valgerdur alargó la mano. Eva Lind recorrió a la mujer con la mirada y luego la dirigió a la mano extendida. Erlendur miró a una y a la otra, y finalmente clavó los ojos en Eva.

—Se llama Valgerdur y es una buena amiga —dijo.

Eva Lind miró a su padre y luego otra vez a Valgerdur, pero no aceptó su mano. Valgerdur sonrió incómoda y dio medio vuelta. Erlendur la vio salir del bar y siguió mirándola mientras cruzaba el vestíbulo. Eva Lind se acercó a él.

—¿Esto qué es? —dijo—. ¿Andas comprando tías en el bar?

—¡Qué descarada eres! —exclamó Erlendur—. ¿Cómo se te ocurre comportarte de esta forma? Esto no es asunto tuyo. ¡Déjame en paz, coño!

—¡Vaya! ¡Tú puedes andar metiendo las narices en mis asuntos todo el puto día y yo no puedo saber con quién follas tú en el hotel!

—¡Deja de decir barbaridades! ¿Por qué te crees que puedes hablarme así?

Eva Lind calló, pero miró furiosa a su padre. Él clavó los ojos en ella con idéntico enfado.

—¿Qué coño quieres de mí, niña?! —le gritó, y luego echó a correr detrás de Valgerdur. Ya había salido del hotel, y a través de la puerta giratoria la vio entrar en un taxi. Cuando llegó a la acera, delante del hotel, vio los rojos pilotos traseros del taxi alejarse y desaparecer por la esquina.

Erlendur se quedó mirando el taxi y maldijo en silencio. No le apetecía nada volver al bar, donde le esperaba Eva Lind, y con la mente en otro sitio entró y bajó por la escalera hacia el sótano, sin darse cuenta de lo que hacía hasta que se encontró en el pasillo del cuchitril de Gudlaugur. Encontró un interruptor, lo pulsó y las escasas bombillas que aún funcionaban arrojaron sobre el pasillo una fúnebre claridad. Fue hasta el cuartucho, abrió la puerta y encendió la luz. El póster de Shirley Temple apareció ante sus ojos.

La pequeña princesa.

Oyó pasos ligeros en el pasillo y supo quién era antes de que Eva Lind apareciese

por la puerta.

—La de arriba me dijo que te había visto bajar al sótano —dijo Eva mirando la habitación. Sus ojos se detuvieron en la mancha de sangre de la cama—. ¿Fue aquí donde sucedió? —preguntó.

—Sí —dijo Erlendur.

—¿Qué póster es ese?

—No lo sé —dijo Erlendur—. No comprendo cómo puedes comportarte así. No debiste llamarla «tía» y negarte a darle la mano. Ella no te ha hecho nada.

Eva Lind calló.

—Debería darte vergüenza —dijo Erlendur.

—Perdona —dijo Eva.

Erlendur no respondió. Estaba allí, en pie, contemplando el póster. Shirley Temple con un precioso vestido de verano y un lazo en el pelo, sonriendo en colores. *The Little Princess*. Filmada en 1939, sobre una historia de Frances Hodgson Burnett. Temple hacía el papel de una niña muy despierta a la que mandaban a un internado de Londres porque su padre tenía que viajar al extranjero; y la abandonaba en manos del severo director del centro.

Sigurdur Óli había buscado datos sobre la película en internet. La información disponible no les desveló el motivo por el que Gudlaugur guardaba aquel póster colgado en su cuarto.

La pequeña princesa, pensó Erlendur.

—De pronto me puse a pensar en mamá —dijo Eva Lind detrás de él—. Cuando vi a esa mujer contigo en el bar. Y en Sindri y en mí, por quienes no has mostrado nunca el más mínimo interés. Me puse a pensar en todos nosotros. En nosotros como familia, porque se mire como se mire seguimos siendo una familia. Al menos, así es como yo lo veo.

Erlendur se volvió hacia ella.

—No comprendo por qué nos abandonaste —continuó Eva—. Sobre todo a mí y a Sindri. No consigo entenderlo. Y tú no ayudas mucho, precisamente. Nunca quieres hablar de nada que tenga que ver contigo. Nunca dices nada. Es como hablar con una pared.

—¿Por qué necesitas explicaciones para todo? —dijo Erlendur—. Hay cosas que no tienen explicación. Y cosas que no necesitan explicarse.

—¡Ya habló el madero!

—La gente habla demasiado —dijo Erlendur—. Deberían callar más. Sería mejor para ellos.

—Estás hablando de criminales. Siempre estás pensando en crímenes. ¡Nosotros somos tu familia!

Callaron.

—Probablemente cometí un error —dijo luego Erlendur—. No con vuestra madre, creo. Aunque tal vez sí. No lo sé. La gente se divorcia, y a mí me resultaba

insoponible la vida con ella. Pero seguramente hice mal con Sindri y contigo. Y quizá no me di cuenta hasta que tú me encontraste y luego empezaste a visitarme, y algunas veces traías a tu hermano. No me había dado cuenta cabal de que tenía dos hijos con los que no había estado en contacto en toda su infancia y que, siendo tan jóvenes aún, estaban llevando ya una vida caótica, y empecé a darle vueltas a la idea de si mi indiferencia habría podido ser la causa de aquello. He pensado mucho en por qué fueron así las cosas. Igual que tú, exactamente igual. Por qué no acudí a los tribunales para conseguir un régimen de visitas y por qué no peleé como una fiera para tenerlos conmigo. O por qué no intenté hablar con vuestra madre para llegar a un acuerdo. O simplemente, presentarme en la puerta de vuestro colegio y raptaros.

—Simplemente, porque no sentías el más mínimo interés por nosotros —dijo Eva Lind—. ¿No es esa la realidad?

Erlendur calló.

—¿No es esa la realidad? —repitió Eva.

Erlendur sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Me gustaría que todo fuera más sencillo.

—¿Sencillo? ¿Qué quieres decir?

—Creo...

—¿Qué?

—No sé cómo expresarlo. Creo...

—Sí.

—Creo que yo también me morí en el páramo.

—¿Cuándo murió tu hermano?

—Es difícil explicarlo, y puede que hasta imposible. Tal vez sea imposible explicar todas las cosas, y quizá haya algunas cosas que es mejor dejarlas sin explicar.

—¿Qué quiere decir eso de que te moriste en el páramo?

—Yo no soy... había algo en mí que murió.

—Quieres...

—Me encontraron y me salvé, pero también estaba muerto. Murió algo dentro de mí. Algo que tenía antes. No sé exactamente lo que era. Mi hermano murió y creo que algo murió también en mí. Siempre pensé que era responsabilidad mía cuidarlo, y que le fallé. Así me he sentido siempre, desde entonces. He tenido sentimiento de culpa porque fui yo, y no él, quien sobrevivió. Desde entonces evité responsabilizarme de nadie. Y aunque no puedo afirmar que a mí me abandonaran, como hice yo con Sindri y contigo, era como si yo ya no tuviera ninguna importancia. No sé si es cierto, y nunca podré saberlo, pero es lo que empecé a sentir cuando me bajaron del páramo, y es lo que he sentido desde entonces.

—¿Durante todos estos años?

—El tiempo no cuenta para los sentimientos.

—¿Porque fuiste tú y no él quien sobrevivió?

—En lugar de intentar construir algo a partir de esa destrucción, como creo que intenté al conocer a vuestra madre, me enterré más y más profundamente en ella, porque es más cómodo, y porque uno se siente como protegido ahí dentro. Como cuando tú te drogas. Es más cómodo. Es tu refugio. Y como sabes, aunque uno se dé cuenta de que está dañando a otros, uno mismo es lo más importante. Por eso sigues drogándote. Por eso me entierro una y otra vez en la nieve del páramo.

Eva Lind miró fijamente a su padre, y aunque no comprendía plenamente lo que le decía, sí pudo entender que estaba intentando explicarle, con el corazón en la mano, algo que había sido siempre un misterio para ella y que un día la impulsó a buscarlo. Comprendía que había llegado a un lugar que nadie había alcanzado nunca, ni siquiera él mismo, salvo para asegurarse de que todo siguiera oculto.

—¿Y esa mujer? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Erlendur se encogió de hombros, como si volviera a cerrar la puerta que se había abierto en él.

—No lo sé —dijo.

Los dos callaron un buen rato hasta que Eva Lind dijo que tenía que marcharse y salió al pasillo. No parecía muy segura de qué dirección debía seguir y escrutó la oscuridad del extremo del pasillo; de pronto Erlendur se dio cuenta de que se había puesto a olisquear como un perro.

—¿Notas el olor? —dijo ella, levantando la nariz al aire.

—¿Qué olor? —dijo sin comprender nada.

—Un olor como a hachís —dijo Eva.

—¿Olor a hachís? —dijo Erlendur—. ¿De qué estás hablando?

—Hachís —dijo Eva Lind—. Estoy hablando de hachís. ¿Me estás diciendo que nunca has olido el hachís?

—¿El hachís?

—¿No notas el olor?

Erlendur avanzó por el pasillo y empezó también a olisquear el aire.

—¿Eso es hachís? —dijo.

—Yo debería saberlo, creo —dijo Eva Lind mientras seguía olisqueando.

—Alguien ha estado fumando hachís aquí, y no hace mucho tiempo —añadió.

Erlendur sabía que habían iluminado el final del pasillo cuando estuvieron investigando el escenario del crimen, pero no estaba seguro de que lo hubiera registrado a fondo.

Miró a Eva Lind.

—¿Hachís?

—El mismo olor —dijo ella.

Volvió a entrar en la habitación, cogió una silla y la puso debajo de una de las bombillas del pasillo que funcionaban, y la desenroscó. La bombilla quemaba, así que tuvo que usar la manga de la chaqueta para sacarla. Encontró una bombilla estropeada en la zona oscura del final del pasillo y la cambió. De pronto, la oscuridad

se iluminó y Erlendur saltó de la silla.

Al principio no vieron nada que les llamara la atención, pero luego Eva Lind señaló a su padre lo cuidadosamente limpio que parecía aquel rincón en comparación con el resto del pasillo. Erlendur asintió. Era como si alguien se hubiera dedicado a limpiar hasta la más mínima mancha del suelo, e incluso hubiera fregado las paredes.

Erlendur se puso en cuclillas y examinó el suelo con detenimiento. Los tubos del agua caliente pasaban junto a la pared cerca del suelo, y se puso a cuatro patas para mirar bajo los tubos y entre ellos.

Eva Lind lo vio detenerse y pasar la mano bajo los tubos para coger algo que le había llamado la atención. Se puso en pie, se acercó a ella y le enseñó lo que había encontrado.

—Al principio creí que era una gran caca de rata —dijo sosteniendo un pequeño objeto marrón entre los dedos.

—¿Qué es? —preguntó Eva Lind.

—Es una bolsita —dijo Erlendur.

—¿Una bolsita?

—Sí, con tabaco de mascar, del que se pone por debajo del labio. Alguien ha tirado o escupido su tabaco en el pasillo.

—¿Quién? ¿Quién ha estado en el pasillo?

Erlendur miró a Eva Lind.

—Alguien que es más puta que yo —dijo.

VÍSPERAS DE NAVIDAD

Le informaron de que Ösp estaba trabajando en la planta de encima de su habitación y subió por la escalera después de tomar café y pan con mantequilla en el bufé del desayuno.

Se puso en contacto con Sigurdur Óli para que averiguara cierta información que necesitaba y llamó a Elínborg para saber si se había acordado de hablar con la mujer con la que Stefanía dijo haber tenido una cita en el hotel el día que la grabaron con las cámaras de vigilancia. Elínborg no estaba en su casa y no contestó al móvil.

Erlendur se había pasado la noche despierto, metido en la cama, en total oscuridad. Cuando por fin se levantó, miró por la ventana del hotel. Este año sí que habría navidades blancas. Se había puesto a nevar en serio. Lo vio a la luz del alumbrado de la calle. La nieve, al caer, entraba en los conos de luz de las farolas y formaba una especie de telón muy apropiado para la víspera de Navidad.

Eva Lind se despidió en el pasillo del sótano. Iría a verlo a su casa esa misma noche, Nochebuena. Pensaban cocinar tasajo ahumado, y al despertar, Erlendur se puso a pensar en qué podría ofrecerle como regalo de Navidad. Siempre le había regalado chucherías sin importancia cuando iba a pasar las navidades a su casa, y ella le regalaba calcetines, que confesaba haber robado, y en una ocasión unos guantes, que dijo haber comprado, y que él no tardó mucho tiempo en perder. Ella nunca le preguntó por ellos. Quizá lo que más le gustaba de su hija era que nunca preguntaba nada que no fuera realmente importante.

Sigurdur Óli le devolvió la llamada con las informaciones solicitadas. No eran gran cosa, pero sí suficiente. Erlendur no sabía exactamente lo que estaba buscando, pero le pareció conveniente verificar su hipótesis.

Miró cómo trabajaba, igual que hizo la otra vez, hasta que ella se percató de su presencia. No le dio la impresión de que se sobresaltara lo más mínimo al verlo.

—¿Ya estás levantado? —dijo la muchacha, como si fuera el huésped más dormilón de todo el hotel.

—No podía dormir —dijo Erlendur—. En realidad me pasé toda la noche pensando en ti.

—¿En mí? —dijo Ösp, metiendo un montón de toallas en el cesto de ropa sucia—. Espero que no fueran guarrerías. Ya he cubierto mi cupo de guarrerías en este hotel.

—No —dijo Erlendur—. Nada de guarrerías.

—El Gordo me preguntó si te había estado metiendo gilipolleces en la cabeza. Y el cocinero me gritó como si estuviera robando de su bufé. Saben que hemos hablado tú y yo.

—De una forma u otra, en este hotel todo el mundo lo sabe todo sobre todo el mundo —dijo Erlendur—. Pero luego, en realidad, nadie dice nada sobre nadie. Es muy difícil tratar con gente así. Como tú, por ejemplo.

—¿Como yo? —Ösp entró en la habitación que estaba arreglando y Erlendur la acompañó como la vez anterior.

—Tú le dices a uno todo lo que sabes y uno se cree hasta la última palabra porque pareces sincera y parece que dices la verdad, pero luego resulta que solo has contado una pequeña parte de lo que sabes, lo que también es una forma de mentira. Muy seria, sobre todo para nosotros. Para los maderos. Ese tipo de mentira. ¿Sabes de lo que te estoy hablando?

Ösp no respondió. Estaba concentrada en cambiar las sábanas. Erlendur la observó. No era capaz de saber en qué estaba pensando. Hacía como si él no estuviera en la habitación. Como si se lo pudiera quitar de encima simplemente haciendo como si no existiera.

—Por ejemplo, no me dijiste que tenías un hermano —dijo Erlendur.

—¿Por qué iba a decírtelo?

—Porque tiene un problema.

—No tiene ningún problema.

—No conmigo —dijo Erlendur—. Yo no le he causado ningún problema. Pero tiene un problema y a veces acude a su hermana, cuando necesita ayuda.

—No tengo ni idea de adónde quieres ir a parar —dijo Ösp.

—Te lo voy a decir. Ha estado en prisión dos veces, no mucho tiempo, por asalto y robo. Algunas cosas se saben, otras no, naturalmente, como siempre. Es un caso típico de pequeño delincuente que actúa cuando necesita dinero. Un caso típico de drogadicto que roba cuando se le acumulan las deudas. Consume las drogas más caras y nunca tiene suficiente dinero. Pero los traficantes no se andan con chiquitas. Le han pegado más de una paliza. Una vez le amenazaron con romperle la rodilla a mazazos. Así que tiene que hacer otras cosillas, además de robar para conseguir la droga. Para pagar sus deudas.

Ösp dejó la ropa de cama.

—Utiliza diversos métodos para cubrir sus necesidades —dijo Erlendur—. Probablemente ya lo sabes. Como hacen todos esos chicos. Los chicos que son yonquis sin remedio.

Ösp no respondió.

—¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—¿Fue Stína quien te contó todo eso? —dijo Ösp—. La vi ayer en el hotel. La he visto muchas veces por aquí, y si aquí hay una puta, es ella.

—Ella no me contó nada de esto —dijo Erlendur, que no estaba dispuesto a permitir que Ösp cambiara de tema—. No hace mucho tiempo que tu hermano estuvo en el pasillo del sótano donde vivía Gudlaugur. Incluso es posible que haya estado allí después del crimen. En lo más profundo del pasillo reina la oscuridad y allí no va nadie. Es posible que haya estado allí hace poquísimo tiempo. Aún queda el olor que dejó, un olor que reconocen los que entienden de eso. Los que entienden de fumar hachís, tomar speed y pincharse heroína.

Ösp se quedó mirándolo. Erlendur no tenía muchos elementos cuando fue a verla. Solo que aquel rincón del pasillo había sido fregado con mucho esmero, pero en el rostro de la joven vio que lo que le había dicho no andaba muy desencaminado. Se preguntaba si debería arriesgarse un poco más. Estuvo un momento sin saber qué hacer hasta que se decidió a intentarlo.

—También encontramos tabaco de mascar del suyo —dijo Erlendur—. ¿Hace mucho que lo toma?

Ösp volvió a clavar los ojos en él sin decir ni una palabra. Finalmente bajó la vista hacia la cama y la sábana que tenía en las manos. Miró un largo rato la sábana, luego pareció rendirse y la dejó caer sobre la cama.

—Desde los quince años —dijo en voz tan baja que Erlendur apenas la oyó.

Erlendur esperó a que continuara, pero la joven no dijo nada más y los dos se quedaron uno frente al otro en la habitación del hotel, y Erlendur dejó que el silencio viviera un rato. Finalmente, Ösp dejó escapar un profundo suspiro y se sentó en la cama.

—Siempre está sin blanca —dijo en voz baja—. Debe dinero a todo el mundo. Siempre. Y lo amenazan y le pegan, pero él sigue y sigue acumulando más deudas. A veces consigue algo de dinero y puede pagar una parte. Mis padres están ya hartos de él. Le echaron de casa cuando tenía diecisiete años. Le enviaban a hacer curas de desintoxicación pero él se fugaba. Se pasaba quizá una semana sin venir por casa y ellos ponían anuncios en los periódicos para encontrarlo. A él le importaba todo una mierda. Desde entonces anda perdido por ahí. Yo soy la única de la familia que mantiene algún contacto con él. A veces lo dejo entrar en el sótano en invierno. Duerme allí, en ese rincón, cuando tiene que esconderse. Le he prohibido tener drogas allí, pero no me hace ningún caso. No le hace caso a nadie.

—¿Le das dinero para pagar a esos hombres?

—A veces, pero nunca es suficiente. Han ido a casa de mis padres y los han amenazado, y han roto el coche de mi padre. Mis padres intentan pagar para librarse de ellos, pero la cantidad es enorme. Además hacen aumentar esas sumas con unos intereses desorbitados, y cuando mis padres acuden a la policía, a tipos como tú, se limitan a decirles que no pueden hacer nada porque se trata de simples amenazas, y al parecer no hay nada malo en amenazar a la gente.

Miró a Erlendur.

—Si matan a papá, quizás os pongáis a investigar el caso.

—¿Tu hermano conocía a Gudlaugur? Deben de haberse enterado de la presencia del otro ahí en el pasillo.

—Se conocían —dijo Ösp en un hondo suspiro.

—¿Cómo?

—Gulli le pagaba por... —Ösp calló.

—¿Por qué?

—Por servicios que le hacía.

—¿Servicios sexuales?

—Sí, servicios sexuales.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi hermano me lo dijo.

—¿Estuvo con Gudlaugur esa tarde?

—No lo sé. Hace muchos días que no lo veo, y desde luego no desde... —calló—. No lo he visto desde que apuñalaron a Gudlaugur —prosiguió—. No hemos tenido ningún contacto.

—Creo que es posible que estuviera en el pasillo no hace mucho. Después del asesinato de Gudlaugur.

—Yo no lo he visto.

—¿Crees que pudo ser él quien agredió a Gudlaugur?

—No lo sé —dijo Ösp—. Lo único que sé es que nunca ha agredido a nadie. Está siempre huyendo, y ahora estará huyendo también, seguro, aunque no haya hecho nada. Nunca le ha hecho nada a nadie.

—¿Y no sabes dónde puede estar ahora?

—No. No he tenido noticias suyas.

—¿Sabes si conocía al inglés ese del que te hablé, Henry Wapshott? El de la pornografía infantil.

—No, no le conocía. Creo que no. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Tu hermano es homosexual?

Ösp lo miró.

—Sé que hace de todo por dinero —respondió—. Pero no creo que sea gay.

—¿Querías decirle que quiero hablar con él? Si notó algo raro en el sótano, tengo que interrogarlo. También tengo que preguntarle sobre su relación con Gudlaugur. Necesito saber si estuvo con él el día que le mataron. ¿Me harás ese favor? Dile que tengo que hablar con él.

—¿Crees que fue él quien lo hizo? ¿Que fue él quien mató a Gudlaugur?

—No lo sé —dijo Erlendur—. Si no tengo noticias de él enseguida, tendré que ordenar su busca y captura.

Ösp no mostró reacción alguna.

—¿Sabías que Gudlaugur era gay? —preguntó Erlendur.

Ösp levantó los ojos.

—A juzgar por lo que decía mi hermano, parece que lo era. Y a juzgar por lo que le pagaba a mi hermano por estar con él...

Ösp calló.

—¿Sabías que Gudlaugur estaba muerto cuando te pidieron que fueras a buscarlo? —preguntó Erlendur.

La muchacha lo miró.

—No, no lo sabía. No intentes cargarme eso. ¿Es lo que intentas hacer? ¿Crees que fui yo quien lo mató?

—No me hablaste de la presencia de tu hermano en el sótano.

—Él está siempre metido en problemas, pero sé que él no lo hizo. Sé que no podría hacer una cosa así. Jamás.

—Supongo que tenéis una buena relación, ya que te preocupas tanto por él.

—Siempre nos hemos llevado bien —dijo Ösp, poniéndose en pie—. Hablaré con él si se pone en contacto conmigo. Le diré que tienes que verlo por si sabe algo sobre lo que sucedió.

Erlendur asintió con la cabeza y le dijo que seguiría en el hotel hasta esa tarde, y que estaría localizable en cualquier momento.

—Tiene que ser enseguida, Ösp —dijo finalmente.

Cuando Erlendur bajó al vestíbulo vio a Elínborg ante el mostrador de recepción. El recepcionista jefe señaló en su dirección, y ella se dio la vuelta. Estaba buscándolo y se dirigió hacia él con pasos rápidos y un gesto de preocupación que Erlendur casi nunca veía en ella.

—¿Pasa algo? —le preguntó cuando se acercó.

—¿Podemos sentarnos en algún sitio? —dijo ella—. ¿Ya está abierto el bar? ¡Dios mío, qué trabajo más horrible! No sé para qué se dedica una a esto.

—¿Qué pasa? —preguntó Erlendur. La tomó del brazo y la acompañó al bar. La puerta estaba cerrada pero no con llave, y entraron. Aunque se pudiera acceder, el bar en sí estaba cerrado. Erlendur vio en un cartel que no abría hasta una hora más tarde. Se sentaron en un reservado.

—Además, la Navidad va a ser una catástrofe en mi casa —dijo Elínborg—. Nunca había hecho tan pocos pasteles. Y esta noche viene mi familia política y...

—Dime lo que ha pasado —dijo Erlendur.

—¡Menudo caos! —dijo ella—. No le comprendo. No consigo comprenderle.

—¿A quién?

—¡Al niño! —dijo Elínborg—. No comprendo qué pretende.

Le contó a Erlendur que la noche anterior, en vez de marcharse a su casa a cocinar, se había ido a Kleppur. No sabía bien por qué, pero el caso del padre y su hijo no se le iba de la mente. Cuando Erlendur le indicó que a lo mejor ya estaba harta de preparar galletitas para su familia política, no le dedicó ni una sonrisa.

Ya había estado antes en el psiquiátrico para intentar hablar con la madre del muchacho, pero la mujer estaba tan enferma que no consiguió obtener ninguna información útil. Y lo mismo pasó cuando fue a verla esa tarde. La madre estaba sentada, balanceándose hacia delante y atrás sin saber en qué mundo vivía. Elínborg no sabía muy bien lo que pretendía sacar de ella, pero pensaba que podría saber algo sobre la relación entre padre e hijo que no hubiera salido antes a relucir.

Sabía que la madre solo permanecía ingresada en el psiquiátrico durante periodos cortos. La internaban cuando empezaba a tirar los medicamentos por el retrete de su casa. Cuando tomaba la medicación, solía estar perfectamente. Se ocupaba bien del hogar. Cuando Elínborg la mencionó en su charla con los maestros del niño, resultó que al parecer también se ocupaba bastante bien de él.

Elínborg estaba sentada en la sala de estar del servicio de psiquiatría, y una enfermera acompañó a la madre hasta allí. La veía rizándose el pelo con el dedo índice una y otra vez, mientras parecía recitar algo en voz tan baja que Elínborg no oía nada. Intentó hablar con ella pero era como si no estuviese allí. La mujer no mostró ninguna reacción ante sus preguntas. Parecía una sonámbula.

Elínborg pasó un buen rato sentada con ella, hasta que empezó a pensar en todos los tipos de galletitas que aún le quedaban por preparar. Se levantó para buscar a alguien que acompañara a la mujer a su habitación y encontró a un celador en el pasillo. Tendría unos treinta años y parecía practicar la halterofilia. Llevaba pantalones blancos y camiseta de manga corta, también blanca, y los poderosos músculos de sus brazos se hinchaban con cada movimiento. Iba rapado, y su rostro era redondeado y regordete, con unos ojos pequeños y hundidos. Elínborg no le preguntó su nombre.

La acompañó al salón.

—Vaya, si es la buena de Dora —dijo el celador. Se acercó a la mujer y la levantó, tomándola por un brazo—. Estás muy tranquila esta tarde.

La mujer se levantó, igual de abstraída que antes.

—Mira cómo te han drogado, pobrecilla —dijo el celador, y a Elínborg no le gustó el tono que empleó. Era como si estuviera hablándole a una niña de cinco años. ¿Y qué significaba eso de estar tranquila esta tarde? No pudo contenerse.

—Haz el favor de no hablarle como si fuera una niña pequeña —dijo más secamente de lo que pretendía.

El celador la miró.

—¿Es que es asunto tuyo? —dijo.

—Tiene derecho a que se la trate con el mismo respeto que a cualquier otra persona —dijo Elínborg, reprimiéndose para no decir que era policía.

—Es posible —dijo el celador—. Y no creo que yo le esté faltando al respeto. Venga, Dora —dijo luego, llevando a la mujer por el corredor.

Elínborg caminaba justo detrás de ellos.

—¿A qué te referías al decir que esta tarde está tranquila?

—¿Tranquila esta tarde? —la imitó el celador, volviendo la cabeza hacia Elínborg.

—Dijiste que estaba tranquila esta tarde —dijo Elínborg—. ¿Tendría que estar de alguna otra forma?

—A veces llamo a Dora la Fugitiva —dijo el celador—. Está siempre escapándose.

Elínborg no le comprendió.

—¿De qué me hablas?

—¿No has visto la película? —dijo el celador.

—¿Se escapa? —preguntó Elínborg—. ¿Del hospital?

—O cuando vamos de excursión a la ciudad —dijo el celador—. La última vez se escapó durante una excursión. Nos volvimos locos hasta que la encontrasteis en Hlemmur, en la estación de autobuses, y la trajisteis al hospital. Vosotros no fuisteis tan respetuosos con ella.

—¿Nosotros?

—Sé que eres de la policía. Vosotros nos la entregasteis.

—¿Qué día fue eso?

El hombre reflexionó un momento. Él estaba con ella y otros dos pacientes cuando se les perdió. En ese momento estaban en Laekjartorg. Recordaba perfectamente cuándo fue. Fue el mismo día en que superó su récord levantando pesas de banca.

La fecha coincidía con la agresión al niño.

—¿No informasteis a su marido cuando se os escapó? —preguntó Elínborg.

—Íbamos a llamarlo cuando la encontrasteis. Siempre les dejamos un margen de tiempo para que vuelvan. Si no, nos pasaríamos el tiempo en el teléfono.

—¿Sabe su marido que la llamáis La Fugitiva?

—No la llamamos así. Es solo cosa mía. Él no lo sabe.

—¿Sabe que se escapa?

—Yo no le he dicho nada. Siempre regresa.

—No puedo creerlo —suspiró Elínborg.

—Hay que sedarla un montón para que no eche a correr —dijo el celador.

—¡Eso lo cambia todo!

—Ven, Dora —dijo el celador, y la puerta del servicio de psiquiatría se cerró tras él.

Elínborg miró fijamente a Erlendur.

—Estaba tan segura de que había sido él. De que era cosa del padre. Y ahora es posible que ella se escapara a casa, agrediera al niño y volviera a desaparecer. ¡Si la pobre criatura se decidiese a abrir la boca!

—¿Por qué iba a agredir ella a su hijo?

—No tengo ni idea —dijo Elínborg—. A lo mejor oye voces.

—¿Y los dedos rotos y los moretones a lo largo de años? ¿Siempre habría sido ella?

—No lo sé.

—¿Has hablado con el padre?

—Vengo de verlo.

—¿Y?

—Naturalmente, no me tiene especial aprecio. No ha podido ver al niño desde que entramos en su casa y lo dejamos todo patas arriba. Ni te cuento todo lo que me ha llamado...

—¿Qué dijo de su mujer, de la madre? —la interrumpió Erlendur, impaciente—. Tiene que haber sospechado de ella.

—El niño no ha dicho nada.

—Excepto que echa de menos a su padre —dijo Erlendur.

—Sí, excepto eso. Su padre se lo encontró arriba, en su habitación, y creyó que había vuelto del colegio en ese estado.

—Tú fuiste al hospital a ver al niño y le preguntaste si fue su padre quien le pegó, y su reacción te convenció de que había sido el padre.

—Debo de malinterpretar al niño —dijo Elínborg, abatida—. Leí algo en su forma de reaccionar...

—Pero no disponemos de nada que demuestre que haya sido la madre. Ni tenemos nada que demuestre que no fue el padre.

—Le dije al padre que había ido al hospital a hablar con su mujer y que no se sabe adónde fue el día en que se produjo la agresión a su hijo. Se quedó muy sorprendido. Como si nunca se le hubiera ocurrido pensar que su mujer podía escaparse del hospital. Sigue pensando que fueron los otros chicos en el patio del colegio. Dijo que el niño nos lo diría si hubiera sido su madre quien le agredió. Está convencido.

—¿Por qué no la denuncia el niño?

—El pobrecillo está en estado de *shock*. No sé.

—¿Tal vez por amor? —dijo Erlendur—. Pese a todo lo que le ha hecho.

—O por miedo —dijo Elínborg—. Quizá por un miedo espantoso a que vuelva a hacerlo. O quizás esté protegiendo a su madre con su silencio. Es imposible decirlo.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Retiramos la acusación contra el padre?

—Iré a hablar con la oficina del fiscal a ver qué dicen.

—Empieza por ahí. Dime otra cosa, ¿llamaste a la mujer que estuvo en el hotel con Stefanía unos días antes de que apuñalaran a Gudlaugur?

—Sí —dijo Elínborg distraída—. Le había pedido que mintiera por ella, pero cuando llegó el momento no pudo hacerlo.

—¿Tenía que mentir por Stefanía?

—Empezó contándome que estuvieron aquí en el bar, pero parecía muy nerviosa, no sabía mentir y se echó a llorar por el teléfono cuando le dije que necesitaba citarla en comisaría para que prestara declaración. Me dijo que Stefanía la había llamado, que las dos eran viejas amigas de una sociedad musical, y le había pedido que dijera que estuvo con ella en este hotel si se lo preguntaban. Me dijo que se negó, pero Stefanía sabía ciertas cosas sobre ella, aunque no quiso decirme de qué se trataba.

—Todo esto ha sido una endeble mentira desde el principio —dijo Erlendur—. Los dos lo sabemos desde que empezó a contármelo. No sé por qué intenta alargar las cosas de esta forma, a menos que sepa que es culpable.

—¿Quieres decir que ella mató a su hermano?

—O que sabe quién lo hizo.

Siguieron sentados durante un rato y tomaron café, hablaron del niño, de sus padres y de las difíciles circunstancias familiares, lo que llevó a Elínborg a preguntarle a Erlendur una vez más qué pensaba hacer en Nochebuena. Él dijo que la pasaría con Eva Lind.

Le contó a Elínborg su hallazgo en el pasillo del sótano y las sospechas de que el hermano de Ösp tenía algo que ver con el caso. Era un desarrapado en continuos problemas económicos, con deudas que era incapaz de saldar. Le dio las gracias a Elínborg por su invitación para Nochebuena y le dijo que se tomara libre el tiempo que quedaba hasta Navidad.

—No queda ya nada para Navidad —dijo Elínborg, sonrió y se encogió de hombros como si la Navidad ya no importara, ni la limpieza ni las galletitas ni los parientes políticos.

—¿Te regalarán algo en Navidad? —preguntó.

—Quizás unos calcetines —respondió Erlendur—. Eso espero.

Vaciló.

—No te tomes demasiado a pecho lo del padre —dijo luego—. Son cosas que pueden pasar. Nos convencemos de nuestras hipótesis y luego llegan las dudas cuando surge algún elemento nuevo.

Elínborg asintió con la cabeza.

Erlendur la acompañó al vestíbulo y se despidieron. Él iba a subir a su habitación para recoger sus cosas. Ya estaba harto de vivir fuera de casa. Había empezado a añorar aquel triste agujero, a añorar sus libros, el sillón e incluso a Eva Lind en el sofá.

Estaba esperando el ascensor cuando Ösp apareció de pronto, sin que él se diera cuenta de que se acercaba.

—Lo he encontrado —dijo.

—¿A quién? —dijo Erlendur—. ¿A tu hermano?

—Ven —dijo Ösp, y fue hacia la escalera que llevaba al sótano. Erlendur vaciló. La puerta del ascensor se abrió y miró el interior de la cabina. Estaba sobre la pista del asesino. A lo mejor, el hermano había venido a entregarse, aconsejado por su hermana; el chico del tabaco de mascar. Por eso, Erlendur ya no sentía tensión. No sentía la expectación ni la sensación de triunfo que suelen acompañar al momento en que se empieza a solucionar un caso. Solo sentía cansancio y hastío, porque aquel caso había despertado muchas conexiones en su mente con su propia infancia, y sabía que le quedaban aún tantas cosas por solucionar en su propia vida que no tenía ni idea de por dónde empezar. Lo que más deseaba era poder olvidarse del trabajo y marcharse a casa. Estar con Eva Lind. Ayudarla a superar las dificultades a las que se estaba enfrentando su hija. Quería dejar de pensar en los demás y empezar a ocuparse de sí mismo y de su propia gente.

—¿Vienes? —dijo Ösp en voz baja desde la escalera, donde le esperaba.

—Ya voy —dijo Erlendur.

La acompañó escaleras abajo a la cantina de personal, donde había hablado con ella por primera vez. Todo seguía estando igual de sucio. Cerró la puerta con llave al entrar. Su hermano estaba sentado junto a una de las mesas y se puso en pie de un salto cuando vio entrar a Erlendur.

—Yo no le hice nada —dijo con voz quejumbrosa—. Ösp dice que crees que lo hice yo, pero yo no hice nada. ¡No le hice nada!

Llevaba un anorak sucio. Una raja en uno de los hombros dejaba ver el relleno blanco. Los pantalones vaqueros estaban negros de suciedad y calzaba unas enormes botas negras de esas en las que los cordones se atan hasta el tobillo, pero Erlendur no vio cordones. Sus dedos, largos y ennegrecidos, sostenían un cigarrillo. Aspiró el humo y lo exhaló al momento. La voz delataba nerviosismo, y no hacía más que ir arriba y abajo por la cantina como un animal enjaulado, encerrado con un policía dispuesto a detenerlo.

Erlendur miró a Ösp, que permanecía al lado de la puerta, y de nuevo a su hermano.

—Debes de confiar mucho en tu hermana, ya que has venido aquí.

—No he hecho nada —dijo—. Mi hermana me dijo que eras un buen tipo y que solo querías información.

—Necesito saber qué relación mantenías con Gudlaugur —dijo Erlendur—. No tengo ni idea de si fuiste tú quien lo apuñaló.

—Yo no lo apuñalé —dijo él.

Erlendur lo examinó. Estaba en el límite entre adolescente y adulto, con un rostro curiosamente infantil, pero con una expresión de dureza, rencor e ira contra algo que Erlendur no tenía ni la menor idea de qué podría ser.

—Nadie ha dicho que lo hayas hecho tú —dijo Erlendur para tranquilizarlo, intentando rebajar su excitación—. ¿Cómo conociste a Gudlaugur? ¿Qué tipo de relación era la vuestra?

El chico miró a su hermana, pero Ösp no dijo nada, se mantuvo en silencio junto a la puerta. El joven volvió a mirar a Erlendur.

—A veces le hacía favores, y él me los pagaba —dijo.

—¿Y cómo os conocisteis? ¿Desde cuándo lo conocías?

—Él sabía que yo era hermano de Ösp. Le parecía divertido que fuéramos hermanos, como le pasa a todo el mundo.

—¿Por qué?

—Yo me llamo Reynir, que significa serbal.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de divertido?

—Ösp y Reynir, un álamo temblón y un serbal de cazadores. Una broma de nuestros padres. Como si se dedicaran a la arboricultura.

—¿Y qué hay de Gudlaugur?

—Lo conocí aquí en el hotel, cuando vine a ver a Ösp. Hará unos seis meses.

—¿Y?

—Sabía quién era yo. Ösp le había contado algo sobre mí. A veces me dejaba dormir en el hotel. En el pasillo de su habitación.

Erlendur se volvió hacia Ösp.

—Te esmeraste limpiando el rincón aquel —dijo.

Ösp lo miró como si no comprendiera lo que quería decir, y no respondió. Erlendur se volvió otra vez hacia Reynir.

—Él sabía quién eras. Tú dormías en el pasillo, al lado de su habitación. ¿Y qué más?

—Me debía dinero. Dijo que iba a pagarme.

—¿Por qué te debía dinero?

—Porque yo se la chupaba a veces y...

—¿Y?

—A veces le dejaba que me la metiera.

—¿Sabías que era gay?

—¿No era evidente?

—¿Y el preservativo?

—Siempre utilizábamos condón. Una paranoia que tenía. Decía que no quería correr ningún riesgo. Decía que no sabía si yo tenía el sida o no. Pero yo no estoy infectado —dijo con énfasis, mirando a su hermana.

—Y consumes tabaco de mascar.

Miró a Erlendur con curiosidad.

—¿Qué tiene eso que ver? —dijo.

—No importa. ¿Consumes tabaco de mascar?

—Sí.

—¿Estuviste con él el día que lo apuñalaron?

—Sí. Me pidió que fuera a verle porque pensaba pagarme.

—¿Cómo te localizó?

Reynir sacó su móvil del bolsillo y se lo enseñó a Erlendur.

—Cuando llegué estaba poniéndose el disfraz ese de Papá Noel —prosiguió—. Dijo que tenía que darse prisa en subir para la fiesta, me pagó lo que me debía, miró el reloj y vio que aún tenía media hora para divertirse un poco.

—¿Tenía mucho dinero en su cuarto?

—No, que yo supiera. Solo vi el dinero que me pagó. Pero dijo que esperaba un mogollón de dinero.

—¿De dónde?

—Eso no lo sé. Dijo que estaba sentado sobre una mina de oro.

—¿A qué se refería?

—Era algo que pensaba vender. No sé lo que era. No me lo dijo. Solo me dijo que esperaba un mogollón de dinero, o mucho dinero, lo de mogollón no lo dijo. Él no usaba esas palabras. Siempre hablaba de una forma muy culta, utilizaba palabras finas. Era tremendamente educado. Un tío estupendo. Nunca me hizo nada. Siempre pagaba. Conozco a muchos que son peores que él. A veces solo quería charlar conmigo. Se sentía solo, o por lo menos eso decía. Decía que no tenía a nadie más que a mí.

—¿Te contó algo sobre su pasado?

—No.

—¿Nada de que en otros tiempos fue un niño prodigio?

—No. ¿Un niño prodigio? ¿En qué?

—¿Viste por ahí algún cuchillo que pudiera proceder de la cocina del hotel?

—Sí, vi que tenía un cuchillo, pero no sé de dónde lo había sacado. Cuando llegué a su cuarto estaba cortando algo del disfraz de Papá Noel. Dijo que para las próximas navidades tendría que conseguir uno nuevo.

—¿Y no llevaba encima nada más que el dinero que te pagó?

—No, creo que no.

—¿Le robaste?

—No.

—¿Le robaste el medio millón que había en su habitación?

—¿Medio millón? ¿Tenía medio millón?

—Tengo entendido que andas siempre falto de dinero. Es evidente la forma en que lo consigues. Te persiguen unos a los que debes dinero. Han amenazado a tu familia...

Reynir miró de soslayo, con ojos de reproche, a su hermana.

—No la mires a ella, mírame a mí. Gudlaugur tenía dinero en su cuchitril. Más del que te debía a ti. Quizás había vendido ya algo de su mina de oro. Viste el dinero. Le pediste más. Le haces cosas por las que crees que debería pagarte mucho mejor. Él se negó, discutisteis, tú agarraste el cuchillo e intentaste clavárselo, pero él se defendió hasta que conseguiste meterle el cuchillo en el pecho hasta la empuñadura, y lo mataste. Después cogiste el dinero...

—¡Cabrón de mierda! —gritó Reynir—. ¡Eso es una puta mentira!

—... y luego has estado fumando hachís y pinchándote, o cualquier otra cosa que...

—¡Hijoputa, cabrón! —aulló Reynir.

—Continúa con la historia —le gritó Ösp—. Cuéntale lo que me contaste a mí. ¡Díselo todo!

—¿Todo qué? —dijo Erlendur.

—Me preguntó si quería hacerle un favor antes de subir a la fiesta —dijo Reynir—. Dijo que tenía poco tiempo, pero que tenía dinero y me pagaría bien. Y cuando no habíamos hecho más que empezar llegó la tía esa y se nos echó encima.

—¿La tía esa?

—Sí.

—¿Quién era esa tía?

—La que nos interrumpió.

—Díselo —se oyó decir a Ösp detrás de Erlendur—. ¡Dile quién era!

—¿De qué tía me estás hablando?

—Nos habíamos olvidado de echar la llave porque teníamos que darnos prisa, y de repente se abrió la puerta y se nos echó encima.

—¿Quién?

—No tengo ni idea de quién era. Una tía vieja.

—¿Y qué sucedió?

—No lo sé. Yo salí pitando. Ella le gritó algo a Gulli y yo me largué.

—¿Por qué no viniste enseguida a contarnos todo esto?

—Procuro evitar a la policía. Hay toda clase de gentuza detrás de mí, y si se enteran de que hablo con la poli pensarán que estoy delatando a alguien y me lo harán pagar.

—¿Quién era esa mujer que os interrumpió? ¿Qué aspecto tenía?

—No me fijé mucho en cómo era. Salí por pies. Él se quedó hecho polvo. Me apartó de un empujón y gritó, muy asustado. Parecía aterrorizado de verla. Aterrorizado.

—¿Qué gritó? —preguntó Erlendur.

—Steffí.

—¿Qué?

—Steffí. Fue lo único que oí. Steffí. La llamó Steffí, y le tenía verdadero pánico.

La mujer estaba junto a la puerta de la habitación, dándole la espalda. Erlendur se detuvo, la miró un instante y vio cuánto había cambiado desde la primera vez, cuando entró en el hotel como una tromba, acompañada de su padre. Ahora no era más que una mujer de mediana edad, cansada, que seguía viviendo con su padre inválido en la misma casa que había sido su hogar durante toda su vida. Por motivos que él desconocía, aquella mujer había venido al hotel y había asesinado a su hermano.

Fue como si ella hubiera percibido su presencia en el pasillo, porque de repente se volvió y lo miró. Él fue incapaz de leer en su rostro lo que estaba pensando. Solo sabía que era la mujer a la que había estado buscando desde que entró por primera vez en el hotel y vio a Papá Noel sentado en su propia sangre.

Ella estaba inmóvil junto a la puerta y no dijo nada hasta que él llegó a su lado.

—Aún tengo algo que contarte —dijo ella—. Si es que aún tiene importancia.

Erlendur supuso que había ido a verlo por la mentira de su amiga, y que ahora habría decidido que ya había llegado la hora de contarle la verdad. Él abrió la puerta, ella entró, se acercó hasta la ventana y miró la nevada.

—Habían pronosticado una Navidad sin nieve —dijo ella.

—¿Alguna vez te han llamado Steffí? —preguntó él.

—Me llamaban así cuando era pequeña —dijo ella sin dejar de mirar por la ventana.

—¿Tu hermano te llamaba Steffí?

—Sí —dijo ella—. Siempre. Y yo siempre le llamaba Gulli. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué viniste al hotel cinco días antes de la muerte de tu hermano?

Stefanía dejó escapar un profundo suspiro.

—Sé que no habría debido contarte una mentira.

—¿Por qué viniste?

—Fue por sus discos. Considerábamos que teníamos derecho a tener unos cuantos. Sabíamos que él tenía muchos, probablemente todos los que quedaban de la edición en su época, y yo quería un porcentaje si decidía venderlos.

—¿Cómo adquirió el sobrante de edición?

—Mi padre lo compró y lo guardó en casa, en Hafnarfjörður, y cuando Gudlaugur se marchó, se llevó las cajas. Dijo que los discos eran suyos. Suyos y de nadie más.

—¿Cómo sabíais que pensaba venderlos?

Stefanía vaciló.

—También mentí sobre Henry Wapshott —dijo—. Lo conozco, aunque no mucho. Muy poco, si te digo la verdad. ¿No te mencionó él que había ido a vernos?

—No —dijo Erlendur—. Tiene unos cuantos problemas con los que lidiar. ¿Hay algo de cierto en lo que me has contado hasta ahora?

La mujer no respondió.

—¿Por qué iba a creer lo que me estás diciendo ahora?

Stefanía calló y miró caer la nieve. Estaba ausente, como si se hubiera sumergido en una vida que tuvo mucho tiempo atrás, cuando desconocía la mentira y todo era verdadero, nuevo y limpio.

—¿Stefanía? —dijo Erlendur.

—No se pelearon a causa de su voz o de su carrera de cantante —dijo de repente—. Cuando mi padre cayó por las escaleras. No fue por el canto. Esa es la última mentira, y la mayor de todas.

—¿Te refieres a cuando se pegaron en las escaleras?

—¿Sabes cómo le llamaban los chicos de la escuela? ¿El mote que le pusieron?

—Creo que sí —dijo Erlendur.

—Le llamaban La Pequeña Princesa.

—¿Porque cantaba en el coro, y parecía afeminado y...?

—Porque lo vieron con un vestido de mamá —lo interrumpió Stefania.

Se apartó de la ventana.

—Fue después de su muerte. Gulli la echaba horriblemente de menos, sobre todo cuando dejó de ser niño de coro y ya no era más que un chico corriente con una voz corriente. Papá no se enteró, pero yo sí. Cuando papá no estaba en casa, a veces se ponía las joyas de mamá y sus vestidos, y se miraba en el espejo, e incluso se maquillaba. Y en una ocasión, en verano, unos chicos que pasaban por delante de casa lo vieron. Estaban espionando por la ventana del salón. Lo hacían de vez en cuando, porque nos consideraban un poco extraños. Se echaron a reír y a burlarse de él sin la menor compasión. Desde entonces, en el colegio lo trataron como a un bicho raro. Los chicos empezaron a llamarlo La Pequeña Princesa.

Stefanía calló.

—Yo creía que simplemente echaba de menos a mamá —prosiguió—. Que aquello era una manera de acercarse a ella, poniéndose su ropa y sus joyas. Nunca creí que tuviera tendencias perversas. Luego salió a relucir lo otro.

—¿Tendencias perversas? —dijo Erlendur—. ¿Es así como lo ves? Tu hermano era gay. ¿No se lo has podido perdonar? ¿Es ese el motivo por el que cortaste la relación con él durante tantos años?

—Era muy joven cuando nuestro padre lo sorprendió con otro chico de su edad, haciendo cosas indescriptibles. Yo sabía que estaba con su amigo en la habitación, pero pensaba que estaban estudiando juntos. Papá llegó a casa inesperadamente, iba buscar algo, y cuando abrió la puerta del dormitorio de mi hermano se encontró con aquel horror. No quiso decirme lo que era. Cuando salí, el otro chico estaba bajando las escaleras a todo correr con los pantalones por los tobillos, y papá y Gulli habían salido al pasillo y se estaban gritando el uno al otro, vi a Gulli empujarlo con fuerza. Papá perdió el equilibrio y cayó por la escalera, y nunca pudo volver a ponerse de pie.

Stefanía se volvió de nuevo hacia la ventana y miró la nieve navideña

deslizándose suavemente hacia la tierra. Erlendur calló e intentó imaginar qué estaría pensando aquella mujer, que había vuelto a encerrarse en sí misma, pero no llegó a conclusión alguna. Le pareció recibir una especie de respuesta cuando ella rompió el silencio.

—Yo nunca importé nada —dijo—. Todo lo que yo hacía estaba mal hecho. No lo digo porque sienta pena por mí misma, creo estar muy lejos de la autocompasión. Lo hago para intentar comprender y explicar por qué nunca volví a relacionarme con él desde ese día. A veces creo que deseaba que sucedieran las cosas como sucedieron. ¿Puedes imaginártelo?

Erlendur sacudió la cabeza.

—Cuando se fue, fui yo la que importaba. No él. Nunca más él. Y de alguna extraña manera, yo estaba contenta, contenta de que Gulli nunca hubiera llegado a ser la gran estrella infantil que tenía que ser. Supongo que siempre le envidié, y mucho más de lo que yo podía comprender, por toda la atención que recibía y por la voz que tenía cuando era niño. Era una voz divina. Era como si hubiese sido bendecido con aquel don del que yo carecía; yo aporreaba el piano como un caballo. Eso era lo que decía papá cuando intentaba enseñarme. Decía que yo carecía absolutamente de talento. Y sin embargo, yo lo adoraba, porque estaba convencida de que siempre tenía razón. Muchas veces se portaba bien conmigo, y después de quedarse incapaz de valerse por sí mismo, yo pasé a serlo todo para él. Y así fueron pasando los años, uno tras otro, sin que nada cambiase. Gulli se fue de casa, papá estaba inválido y yo me ocupaba de él. Nunca pensaba en mí misma, ni me preguntaba qué quería en la vida. Así pueden pasar los años, sin hacer otra cosa que seguir la rutina que nos hemos marcado. Un año tras otro, y otro, y otro...

Calló y miró la nieve.

—Cuando empiezas a darte cuenta de que eso es todo lo que tienes, empiezas a odiarlo e intentas encontrar un culpable, y para mí, mi hermano se convirtió en el culpable de todo. Con el tiempo llegué a odiarlo, a él y a la perversión que había destruido nuestras vidas.

Erlendur iba a decir algo, pero ella continuó.

—No sé si podré explicarlo mejor. Cómo te encierras en tu propia vida monótona por algo que decenas de años más tarde resulta carecer de toda importancia.

—Tenemos entendido que él estaba convencido de que le robaron la infancia —dijo Erlendur—. Que no le habían dejado ser lo que quería ser, sino que le obligaron a ser algo completamente distinto, un cantante, un niño prodigio, y sufría cuando se burlaban de él en la escuela. Luego todo acabó y encima llegaron esas «tendencias perversas», como tú las llamas. Creo que no podía sentirse demasiado bien. Quizá no deseaba ser objeto de toda esa atención que, obviamente, ansiabas tú.

—Le robaron la infancia —dijo Stefanía—. Es muy posible.

—¿Tu hermano intentó en algún momento hablar de su homosexualidad con tu padre o contigo?

—No, pero quizá deberíamos haber sospechado lo que pasaba. Tampoco sé si él mismo se daba cuenta de lo que le estaba pasando. No sé nada al respecto. Creo que ni él mismo sabía por qué motivos se ponía los vestidos de mamá. No sé cuándo ni cómo esas personas se dan cuenta de que son distintos.

—En cierto modo, su apodo le gustaba —dijo Erlendur—. Tenía ese póster y sabemos que... —Erlendur calló a mitad de la frase. No sabía si hablarle de aquel amante al que Gudlaugur pedía que le llamase «mi pequeña princesa».

—No tengo ni idea —dijo Stefanía—, es verdad que tenía ese cartel en la pared. A lo mejor se torturaba a sí mismo con los recuerdos de lo que sucedió. A lo mejor hay algo en ellos que no podemos comprender.

—¿Cómo conociste a Henry Wapshott?

—Vino a casa un día porque quería hablar con papá de los discos de Gudlaugur. Quería saber si teníamos alguno. Fue en las navidades del año pasado. Había obtenido información sobre Gudlaugur y su familia a través de unos coleccionistas, y nos dijo que esos discos tenían un inmenso valor en todo el mundo. Había hablado con mi hermano, que le dijo que no quería venderlos, pero luego cambió de opinión y se mostró dispuesto a darle al inglés lo que quería.

—Y vosotros queríais una parte de las ganancias, ¿no?

—Nos pareció completamente normal. En realidad no era más dueño de ellos que mi padre, al menos eso es lo que pensábamos nosotros. Nuestro padre había pagado la edición con su propio dinero.

—¿Las cantidades que ofrecía Wapshott eran muy elevadas?

Stefanía asintió, con la mente en algún otro lugar.

—Millones.

—Concuerda con la información de que disponemos.

—Ese hombre, Wapshott, tiene dinero de sobra. Tengo entendido que quería evitar que los discos salieran al mercado del coleccionismo. Si lo entendí bien, quería hacerse con todas las copias de los discos, para impedir que hubiera demasiadas en el mercado. Tenía las cosas clarísimas, y estaba dispuesto a pagar una suma desorbitada por la totalidad de los discos. Creo que había conseguido poner a Gudlaugur de su parte antes de Navidad. Probablemente algo debió de cambiar, para que le agrediera de esa forma.

—¿Que le agrediera de esa forma? ¿Qué quieres decir?

—Pero bueno, ¿no le habéis detenido?

—Sí —dijo Erlendur—, pero no tenemos nada que demuestre que fue él quien agredió a tu hermano. ¿Qué quieres decir con eso de que algo debió de cambiar?

—Wapshott vino a Hafnarfjörður y nos dijo que había convencido a Gudlaugur de que le vendiera todos los discos, y quería asegurarse de que, efectivamente, no existían más copias. Le confirmamos que efectivamente, Gudlaugur se había llevado todo lo que quedaba de la edición cuando se marchó de casa.

—Por eso viniste al hotel a verlo —dijo Erlendur—. Para conseguir vuestra parte

en la venta.

—Llevaba puesto el uniforme de portero —dijo Stefanía—. Estaba delante de la puerta sacando las maletas de unos turistas. Lo estuve observando un buen rato y entonces me vio. Le dije que tenía que hablar con él de los discos. Me preguntó por papá...

—¿Fue tu padre quien te envió a ver a Gudlaugur?

—No, él nunca habría hecho eso. Desde el accidente no quería ni oír pronunciar su nombre.

—Pero fue la primera persona por la que preguntó Gudlaugur al verte en el hotel.

—Sí. Bajamos a su cuarto y le pregunté dónde estaban los discos.

—Están a buen recaudo —dijo Gudlaugur, sonriendo a su hermana—. Henry me dijo que había hablado contigo.

—Nos dijo que pensabas venderle los discos. Papá dice que la mitad son suyos, y queremos la mitad del dinero que te pague por ellos.

—He cambiado de opinión —dijo Gudlaugur—. No pienso venderlos.

—¿Y qué dice Wapshott a eso?

—No le ha gustado demasiado.

—Ofrece muchísimo dinero por ellos.

—Puedo conseguir mucho más si los vendo yo mismo, uno a uno. Los coleccionistas están muy interesados. Creo que Wapshott pretende hacer lo mismo, aunque me haya dicho que su intención es comprarlos para que no entren en el mercado. Creo que está mintiendo. Lo que pretende es venderlos y ganar dinero a costa mía. Todos querían sacar dinero a mi costa en los viejos tiempos, papá igual que los demás, y eso no ha cambiado. En absoluto.

Se miraron a los ojos un largo rato.

—Ven a casa y habla con papá —dijo ella—. No le queda mucho tiempo.

—¿Wapshott habló con él?

—No, no estaba en casa cuando vino Wapshott. Yo le hablé de él.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Solo que quería su parte.

—¿Y tú?

—¿Y yo?

—¿Por qué nunca te fuiste de casa? ¿Por qué no te casaste y tuviste tu propia familia? Lo que vives no es tu propia vida, es la de papá. ¿Dónde está tu vida?

—Supongo que estará en la silla de ruedas a la que tú le condenaste —exclamó Stefanía—, y no te atrevas a preguntarme por mi vida.

—Ha conseguido tener sobre ti el mismo poder que tenía sobre mí en los viejos tiempos.

Stefanía montó en cólera.

—Alguien tenía que ocuparse de él. Su favorito, su estrella, no era más que un maricón sin voz que lo tiró por las escaleras y que desde entonces nunca se ha atrevido a hablar con él. Y que en vez de hablar con él se mete en su casa a escondidas, se sienta a pasar el rato y se larga antes de que despierte. ¿Qué poder es el que tiene sobre ti? Tú te crees que te has librado de él para siempre jamás, ¡pero mírate! ¿Qué eres tú? ¡Dímelo! ¡No eres nada! Eres basura.

Stefanía calló.

—Perdona —dijo él—. No debí hablar de eso.

Ella no le respondió.

—¿Pregunta por mí?

—No.

—¿Nunca habla de mí?

—No, nunca.

—No tolera mi forma de vivir. No tolera mi forma de ser. No me tolera a mí. Después de tantos años.

—¿Por qué no me contaste eso la primera vez? —dijo Erlendur—. ¿Por qué tantas ocultaciones?

—¿Ocultaciones? Supongo que puedes imaginártelo perfectamente. No quería hablar sobre asuntos de familia. Pensaba que podría proteger nuestra vida privada.

—¿Fue esa la última vez que viste a tu hermano?

—Sí.

—¿Estás completamente segura?

—Sí. —Stefanía lo miró—. ¿Qué estás insinuando?

—¿No lo sorprendiste con un joven haciendo lo mismo que cuando lo sorprendió tu padre hace tiempo, y perdiste el control? Fue el momento en que la desgracia entró en tu vida y ahora querías acabar con ello.

—No, ¿qué...?

—Tenemos un testigo.

—¿Un testigo?

—El chico que estaba con él. Un joven que le hacía determinados servicios a tu hermano a cambio de dinero. Los sorprendiste en el sótano, el chico salió corriendo y tú atacaste a tu hermano. Viste un cuchillo en la mesa de su cuarto y se lo clavaste.

—¡Eso no es cierto! —dijo Stefania. Tuvo la sensación de que Erlendur estaba convencido de lo que decía, y sintió que las esposas empezaban a cerrarse sobre ella. Se quedó mirando a Erlendur como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—Hay un testigo... —comenzó Erlendur, pero no logró terminar la frase.

—¿Qué testigo? ¿De qué testigo me estás hablando?

—¿Niegas haber causado la muerte de tu hermano?

El teléfono del hotel empezó a sonar, y antes de que Erlendur pudiera responder

sonó también su móvil en el bolsillo de la chaqueta. Miró con expresión de disculpa a Stefanía, que seguía con los ojos clavados en él.

—Tengo que responder —dijo Erlendur.

Stefanía se apartó y Erlendur vio que sacaba de la funda uno de los discos de Gudlaugur que había sobre la mesa. Cuando Erlendur respondió al teléfono del hotel, ella estaba contemplando el disco. Era Sigurdur Óli. Erlendur cogió el móvil y le pidió a la persona que llamaba que esperara un instante.

—Un hombre se ha puesto en contacto conmigo hace un rato en relación con el crimen del hotel, y le di tu número de móvil —dijo Sigurdur Óli—. ¿Te ha llamado ya?

—En este momento tengo una llamada en el móvil —dijo Erlendur.

—Me parece que el caso está resuelto. Habla con él y luego llámame. Envío tres coches para allá. Elínborg va con ellos.

Erlendur colgó y volvió a coger el móvil. No reconoció la voz pero el hombre se presentó y empezó a contarle; no había hecho más que empezar cuando Erlendur obtuvo la confirmación de sus sospechas y vio cómo encajaba todo. Hablaron durante un largo rato, y Erlendur le pidió que pasara por comisaría a hacer una declaración ante Sigurdur Óli. Llamó a Elínborg y le dio instrucciones. Luego apagó el móvil y se volvió hacia Stefanía, que había puesto el disco de Gudlaugur en el tocadiscos y lo había encendido.

—A veces, en los viejos tiempos —dijo—, al grabar estos discos se grababan también ruidos no deseados, porque la gente no trabajaba con la suficiente concentración o porque la técnica y las condiciones de grabación no era tan buenas. Incluso se puede oír el ruido del tráfico. ¿Lo sabías?

—No —dijo Erlendur, que no acababa de entender adónde pretendía llegar.

—Se puede oír en esta canción, por ejemplo, si se escucha con suficiente atención. Supongo que nadie se da cuenta, a menos que sepa que está ahí.

Aumentó el volumen de la música. Erlendur prestó atención y notó un ruido extraño, lejano, que se oía en mitad de la pieza.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es papá —dijo Stefanía.

Volvió a poner el trozo y Erlendur oyó el ruido más claramente, aunque no distinguió lo que decía.

—¿Es vuestro padre? —preguntó Erlendur.

—Está diciéndole que es maravilloso —dijo Stefanía como pensando en otra cosa—. Estaba cerca del micrófono y no pudo controlarse.

Miró a Erlendur.

—Mi padre falleció ayer tarde —dijo—. Se tumbó en el sofá después de comer, se quedó dormido, como hacía de vez en cuando, y no volvió a despertar. En cuanto entré en el salón me di cuenta de que estaba muerto. Me di cuenta antes de tocarlo. El médico dijo que había sufrido un infarto. Por eso vine al hotel a verte, para ponerlo

todo en claro. Ya no tiene importancia. Ni para él ni tampoco para mí. Nada de todo esto tiene ya la menor importancia.

Puso por tercera vez el fragmento, y en esta ocasión Erlendur creyó distinguir lo que se decía. Solo una palabra colgada de la canción, como una nota a pie de página.

«Maravilloso».

—Bajé al cuarto de Gudlaugur el día que le mataron, para decirle que papá quería verlo y reconciliarse con él. Acababa de decirle que Gudlaugur se había quedado una llave de la casa y que entraba a escondidas, se sentaba en el salón y se marchaba sin que nos diéramos cuenta. Yo no tenía ni idea de cuál sería la reacción de Gudlaugur, si querría ver a papá otra vez o si sería inútil tratar de reconciliarlos, pero quise intentarlo. La puerta de su habitación estaba abierta...

Le tembló la voz.

—... y le vi allí, bañado en su propia sangre...

Calló.

—... con aquel disfraz... con el pantalón bajado... cubierto de sangre...

Erlendur se acercó a ella.

—Dios mío —suspiró Stefanía—. Nunca en mi vida... Aquello era tan horrible que no puede describirse con palabras. No sé lo que pensé. Estaba tan asustada. Creo que lo único en lo que pensé fue en echar a correr y tratar de olvidar aquello. Igual que todo lo demás. Pensé que aquello no me concernía a mí. Que carecía de toda importancia que yo hubiera estado allí o no. Aquello había terminado, era demasiado tarde, y no tenía nada que ver conmigo. Me quité todo aquello de la cabeza, como si fuera una niña. No quería saber nada y no le conté a mi padre lo que había visto. No se lo conté a nadie.

Miró a Erlendur.

—Tendría que haber pedido ayuda. Naturalmente, tendría que haber llamado a la policía... pero... aquello... aquello era tan repugnante, tan antinatural... que eché a correr. Fue lo único en que pensé. En escapar. En huir de aquel lugar espantoso sin que nadie me viera.

Calló.

—Creo que siempre he estado huyendo de él. De una u otra forma, siempre he estado escapando de él. Siempre. Y allí...

Lloró en silencio.

—Habríamos podido intentar arreglar las cosas mucho antes. Yo debería haberlo hecho desde hace mucho tiempo. Ese es mi delito. Papá también lo quería, al final. Antes de morir.

Callaron. Erlendur miró por la ventana y comprobó que la nevada era menos intensa.

—Lo más espantoso fue...

Calló, como si la idea fuera insoportable.

—No estaba muerto, ¿es eso?

Stefanía sacudió la cabeza.

—Solo dijo una palabra, y murió. Me vio en la puerta y pronunció mi nombre. El nombre con que me llamaba cuando éramos pequeños. Siempre me llamaba Steffí.

—Y esos dos le oyeron decir tu nombre antes de morir. Steffí.

Miró extrañada a Erlendur.

—¿Esos dos? ¿Quiénes?

La puerta de la habitación se abrió de repente con un portazo y Eva apareció en el umbral. Miró fijamente a Stefania, luego a Erlendur y otra vez a Stefania, y sacudió la cabeza.

—Pero ¿con cuántas te lo montas? —dijo, mirando a su padre con ojos acusadores.

No detectó ningún cambio en el comportamiento de Ösp. Erlendur miraba como trabajaba, preguntándose si nunca daría señales de arrepentimiento o de sentir algún remordimiento por lo que había hecho.

—¿Ya has encontrado a la Steffí esa? —dijo al verlo en el pasillo. Puso un montón de toallas en el cesto de ropa sucia y cogió otras limpias para la habitación. Erlendur se acercó y se detuvo junto a la puerta de la habitación, con la cabeza en otra parte.

Estaba pensando en su hija. Consiguió hacerle entender quién era Stefanía, y cuando esta se marchó, le pidió a Eva Lind que le esperara. No tardaría mucho, y luego se irían juntos a casa. Eva se sentó en la cama y él se dio cuenta de que había cambiado, que había vuelto a las andadas. Estaba alterada y empezó a acusarlo del caos en que se había convertido su vida, y él se quedó escuchando sin decir nada, sin contradecirla, ni aumentar más su enfado. Sabía por qué estaba enojada. No estaba arremetiendo contra él, sino contra ella misma, porque había recaído en la droga. No había sido capaz de controlarse por más tiempo.

Erlendur no sabía qué era lo que consumía. Miró su reloj.

—¿Tienes prisa por algo? —dijo ella—. ¡Tienes prisa por salvar el mundo!

—¿Puedes esperarme aquí? —dijo él.

—Vete a la mierda —dijo ella con voz dura y desagradable.

—¿Por qué haces esto?

—Cállate.

—¿Me esperarás? No tardaré y nos iremos a casa. ¿De acuerdo?

No le contestó. Se sentó con la cabeza inclinada y la vista vuelta hacia la ventana con la mirada perdida.

—Estaré de vuelta en un momento —dijo él.

—No te vayas —le rogó ella, su voz no era ya tan dura—. ¿Dónde te estás marchando siempre?

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¡¿Qué pasa?! —exclamó ella—. Pasa todo. ¡Todo! Maldita vida de mierda. Eso es lo que pasa, la vida. ¡Todo va mal en esta vida! No sé para qué sirve. No sé para qué se vive. ¡Para qué! ¿Para qué?

—Eva, será solo...

—¡Dios mío, cómo la echo de menos! —suspiró.

Erlendur la abrazó.

—Todos los días. Al despertar por la mañana y al dormirme por la noche. Pienso en ella cada maldito día, en ella y en lo que le hice.

—Eso es bueno —dijo Erlendur—. Tienes que pensar en ella todos los días.

—Pero es tan difícil, y nunca consigo quitármelo de encima. Nunca. ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué se puede hacer?

—No olvidarla. Piensa en ella. Siempre. Así, ella te ayudará a ti.

—Dios mío, cómo lamento lo que le hice. ¿Qué clase de persona soy? ¿Qué clase de persona puede llegar a hacer algo así? A su propia hija.

—Eva. —La abrazó y apoyó la cabeza en su hombro, y los dos se quedaron sentados en el borde de la cama mientras la nieve caía silenciosa sobre la ciudad.

Al cabo de un buen rato, Erlendur le susurró que lo esperara en la habitación. Se la llevaría a casa y festejaría la Navidad con ella. Se miraron a los ojos. Eva se había tranquilizado y le dijo que sí con la cabeza.

Ahora Erlendur estaba junto a la puerta de un dormitorio del piso inferior, mirando a Ösp trabajar, pero sin poder dejar de pensar en Eva. Sabía que tendría que darse prisa en volver a su lado, llevarla a casa y pasar la Navidad con ella.

—Hemos hablado con Steffí —dijo Erlendur, ya dentro de la habitación—. Se llama Stefanía y es la hermana de Gudlaugur.

Ösp salió del baño.

—¿Y qué, lo niega todo, o...?

—No, no niega nada —dijo Erlendur—. Reconoce su culpa y está intentando comprender qué fue lo que se torció, cuándo sucedió, y por qué. No se siente nada bien, pero está intentando recomponer las cosas consigo misma. Es difícil para ella, porque ya es demasiado tarde para remediar lo que pasó.

—¿Ha confesado?

—Sí —dijo Erlendur—. Casi todo. De verdad. No lo ha expresado con palabras, pero es consciente de su culpa en todo este asunto.

—¿Casi todo? ¿Qué quiere decir eso?

Ösp pasó por delante de él para coger el detergente y una bayeta y volvió a entrar en el baño. Erlendur entró en la habitación y la vio trabajar como otras veces, cuando el caso era todavía un misterio y ella era casi amiga suya.

—En realidad, todo —dijo Erlendur—. Excepto el crimen. Es lo único con lo que no está dispuesta a cargar.

Ösp echó detergente en el espejo del baño sin hacer gesto alguno.

—Pero mi hermano la vio —dijo—. La vio apuñalar a Gudlaugur. No puede negarlo. No puede negar que estuvo allí.

—No —dijo Erlendur—. Estaba en el sótano cuando Gudlaugur murió. Pero no fue ella quien le apuñaló.

—Claro que fue ella, Reynir la vio —dijo Ösp—. Esa mujer no puede negarlo.

—¿Cuánto les debes tú?

—¿Que cuánto les debo?

—Sí, ¿cuánto es?

—¿Que debo a quiénes? ¿De qué me estás hablando?

Ösp frotaba el espejo como si fuera cuestión de vida o muerte, como si parar

significara reconocer que todo había acabado: la máscara caería y tendría que rendirse. De modo que siguió echando detergente y frotando, y evitando mirarse a sí misma a los ojos.

Erlendur la miró, y a su mente acudió una frase de un libro que leyó en cierta ocasión sobre una pobre pordiosera de tiempos remotos: «Era una hija ilegítima del mundo».

—Una colaboradora mía, que se llama Elínborg, acaba de comprobar un informe con tu nombre en el servicio de Urgencias —dijo—. En Urgencias para víctimas de violación. Fue hace aproximadamente seis meses. Eran tres hombres. Sucedió en un bungalow, cerca de Raudavatn. No dijiste nada más. Dijiste que ignorabas quiénes eran. Te secuestraron un viernes por la noche cuando paseabas por el centro y te llevaron al bungalow, y allí te violaron, uno tras otro.

Ösp siguió limpiando el espejo, y Erlendur no pudo ver si lo que acababa de decirle le había causado algún efecto.

—Al final te negaste a decir quiénes eran, y tampoco quisiste presentar una denuncia.

Ösp no dijo ni una palabra.

—Trabajas aquí en el hotel, pero el sueldo no es suficiente para pagar la deuda, ni para pagar tu consumo. Has podido mantenerlos a raya a base de pequeños pagos, y entonces te venden más, pero ya te han amenazado, y sabes que cumplen sus amenazas.

Ösp no le miró.

—No hay nadie que esté robando en el hotel, ¿verdad? —continuó Erlendur—. Lo dijiste para despistarnos, para hacernos buscar por otro lado.

Erlendur oyó pasos en el corredor y vio a Elínborg, acompañada por cuatro policías, llegar a la puerta de la habitación. Le hizo una señal para que esperase.

—Tu hermano está en la misma situación que tú. Quizá los dos tenéis cuentas pendientes con ellos, no lo sé. A él le han dado una tremenda paliza. Le han amenazado. Han amenazado también a vuestros padres. No os atrevéis a denunciar a esa gente. La policía no puede hacer nada, porque son solo amenazas, y después, cuando te atacaron en el centro y te violaron en un bungalow de Raudavatn, seguiste sin denunciarlos. Y tu hermano tampoco.

Erlendur calló y la observó.

—Hace un rato me llamó un hombre. Trabaja en la policía, en la brigada de estupefacientes. A veces recibe llamadas de confidentes, personas que le cuentan lo que oyen por las calles y en el mundo de la droga. Ayer noche muy tarde, en realidad ya hoy, recibió una llamada de un hombre que le dijo que había oído hablar de una chica que violaron hace seis meses y que tenía serias dificultades para pagar sus compras de droga, hasta que pagó la deuda entera hace dos días o así. Las tuyas y las de su hermano. ¿Te suena algo de eso?

Ösp sacudió la cabeza.

—¿No te suena nada? —preguntó Erlendur otra vez—. El que llamó a la brigada de estupefacientes sabía el nombre de la chica y que trabajaba en el mismo hotel en el que mataron a Papá Noel.

Ösp volvió a sacudir la cabeza.

—Sabemos que en el cuchitril de Gudlaugur había medio millón —continuó Erlendur.

La muchacha dejó de frotar el espejo, dejó caer los brazos lentamente y fijó la mirada en su reflejo.

—Intenté dejarlo.

—¿Dejar la droga?

—No sirve de nada. Y esas personas son absolutamente inhumanas cuando se les debe dinero.

—¿Querrás decirme quiénes son?

—Yo no quería matarlo. Él siempre se había portado bien conmigo. Pero luego...

—¿Viste el dinero?

—Yo necesitaba ese dinero.

—¿Fue por el dinero por lo que lo mataste?

Ella no le contestó.

—¿No sabías nada de la relación de Gudlaugur con tu hermano?

Ösp se mantuvo en silencio.

—¿Fue por el dinero? ¿O fue por tu hermano?

—Quizá por los dos —dijo Ösp en voz baja.

—Querías el dinero.

—Y él se estaba aprovechando de tu hermano.

—Sí.

Vio a su hermano de rodillas, un fajo de billetes sobre la cama y el cuchillo delante de ella, y sin pensarlo ni un segundo agarró el cuchillo e intentó clavárselo. Él trató de cubrirse con las manos, pero ella ni se dio cuenta, volvió a apuñalarlo una y otra vez hasta que dejó de defenderse y se quedó apoyado contra la pared. La sangre brotaba de una herida en el pecho, en el lugar del corazón.

El cuchillo estaba ensangrentado, y ella tenía las manos y la bata cubiertas de sangre. Su hermano se había levantado como una flecha y salió corriendo por el pasillo hacia las escaleras.

Gudlaugur dejó escapar un profundo suspiro.

Un silencio sepulcral reinaba en el cuchitril. Ösp miraba fijamente a Gudlaugur y al cuchillo que tenía aún en sus manos. De pronto reapareció Reynir.

—Alguien está bajando por las escaleras —dijo en un susurro.

Él cogió el dinero, agarró del brazo a su hermana, que estaba rígida,

inmóvil, y la arrastró con él, salieron del cuchitril y se metieron en el rincón del final del pasillo. Apenas se atrevían ni a respirar cuando la mujer se acercó. Miró hacia la oscuridad pero no los vio.

Cuando llegó a la puerta de la habitación soltó un débil grito y oyeron a Gudlaugur.

—¿Steffí? —dijo en un suspiro.

Y no oyeron nada más.

La mujer entró en la habitación, pero la vieron salir enseguida. Retrocedió hasta llegar a la pared del pasillo y se marchó a toda prisa, sin mirar atrás ni una sola vez.

—Tiré la bata y cogí otra. Reynir desapareció. Yo no podía hacer otra cosa que seguir trabajando. Si no, lo descubrirías todo enseguida, o al menos eso pensé. Luego me ordenaron que fuera a buscarlo para la fiesta de Navidad. No podía negarme. No podía hacer nada que pudiera llamar la atención sobre mí. Bajé y esperé en el pasillo. La puerta de su habitación estaba aún abierta, pero no entré. Subí, dije que lo había encontrado en su habitación y que creía que estaba muerto.

Ösp miró al suelo.

—Lo peor es que él nunca me hizo nada malo, siempre se portó bien conmigo. Quizá por eso me enfurecí tanto. Porque él era uno de los pocos que eran amables conmigo en el hotel, y resulta que estaba utilizando de puta a mi hermano. Me puse como loca. Después de todo lo que...

—¿Después de todo lo que te hicieron? —dijo Erlendur.

—No sirve de nada denunciar a esos cerdos. Los que cometen las violaciones más sangrientas, más abominables, se pasan en la cárcel, quizá, un año, o año y medio. Luego están otra vez en la calle. Vosotros no podéis hacer nada. No hay ningún sitio donde acudir en busca de ayuda. No hay más remedio que pagar. Da igual cómo lo hagas. Yo cogí el dinero y pagué. Quizá lo maté por el dinero. Quizá por Reynir. No lo sé. No sé...

Calló.

—Me puse como loca —continuó—. Jamás me había sentido así. Nunca me había ofuscado tanto la furia. En un instante reviví todo lo que sucedió en aquella cabaña. Los vi. Lo vi otra vez todo, como si volviera a comenzar de nuevo. Cogí el cuchillo e intenté clavárselo en donde pudiera. Intenté rajarlo y él intentó defenderse, pero yo se lo clavé una vez y otra, y otra, hasta que dejó de moverse.

Miró a Erlendur.

—Nunca pensé que fuera tan difícil. Que fuera tan difícil matar a una persona.

Elínborg se asomó a la puerta e hizo una señal a Erlendur indicándole que no comprendía lo que pasaba, por qué no habían detenido ya a la muchacha.

—¿Dónde está el cuchillo? —preguntó Erlendur.

—¿El cuchillo? —dijo Ösp, y se acercó a él.

—El que utilizaste.

La muchacha vaciló un instante.

—Lo dejé en su sitio —dijo—. Lo limpié lo mejor que pude en la cantina y me libré de él antes de que llegais vosotros.

—¿Y dónde está?

—Lo dejé en su sitio.

—¿En la cocina, donde se guardan?

—Sí.

—El hotel tendrá seguramente quinientos cuchillos como ese —dijo Erlendur, con desesperación—. ¿Cómo vamos a encontrarlo?

—Podéis empezar por el bufé —dijo ella.

—¿En el bufé?

—Seguramente, alguien lo estará usando.

Erlendur dejó a Ösp en manos de Elínborg y los policías, y se dirigió a toda prisa a su habitación, donde Eva Lind lo estaba esperando. Introdujo la tarjeta de plástico en la ranura de la cerradura, abrió la puerta y vio a Eva Lind sentada en el alféizar de la gran ventana, abierta de par en par, mirando caer la nieve sobre el pavimento, varias plantas más abajo.

—Eva —dijo Erlendur en un tono tranquilo.

Eva dijo algo que él no oyó.

—Venga, cariño —dijo él, acercándose a ella con mucho cuidado.

—Parece tan sencillo —dijo Eva Lind.

—Ven, Eva —dijo Erlendur en voz baja—. Vámonos a casa.

Ella se dio la vuelta. Lo miró un largo instante y luego asintió con la cabeza.

—Vamos —dijo en voz muy baja, bajó al suelo y cerró la ventana.

Erlendur se acercó a ella y la besó en la frente.

—¿Te robé yo tu infancia, Eva? —dijo él en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Nada —dijo él.

Erlendur la miró largamente a los ojos. A veces veía en ellos un cisne blanco. Ahora eran negros.

El móvil de Erlendur sonó en el ascensor, cuando estaban bajando al vestíbulo. Enseguida reconoció la voz.

—Solo quería desearte una feliz Navidad —dijo Valgerdur. Parecía como si susurrara al teléfono.

—Igualmente —dijo Erlendur—. Feliz Navidad.

Cuando llegaron al vestíbulo, Erlendur entró en el comedor, que estaba atiborrado de extranjeros regalándose con las exquisiteces navideñas del bufé y parloteando en todos los idiomas posibles, de forma que un alegre murmullo se extendía por toda la planta baja. No pudo evitar pensar que alguno de ellos tenía en las manos el arma del crimen.

Le contó al jefe de recepción que era bastante posible que fuera Rósant quien le envió a aquella mujer que se acostó con él para exigirle luego que le pagara. El recepcionista dijo que ya sospechaba algo por el estilo. Ya había dado cuenta a los propietarios del hotel del tráfico que se llevaba a cabo en el establecimiento con la complicidad del director y el *maître*, pero no sabía qué decisión tomarían.

Erlendur vio de lejos al director del hotel que miraba con expresión de asombro a Eva Lind. Erlendur intentó fingir que no lo veía, pero el director tenía rápidos reflejos y le

cortó el paso.

—Tan solo quería darte las gracias, ¡naturalmente, no tienes que pagar por tu estancia!

—Ya he pagado mi cuenta —dijo Erlendur—. Adiós.

—¿Qué hay de Henry Wapshott? —preguntó el director, ya casi pegado a Erlendur—. ¿Qué pensáis hacer con él?

Erlendur se detuvo. Cogió de la mano a Eva Lind, que dirigió la vista al director del hotel con la mirada perdida.

—Lo enviaremos a Inglaterra. ¿Algo más?

El director estaba inquieto.

—¿Piensas hacer algo sobre las mentiras que te contó la chica aquella sobre los congresistas?

Erlendur sonrió para sí.

—¿Te preocupa el asunto? —dijo.

—Es una sarta de mentiras.

Erlendur tomó del brazo a Eva Lind y se dirigieron hacia la puerta de salida.

—Ya veremos —dijo.

Cuando cruzaron la puerta, Erlendur se percató de que la gente se detenía donde estaba y miraba a su alrededor. Las empalagosas canciones navideñas americanas habían callado y Erlendur sonrió para sí al comprobar que el jefe de recepción había cumplido sus deseos acerca de cambiar la música de los altavoces. Pensó en los discos no vendidos. Le había preguntado a Stefanía dónde creía que podrían estar, pero ella no lo sabía. No tenía ni idea de dónde los tenía guardados su hermano, y consideraba bastante improbable que pudieran encontrarlos algún día.

Poco a poco se fue acallando el bullicio del comedor. Los huéspedes del hotel se miraban unos a otros con gesto de asombro y miraban al techo en busca del origen de aquella voz extraña y bellísima que llegaba a sus oídos. Los empleados escuchaban en silencio, inmóviles. Era como si el tiempo se hubiera detenido por un instante.

Salieron del hotel y Erlendur cantó el bello salmo en voz baja, acompañando a Gudlaugur niño, y percibió de nuevo la profunda añoranza en la voz del muchacho.

Oh, Padre, haz de mí una débil llama en mi breve existencia...



ARNALDUR INDRIDASON (Reikiavik, Islandia, 28-01-1961). Escritor islandés, hijo del también escritor Indriði G. Þorsteinsson.

Licenciado en historia, es periodista, crítico de cine y autor de novela negra. Ha trabajado, durante veinte años, principalmente para Morgunbladid, el diario más importante de Islandia. Vive con su mujer y sus tres hijos en Reikiavik. Sus novelas policíacas han sido publicadas en doce idiomas y más de veinte países.

Se hizo famoso al crear en 1997 al inspector islandés Erlendur Sveinsson, un hombre obsesionado por el pasado y la sombra de su hermano, un niño que desapareció. Solitario y deprimido, tiene una hija drogadicta a la que sólo habla cuando no puede escucharle. La investigación criminal en sus novelas suele ser un pretexto para resolver un enigma del pasado, y en ellas el lirismo cumple un papel importante. Los autores que le han influido más son dos escritores suecos de los años sesenta, Maj Sjöwall y Per Wahlöö, que escribieron las aventuras del inspector Martin Beck.

Logró The Gold Dagger Award, el premio más importante de novela negra en el mundo anglosajón por *La mujer de verde* (*Silencio Sepulcral*), así como el Glasnyckeln (Glass Key o Llave de cristal) a la mejor novela negra nórdica con *La mujer de verde*, y por *Las marismas*. Además ha recibido el Premio de la Crítica Francesa a la mejor novela negra por *Las marismas*.

Notas

[1] Los islandeses solo usan entre ellos el nombre de pila y siempre se tutean: el uso de «usted» está limitado a condiciones muy especiales. En la traducción hemos respetado este uso tan característico. (*N. del T.*) <<